



**SUCEDIÓ  
EN LIKANANTAI**

---

**ADELA PILOWSKY**

**SUCEDIÓ EN  
LIKANANTAI**

**ADELA PILOWSKY**

Producer & International Distributor

eBookPro Publishing

[www.ebook-pro.com](http://www.ebook-pro.com)



Adela Pilowsky

**Sucedió en Likanantai**

Copyright © 2019 Adela Pilowsky

All rights reserved; No parts of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information retrieval system, without the permission, in writing, of the author.

Contact: [adelpilo29@rugmail.com](mailto:adelpilo29@rugmail.com)

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

## [PRIMERA PARTE](#)

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)

## [SEGUNDA PARTE](#)

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)

## [TERCERA PARTE](#)

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)

9  
10

Epílogo

Likanantai o Likan- Antai era el nombre de los antiguos habitantes de lo que hoy es llamado el desierto de Atacama, que se extiende desde el norte de Chile hasta Perú, Bolivia y partes de Argentina.

En el idioma kunzu, ese nombre significa “Los habitantes del lugar.

Aún es posible encontrar las ruinas de las poblaciones del pueblo Likanantai, las más antiguas de ellas del siglo quinto después de Cristo. Después de ellos, en el siglo quince, llegaron los incas bajo el reinado de Tupac Yupanqui y, a continuación, los conquistadores españoles.

Según el último censo realizado en Chile, el número de los descendientes de los Likanantai se acerca a los veinte mil. Se encuentran totalmente incorporados a la sociedad chilena.

Al escribir este libro he decidido, como un gesto de honor a ese pueblo olvidado, darle el nombre de Likanantai a la mina de cobre que es el centro del libro y a la población en la cual residían los mineros y sus familias, que son totalmente producto de mi imaginación.

Además, hay que señalar que las ciudades de Costa Marrón, Las Palomas y Castellana que aparecen en el libro son también imaginarias, así como todos los personajes y los acontecimientos, con excepción de lo que sucedió el 11 de septiembre de 1973.

*Adela Pilowsky, abril de 2016*

Este libro está dedicado con gran cariño a la memoria de mis padres, Fira Ilevicky, originalmente de nombre Zuckerman, y David Ilevicky. Lo dedico además a mi querido cuñado, Jaime Pilowsky. Que en paz descansen.



## Prólogo

### Likanantai, junio de 1955

Mateo Sánchez contempló con incredulidad el lecho sobre el cual yacía el cuerpo sin vida de María-Inés, la mujer que era todo su mundo.

Todo había sucedido con rapidez. Las convulsiones del parto la atacaron con tal violencia que no alcanzó a llevarla en su camión al hospital de Costa Marrón, a solo veinte minutos de viaje de su hogar en Likanantai. Hubo de conformarse con los servicios de Luisa, la matrona ya entrada en años, la cual trató inútilmente de contener la hemorragia que le robó la vida.

Mientras el joven minero seguía atónito al lado del lecho conyugal, Luisa depositó en sus brazos un pequeño bulto envuelto en una blanca sábana. Él sintió los rápidos latidos del corazoncito de su hija junto al suyo y vio una carita roja y arrugada. Un par de ojos de color indefinido se abrieron y miraron a los suyos. La bebé comenzó a revolverse entre sus brazos, la boca se abrió y la cabeza se movió de derecha a izquierda, buscando el pezón que no existía. Al no encontrarlo, estalló en llanto.

La puerta se abrió y Patricia, su vecina y la mejor amiga de María-Inés, entró a la habitación. Las palabras de felicitación murieron en sus labios al ver el cuerpo que yacía en la cama. De inmediato, corrió hacia él y trató de quitarle a la bebé de sus brazos.

Como un animal herido al que tratan de robarle sus cachorros, Mateo se alejó de ella y acunó con delicadeza a su hija en sus callosas manos de minero, que jamás habían sostenido a un niño, hasta que la pequeña se durmió en sus brazos. Después de que acostó a su hija en la blanca cunita que construyó con sus propias manos en los largos meses de espera de su llegada, se inclinó sobre el cuerpo de su mujer y cubrió de besos su frente, sus mejillas, su boca y su cuerpo, que ya estaba comenzando a enfriarse. —No te preocupes por la niña, María-Inés. Yo la criaré. Solo vela por nosotros desde el cielo —susurró.

Un par de manos lo asieron con delicadeza por los hombros y lo alejaron de la cama. Sus ojos se encontraron con los del padre Tomás, el joven cura de Likanantai, que lo miraba con bondad. Mateo no sabía cuándo entró el cura a su casa ni quién lo había llamado.

—Mateo, hijo, todo es la voluntad de Dios. Pero ahora hay que tomar decisiones. —le dijo el cura. —Las monjas del convento de las Carmelitas estarán dispuestas a recibir a la niña. Y tal vez encontraremos una buena familia cristiana que la adopte.

—¡No, padre, ésta es mi hija, es lo único que me queda! ¡Yo la criaré! —exclamó Mateo, precipitándose a la cuna y plantándose ante ella con firmeza, bloqueando con toda su altura el camino hacia su hija.

—¡Mateo, no puedes! ¡Dámela, yo la criaré junto con Flor, mi hija! —exclamó Patricia, horrorizada, tratando de acercarse a la pequeña. Pero él siguió parado como una estatua ante ella, como defendiéndola.

Moviendo la cabeza con pena ante su testarudez, Patricia abandonó al final la casa y Luisa, la matrona, la siguió. Sintiendo que su presencia era superflua, el padre Tomás hizo la señal de la

cruz y se retiró.

Como si su esposa ya hubiera comenzado a velar por ellos, sonó un golpe en la puerta. Era Yolanda, una viuda ya madura que vivía en su vecindario. —Mateo, vengo a ofrecerte mi ayuda — dijo sin preámbulos y, sin molestarse con palabras de consuelo vacías, comenzó a enseñarle a cuidar de la criatura.

—Mira cómo se doblan los pañales y se preparan los biberones. Y no te olvides de levantarla para sacarle el aire después de comer. Debes apoyarle la cabecita. Y antes de introducirla en la bañera, mide con tu codo la temperatura del agua.

La primera vez que bañó a su hija, él temía que el resbaladizo cuerpecito se le deslizaría de las manos y caería al suelo. El cordón umbilical que aún estaba unido a ella parecía una inmensa herida y cuando le daba golpecitos suaves en la espalda para expulsar aire, la niña emitía un ruido pavoroso. Pero aprendió con rapidez y cuando la pequeña se dormía en su cunita, satisfecha y limpia, él se llenaba de orgullo.

Desgraciadamente, a las tres semanas, la pequeña comenzó a vomitar, tuvo una violenta diarrea y la fiebre le subió de forma alarmante. Yolanda no estaba en casa y Mateo estaba demasiado asustado para manejar solo con ella al hospital de Costa Marrón. Patricia y Ramón eran los vecinos más próximos y Mateo corrió a ellos con la pequeña en sus brazos.

Patricia quedó asombrada al verlo en el umbral de su puerta, suplicando por su ayuda. De inmediato tomó a la niña en brazos, diciendo: —Mateo, puedes volver a tu casa. Yo trataré a la niña. —Mateo, por supuesto, no consintió en irse y vio cómo Patricia la trataba con competencia, dándole la medicina de Flor, su propia hija, unos pocos meses mayor que su bebé. Tan pronto pasó la crisis, Mateo se llevó de inmediato a su hija de vuelta a casa.

Al día siguiente, él llegó a casa de Patricia para agradecerle, pero ella solo asintió con la cabeza, sin responder.

Una semana más tarde, Mateo estaba sentado con su hija en su regazo, dándole el biberón de la noche, cuando escuchó unos golpes en su puerta. No tuvo más alternativa que levantarse a abrir, mientras la pequeña se quejaba a gritos por la interrupción de su cena.

En el umbral estaba una mujer joven, corta de estatura y delgada, vestida con un traje sastre que exudaba oficialidad. —Señor Mateo Sánchez, soy Adriana Paz, de los servicios sociales de Costa Marrón. Vengo a investigar una denuncia anónima que hemos recibido sobre negligencia en el cuidado de un bebé —dijo, con la mirada fija en la niña, que lloraba a voces.

De forma instintiva, Mateo estrechó con fuerza a su hija, que redobló el llanto. Entonces volvió a sentarse y a alimentarla, dándole la espalda a la mujer.

La niña finalizó el biberón, expulsó aire y se tranquilizó. Su padre la acostó en la cuna y solo entonces se dirigió a la intrusa.

La mujer le mostró un documento oficial que le otorgaba el derecho a examinar su casa y a su hija. Revisó de forma concienzuda cada rincón, pesó y midió a la niña y le hizo varias preguntas, entre ellas si había recibido vacunas y quién la cuidaba cuando él estaba en su trabajo en la mina.

Al finalizar su investigación, le comunicó que según su opinión él cuidaba a su hija de forma excepcional. —Espero que no se enoje conmigo —se disculpó. —Teníamos la obligación de venir. La carta de denuncia era muy explícita y detallada.

Adriana partió y Mateo continuó parado, inmóvil, en el centro de la habitación, contemplando con amor a su hijita de un mes, la cual dormía pacíficamente en su cunita. A continuación se sentó

en su mecedora, tratando de calmarse.

Mateo sabía quién había escrito esa carta. Era Patricia, por supuesto, la mejor amiga de María-Inés. Desde un comienzo ella se había opuesto a su decisión de criar él solo a su hija y sublevó a todo el pueblo contra él. Cada vez que pasaba por la plaza con su hija en el cochecito que compró con sus mejores ahorros, las jóvenes madres emitían frases de crítica. —La niña se va a resfriar. —Hace calor, ella transpira con tanta ropa. —Las críticas eran tan frecuentes que él desistió de pasear por la plaza.

Él solamente cumplía el sagrado juramento que le había hecho a su mujer en su lecho de muerte y no podía comprender tal maldad de alma. Tal vez las madres jóvenes se sentían amenazadas al ver que él era capaz de criar a su hija al igual que ellas. Él cometió un grave error al llevar a la pequeña a casa de Patricia en busca de ayuda. Jamás volvería a pedir ayuda a nadie del pueblo.

El padre Tomás no era mejor que ellas. Incluso en el sagrado día del bautismo de su hija, cuando la llamó María-Inés en nombre de su difunta esposa, el cura continuó con sus esfuerzos de convencerlo para entregarla, contándole de una pareja estéril que deseaba adoptar a la niña.

Mateo paseó la vista alrededor de su pequeña casa de piedra y ladrillos de adobe, en el corazón del pueblecito de los mineros de cobre. Solo había transcurrido un año desde que trajo a ella a su flamante esposa. Cada objeto dentro de esa casa le recordaba a su amada. El sofá que compraron juntos, las cortinas que ella había cosido, la alfombra que tejió cuando ya le era difícil moverse. Él trabajaba largas jornadas, bajando con su camión al cráter abierto de la mina, absorbiendo durante horas el polvo para construirle a su familia un buen futuro. Y en una noche invernal y oscura lo perdió todo, y solo le quedó su niña.

Se sentía como un leproso en su pueblo. Nadie llegaba a su puerta con excepción de Yolanda, que cuidaba a la niña durante su jornada de trabajo. Por ese motivo incluso llegó a pesar en la posibilidad de abandonar Likanantai y retornar con su hija a su pueblo natal, en el lejano sur, y volver a ser un pescador, como lo habían sido antes de él su padre y su abuelo.

Pero sus días de pescador habían terminado. Él es ahora un minero, trabajando en la mayor mina de cobre abierta del mundo. Cada mañana, al llegar con su camión y ver la inmensa herida abierta en la tierra del desierto, en la cual los grandes camiones se veían como hormigas a lo largo de los senderos que serpentean las laderas, su alma se llena de orgullo por sentirse parte de esa maravilla.

Él pertenece a este lugar, a la árida tierra de este desierto en el cual no llueve casi nunca y que está tan alto que parecería que basta con alargar la mano para tocar a Dios, y las cumbres aún más altas lo rodean como marcos. Nadie lo obligará a abandonar su hogar.

## **PRIMERA PARTE**

### Likanantai, noviembre de 1956.

Mateo supo de inmediato que la llamada telefónica en el aparato que acababa de instalar en su casa se relacionaba con problemas en la mina, ya que él casi no recibía llamadas. María-Inés, Inesita como la llamaba cariñosamente, que tenía ya año y medio, estaba sentada en el suelo, construyendo unas torres con sus bloques multicolores para destruirlas al momento siguiente.

—¡Mateo, le hablo de la oficina! ¡Una de las grúas se desprendió y alguien quedó atrapado debajo! ¡Necesitamos su ayuda! —le habló con urgencia una voz femenina y desconocida. La situación debía de ser muy seria si lo molestaban en un domingo. Y él tenía la obligación moral de ayudar a sus compañeros. Solo la camaradería de ellos, opuesta a la animosidad que le demostraron las mujeres del pueblo, había hecho su vida llevadera desde el nacimiento de su hija.

Mateo se convenció de los sentimientos de amistad que sus compañeros le profesaban el día que Inesita dijo con su media lengua la palabra “papá. —Después que le prometió a su difunta esposa que también le enseñaría a decir “mamá —Mateo vio, con pena, que con excepción de Yolanda no contaba en todo el pueblo con un alma con el cual compartir su alegría y su orgullo. Por lo tanto, partió hacia su trabajo como todos los días. Pero al llegar a la mina, ya no se pudo contener más. Agitando los brazos en el aire, comenzó una carrera desenfrenada hacia el fondo, con sus largas piernas, gritando a todo pulmón: —¡Dijo papá!

Para su sorpresa, recibió varias palmadas en el hombro. Sus compañeros rieron con él, y comenzaron a llamarlo en broma 'mamacita'. —¡Mamacita, trae el camión! —¡Mamacita, haz andar la máquina! —Alguien le preguntó que si estaba embarazado, a lo cual él respondió con su propia broma: —¡Sí, y esta vez será un hombrecito que les enseñará a respetar a su papá! —Sus compañeros lo mandaron de vuelta a su hogar a pasar el resto del día con su hija, repartiéndose su trabajo entre ellos. Y ahora lo necesitaban. Sin titubear, sentó a Inesita en su cochecito y partió a casa de Yolanda, que se prestó gustosa a cuidarla.

La oficina estaba a oscuras. Seguramente están todos abajo, al fondo del cráter, tratando de ayudar al que está atrapado, pensó. Pero al llegar al fondo, encontró a Ramón, a Andrés y al resto del equipo de trabajo de fin de semana ocupados con calma en sus menesteres. Ellos lo miraron con extrañeza.

—¿Mamacita, qué haces por acá?

—Me llamaron a ayudar, ¿quién está atrapado?

—¿De qué estás hablando, Mateo?

Solo en ese momento se percató de que todas las maquinarias trabajaban en perfecto orden, sin deterioro alguno. —Te han hecho una broma, Mateo —rieron sus compañeros.

Pero Mateo no veía la gracia. Hasta dónde puede llegar la maldad de esas mujeres para impedirle gozar su único día libre con su hija, pensó preso de ira. Y esa falsa alarma también trastornó el único día de descanso de Yolanda. Decidió recompensar a su hija con otro paseo a la plaza. Yolanda estaba sentada en el umbral de su casita, tejiendo plácidamente.

—Has vuelto rápido. Inesita probablemente aún no ha llegado a casa del cura. —le dijo.

—¿Qué dices, Yolanda? —preguntó, buscando a su hija con la mirada. —¿Dónde está Inesita?

—Mateo, tú me escribiste en tu nota que entregara la niña a la monja Carmelita. —respondió Yolanda.

—¡No te he escrito nada! —dijo Mateo, sintiendo que un sudor frío le corría por la espalda.

—Pero Mateo, esa era tu letra. ¡Yo la conozco! —protestó Yolanda, con una voz que traicionaba su temor.

En todos sus veinticuatro años de vida, nunca sintió Mateo impulsos homicidas como en aquel momento. El maldito cura consiguió sus propósitos con engaños y con la ayuda de una de las mujeres del pueblo. Mateo corrió a la plaza del pueblo. Llegó en unos segundos a casa del cura, una humilde casucha a la sombra de la iglesia que dominaba la plaza, y comenzó a golpear la puerta con los puños. —¡Ábreme o rompo la puerta! —vociferó, continuando sus golpes, hasta que oyó pasos dentro de la casa. Sin la sotana y el gorro y vestido de pantalones tejanos y camiseta, el padre Tomás parecía un adolescente.

—¿Qué pasó, hijo, en qué puedo servirte? —preguntó. Mateo lo empujó con tal fuerza que el cura tropezó con la pared del fondo.

—¿Qué hiciste con ella, dónde la escondiste? ¡Devuélveme de inmediato a Inesita! —gritó.

—Mateo, ¿de qué me estás hablando?

Preso de locura, Mateo comenzó a explorar cada habitación, abriendo cada armario y cada cajón, mirando debajo de la cama. No había muchos escondites en la pequeña casa. El terror comenzó a apoderarse de él de forma gradual, lo que contribuyó a aumentar su ira. Y él, que nunca había levantado la mano con violencia hacia ningún ser viviente, cogió al cura por el cuello y comenzó a zarandearlo. —¡Me dices ahora mismo a dónde mandaste a la monja con mi hija o te mato! —Los ojos del cura amenazaban con salirse de sus órbitas al comenzar a ahogarse.

Al oír los gritos, unos hombres que gozaban de un domingo en la plaza con sus familias se precipitaron a entrar. Unas manos tomaron a Mateo de los hombros, lo separaron de su presa y lo sacaron a la plaza, en la cual estaban casi todos los habitantes del pueblo.

Mateo observó el mar de rostros que lo rodeaban. Las mujeres que no sabían practicar la compasión cristiana y solo lo habían criticado en vez de ofrecerle ayuda, habían conseguido arrancarle lo único que daba sentido a su vida. Cayó de rodillas en el centro de la plaza, y las lágrimas contenidas durante todo el tiempo transcurrido desde que perdió a su amada esposa por fin pudieron derramarse por sus mejillas.

\*\*\*

Patricia contempló al hombre que lloraba a sus pies. Ese era el hombre que se aisló de todos y evitó que aquellos que amaban a María-Inés se acercasen a su hija. Mas ella misma había provocado ese aislamiento, pensó llena de remordimiento. Estaba avergonzada por la manera como había intentado arrancar a la pequeña de sus brazos, sin pensar que era lo único que le quedaba de su amada esposa. Mateo reaccionó de la misma manera que ella hubiese reaccionado si la hubiesen amenazado con quitarle a Flor. Y Patricia comprendió de inmediato su agonía. Con el corazón sangrando por la niña sin madre, quiso ofrecerle su ayuda y su apoyo, pero ya era demasiado tarde. La animosidad reflejada en los ojos de Mateo la detuvo.

Buscando la forma de ayudarlo, Patricia salió corriendo a buscar a Yolanda, que se prestó de

inmediato a ayudar, llegando a los pocos minutos a casa de Mateo. Yolanda respetó la petición de Patricia de no revelar quién la había mandado a llamar. Tampoco le reveló a Mateo que los preciosos regalos que solía traerle a Inesita, bajo pretexto de que sus propios hijos ya no los necesitaban, los había comprado Patricia.

Docenas de veces Patricia se aventuró a las puertas de Mateo para implorar perdón. Pero cada vez se detuvo sin arriesgarse a golpear la puerta. Le era imposible olvidar la mirada de sus ojos cuando trató de quitarle a la niña recién nacida. Y junto con todos los habitantes del pueblo, debió conformarse con contemplar de lejos al hombre que cumplía las funciones de padre y de madre, y su admiración por él aumentó día a día.

Al principio, algunas de las madres jóvenes trataron de incluirlo en sus paseos y sus conversaciones, así como darle algunos consejos bien intencionados. Pero estos siempre eran repudiados de mala gana.

La noche en que Mateo se presentó en su casa con la niña enferma en brazos, Patricia creyó que por fin había caído el muro interpuesto entre ellos. Por primera vez, ella tuvo el placer de estrechar en sus brazos a la hija de María-Inés, y se compadeció tanto del sufriente padre que le dijo: —Mateo, puedes volver a tu casa. Yo la cuidaré. —Por supuesto, él se quedó.

Ella ansiaba abrazar a la niña un poco más. Pero apenas le bajó la fiebre, Mateo se la llevó. Al día siguiente se presentó en el umbral de su puerta con palabras de agradecimiento desabridas, alejándose antes que Patricia alcanzara a reaccionar.

Una semana después, cuando apenas comenzaba a anochecer, Patricia vio entrar a casa de Mateo a una mujer desconocida, delgada y bajita, vestida con conservadora elegancia. Su primera reacción fue ofenderse en nombre de su difunta amiga. Tan rápido le encontró un reemplazo, pensó enojada. Pero se vio obligada a calmarse. Tal vez la mujer sería una buena madre para Inesita. Esa mujer no apareció más, pero desde esa noche Mateo se aisló aún más de todos.

Los regalos que Patricia compraba seguían apareciendo, pero Mateo, ciego a lo que sucedía a su alrededor, jamás se preguntó cómo Yolanda, una viuda que vivía con estrechez, podía permitirse comprar esas ropitas tan costosas que ya llenaban el ropero de Inesita. Y Patricia debió conformarse con momentos robados para tomarla en sus brazos, mimarla y sentarla a jugar con Flor.

Hacia solo un rato lo había visto irrumpir en la casa del cura, y ahora él estaba de rodillas a sus pies, derramando amargas lágrimas. Llena de compasión, se arrodilló a su lado, abrazando sus hombros y le dijo las palabras que desde un año atrás deseaba expresar. —Mateo, todos estamos aquí para ti.

Al escuchar las sorprendentes palabras, Mateo se irguió. Por primera vez vio la admiración y la preocupación reflejadas en los ojos de todos. Y en ese momento, como un rayo, le golpeó la revelación. Toda la enemistad y el rechazo que creía ver en ojos de los demás eran solamente el reflejo de la animosidad que él sentía hacia ellos.

Avergonzado, Mateo le permitió a Patricia ayudarlo a incorporarse y sentarlo en el banco de piedra que estaba en el centro de la plaza, a la sombra del gran roble añoso, bajo el cual Inesita dio sus primeros pasos. En ese mismo momento llegó Yolanda, jadeante, a la plaza. —¿Dónde está la monja con la niña? ¿En su casa, padre? —preguntó en forma entrecortada. Un atónito silencio sucedió a sus palabras. Solo después de varios intentos, Yolanda consiguió expresarse en forma coordinada y así se enteró el pueblo de Likanantai que la hija de Mateo Sánchez había

desaparecido, raptada por una monja.

El padre Tomás, aún vestido con camiseta y tejanos, se dio la vuelta sin decir una palabra y entró en su casa. Nadie se movió y nadie dijo nada. En la plaza solo se oían los entrecortados sollozos del infortunado padre.

De pronto, se abrió la puerta principal de la iglesia. En el umbral apareció el padre Tomás, vestido con la sotana y el gorro, cargando a sus hombros la gran cruz de madera que había detrás del altar, en la cual estaba crucificada la imagen de Jesús, con la corona de espinas sobre su cabeza. Esa cruz era sacada de la iglesia solamente en las festividades más sagradas. Agobiado bajo el peso, el padre Tomás bajó los escalones hasta que llegó al banco en el cual se encontraba Mateo. Se arrodilló y depositó la cruz entre los dos.

—¡Mateo, hijo! —retumbó su voz en el silencio. —¡En presencia de nuestro Señor, que dio la vida por nosotros, te juro que no tengo ninguna parte en la desaparición de tu hija!

Al escuchar la voz y ver al Señor en la cruz, Mateo sintió que la nube que enturbiaba su alma se desvanecía por fin.

El padre Tomás condujo al doliente Mateo a su casa, a la cual él había irrumpido solo unos minutos antes con tanta violencia. Depositó en sus manos un vasito de brandy. —Tómalo con lentitud, Mateo —le dijo—. Te ayudará.

Mateo, que desde el nacimiento de su hija se abstenía por completo del consumo de alcohol, cedió por una vez y sintió cómo después de algunos traguitos su cuerpo helado se calentaba y las manos cesaban de temblar. —¡Salgo a buscar a mi hija! —se levantó de un salto, derramando el vaso que se hizo añicos en el suelo. —¡Iré al convento y encontraré a la maldita monja! ¡Si hace falta, derribaré las puertas!

—Espera, Mateo. Primero telefonearé. —pidió el padre Tomás. Pero después que cortó la llamada, durante la cual exigió con voz sorprendentemente autoritaria hablar con la madre superiora, meneó la cabeza. —Mateo, ninguna de las monjas abandonó hoy el convento, y nadie llevó allá una niña. Pero la madre superiora me prometió que buscarán a fondo—. No había muchas esperanzas en su voz.

Mateo salió a la plaza, gritando: —¡Yo buscaré a Inesita por todo el pueblo!

—¡Todos la buscaremos! —exclamó Patricia, que esperaba en la plaza que aún estaba llena. —¡Vamos a buscar a la hija de Mateo! ¡Busquen a una monja! —gritó. Todos se esparcieron, recorriendo las calles y entrando a las casas. Incluso llegaron a la iglesia, buscando dentro de los confesionarios y debajo del altar, sin ningún resultado. No dejaron piedra sin revolver, pero todo fue inútil. Uno después del otro, volvieron a la plaza con las manos vacías.

Mateo se desplomó en el banco. Manos generosas le trajeron agua, voces llenas de compasión le susurraron palabras de aliento. Pero después del año y medio de ostracismo, él encontraba difícil sentirse el centro de la atención. Todo su anhelo en esos momentos era quedar solo con su quebranto.

De repente se oyó, entre el ruido de las voces, el grito. —¡Los gitanos! ¡Seguro que fueron ellos! ¡Vamos a aprehenderlos! —Frustrados por la inútil búsqueda e incitados por el alcohol, algunos de los hombres que se encontraban en la plaza comenzaron a correr hacia las afueras del pueblo, donde algunas familias de gitanos habían encontrado refugio en unas abandonadas casuchas. Esas familias se ocupaban del comercio de chucherías, y los varones jóvenes trabajaban de forma temporal en la mina. En su apariencia, en su ropa y en su hablar eran diferentes a los

habitantes de Likanantai, y los últimos los culpaban de cada cosa mala que sucedía.

De inmediato, Mateo salió de su estupor y saltó a contenerlos. —¡Quédense aquí, yo iré! ¡Es mi hija! —Pero ellos estaban más allá de toda lógica y solo buscaban darle cauce a su frustración, sin acordarse de qué la había provocado. Ya habían olvidado a la hija de Mateo.

En ese momento se oyeron herraduras de caballos, y seis gitanos jóvenes, vestidos con botas y sombreros y montados en hermosos y rápidos caballos, entraron a la plaza como salidos de una leyenda. El mayor de ellos, que se llamaba Sergio, habló con voz llena de energía, con su pesado acento. —¡Escuchamos que falta una niña! ¡Queremos ayudar! ¡Nuestros caballos son rápidos! — Los gitanos bajaron de sus caballos y los ataron al árbol, para delicia de los niños, y entraron al bar de don Paco, en el lado opuesto de la plaza, procediendo a llenarse de vino tinto junto a los varones embriagados que solo hacía unos momentos estaban dispuestos a atacarlos.

Las madres, que estrechaban a sus hijos hasta el dolor, se acercaron a Mateo con palabras de aliento y de amistad. Nunca había recibido él tantas invitaciones a casas de sus vecinos. Pero aún le quemaba el alma el recuerdo de la humillación que sintió aquella noche en que Adriana, la trabajadora social, llegó a su casa siguiendo la carta que tal vez escribió una de sus vecinas. Esa noche, Adriana revolvió su casa y lo llenó de preguntas embarazosas e íntimas que ponían en duda su capacidad de padre.

—Mateo, ¡llegó la hora de llamar a la policía! —dijo el padre Tomás. El alma de Mateo se oponía profundamente a involucrar a las autoridades. Él temía que nuevamente sería acusado de descuido hacia su niña. Pero el padre Tomás tenía razón. Mientras aún titubeaba, sonó el teléfono de dentro de la casa del cura y este corrió a contestar.

—Era la madre superiora. —le informó. —Ella tomó muy en serio la desaparición de la niña e interrogó a todas las monjas. Han efectuado una búsqueda completa entre las niñas que ellas crían. Inesita no se encuentra entre ellas. Mateo. Tengo completa fe en su integridad. —agregó al ver su dudosa expresión. —Pero la madre superiora recordó algo. —prosiguió. —Hace una semana, Sor Benedicta, la encargada de la lavandería, le informó que faltaba un atuendo completo de monja, el vestido, la toca y el velo. Las contó una y otra vez. Ellas viven con frugalidad y cada monja dispone solo de dos vestimentas. La vestimenta que faltaba no se encontró.

—¡Jesús y María! —exclamó de pronto Yolanda, que no se apartaba del lado de Mateo. —¡He estado tratando de recordar qué me parecía tan extraño en la monja que se llevó a Inesita! ¡Ahora me es claro! ¡La vestimenta era demasiado larga para ella, yo temía que tropezaría con la falda e Inesita se le caería de las manos! ¡Y todo el tiempo se arreglaba la toca, como si no estuviera acostumbrada a llevarla!

Mientras trataban de digerir la información, doña Sara, la dueña del almacén de comestibles del pueblo, irrumpió en la casa. —¡Escuché que alguien telefoneó a Mateo para alejarlo de su casa! —dijo, excitada. —Y exactamente a la misma hora, llegó a mi negocio una joven bajita y esbelta en una camioneta azul y pidió telefonear desde el almacén. Después entró a los servicios. Llevaba un gran bolso negro. No la vi al salir, los domingos estamos muy ocupados, y cuando miré hacia afuera ya no estaba.

Mateo se levantó, preso de un nuevo brote de energía. —¡Salgo a buscarla! —gritó, ya incapaz de soportar la inactividad mientras su hijita se encuentra Dios sabe dónde.

—¡No estamos seguros que fue esa mujer! ¡Deja que la policía la busque! —trató de calmarlo el cura. Pero Mateo estaba ya más allá de la razón. Salió de casa del cura y de varias zancadas

llegó a su camión.

Pero ya dentro de él, quedó indeciso. Tres caminos distintos salían de Likanantai. Uno de ellos recorría la corta distancia a la mina, el segundo iba a Costa Marrón, la ciudad más próxima; y el tercero se adentraba en las profundidades del desierto. Por su cabeza pasaron cuadros pavorosos de su hijita al fondo del inmenso cráter con sus monstruosas máquinas, o pérdida en el inmenso desierto, con las fieras salvajes que pululaban allí en la noche. No podía alejar de sus pensamientos a Inesita llamando a su papá o Inesita temblando de frío y de miedo, presa del hambre y de la sed.

—¡Mateo, ya he informado a la policía de Costa Marrón! ¡Ellos tienen ya a todas sus fuerzas buscando a la mujer con la camioneta azul! —informó el padre Tomás, que llegó jadeante a su lado. —Ya han pasado varias horas, mas esperamos que esa mujer no haya alcanzado a alejarse demasiado!

Exhausto, Mateo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. A esa hora ella estaba acostumbrada a recibir su cena. Él le preparaba una cazuela, y siempre le molía la carne y las verduras que sus dienteitos no podían desmenuzar. Después se sentaban juntos en la mecedora, y él le leía cuentos del libro con los hermosos dibujos. Su cuento preferido era Blanca Nieves y los siete enanitos. A ella le asustaba la oscuridad y él siempre dejaba una lucecita en su cuarto.

Caía ya la noche. Todos los habitantes ya estaban con sus hijos en la seguridad de sus hogares. En las desoladas calles, Mateo y el padre Tomás rehicieron el camino de vuelta a la plaza. Solo los ladridos de los perros vagabundos quebraban el silencio.

De pronto se oyó un ruido de motor. Frente a sus ojos apareció una camioneta azul, que se detuvo ante la casa del cura. Se abrió la portezuela del chofer y de ella salió una mujer joven, bajita y esbelta.

## 2

La mujer comenzó a acercarse a Mateo, al tiempo que decía algo. Mas él, sin mirarla, cubrió con la rapidez del rayo la distancia que lo separaba de la camioneta, abrió de golpe la puerta e inspeccionó su interior. Al no encontrar nada, entró al vehículo y buscó en todas partes, debajo de los asientos, en el compartimiento de atrás, llamando durante todo el tiempo: —¡Inesita, soy papá! ¡Inesita, soy papá!

Sus movimientos fueron haciéndose cada vez más lentos. Al final, bajó de la camioneta, se sentó en las gradas de ella y escondió la cabeza entre las manos, susurrando “Inesita, Inesita — hasta que se le quebró la voz.

—¡Mateo, escúchame! —le dijo la mujer.

El padre Tomás la asió del brazo. —¡Es su hija! En vez de hablar, ¡pide perdón a Jesús por lo que has hecho!

En ese momento, Mateo advirtió la presencia de la mujer y se precipitó a salvar la distancia que lo separaba de ella. Antes que el padre Tomás alcanzara a reaccionar, sus poderosas manos de minero se extendieron, listas para coger su cuello.

—¡Mateo, escucha, es importante! —dijo la mujer, que a pesar de que su cabeza alcanzaba solo al pecho de él, no demostraba ningún miedo. Mateo la interrumpió, expresando con su voz toda su frustración y su furia.

—¡Maldita bruja, si no me dices ahora mismo a dónde llevaste a mi hija, te rompo el cuello! — Pero él sabía que sus amenazas carecían de fundamento. Sus manos eran incapaces de tomar una vida.

—¿Ustedes creyeron que yo tomé a tu hija? —preguntó la mujer con incredulidad.

—¡Estuviste en el pueblo, telefoneaste desde el almacén! ¿Cuáles eran tus intenciones? — exclamó el padre Tomás, dándose cuenta, a medida de que hablaba, cuán débiles eran sus sospechas.

—¡Llamé a Mateo para prevenirlo! ¡Y también golpeé a la puerta de su casa, pero era ya demasiado tarde! ¡Él ya había salido! —Atónito, Mateo dio un paso atrás. —Mateo, ¿no me reconoces? —se apresuró a preguntar. Los dos se encontraban ahora bajo la luz de uno de los faroles de la plaza.

La suave voz de la mujer transportó a Mateo al pasado. —¡La trabajadora social!

—¡Así es, Mateo! ¡Soy Adriana Paz!

Mateo recordó. Él, sentado en la mecedora, Inesita en sus brazos. El golpe a la puerta, la denuncia anónima, la búsqueda por toda su casa. Y él con la cabeza agachada de vergüenza, obligado a responder preguntas de tipo íntimo. Si acostumbra pasearse desnudo en presencia de la niña, o si traía mujeres a su casa. Le había parecido entonces que la joven trataba de flirtear con él, incitándolo sexualmente. Al darle en la mejilla el beso de despedida, apretó su cuerpo al suyo, y para su gran consternación, su cuerpo hambriento reaccionó con un deseo que no sentía desde que perdió a su esposa. Aún ahora, en tiempo de desesperación, se sentía atraído por ella. Pero Mateo desechó de inmediato esos pensamientos.

—Mateo, ¡vengo a llevarte a rescatar a tu hija! —exclamó Adriana, desesperada ante los dos testarudos hombres. —¡He estado tratando de impedirle a esa mujer que se la llevara! Desgraciadamente, ella se me adelantó. Pero, Mateo... —continuó antes de que la interrumpieran. —¡Te puedo asegurar que no tiene ninguna intención de dañarla! ¡Pero no debemos perder ni un minuto!

El apremio que había en su voz penetró por fin a través de su coraza. Mateo contempló a la mujer que tenía frente a sí. Sintió cómo la ira y la duda se iban desvaneciendo y en su lugar llegaban la fe y la esperanza.

\*\*\*

—Hace ya más de un año que dedico todo mi tiempo a encontrar a quien escribió la carta de denuncia contra ti. —informó Adriana, mientras manejaba con cuidado por los caminos polvorientos del desierto. —Comencé a sospechar después de comprobar con mis propios ojos cuán carente de fundamento era esa denuncia. Mi corazón me presagiaba que algo así podía suceder, pero nadie me creyó. Aun así traté de seguirle los pasos, pero ella es muy astuta y siempre se me adelantaba.

—¿Quién es? —preguntó Mateo, sentado a su lado. A través de la ventanilla se veía el cielo despejado, bordado de miríadas de estrellas que eran como un manto sobre las altísimas cumbres que los rodeaban y que sus contornos se veían con claridad en la clara noche del puro y enrarecido aire de las alturas.

—Se llama Marina Arroyo. —respondió Adriana. —Es oriunda de San Gabriel, en el sur. Hace cinco años ella perdió a su hijita en el gran terremoto que azotó la zona. La niña, que tenía un año de edad, fue arrancada de sus brazos por la violencia del temblor y cayó a un profundo barranco—. Movié la cabeza con pena. Mas Mateo no encontraba en su corazón ninguna compasión hacia la mujer que le arrebató a su hija.

—¿A dónde me llevas? —preguntó, mirando por la ventanilla el desconocido paisaje y sintiendo que renacía su desconfianza.

—Ella encontró el lugar más recóndito y aislado posible para esconderse junto con tu hija. Yo tenía mis sospechas; por lo tanto, después de telefonar a tu casa e ir a tu puerta, salí de Likanantai y me apresuré a viajar a ese lugar para confirmarlas. Pasé por allí, vi la camioneta marrón de ella y oí una vocecita que decía 'papá'.

—¡Es Inesita! —exclamó Mateo, sintiendo que el corazón le rebosaba. Adriana posó su mano sobre la pierna de él, con el propósito de manifestarle su comprensión. Pero al sentir el fuego que emanaba de su cuerpo, la retiró de inmediato. Avergonzado, Mateo se alejó de ella todo lo que la cabina de la camioneta lo permitía. Así continuaron su camino, en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Adriana recordaba su presentimiento de que la carta era el producto de una mente enferma. Pero al pasar las semanas sin que se recibiera otra carta igual, recibió de sus superiores la orden de olvidarla.

A pesar de todo, su corazón le instaba a seguir buscando el origen de la carta. Desobedeciendo las órdenes, comenzó a efectuar un trabajo de detective. La marca del correo era de Likanantai, el pueblo de los mineros. Al ir allí descubrió que la carta fue escrita en una de las máquinas de escribir de la oficina de la mina. Estaba impresa en forma limpia y profesional y se notaba que era

producto de una persona educada.

Una de las secretarias de la mina recordaba a una mujer que trabajó allí un corto tiempo. Se llamaba Marina Arroyo, tenía unos cuarenta años, era trabajadora y culta, pero, según la secretaria, había algo extraño en sus ojos. Las sospechas de Adriana aumentaron al oír que un mes después de haberse recibido la carta con la denuncia, Marina desapareció sin dejar rastros.

Adriana se comunicó por teléfono con el ex marido de Marina, que continuaba viviendo en el sur, y su conversación con él incrementó su inquietud.

El hombre, que se había casado nuevamente y había rehecho su vida, le contó que después de la tragedia Marina comenzó a perder el contacto con la realidad. Le hablaba a un montón de frazadas, llamándolas Mimi, el nombre de su hija, y les cantaba canciones y les servía comida. Cada ruido la impulsaba a tomar las frazadas en sus brazos y correr con ellas a la calle. En una oportunidad, él debió impedirle a la fuerza levantar a una niña pequeña de su cochecito durante los segundos en que su madre apartó la vista. En esos momentos comprendió que Marina necesitaba ayuda e hizo lo posible para convencerla de someterse a un tratamiento. Pero ella se negó y él, incapaz de seguir a su lado, se separó de ella.

Marina decidió alejarse del epicentro de los terremotos y se trasladó al norte, y el marido respiró con alivio. Pero Adriana sintió en su voz los remordimientos por haber abandonado a su suerte a una mujer enferma. Él le repitió varias veces que se ocupó de todas sus necesidades materiales y subrayó que Marina nunca dio señales de violencia hacia ningún ser viviente.

Adriana ya estaba convencida de que Marina, en su alma herida, veía en Inesita a su Mimi. Pidió permiso a sus superiores para advertir a Mateo, y ellos, temerosos de provocar pánico, se lo prohibieron. Estaban convencidos que esa carta era una broma. Se dirigió a la policía, con el mismo resultado. Y al saberse en su oficina que se había dirigido a la policía, fue despedida.

A pesar de que sus pocos ahorros se le iban terminando, Adriana no cesó de sus esfuerzos para encontrar a Marina. Pero era como si la locura agudizó los sentidos de la mujer y la convirtió en una manipuladora genial. Por lo tanto, Adriana trató de pensar como ella. Comenzó a recorrer las tiendas de niños de Costa Marrón e incluso de Las Palomas, la ciudad más importante de la región, que quedaba a una media hora de viaje. En una de las tiendas se enteró de que una mujer que manejaba una camioneta marrón había adquirido una cunita, ropita y juguetes de niña, diciendo que era para su hija Mimi. En otra tienda, la mujer había comprado diversos artículos para el hogar, entre ellos una gran cantidad de velas. Para Adriana todo eso constituía una prueba contundente, y comenzó a buscar lugares de escondite en los cuales Marina se pudiera estar preparando.

Fue un viejo minero quien le contó de las cabañas que les habían servido de vivienda a los pioneros de la mina antes de construirse Likanantai. Estaban en las profundidades del desierto y hacía ya años que habían sido abandonadas. En ese mismo momento, Adriana decidió advertir a Mateo del peligro. Desgraciadamente, llegó demasiado tarde para impedir que Inesita fuera raptada.

Y ahora ella corría en su camioneta azul, con el hombre que con su desordenada melena negra y su fuerte cuerpo de minero hacía ya más de un año llenaba sus fantasías, para devolverle a su hija.

\*\*\*

Marina estaba sentada en su mecedora, atenta a la respiración de su hijita, que dormía

pacíficamente en la cunita. Todo sucedió mejor de lo que esperaba. Cuando llegó a Likanantai, ella solo quería olvidar el terrible momento en el cual la fuerza bestial le arrancó de sus brazos a su hijita y la tierra abrió sus fauces para tragársela. Pero el recuerdo no se apartaba de ella, hasta que escuchó en la oficina de la mina sobre el joven viudo que criaba solo a su hija.

Ella supo de inmediato que la pequeña era su Mimi y que la tierra se la devolvía. Y decidió que la sujetaría con tal fuerza que nada ni nadie se la arrancaría nuevamente.

Planeó sus pasos con cuidado. Mandó una carta anónima llena de descripciones aterradoras sobre una bebé que vivía malnutrida y sumida en la suciedad. Estaba completamente segura de que las autoridades retirarían a la criatura de casa de su padre, y a su debido tiempo Marina se ofrecería a adoptarla.

Mas pasó el tiempo y eso no sucedió. La maldita trabajadora social se rehusó a quitarle la niña a ese padre que no era digno de criarla. Por lo tanto, se vio obligada a pensar en otra forma de conseguir a su Mimi. No fue fácil. Le parecía que la visitadora social estaba siguiéndola por todas partes.

Después de varias incursiones por el desierto en búsqueda del lugar perfecto, encontró las cabañas ya medio destruidas que se erguían en un semicírculo alrededor del pozo, del cual aún se podía extraer agua, y al borde de un profundo abismo formado por la corrosión de un río, seco ya hacía siglos. Supo de inmediato que era el lugar perfecto. Hacía ya años que nadie pasaba por allí.

Se afanó durante meses. Escogió la última de las cabañas, la limpió y la pintó de alegres colores e instaló una bomba para sacar agua del pozo. Compró la camita con conejitos multicolores dibujados y una frazada de remiendos, que eran una réplica exacta de los de su Mimi. Compró en distintos negocios los enseres de casa. Pero para su desmayo, le parecía que esa maldita mujer le pisaba los talones en cada lugar. Incluso tuvo que esconderse una vez detrás de su camioneta.

Una semana atrás se presentó en el convento de las monjas Carmelitas, situado en el camino entre Costa Marrón y Las Palomas, dándoles un nombre falso. Se entrevistó con la madre superiora, entregándole una generosa donación. Pidió ver todas las instalaciones y, en un momento de descuido de las monjas, le fue muy fácil introducir una de las vestimentas en su bolso.

Un día domingo, en que sabía que la oficina de la mina estaría desierta, se introdujo en ella usando la llave que recibió al comenzar a trabajar allí y que nunca se molestó en devolver, diciendo que la había perdido. De allí telefoneó a Mateo. Los conocimientos que adquirió durante el tiempo que trabajó allí la ayudaron a hablar de forma convincente. Ella sabía que Mateo no se negaría a ayudar.

Le fue sumamente fácil falsificar la letra de Mateo en la nota que escribió. Solo tuvo que copiarla de una antigua factura escrita por él. Y la mujer que cuidaba a la niña fue tan crédula. En ningún momento dudó de la palabra de la novia del Señor.

Y ahora su hijita adorada yace en la cama con los conejos, y Marina ya puede reclinarsse en su mecedora y gozar de su mate. Marina miró a través de la ventana. El cielo, despejado y hermosísimo, es tan distinto al cielo del sur, que siempre está encapotado. Ellas serán felices aquí, lejos de todos, lejos de los terremotos. Solo Mimi y Marina, su madre.

Pero parecía que Mimi ya olvidó a su madre. Al alejarse de casa de la mujer con ella en brazos, lloró, dio puntapiés y trató de bajarse. Y al llegar a su nuevo hogar, se negó a probar la

sopita que Mimi tanto amaba y trató de salir de su cama, llamando todo el tiempo: —¡Papá, papá! —También había cambiado de aspecto. Su cabellera ahora era negra y lisa. Habían desaparecido los rizos claros de su infancia. Marina la sentó en su regazo, le cantó las canciones que ella más amaba y la meció hasta que se durmió, exhausta. Muy pronto recordará la palabra 'mamá' y olvidará decir 'papá'.

De improviso, el silencio fue profanado y el desierto se iluminó. Marina miró a través de la ventana, tratando de distinguir algo en la noche. Vio los faros de un automóvil que se acercaba. No, no puede ser, pensó al distinguir la camioneta azul. Presa del pánico y con una gran decisión, saltó de su lugar y arrancó de su camita a su Mimi, envuelta en su frazada de retazos, y salió corriendo con ella en brazos.

\*\*\*

La camioneta se detuvo y Adriana apagó el motor. Ante ellos se levantaba la silueta de un semicírculo de cabañas en diferentes grados de destrucción. Una débil luz salía de la ventana de la última de ellas. Ante sus ojos apareció la forma de una mujer que sostenía entre sus brazos un bulto y corría hacia el abismo.

—Nos ha visto. —susurró Adriana, mientras empujaba a Mateo a las sombras de entre las casuchas. —Escóndete. Es imposible predecir qué es capaz de hacer.

—¡Le retorceré el cuello! —exclamó él.

—¿Y qué harás si tiene un arma escondida en el cuerpo? Con esa túnica larga que lleva, no podemos saber. Mateo, si quieres volver a ver a tu hija sana y salva, espera aquí y no te muevas hasta que te llame.

Algo en el tono de su voz incitó a Mateo a obedecer.

Adriana salió de entre las sombras y se acercó con pasos medidos a Marina, que ya estaba a pasos del abismo. —¡Buenas noches, Marina! —dijo con voz tranquila y amistosa. —Que hermosa noche, ¿verdad?

—¡Mimi es mía! ¡Quédate donde estás o nos lanzamos las dos al abismo!

Adriana se detuvo. Era la primera vez que estaba frente a frente con Marina y se asombró al ver lo hermosa que era. Su largo y negro cabello servía de marco a su rostro de madona. Solo sus febriles ojos reflejaban su locura.

El bulto envuelto en la frazada comenzó a revolverse e Inesita golpeó con sus puñitos el pecho de Marina. —¡Papá, papá! —llamó. Adriana rezó silenciosamente para que él se contuviera y se quedara en su escondite.

Marina sujetó con fuerza a la niña. Que no tropiece, pensó Adriana. Y con voz suave y llena de admiración dijo: —¡Que hermosa es tu niña! ¿Se llama Mimi, verdad?

Al oír las inesperadas palabras, las defensas de Marina comenzaron a resquebrajarse.

—¿Marina, por qué huyes? ¡Hace meses que te estoy buscando! ¡Hemos decidido entregarte a la niña! Su padre no es digno de ella y tú serás una madre maravillosa. —sonrió, agitando en el aire unos papeles que sacó de su bolso. —Mira, aquí te traigo todos los papeles para la adopción. Solo debes firmarlos y la niña será tuya.

Marina la observó fijamente, sintiendo que la invadían las dudas.

—He estado luchando para que te entreguen a la pequeña. —continuó Adriana. —Pero no han consentido en esperar más. Los papeles deberán llegar mañana a la oficina firmados. Ven,

entremos a tu casa. Acuesta a tu hija, la pequeña está cansada. Firma los papeles.

¿Sería posible que estuviera equivocada durante todos los meses que huyó de esta mujer?, se preguntó Marina. En realidad, no poseía ninguna prueba de que la mujer de la camioneta azul tramaba quitarle a su hija. Ahora, al verla frente a sí, se sintió conquistada por su simpatía y su sonrisa. Comenzó a comprender el abarque de la soledad que se impuso a sí misma en los largos meses pasados en el desierto. Si no hubiera huido, Mimi podría ser ya suya.

Se acercó con cautela a Adriana, la cual, teniendo cuidado de no tocarla, le indicó que caminara delante de ella. Las dos mujeres se introdujeron en la cabaña iluminada.

—¡Que hermosa la has arreglado! —exclamó Adriana, recorriendo con su mirada todos los rincones y admirándose de cada cosa mientras buscaba con disimulo algún arma escondida. —Mañana te mandaré un electricista para que repare el viejo generador. Y alargaremos la cañería de agua hasta tu casa. Si quieres, te ayudaré a coser cortinas y te traeré un armario para la ropita de Mimi. ¿Qué color prefieres?

Marina no respondió, ocupada en mecer a su niña en sus brazos hasta que la pequeña se durmió. Solo después que la arropó en su camita se volvió hacia Adriana, con los ojos aún fijos en su hijita.

—¡Ahora me muestras los papeles! —demandó, todavía sumida en las dudas.

—Todos los documentos de adopción están aquí y también los certificados de sus vacunas. —Nuevamente agitó frente a Marina los papeles, compuestos de la carta oficial en la cual la despedían de su trabajo y una nota del dueño de su casa, comunicándole de su atraso en pagar la renta. Marina no veía el contenido, pero el sello oficial que lucía en el cabezal terminó por convencerla.

Apartando por primera vez su mirada de su hija, alargó la mano. —Dámelos. Los firmaré ahora.

Adriana buscaba desesperadamente una salida de la situación sin poner en peligro a la niña. Al ver un vaso con restos de mate, concibió una idea.

—Marina, me siento tan sedienta y cansada. Tengo un largo camino de vuelta a casa. ¿Tal vez podrías hacerme un vasito de mate? —preguntó, fingiendo un bostezo.

Marina sintió cómo se le alegraba el alma. Si Adriana quiere tomar mate con ella, es su amiga.

—Perdona que no te lo ofrecí yo misma. —dijo. —Pero hay que ir al patio a buscar agua.

—No te quiero molestar. —le respondió Adriana. —Iré yo a buscar agua.

—Yo misma iré. —Marina ya confiaba por completo en esa mujer que le había traído ese maravilloso regalo. —Estoy acostumbrada a manejar la bomba del agua.

—Le prepararé el mejor mate, y lo tomaremos juntas, sellando nuestra amistad —pensó Marina, sintiendo deseos de cantar.

Eso era exactamente lo que Adriana deseaba. En el momento en que vio a Marina salir de la cabaña, respiró profundamente, alargó los brazos, levantó a Inesita de su camita y salió corriendo con la niña entre los brazos, sin que Marina se percatara aún de su fuga.

Sin poderse contener más, Mateo salió de entre las sombras y avanzó a largas zancadas a su encuentro. Solo una pequeña distancia aún los separaba cuando el desierto explotó en una sinfonía de luces azules y rojas. Una patrulla policial se detuvo a metros de la camioneta de Adriana, dejando tras de sí un reguero de polvo. Se abrieron las puertas y de ella bajaron dos policías.

—¡Manos arriba! —gritó el más joven de los dos, apuntando a Adriana con su revólver. Ella y

Mateo se detuvieron paralizados en sus lugares.

—¡Oficial, no puedo levantar las manos! ¡La niña caerá! —tartamudeó Adriana.

—¡Coloca a la niña en el suelo! —intercedió el segundo policía, más maduro de edad. — Hemos recibido una llamada del cura de Likanantai, comunicándonos que una mujer manejando una camioneta azul había raptado una niña.

Adriana se inclinó y sentó en la tierra a Inesita, que ya estaba completamente despierta y fascinada por las luces de la patrulla. En ese momento vio a su padre, que corría a su encuentro con los brazos abiertos. Inesita se arrojó de inmediato a ellos.

Los dos policías y Adriana contemplaron al hombre que abrazaba a la niña. Pero el teniente Fuentes estaba impaciente, pensando en su mujer y sus seis hijos, que estaban devorando el asado de los domingos sin dejarle ni un trocito a él. También el sargento Pérez estaba frustrado. La cita con la chica que recién había conocido quedó arruinada. Ninguno de los dos escuchaba las explicaciones de Adriana.

—¡Entra de inmediato al coche! —ordenó Fuentes. —¡Y la niña también!

Inesita, sintiendo que el momento de los abrazos había pasado, se deslizó de los brazos de su padre y comenzó a construir líneas de trenes con las piedrecitas que abundaban allí. Mateo se sentó de inmediato a su lado para ayudarla.

El sargento Pérez se acercó a ellos con la intención de tomar a Inesita e introducirla al coche, pero al ver su obra se expandió por su rostro una gran sonrisa y se sentó junto a padre e hija, contribuyendo con más piedritas a la línea del tren.

El teniente Fuentes quedó junto al coche patrulla, sin poder comprender qué detenía a su subordinado. Y al ver al sargento ocupado en construcciones, sacó su libreta y comenzó a anotar un reclamo contra el joven policía. En ese momento se oyó un grito espeluznante. Todos se volvieron hacia el lugar de donde provenía.

Al principio, Marina no comprendía lo que captaban sus ojos. Adriana corre con Mimi en brazos. El hombre que no es digno de la niña sale a su encuentro. Tal vez él la obliga con un arma apuntada. Sirena de patrulla, luces. Dos policías. Ese hombre los llamó.

Pero ella no se quedará aquí viendo cómo su hija es arrebatada de ella por segunda vez. Ella los engañará a todos. Ahora se reunirá para siempre con su Mimi, que la espera en las profundidades de la tierra.

Y con un grito de: —¡Mimi, voy a ti! —Marina se arrojó al abismo.

\*\*\*

Viajaban en silencio, Pérez manejando el coche patrulla, Fuentes a su lado y Mateo con su Inesita en el regazo, en el asiento de atrás.

Él acarició su carita, sus desordenados cabellos, sus brazos. Todo ha terminado. En poco tiempo llegarán a casa. El pueblito estará ya a oscuras, todos los vecinos dormidos en sus casas. Él la vestirá con su propio pijama y quemará en el patio de atrás la ropa que esa loca le había puesto. Todo volverá a ser como antes.

Pensó con nostalgia en Adriana. En el momento de despedirse al lado del coche patrulla, ella lo besó en la mejilla y elevó sus ojos hacia él con expectación. Él estaba agradecido con esa maravillosa mujer que le había devuelto su tesoro, y deseaba con toda su alma volver a verla. Pero se contuvo. No habrá más mujeres para él. Se repondrá de la atracción que Adriana ejerce

sobre él. Él se descuidó, no cumplió con su sagrado juramento a su difunta esposa, y era el culpable del rapto de su hija. Para él no habrá más que Inesita. Adriana lo olvidará y reanudará su vida lejos de él.

La cabecita de Inesita descansaba entre el pecho y el brazo de su padre. Sus ojitos se cerraban con el balanceo del coche. Ella soñó que estaba en su propia cama y no en la cama en la cual la mujer la acostó. La mujer la llamó Mimi, la sentó en una silla que no era la suya, le introdujo en la boca una comida que no era la cazuela de papá y la vistió con ropa que no era la suya. Ella sabía que papá vendría a buscarla, y ahora él le dará cazuela, le dará su baño y la vestirá con el pijama de las jirafas.

María-Inés Sánchez se durmió con una sonrisa en el rostro y con el dedo en la boquita.

\*\*\*

Pero Likanantai no estaba a oscuras. Los faroles de las calles estaban encendidos, y cada una de las ventanas de las casas estaba iluminada como en Navidad. Y los habitantes del pueblo no estaban recogidos en sus viviendas. Todos estaban reunidos en silencio frente a la casa de Mateo.

La patrulla se detuvo. Cientos de rostros los rodearon, llenos de aprensión. Al ver a la niña dormida en brazos de su padre, surgió de todas las bocas un grito de júbilo. Cada uno sintió la necesidad de tocarla, de sonreírle, de besarla. Inesita enterró la cabecita en el hombro protector de su padre. Así llegaron a la puerta de su casa.

Antes de abrirla, Mateo se volvió y vio los rostros que lo rodeaban. El padre Tomás, Patricia y Ramón, Yolanda, Sara, Andrés y todos sus compañeros, que eran ya sus hermanos. Los gitanos, que hasta ese día eran, como él, los parias del pueblo, y que ahora se abrazaban con todos. Los niños, que se negaban a dormir en sus camas hasta que no supieran que Inesita estaba en la suya.

Todos los que estaban cerca de él pudieron ver las lágrimas que corrieron por su rostro curtido por el sol y escucharon la única palabra que él susurró:

—Gracias. —Se dio la vuelta y entró a su hogar.

**Likanantai, abril de 1967**

En un principio, Mateo se negó a acceder a los ruegos de sus compañeros de trabajo de representar a Likanantai en la asamblea regional, situada en Costa Marrón. No deseaba que nada estorbara el tiempo que pasaba con Inesita. Pero ellos insistieron, recordando el importante rol que desempeñó en las negociaciones durante la huelga de los mineros. Al final cedió, como tributo al apoyo que recibió de ellos durante el terrible día en el cual esa loca había raptado a su Inesita.

Y hoy era el día de su primera reunión. En la mañana, antes de salir de casa, abrió la puerta del cuarto de su hija y la observó mientras dormía. Hacía ya un año él le cedió el dormitorio que había sido de él y de su esposa y se trasladó al nicho que había al lado de la puerta de entrada. Él no necesitaba más que una cama y un armario.

Inesita aún dormía, con la mano bajo la barbilla. Su carita, al borde de la adolescencia, ya había comenzado a perder la redondez de la infancia. Una vez más admiró su parecido con su difunta esposa. Colocó en la silla al lado de la cama el uniforme escolar que había planchado la noche anterior y dejó sobre la mesa de la cocina la merienda que preparó para que la llevara a la escuela, que incluía un sándwich y una fruta. A continuación barrió toda la vivienda sin hacer ruido, ajustó el reloj despertador para ella y salió.

Cuando vuelva le preparará una cazuela para la cena, decidió mientras manejaba. Él nunca le exigirá a su hija que le sirva a él, pensó, tratando de acallar la voz interna que lo movió a admirarse de Flor, la hija de Patricia y Ramón, que en el asado del último domingo sirvió con orgullo unas empanadas que ella misma hizo.

Solo al llegar a su destino se acordó que no había preparado nada para sí mismo.

En los corredores del vasto edificio de la administración, Mateo vagaba, perdido con su camisa a cuadros y sus tejanos entre hombres vestidos con ternos y corbatas. Se arrepentía de haber accedido a los ruegos de sus compañeros. Él no pertenecía a este edificio. Su lugar estaba en la mina.

Una joven pequeña y delicada, con rizos de color de cobre y pecas sobre su nariz, salió de una de las habitaciones. —¿Buscas la sala de reuniones? —le preguntó con voz tranquila, clara y agradable.

Después de la reunión, la joven, que se llamaba Cristina Meléndez, le propuso ponerlo al día sobre los temas que trataban. Tomaron café y hablaron un largo tiempo. Cristina sabía escuchar, expresando de vez en cuando su admiración por su desempeño como padre y madre mientras trabajaba a jornada completa en la mina y aún encontraba tiempo para servir a la comunidad. Lo alentó a contarle más y más de su hija, interesándose por todo.

Mas al emprender el camino de vuelta, mucho más tarde de lo que planeó, Mateo se arrepentía de haber hablado tanto. Seguramente sus narraciones la habían aburrido. Además, ahora percibía que Cristina no le alcanzó a contar nada de sí misma, por haber acaparado él toda la conversación.

Ya no sabía cómo cortejar a una mujer, pensó. Y además, ¿qué podía encontrar una joven educada como ella en un minero curtido como él, que no tuvo la oportunidad de estudiar? Desde los doce años, la edad de Inesita ahora, él salía con su padre a las dos de la madrugada a pescar salmón y atún y a revisar las trampas de mariscos. Y hoy, a la edad de treinta y cinco años, ha conseguido tan poco en su vida. Pero gracias a sus esfuerzos, su hija no será una campesina ignorante como él.

Y como tantas veces, Mateo se preguntó si su decisión de traer a su flamante esposa al norte fue la acertada. Él la alejó de su familia y hoy Inesita se cría sin abuelos, primos o tíos. Solo a lo lejos él podía hacer con ella el largo viaje al sur y su anciana madre casi no conocía a su nieta. Los padres de su esposa volvieron a Argentina, su país oriundo, culpándolo a él de la muerte de su hija y no manifestaron el menor deseo de conocer a la niña que con su nacimiento provocó la muerte de su madre.

Ante él apareció Likanantai y ya se veía la mancha verde de la arboleda que había detrás de las casas. Años atrás llegó a la región un agrónomo con la descabellada idea de plantar árboles frutales en la tierra del desierto, usando un nuevo sistema de riego por goteo. Para asombro de todos, los árboles prosperaron y el lugar se convirtió en el sitio de recreo preferido de los jóvenes.

Mateo entró en su casa, llevando el paquete con el regalo que le compró a su hija antes de salir de Costa Marrón, como compensación por las horas que la había dejado sola. Era una manta rosada para su lecho, de encaje francés, y él no se pudo contener al verla en el escaparate, a pesar de su exorbitante precio.

—¡Inesita, ya he vuelto! —llamó a voces. Al no recibir respuesta entró en la habitación de su hija, mas ella no se encontraba allí, la cama estaba deshecha y había un montón de ropa sobre la silla. El pánico volvió a apoderarse de él, hasta que sus ojos se posaron en la nota que había sobre la mesa.

—Tío Mateo —reconoció de inmediato la letra ordenada de Flor. —No te preocupes por María-Inés, ella se quedará con nosotros hasta que vuelvas. —Mateo respiró con alivio, un poco decepcionado de que su hija no le escribiera ella misma.

Olvidando su cansancio y su hambre, comenzó, como era su costumbre, a devolver las prendas de vestir al armario rebosante de ellas. Solo entonces descubrió el uniforme escolar, exactamente como lo había dejado allí en la mañana. En el suelo, a su lado, estaba la mochila.

Extrañado, la abrió y comenzó a sacar de ella los libros y cuadernos que allí había. Los libros se veían nuevos y los cuadernos estaban vacíos. El uniforme escolar no usado y la mochila con su flamante contenido testimoniaban que Inesita no estuvo en la escuela. Y él se preguntó, con un sobresalto, dónde había pasado su hija el día.

Sintió que se apoderaba de él la ira. Todo era culpa de doña Juanita, la anciana profesora. Doña Juanita no era capaz de estimular, solo de criticar y hablar sobre dificultades y la necesidad de ayuda especial para ella. Seguramente sus lecciones eran tan aburridas que Inesita no las escuchaba.

Pero hacía ya años que la perezosa profesora no se comunicaba con él para informarle sobre su hija. Además, su avanzada edad influía en su memoria. Hacía ya un tiempo la encontró en el almacén de comestibles y ella le habló de cartas que supuestamente le había mandado y de llamadas telefónicas que él jamás recibió.

Era una lástima que esa profesora no había sido reemplazada. Los niños de Likanantai merecían algo mejor. Solo hacía unas pocas horas, en la asamblea, se habló de mejorar el sistema educativo de las pequeñas aldeas.

Su vista se posó en la nota que Flor le había escrito. Que hermosa letra, sin faltas de ortografía. Seguramente Patricia, su madre, le enseñaba lo que la inútil profesora no podía. Y su hijita, huérfana de madre, no contaba con nadie que la ayudara.

A su mente acudieron recuerdos de los innumerables días en los cuales Inesita le decía: —Papá, hoy no hay clases. Hay reunión de profesores. —Hay un simulacro de terremotos. —La profesora está enferma. —Había días en los cuales Inesita había despertado con dolor de cabeza, de vientre o de garganta, y él le permitía quedarse en casa, pidiéndole a Yolanda que viniera a cuidarla, hasta que Inesita se lo prohibió diciendo: —Papá, ya no soy una bebé.

Meditó sobre las noches en las cuales él se sentaba en su mecedora, leyendo el diario de los mineros, e Inesita a sus pies, jugando con sus muñecas, o en su habitación, probando diversos peinados frente al espejo o escuchando radionovelas. —Inesita, ¿has terminado tus tareas? —le preguntaba, e invariablemente recibía la respuesta: —Sí, papá, hace ya un rato. —Y él, estando tan cansado, se conformaba con esa respuesta. Pero ahora recordó algo. Nunca la vio con un libro en las manos.

Para calmarse, comenzó a arreglar la habitación de su hija, devolviendo todo a su lugar y extendiendo sobre el lecho la manta de encaje rosado que le había comprado. Solo en ese momento su vista se posó en la mesa escritorio que había en el cuarto. Uno de los cajones se veía atascado. Lo sacó de un tirón y volcó el contenido sobre la cama para arreglarlo. Una detrás de otra, ante sus incrédulos ojos, apareció una multitud de cartas con el sello de la escuela, todas dirigidas a él. La primera llevaba la fecha de dos años atrás y la última, de hacía apenas una semana.

Las abrió con manos que temblaban. El contenido de todas era idéntico.

El timbre de la puerta lo sobresaltó. Seguramente es Inesita, pensó, olvidando que su hija jamás tocaba el timbre y siempre irrumpía dentro de la casa como un torrente. Con pasos lentos, como un anciano, fue a abrir y se encontró frente a frente con doña Juanita.

Él vio en el umbral de la puerta a la anciana educadora, con su vestido que los años de uso le habían quitado el color, la espalda encorvada después de años inclinada sobre los cuadernos y los ojos cansados detrás de los gruesos anteojos, después de años de leer trabajos de alumnos con letra imposible de descifrar.

Los cuarenta años de trabajo habían surcado en el rostro de doña Juanita incontables arrugas, pero sus ojos rezumaban bondad. Confundido por su presencia y aún presa del impacto de las cartas, la invitó a entrar. Con un suspiro de alivio por dar descanso a sus pies hinchados, ella se sentó.

—Mateo, te he mandado docenas de cartas pidiéndote venir a conversar conmigo. Pero María-Inés siempre me decía que estabas demasiado ocupado. —comenzó con voz delicada, pero con vestigios de reproche. —Te he telefoneado, pero María-Inés siempre responde a la llamada diciendo que aún no has vuelto del trabajo. Le he pedido que me llames a cualquier hora, de noche, de fines de semana. Te he llamado al trabajo, pero allí alguien se equivocó, porque me dijo que ya habías vuelto a casa.

Mateo recordó las incontables veces que sonaba el teléfono en casa e Inesita se apresuraba a

contestar, hablando en voz baja. A su pregunta respondía, encogiéndose de hombros: —Es solo una de mis amigas. —Y él sonreía con complacencia, pensando que esa era una de las manifestaciones de la pubertad.

—En el pasado ya te he manifestado mis sospechas. —prosiguió doña Juanita. —Al principio pensábamos que solo era un poco lenta y podría aprender a su propio ritmo. Le hemos dado ayuda especial, con grandes estímulos. Te he pedido permiso para dirigirme a Patricia, la madre de Flor, pero te has negado.

Mateo recordó esa conversación con la profesora, hacía ya años. Mas él, sin tener noción del gran problema de Inesita, sintió repugnancia ante la idea de que Patricia se inmiscuyera en la educación de su hija, creyendo que con eso demostraba ser un padre incapaz. Aún quedaban vestigios de la desconfianza que sintió hacia ella el primer año de vida de Inesita. Avergonzado de su conducta, inclinó la cabeza.

—Mateo. —prosiguió doña Juanita. —He estado con ella durante horas enteras después de las clases. Existe en su mente una barrera que soy incapaz de traspasar. Pareciera que las letras se mezclan en su mente unas con las otras. Y cuando ya consigue reconocer una palabra, la olvida de inmediato. Al escribir, todo le sale invertido. —Pasó su mano por su canoso cabello, en un gesto de derrota. —Somos una escuela pequeña y no estamos preparados para enfrentarnos con alumnos con tan grave problema. Por lo tanto le pedí a Elena, una de mis antiguas alumnas, que se especializa en enseñar a niños con dificultades para aprender y vive en Costa Marrón, que venga en su tiempo libre a ayudarnos con María-Inés. Pero los progresos han sido casi nulos.

Hacía un par de años, en una de las raras ocasiones en las cuales doña Juanita logró hablar con él, lo invitó a encontrarse con Elena, una antigua alumna. Y Mateo, harto de los vecinos que en cada ocasión le querían presentar mujeres disponibles, reaccionó con aspereza, diciéndole que no se entrometiera en su vida.

Y ahora se encontraba frente a ella, como un niño que sabe que se ha comportado mal.

Doña Juanita continuó, meneando la cabeza con pesar: —Nosotros tratamos de preparar a nuestros discípulos a la vida. Los llevamos a las tiendas y les enseñamos a calcular precios y cantidades. Hace unas semanas, mandé a María-Inés al almacén de comestibles a comprar para todos diez marraquetas, que cada una cuesta un peso. Le di un billete de veinte. Doña Sara, la dueña, me llamó para decirme que la niña no pidió cambio. Por supuesto, hice una broma sobre nuestros distraídos niños.

—Por su edad, María-Inés ya pertenece al curso adelantado, pero nos hemos visto obligados a sentarla con los más pequeños. Mateo, ella sufre. Los niños se burlan de ella, la llaman con nombres insultantes. Los hemos castigado con severidad, pero sin resultado. Los niños pueden ser tan crueles —suspiró—. Flor, que es una fiel amiga y la quiere mucho, trata de ayudarla. Pero aún ella ya está desanimada.

—María-Inés se sienta en la clase durante horas sin comprender nada. Este último tiempo se ausenta de la escuela. Ayer me senté a su lado, tratando de explicarle para qué usamos las letras mayúsculas. Por lo visto, sintió algo en mi voz, porque de pronto me preguntó: ‘Doña Juanita, ¿soy retardada?’. Por supuesto que la abracé, explicándole que hay alumnos que necesitan atención especial. Pero vi las lágrimas en sus ojos. Yo también sentía deseos de llorar. Y hoy no se presentó en la escuela.

También en los ojos de Mateo aparecieron lágrimas. Él sentía con todo su ser la falta de su

amada esposa. Y en ese momento, como un relámpago, le vinieron a la mente los recuerdos de ella. Recordó que en todo el año que vivieron juntos no la vio abrir un libro y siempre se equivocaba con las cuentas. Y él, sumido en el encanto de su luna de miel, lo tomaba a broma. Lo que le quedó en la memoria era su cuerpo, siempre dispuesto a responder al suyo, sus caricias, su suave voz.

Los estudios no son lo más importante en la vida, se consoló. Inesita ya tiene su futuro marcado. —A su debido tiempo, será la esposa de un minero como yo, un buen hombre que la tratará bien y criará a sus hijos —pensó para sus adentros.

Doña Juanita suspiró. Le dolía el alma. Ella sabía que sus próximas palabras lo destruirían. Pero tenía la obligación de decirlas. —Mateo, hasta hoy no me enteré de la magnitud del problema. María-Inés representa más de sus años y es muy hermosa. Los chicos ya han comenzado a fijarse en ella. Pero es tan inocente y tan fácil es influir en ella, y hoy, desgraciadamente, recibí la muestra de ello.

Con pena, la anciana educadora procedió a contarle al infortunado padre lo que la madre de Nelly, una chica de la escuela, vio en el autobús que volvía de Costa Marrón.

\*\*\*

En el momento en que la madre de Nelly la vio en el autobús, María-Inés supo que todo había terminado. Esa mujer, la mayor chismosa de Likanantai, seguramente correrá a difundir la noticia y en poco tiempo todo llegará a oídos de papá, y él se asegurará que no pueda encontrarse más con Eduardo.

María-Inés había conocido a Eduardo unas semanas atrás. Ella había salido de su casa como de costumbre, vestida con el uniforme escolar y llevando la mochila a sus espaldas, y como todas las mañanas se reunió con Flor ante la casa de su amiga. A mitad de camino, le dijo que le dolía el estómago y que retornaba a casa para acostarse. Su actuación fue muy convincente.

María-Inés aborrecía la escuela. No conseguía leer, todas las letras le parecían iguales. Sus compañeros de curso, que para ellos era todo tan fácil, se burlaban de ella, la llamaban atrasada y con otros nombres. Por lo tanto, ella aprovechaba cada ocasión para no asistir. Esa mañana, después de despedirse de Flor, se dirigió a la plantación frutal que había detrás del pueblo, el único lugar en el cual estaba segura de no encontrar a esa hora ningún conocido.

Pero allí estaba Eduardo, fumando un cigarrillo. Él era ya mayor, contaba con quince años de edad y vestía con elegancia. Con su cabellera negra, alisada hacia atrás con brillantina, y sus claros ojos azules, a María-Inés le pareció un galán de cine.

De inmediato se dirigió a ella. —¿Estás harta de la escuela, niña? —le preguntó.

—¡No soy una niña! —le respondió. A sus doce años, María-Inés ya había tenido un par de veces la menstruación y sus pechos habían comenzado a crecer, así como el vello del cuerpo. Incluso vestía ya un corpiño, que compró con la ayuda de Patricia.

Deseosa de impresionar a Eduardo con su madurez, no se rehusó cuando él le ofreció un cigarrillo. Pero al aspirarlo, el humo le provocó un ataque de tos. Riendo, Eduardo le enseñó a aspirarlo con lentitud. Temiendo aparecer a sus ojos como una niña pequeña, ella no se atrevió a confesarle que el sabor de la nicotina la repugnaba.

Quedaron de encontrarse allí mismo el próximo día. Ella preparó el pretexto para papá. Dolores de vientre debidos al asunto mensual, le informó. Eso siempre lo cohibía. Después de que

papá salió hacia su trabajo, se escurrió para encontrarse con Eduardo. Se sentaron en el banco que había a la sombra de un duraznero. El fumó, pero ella se rehusó esta vez con la excusa de un resfrío. Él sacó de uno de sus bolsillos una botella de cerveza, y después de tomar un trago, pasó el brazo alrededor de los hombros de ella y la acercó a sí. Sus labios buscaron y encontraron los de ella.

Eduardo introdujo su lengua en la boca de María-Inés y ella quedó paralizada en su lugar, sintiendo náuseas por el olor a tabaco y alcohol. —Con el tiempo aprenderás a devolver besos — le dijo él cuando finalmente se apartó.

María-Inés y Eduardo continuaron con sus clandestinos encuentros. A ella le parecía estar viviendo una radionovela de la cual ella era la heroína.

Cuando su padre le informó que comenzaría a asistir a las reuniones semanales de la junta de administración en Costa Marrón, María-Inés se alegró. Iba a tener más libertad para reunirse con su galán. Y hoy, la primera vez que papá viajó, comunicándole que iba a regresar tarde, Eduardo y ella decidieron viajar también a la ciudad, en el autobús, e ir al cine. Emocionada por su primera salida con él y queriendo sentirse como una mujer adulta, se vistió con una de las faldas que papá le había comprado, enrollándola en la cintura hasta que dejara sus rodillas al descubierto.

—¡Que hermosa estás! —le dijo Eduardo con admiración cuando se encontraron en la parada del autobús. —¡Parece que tuvieras unos quince años!

Escogieron una película mexicana hablada en castellano para no tener necesidad de leer las traducciones. Eduardo ya no iba a la escuela. Él podía hacer todo lo que se le antojara, pensó María-Inés con un asomo de envidia. Pero de inmediato se arrepintió de esos pensamientos. Ella sabía cuán afortunada era al tener a su papá, mientras era sabido en todo Likanantai que el padre de Eduardo cumplía una sentencia en la cárcel y su madre se había escapado de casa, abandonando a sus tres hijos. Los rumores decían que toda la familia se dedicaba al contrabando de drogas y a cosas aún peores.

Pero no era posible que alguien tan encantador como Eduardo fuera criminal. Ella deseaba con toda su alma que su padre lo conociera, e incluso soñaba con que Eduardo encontrara en Mateo el padre que no había en su vida. Pero el sentido común le exigía guardar mientas tanto el secreto. Su padre aún la consideraba una bebé.

Se sentaron en la última fila del cine. Eduardo le rodeó los hombros con el brazo. Pero esta vez, su mano se deslizó hacia abajo, posándose sobre uno de sus pechos, adentrándose debajo de su blusa y su corpiño. Al mismo tiempo, su otra mano comenzó un viaje explorador a lo largo de su muslo, debajo de la falda, adelantando hasta que llegó entre sus piernas.

Asustada a muerte, María-Inés sintió un impulso instantáneo de levantarse y salir corriendo de allí, o gritarle que retirara sus manos. Ella sabía, escuchando conversaciones entre las niñas mayores, el significado de esas caricias. Pero, como cuando Eduardo la besaba debajo de los árboles frutales, no se atrevió. Y así quedó, inmóvil, rogando al cielo que la película terminara por fin.

En el autobús de vuelta a Likanantai, envalentado por su falta de reacción, él se dispuso a continuar tocándola en sus lugares íntimos. Mas esta vez, con el pretexto de un viento congelador, ella pasó a sentarse en la primera fila. Entre los pasajeros estaba la madre de Nelly.

Por lo tanto, al llegar a Likanantai y despedirse de Eduardo se dirigió a casa de Flor, sabiendo que siempre era recibida allí con los brazos abiertos. Le pidió a Flor que le escribiera una nota

para papá, comunicándole que se quedaría en casa de su amiga hasta que él llegara. Su amiga no encontró nada extraño en su pedido, sabiendo cuán abochornada se sentía María-Inés por no poder escribir. Planeaba quedarse allí hasta que papá se acostara a dormir. Él siempre se retiraba temprano, para levantarse a la primera luz del alba a hacer los menesteres de casa antes de salir a su trabajo.

Pero el destino quiso que todo fuera distinto. A través de la ventana del cuarto de Flor vio a doña Juanita entrando a su casa. Y comprendió que su romance con Eduardo había llegado a su fin.

\*\*\*

—¡Debemos alejarla de ese joven! —subrayó doña Juanita. —¡Hay en esa familia una semilla podrida! ¡Lo mejor para ella será comenzar de nuevo en un lugar en el cual no la sigan los estigmas! Mateo... —siguió en tono más tierno, posando su mano surcada de manchas de edad sobre la callosa y fuerte mano de él. —Tú has llevado por ti solo esta misión durante tantos años. Deja ahora que otros te ayuden.

—Pero, doña Juanita, ¿a dónde iremos? ¡Este es mi único hogar! —gimió Mateo, pensando que tal vez sería lo mejor llevarla a su pueblo de nacimiento, al cuidado de su madre. Pero ella era ya una anciana, y no sería justo poner en sus manos una carga tan grande. Y además él no se veía a sí mismo saliendo a pescar, como en su infancia. Esos días habían terminado para él.

Meditó sobre los doce años que habían transcurrido desde el nacimiento de su hija. Él estuvo siempre allí para ella, en sus enfermedades, en sus dolores, en sus alegrías. Recordó sus primeros pasos, su primera palabra, su primer diente, su primer día en la escuela de párvulos, Inésita aferrándose a él y llorando: —Papacito, no me dejes sola. —Él no olvidará jamás su terror cuando pensaba que había perdido a su hija, ni las horas de ansiedad hasta que la rescataron de las manos de esa loca.

Pero ahora su hija tenía necesidad de algo que él no le podía dar. Tenían razón los que dudaban de su capacidad de servir de padre y de madre. En su ceguera y estupidez, no comprendió el estado de desesperación en el cual se encontraba su amada hija y él mismo la empujó a los brazos de ese muchacho. Ahora era el tiempo de dejar de pensar en su orgullo y en su egoísmo. Y Mateo se dirigió buscando ayuda al último lugar al que creyó posible que se dirigiría algún día.

\*\*\*

El padre Tomás disimuló su sorpresa al ver a Mateo en el umbral de su puerta y lo invitó a pasar.

—María-Inés puede ir al convento de las Carmelitas. —reaccionó de inmediato cuando Mateo lo puso al tanto de la situación, sin ocultar nada. —Ellas le mostrarán el camino cristiano y la apartarán de las tentaciones.

El solo pensamiento de que su hija pasara sus años de adolescencia encerrada entre los muros de un convento, vestida con trajes informes y poco agraciados y en compañía de esas severas monjas, lo hizo estremecerse. —¿Otra vez me propones eso? —le gritó al padre Tomás. —¡Ya encontraré solo la solución! —Lleno de ira, se levantó para retirarse.

Los ojos del cura se posaron en Matilde, la mujer que atendía su casa, que en ese momento entró al estudio para servirles el té.

—¡Espera, Mateo! ¡Tengo la solución perfecta! —sonrió con placer. —Lucrecia, la hermana de Matilde, lleva la casa de unas mujeres jóvenes, en un fundo que queda a unas tres horas de viaje de aquí. Ellas viven solas, sin compañía de varones, y hacen todo el trabajo ellas mismas. A veces reciben en su hogar a niñas en dificultades, y doña Lucrecia las trata como si fueran sus hijas. Si quieres, se lo preguntaremos.

A Mateo no le hacía ninguna gracia escuchar a su hija descrita como 'niña en dificultades' pero el entusiasmo del padre Tomás era contagioso, y él tenía que reconocer que su hija estaba necesitada de una mano femenina que la guiara.

El padre Tomás confesó que él no conocía personalmente a Lucrecia, pero su hermana Matilde era una señora modesta y pía, que nunca faltaba a misa, vestida con su largo vestido negro y la mantilla sobre su cabeza. Y Mateo dio su consentimiento.

## 4

El camión iba por un camino angosto y serpenteante, a través de campos dorados de maíz y praderas verdes de pastura en las cuales se paseaban plácidamente vacas, ovejas y caballos. Desde su lugar al volante, Mateo miró a través del espejo a su hija, sentada en el asiento posterior. Una vez más comprobó que ella esquivaba su mirada.

El padre Tomás, sentado a su lado, no paraba de parlotear. —Allí estarás bien, hija, te cuidarán y aprenderás muchas cosas nuevas.

—Él le habla como a una párvula —pensó Mateo enojado—, y nos priva de nuestros últimos momentos juntos. —Pero él debía reconocer que la presencia del cura contribuía a disminuir un poco el ambiente de tensión entre su hija y él. Desde que le comunicó su decisión, hacía ya un par de días, ella no le había dirigido la palabra.

—Una de las mujeres dibuja y la otra esculpe. —prosiguió su monólogo el cura. —Tienen un gran huerto de hortalizas y cultivan maíz. Venden en el pueblo sus productos. Crían alpacas, vicuñas, tienen gallinas. Lucrecia alaba mucho su diligencia. Dobla hacia la derecha, hijo.

Después de recorrer una corta distancia por un caminito polvoriento, sin pavimentar y lleno de baches, llegaron a un portón de madera que alguna vez fue blanco. Una de sus alas estaba colgada de sus ejes y la segunda cayó a tierra cuando el padre Tomás, bajándose del camión, la abrió.

—¿Estás seguro que éste es el lugar? —preguntó Mateo. El cura, mirando el papel con las instrucciones que Lucrecia le había dado por teléfono, asintió y subió al camión. Siguieron su camino entre malezas descuidadas, entre las cuales sobresalían formaciones extrañas hechas de metales oxidados.

Ante sus ojos apareció una gran casona, en cuyas paredes aún se distinguían restos de pintura blanca. El techo de tejas estaba tan remendado que era imposible saber cuál había sido su color original. Las ventanas, al igual que el portón de entrada, colgaban de sus ejes. Un inmenso gato anaranjado dormitaba al sol al umbral de la puerta de entrada abierta. A los oídos de ellos llegó el sonido de ladridos, y dos grandes golden retrievers corrieron a su encuentro meneando sus colas con entusiasmo.

El padre Tomás, cuyo miedo a los perros era legendario en Likanantai, se encogió en un rincón de la cabina. Mateo salió del camión, se instaló entre el tembloroso cura y los perros y se inclinó a acariciarlos. A continuación sacó del camión la maleta de Inesita, que contenía poquísimas prendas de ropa. Ella se había rehusado a empacar los hermosos vestidos que él le compraba y que nunca usaba.

Mateo golpeó a la abierta puerta, y al no recibir respuesta, entró a la casa, seguido de su hija y los dos perros. El padre Tomás los siguió a una distancia segura.

Los recién llegados se encontraron en una habitación inmensa y desprovista casi por completo de muebles. El suelo de madera de pino estaba cubierto en gran parte de esterillas y sobre ellas descansaban varios almohadones de colores. Una mujer joven que se encontraba en el centro de la habitación los saludó sin palabras, inclinando la cabeza y uniendo sus dos manos ante sí.

Una corona de margaritas blancas adornaba su cabeza de cabellos rubios y crespos. Vestía una

larga falda con un estampado floral y una camiseta blanca muy ceñida. A sus espaldas llevaba un bulto atado con la misma tela de su falda. Iba descalza y cada una de las uñas de sus pies estaba pintada de un color diferente.

Mas en el primer momento, Mateo no percibió todos esos detalles. Sus ojos fueron atraídos, como un imán, a los senos de la joven, cuyos pezones oscuros se notaban nítidamente a través de la tela semitransparente de su camisa. Era evidente que la joven no llevaba corpiño.

El padre Tomás se enrojeció, desvió la mirada y la fijó en las paredes del cuarto, que estaban cubiertas de lienzos pintados con manchas de colores informes. Pero para su infortunio, frente a él estaba colgado un lienzo muy grande, en el cual se podía reconocer nítidamente a una pareja desnuda entre las manchas.

El padre Tomás buscó desesperadamente algo en qué fijar su mirada, y encontró en un rincón de la habitación a otra joven, sentada sobre un almohadón, los pies doblados bajo el cuerpo, los ojos cerrados y las manos extendidas frente a sí con las palmas hacia arriba. La joven estaba vestida con una túnica blanca y larga que le cubría el cuerpo, y de su boca salían extraños sonidos.

El bulto floreado a la espalda de la primera joven comenzó a moverse y a emitir sonidos. Ella alargó los brazos hacia atrás y sacó de su espalda un bebé gordito cuya única vestimenta era un pañal. Con toda naturalidad, se sentó en una de las alfombras y procedió a desnudar uno de sus pechos y acercar el pezón a la boca del bebé.

El padre Tomás cubrió su rostro con las manos y huyó de la casa.

Mateo buscó a su hija para cubrirle también los ojos y llevársela lejos de allí, pero en ese momento vio, para su gran consternación, que Inesita se había sentado junto a la joven y acariciaba al bebé, que mamaba emitiendo sonidos de éxtasis.

Un niño de unos tres años, desnudo y tostado por el sol, irrumpió en la habitación, emitiendo ruidos de motor mientras arrastraba un camión improvisado formado de una caja de cartón con ruedas de madera. El niño se acercó a María-Inés, ofreciéndole el camión y hablándole en una lengua desconocida. Concentrada en los dos niños, María-Inés no reaccionó a la llamada de su padre. Sin saber qué hacer, Mateo salió detrás del cura, que ya estaba encerrado dentro del camión a salvo de los perros, murmurando una silenciosa plegaria.

Un tractor verde apareció con gran estrépito por la parte trasera de la casa. De él saltó una joven delgada, vestida con pantalones cortísimos y botas manchadas de barro. Su camiseta, blanca como la de la joven madre, terminaba muy por arriba de su ombligo, y sus pequeños pechos estaban libres de todo corpiño. Al sacarse el inmenso sombrero de paja que la protegía del sol, vieron que sus cabellos negros estaban cortados como los de un hombre. La seguía un perro negro de raza indefinida. Con una gran sonrisa en su rostro curtido por el sol, la joven se acercó a Mateo y al cura, que seguía dentro del camión.

—¡Hola, soy Clara! —extendió su mano a Mateo en un firme apretón. —¡Me proponía estar aquí para recibirlos, pero este maldito tractor me traicionó en medio del campo! —Clara hablaba con rapidez y entusiasmo, sin pausas para respirar. —¿Dónde está María-Inés? ¿Ya han conocido a Paulina? Esta es su hora de meditación. ¿Y han visto a Susan con los dos adorables niños? Nosotros la llamamos sencillamente Su. Llegó hace un mes de California y no habla una palabra de nuestro idioma. El niño mayor se llama Gandi y el bebé todavía no tiene nombre, por eso lo llamamos Bu, porque así llora.

—Las preciosas pinturas son de Paulina. —prosiguió Clara, sin que Mateo, anonadado, la interrumpiera. —Y las estatuas, mías—. Señaló el montón de chatarra oxidada que había esparcido sobre la maleza. —La estatua más grande simboliza la paz universal.

De pronto se oyó un grito espeluznante. Mateo saltó de inmediato, presto a defender a su hija, pero parecía que Clara no lo había oído. Una figura cubierta con una sábana blanca apareció entre las malezas como un fantasma. A medida que avanzaba hacia ellos sus chillidos crecían en volumen.

—Ésta es Madam Francien. —dijo Clara. —Es una gran cantante de ópera. Había perdido la voz, y practica durante horas para recuperarla. Estoy feliz por su avance. Tiene una voz preciosa, ¿verdad?

—No puedo dejar a mi hija en este lugar de locura —pensó Mateo, dirigiendo la mirada hacia el padre Tomás, que le había recomendado con tanto entusiasmo traer aquí a su hijita y ahora se encerraba en el camión, aún más aterrorizado que él.

En ese momento salió de la casa una mujer de unos cincuenta años, entrada en carnes como Matilde. Pero ahí terminaba el parecido entre las dos hermanas. No había nada en ella del vestido negro e informe y de la toca negra que cubría los cabellos de Matilde. La corta cabellera de Lucrecia competía con el sol en sus reflejos anaranjados, tampoco llevaba corpiño y sus abundantes pechos se mecían libres al andar. Sus cortos pantaloncitos no bastaban para cubrir sus opulentas carnes.

Lucrecia se dirigió a Mateo con una sonrisa que mostraba dientes manchados por años de masticar hojas de coca. —Bienvenidos, don Mateo, padre. Entren, hace calor. Les he preparado limonada fresca. María-Inés está demasiado abrigada, le pediré a Lili que le preste algo que ponerse para que se sienta más libre.

—Tomaré a Inesita y me la llevaré lo más lejos posible —pensó Mateo, horrorizado. Ya no le importaba llevarla a vivir al convento, a cualquier lugar, lejos de la influencia de estas depravadas mujeres. Y de pronto le vino el pensamiento que tal vez la intención del cura era asustarlo para convencerlo de dejar a su hija en el convento.

Dispuesto a buscar a su hija para llevársela, Mateo comenzó a encaminarse hacia la casa cuando llegó a sus oídos el sonido de unas risas que provenían de la parte de atrás. Tal vez esas descabelladas mujeres están burlándose de su Inesita, pensó. Y él la había dejado sola, a merced de ellas. Se precipitó a ir al lugar del cual provenían las risas, hasta que llegó a un gran gallinero. Para su asombro, descubrió que la fuente de las risas no era otra sino su propia hija, que se encontraba dentro del gallinero junto con el niño de tres años, gateando con él, los dos cubiertos de plumas y excrementos de gallina.

—¡Mira, papá, hemos encontrado un montón de huevos! —exclamó Inesita, excitada. —¡Las gallinas tratan de esconderlos, pero nosotros somos más listos! —Esas eran las primeras palabras que su hija le dirigía desde hacía un par de días. —¿Y sabes que es de lo más fácil cambiar un pañal? Su me lo mostró. ¡Y Lucrecia me contó que hay aquí alpacas y me permitirá acariciarlas!

—¡Inesita, nos devolvemos a casa! —exclamó Mateo. Ella lo miró llena de estupor.

—¡Pero, papá, si recién hemos llegado! ¡Me has dicho que yo me quedaré y solo tú regresarás a casa! Ya me han preparado una cama. Compartiré mi habitación con una niña que se llama Lili, que es un poco mayor que yo. Lucrecia dice que me enseñará a nadar, aquí hay un pequeño río. — Su entusiasmo derritió el corazón de su padre.

De pronto, ella preguntó, con rostro lleno de preocupación:

—Papá, ¿tú estarás bien solo en casa? ¿No tendrás miedo? ¿Te acordarás de cerrar las puertas de noche? Si lo deseas, volveré contigo. —agregó. Pero Mateo vio cómo su rostro se ensombrecía.

—Pediré a mamá que vele por ti. —El pensamiento la alegró.

—¿Dónde está el padre Tomás? Le pediré que rece por ti. —María-Inés cogió la mano de su padre y la besó, como tenía por costumbre hacer de pequeña. —Papacito, ¿por qué lloras?

Lucrecia se unió a ellos, sus inmensos y caídos pechos meciéndose al andar y su cabello, rojo y cortísimo, irguiéndose en su cabeza como la cresta de un gallo.

—Don Mateo, no se preocupe. Yo sé que este lugar los ha intimidado, a usted y al padre. Permítame contarle un poco de nosotras.

—¿Hay aquí otras niñas? —interrumpió María-Inés.

—De momento sólo está Lili. Ya la conocerás. Pero las chicas que ya se han ido vienen siempre de visita. —le contestó Lucrecia, y se dirigió nuevamente a Mateo.

—Clara heredó el fundo de sus abuelos, que en sus últimos años de vida lo habían descuidado hasta que quedó casi en ruinas. Paulina llegó hace ya un año. Yo considero a las dos como mis hijas. Están enamoradas, pero eso no vale la pena comentarlo al padre. —continuó, sin advertir la expresión horrorizada en el rostro de él. —Cada una de ellas ha pasado por tiempos difíciles, y por esa razón han decidido abrir este fundo como refugio para mujeres de todas las edades y de todo lugar en el planeta, que necesitan curar su alma.

—Pero son pobres como ratas de iglesia. —agregó, meneando la cabeza. —Nosotras hacemos todo el trabajo sin ayuda. Venga conmigo, le mostraré lo que ya han hecho.

Lucrecia lo condujo a uno de los muros laterales de la casa. El contraste con el resto era increíble. Las paredes estaban pintadas de un blanco reluciente y las ventanas de ese lado se veían nuevas, con las persianas en su lugar y pintadas de verde y adornadas con macetas de geranios.

—Lo más urgente ahora es reparar el techo antes que se nos caigan las lluvias. —concluyó Lucrecia. En Likanantai hacía ya años que no había caído una lluvia.

María-Inés miraba a la mujer con tal admiración y anhelo que el corazón de Mateo se encogió en su pecho. Trató de mirarla con los ojos de su hija, pero le fue imposible ver más allá del atuendo de Lucrecia. Para lograrlo, trató de vestirla en su imaginación con el vestido negro y la mantilla de su hermana Matilde, pero la imaginación le jugó una mala pasada y vio a Matilde en la iglesia con cabello rojo y pantalones cortitos y sin corpiño. La risa surgió involuntariamente de sus labios.

—Don Mateo, he preparado una ligera merienda en el salón de la amistad, que es como llamamos a la habitación grande. Nosotras siempre nos reunimos allí al final del día para meditar, contarnos nuestras tribulaciones y rezar juntas. ¿Podría usted llamar al padre para que venga a presidir la bendición de los alimentos? El pobre está encerrado en el camión y se niega a salir.

Esta vez, Mateo logró mirarla a los ojos, y la bondad y la generosidad que vio reflejadas en ellos le hizo avergonzarse de haber juzgado a estas mujeres por su apariencia, sin conocerlas. Pidió a Lucrecia amarrar a los perros y se dirigió al camión.

—Padre, nuestras anfitrionas lo invitan a conducir las plegarias.

—¡Que se cubran el cuerpo! —fue la respuesta. Mateo, viendo en la intransigencia del cura un reflejo de la que había sido la suya y avergonzándose de ella, respondió con una súbita

inspiración.

—Padre, ¿has olvidado tu sermón del último domingo, en el cual decías que las ovejas de Dios vienen en todos los colores y en todas las formas?

\*\*\*

Todos estaban sentados sobre los almohadones en la habitación de la amistad. Una extraña música, que recordaba el sonido de campanitas de viento, se oía suavemente. Antes de comenzar la merienda, Paulina les instruyó que cerraran los ojos, asieran la mano del que tenían a su lado y abrieran su mente a pensamientos sobre belleza, bondad, paz y amistad.

La merienda estaba compuesta de tortillas y hortalizas del huerto y se bebió limonada sin alcohol. El padre Tomás trató de encontrar lugares seguros en los cuales posar su mirada. A diferencia de él, Mateo ya se estaba acostumbrando a sentarse en compañía de mujeres medio desnudas, en especial porque ellas no se sentían cohibidas en lo más mínimo.

Sin cesar de parlotear a tiempo que comía, Clara señaló los lienzos llenos de manchas multicolores sin forma que colgaban de las paredes.

—Observen bien estas obras de arte. Paulina es un genio. Algún día el mundo la conocerá. —Paulina solo sonrió. Madam, la cantante de ópera, callaba. —Ella debe cuidar su voz. —explicó Clara.

El alivio del cura cuando Su se retiró para acostar a los niños fue tan evidente que Mateo sintió deseos de reír. La vista de los pezones rezumando leche era demasiado para el pobre hombre.

Una niña un poco mayor que María-Inés entró a la habitación. Era imposible desentenderse de su hinchada barriga y Mateo vio cómo el padre Tomás hacía la señal de la cruz.

—Soy Lili. ¿Quieres ver nuestra habitación? —se dirigió a María-Inés, que se levantó de un salto y la siguió. Cuando regresó, Mateo no podía creer sus ojos.

—Papá, mira, Lili me dio unas prendas de vestir que ya son pequeñas para ella. ¿Verdad que son estupendas?—. Sus piernas, pálidas en comparación a las bronceadas piernas de las demás, salían de un par de pantaloncitos cortísimos, y al igual que todas las demás mujeres, su corpiño había desaparecido.

—¡No la podemos dejar aquí, Mateo! —El susurro de padre Tomás se oyó en toda la habitación. El infortunado cura se postró de rodillas, unió sus manos y comenzó a rezar. De pronto percibió una figura blanca que se arrodillaba junto a él. —Ha venido un ángel a ayudarme —pensó. Pero era solo Paulina, con su largo vestido blanco, que se unía a su plegaria.

Clara, Lucrecia, Madam, María-Inés y Lili se arrodillaron también. Después de una corta indecisión, Mateo se unió a ellos.

Al alejarse al volante del camión con el padre Tomás a su lado, Mateo vio a través del espejo retrovisor a su hija, su Inesita, del brazo con la chica preñada, haciéndole gestos de adiós.

\*\*\*

Mateo exhaló un suspiro de alivio al detener su camión frente a casa del cura y ver al padre Tomás bajar y despedirse de él. Desde el momento en que salieron del fundo de las mujeres, el cura no paró de rezar y de santiguarse y Mateo, ansioso de quedar a solas, ya no podía soportar su compañía.

Comenzó a enfilar el camión hacia su casa, a pasar su primera noche sin su hija, pero una voz

interior, que no sabía de dónde procedía, le habló de pronto, instándolo a alejarse de ella y manejar en sentido opuesto hacia la fila de casuchas que había en el extremo del pueblo, detrás de las cuales partía el azaroso sendero que llevaba hacia la frontera. Ninguno de los residentes de Likanantai se aventuraba por allí.

La voz interior lo instó a apurarse a llegar a la última de las casas, donde residían Eduardo Gómez y sus hermanos. Mateo se encontraba demasiado cansado para oponerse a ella. —Tal vez la voz me dirige para vengarme del muchacho que explotó la inocencia de mi hija —pensó. Pero al llegar frente a la casa, toda su violencia se había esfumado, dejándole solamente un gran vacío.

Vencido por la fatiga, se apoyó en el respaldo del asiento. Pero de pronto escuchó un gemido que salía del interior de la casa. Mateo bajó con rapidez del camión y corrió hacia ella. En una habitación que servía de dormitorio distinguió, a la pálida luz de la luna, a una figura arrodillada ante un lecho. Reconoció en la figura a Eduardo, inclinado sobre el cuerpo inerte que yacía sobre el lecho, abrazándolo y suplicando: —¡No me dejes, Pablito!

En el suelo había una jeringa vacía y una cinta de goma.

Mateo lo apartó de un empujón y se apresuró a tomar el pulso, que era débil pero aún existía, de la figura inerte de Pablo, el hermano de diecisiete años de Eduardo.

Mateo pasó sus manos por debajo del cuerpo, que pesaba como el de un niño, y gritó a Eduardo: —¡Envuelve con cuidado la jeringa y tráela! —Lo introdujo con presteza en el asiento posterior del camión, en el cual sólo hacía unas horas se había sentado María-Inés. Eduardo se sentó al lado de su hermano, con la cabeza de él sobre sus rodillas. Con un silencioso ruego para que la bencina del cansado camión le bastara, Mateo condujo a toda velocidad a Costa Marrón.

—¡Trata de despertarlo, háblale! —gritó, tratando de vencer el ruido del motor. —¿Cuánto tiempo tiene así?

—No sé, don Mateo. Entré a casa y lo encontré así. —respondió el infortunado muchacho. — No sabía a quién recurrir. Hace ya una semana que Sergio no está en casa. —Sergio era el mayor de los hermanos, de unos veinticinco años de edad. —Generalmente, Pablo aspira el polvo por la nariz. Dice que eso lo eleva a las nubes. Pero esa es la primera vez que se inyecta. —su voz estaba ahogada por el llanto.

A la entrada del hospital, Pablo desapareció entre varias personas de batas blancas, que lo trasladaron en una camilla a través de unas dobles puertas. Mateo y Eduardo quedaron solos en un corredor de espera.

Mateo se sentó en un incómodo banquillo y Eduardo, sin encontrar otro lugar, se sentó a su lado. Su mano se alzó hacia su cara, y comenzó abstraídamente a rascarse un sarpullido. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Mateo posó su mano sobre la suya para impedirle sacarse sangre, tal como lo hacía con su Inesita. Eduardo se apoyó en él, y el brazo de Mateo se alzó y le abrazó sus hombros.

Pasaron las horas. Ninguno de los dos se movía. Al final, las pesadas puertas se abrieron. Un médico joven, con el rostro cansado, la bata manchada y la barba crecida, vino al encuentro de ellos.

—Señor, conseguimos estabilizar a su hijo. Pero pasará un tiempo hasta que la droga abandone su sistema. Podrán verlo en unas horas más. Hicieron muy bien en traer la jeringa. Estaba llena de heroína. Por lo visto, el chico se inyectó una dosis doble que casi termina con él. Hemos avisado a la policía. —El médico miró a Mateo con desaprobación. —¿No sabía que su hijo es

drogadicto?—. Sus ojos se posaron en Eduardo. —Por lo menos, cuide a su otro hijo. —Con esas palabras, dio media vuelta y desapareció.

El sol ya quemaba en lo alto del cielo cuando Mateo y Eduardo salieron del hospital. Eduardo se durmió al instante en el asiento posterior y Mateo luchó para mantener abiertos los ojos.

En vez de conducir a casa de Eduardo, lo llevó a la suya. Al llegar, lo levantó sin esfuerzo y lo introdujo a la habitación de María-Inés, acostándolo sobre la manta que le había traído solo hacía tres días y salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Tenía dolorido todo el cuerpo. Llenó de agua la tina, y segundos antes de entregarse a la bendición del baño caliente, abrió el cajón de su escritorio y sacó de él la tarjeta que Cristina Meléndez le había dado hacía tres días, en lo que le parecía otro siglo, y marcó el número.

### **El fundo de las mujeres.**

El inesperado nacimiento de Clara, en el año 1935, después de dieciocho años de esterilidad, no les trajo ninguna alegría a sus padres, Marisa y Herman Hummel. Marisa se vio obligada a renunciar a su trabajo en el almacén de comestibles de ellos, y Clara la escuchó más de una vez quejándose de lo difícil que le era, a una edad en que otras mujeres ya son abuelas, criar una niña. También lamentaba que Clara no hubiera heredado el cabello rubio y los ojos azules de Herman, su padre.

Herman era el único hijo de Hans y Eva Hummel, que habían emigrado de Alemania a Chile a principios del siglo veinte siendo él un niño y compraron un pequeño fundo en un lugar que les recordaba a su patria. Criaron caballos y ovejas, alpacas y vicuñas, maíz y hortalizas. Para su gran pesar, Herman no demostró ningún entusiasmo por la vida de campo. Se casó con Marisa, una chica de ciudad, y partió con ella a Santiago.

En el año 1945, cuando Clara tenía diez años, todo el país se estremeció al saberse la increíble magnitud de las atrocidades que había cometido el pueblo alemán. Seis millones de judíos habían sido asesinados en forma monstruosa. Las descripciones, acompañadas de fotos de seres que parecían pertenecer al reino de los muertos, eran casi imposible de captar.

Los clientes judíos y varios que no lo eran cesaron de comprar en el almacén Hummel. La situación económica de Herman y Marisa se volvió penosa y Clara escuchaba a su madre gritarle a su padre que por culpa de él morirían de hambre. Una vez incluso llegó a llamarlo 'asesino'. Al final se separaron y Clara fue enviada a vivir al distante fundo de sus abuelos.

En su primera noche allí, los tres estaban sentados frente al fuego de la chimenea. Hans leía una revista agraria y Eva tejía. De pronto, Clara les preguntó: —Abuelo, abuela, ¿cómo puede ser que un pueblo haga tales cosas terribles a otro pueblo?

—Clara, a veces el demonio se apodera del alma de alguien y lo incita a hacer cosas terribles. —respondió Hans, mirándola por encima de sus gafas de leer.

—Y si esa persona es bastante fuerte, arrastra tras sí a todo un pueblo. —intervino Eva, poniendo su mano sobre la de su nieta. Y añadió, suspirando. —Nosotros no podemos cambiar lo que ha pasado, pero está en nuestras manos hacer algo para que el mundo sea un poco mejor. —Y, efectivamente, Clara se acostumbró a ver a todas horas un desfile de necesitados que nunca salían con las manos vacías.

Un día, un vagabundo que había recibido comida, un lecho limpio y un traje de Hans en la finca Hummel, desapareció llevándose todo el dinero que había en casa y el juego de plata que Eva heredó de sus padres. La anciana se encogió de hombros filosóficamente, diciendo: —Él lo necesita más que nosotros", mientras que Hans, sin decir una palabra, salió a ayudar a arar el campo de David, su vecino, que había sufrido un accidente que lo dejó incapacitado.

—Amigos, si siguen así, uno de estos días serán asesinados en sus lechos. —les advirtió Raúl, el jefe de la policía.

—Si éste es nuestro destino, no podemos hacer nada para evitarlo.— le respondió Eva.

Todo el mes debieron contentarse con comer pan y queso hecho en casa y Hans postergó el remiendo de su viejísimo tractor. El ladrón vagabundo no interrumpió las obras de caridad de la pareja.

Pero Clara no podía comprender cómo los seis millones de judíos asesinados por sus propios compatriotas no les ocupaban el pensamiento a sus abuelos. Después de la conversación que tuvieron su primera noche, ellos no hablaron más del tema. El hecho de que en su vecindad no había familias de origen judío la tranquilizaba un poco. No habría sido capaz de contemplar a los ojos a las víctimas de su pueblo.

Sin decir nada a nadie, Clara juró que dedicaría su vida a ayudar a su prójimo, como compensación por los crímenes de su pueblo. Comenzó con los alumnos más débiles de su curso. Cuando Pedrito obtuvo con su ayuda una nota de 'aprobado' en matemáticas, se alegró más por ello que por su propio 'sobresaliente'.

El día que finalizó la escuela secundaria, Clara bajó del autobús que la dejó frente al portón y comenzó a recorrer la corta distancia a la casa de sus abuelos, agitando en la mano su certificado de bachillerato, en el que estaba marcado 'sobresaliente'.

Estaba tan acostumbrada a hacer ese camino todos los días que ya no se fijaba en sus alrededores. Pero esta vez, por alguna razón, percibió la verja oxidada y colgante de sus goznes, las malezas que crecían salvajes, la casa necesitada de una capa de pintura. Recordó que durante el invierno la lluvia goteaba dentro de la casa debido al techo sin reparar.

Clara no comprendía cómo llegaron a esa apurada situación. Todas las fincas vecinas prosperaban y todos hablaban de los años benditos. Y en su casa, al contrario, la frase más común era: —No nos podemos permitir eso —cada vez que había que hacer algún arreglo urgente.

Clara entró en la casa. Eva y Hans estaban sentados a la desvencijada mesa, en la cual un montón de ladrillos reemplazaba una de las patas. Ella vio cuán encorvadas estaban las espaldas de los dos y al levantarse Eva para servirle un té, sus manos temblaban. Pero Clara vio también cómo los ojos de los dos ancianos brillaban de placer al verla. Ellos ya contaban con más de ochenta años, y aún hacían solos todo el trabajo de la finca, rehusándose a emplear obreros.

—Vendan el fundo, entren a una casa de reposo. —les decía su hijo Herman en las raras ocasiones en las cuales visitaba a sus padres y a su hija.

A Clara le parecía que su abuelo estaba perdiendo la razón y su avaricia se volvía extremada. Nadie comprendía a dónde desaparecían las ganancias de la finca. Clara sospechaba que el dinero estaba escondido en algún lugar de la casa, pero Eva se negaba a hablar. —No hay dinero —le decía. —Deja en paz a tu abuelo.

En el año 1955, cuando Clara contaba con veinte años, Hans y Eva fallecieron en el plazo de un mes el uno del otro. Multitudes de personas llegaron al fundo a brindarles el último homenaje. Solo entonces tuvo Clara ocasión de apreciar la magnitud de la generosidad y el corazón de sus abuelos y el amor que todo el distrito les profesaba.

David, el vecino, contaba una y otra vez, dando vueltas expertas en su silla de ruedas, cómo Hans salvó toda su cosecha cuando quedó inválido. Y David no era el único con un cuento así.

Herman llegó al fundo el día en que el abogado leyó el testamento. —Venderé este vejestorio —anunció a su llorosa hija, mirando con desdén los raídos muebles y los vidrios quebrados de las ventanas. —Ellos no invirtieron nada en él, seguramente hay una fortuna en el banco.

Pero el abogado, con su jergón legal, anunció que Eva y Hans habían legado la finca a su única nieta, Clara Hummel Rodríguez. A su único hijo, Herman Hummel, le dejaban un juego de porcelana que habían traído de la antigua patria.

La cuenta del banco estaba vacía.

Pálido de rabia, Herman registró durante horas toda la casa, los establos y el gallinero, sin saltarse ningún rincón, mirando incluso debajo de las tablillas del piso. Al no encontrar nada, hizo partir su auto y se alejó, sin llevarse el juego de porcelana. Esa fue la última vez que Clara vio a su padre.

Después de partir su padre, Clara pasó la vista alrededor. Esa era su casa, el único hogar que había conocido, y los maltrechos muebles eran sus amigos.

Escuchó un auto que se acercaba. Tal vez su padre olvidó algo, pensó. Pero quien entró era un hombre desconocido, de unos cincuenta años, vestido con elegancia y en su cabeza un gorrito de terciopelo azul en el cual estaba bordada con hilos de oro la estrella de seis puntas que ella había visto en las fotos de los sobrevivientes de los campos de concentración.

El hombre se presentó como Boris Berdichewsky, el presidente de la colectividad judía de Santiago. Le contó que había manejado casi doce horas desde la capital para llegar al fundo. Consintió en tomar té, pero solo en un vaso de vidrio. Clara, sentada frente a él, escuchó su increíble historia.

Al saberse la verdad sobre el holocausto del pueblo judío, la colectividad de Chile se organizó para ayudar a los sobrevivientes, y cada familia aportó todo lo que podía. Un día, un abogado desconocido se presentó en el centro de ayudas. Le informó a Boris que representaba a un cliente que pedía quedar anónimo. El centro de ayuda recibió durante diez años un cheque mensual del abogado, y esa suma contribuyó muchísimo a ayudar a los sobrevivientes que llegaban a Chile.

Los jefes de la colectividad estaban convencidos que el anónimo donador era muy pudiente. Boris, al igual que ellos, estaba curioso por saber la identidad del benefactor, pero el abogado respetó sus deseos de quedar incógnito.

Unos días atrás, el abogado les informó de la muerte del benefactor. Y siguiendo las instrucciones que éste le había dejado, solo entonces pudo decirles el nombre. Boris decidió presentarse en su casa para conocer a sus herederos y agradecerles.

Al terminar sus palabras, Boris le entregó a Clara un documento de papel de pergamino enmarcado en oro, adornado con la estrella de seis puntas y un candelabro de siete velas. El documento expresaba el profundo agradecimiento que profesaba toda la colonia judía a Eva y Hans Hummel por su generosa ayuda.

Boris entregó además a Clara una lista de todas las cantidades que sus abuelos habían donado para ayudar a los sobrevivientes del holocausto.

Cada cheque igualaba la suma de las ganancias mensuales de la finca. El primer cheque llevaba la fecha del día de la llegada de Clara a casa de sus abuelos, cuando les preguntó cómo era posible que un pueblo cometa tales atrocidades hacia otro pueblo.

\*\*\*

### **El fundo de las mujeres, 1967 a 1972**

María-Inés no se alegró mucho al saber que debería compartir su habitación con otra niña. Tal vez

se burlaría de ella como los niños de Likanantai. Pero en el mismo instante que conoció a Lili, la niña preñada de catorce años, comprendió que todos sus temores eran infundados. Lili hablaba con humor, contándole sobre su vida en el convento al cual sus padres la mandaron a esconder su vergüenza de los ojos del mundo. La hizo reír, imitando los gritos espantados de la madre superiora al verla ducharse sin el camisón en el cuerpo.

—Mis padres planeaban entregar en adopción al bebé desde el mismo momento de nacer y que yo volviera a casa como si nada hubiera pasado. —le contó, mientras acariciaba su abultado vientre. —Pero un día, mientras rezábamos, lo sentí moverse dentro de mí y comprendí que no podía separarme de él. Me fugué del convento al amparo de la noche. No podía volver a casa, por lo tanto caminé y caminé. Los perros me ladraban y me perseguían y todo el cuerpo me dolía, pero al final llegué a un gran sitio en las afueras de una ciudad llamada Castellana.

—Había allí varios camiones. —continuó Lili. —De uno de ellos bajaron dos mujeres, una de ellas joven y delgada y la otra más mayor y gorda, con una ridícula melena corta color fuego. Comenzaron a descargar del camión toda clase de mercaderías, frutas, legumbres, tortas. Comprendí que ésa era la feria de fin de semana. El bebé me daba puntapiés, como reclamando comida, y yo estaba hambrienta y ya al borde de mis fuerzas. A mis narices llegó el aroma de pan recién horneado. Aprovechando que las dos mujeres estaban de espaldas hacia mí, cogí un panecillo. Créeme, María-Inés, nunca había hecho tal cosa.

No podía correr rápido, oí pasos a mis espaldas y estaba segura que era un policía. Pero escuché una voz que me decía: —Espera, niña. —La mujer del cabello rojo me dio una caja que contenía trozos de torta, panecillos, uvas, queso y una botella de agua. Me senté en la cuneta y comí y comí hasta que me pareció que iba a reventar. Mientras tanto llegó a mi lado la otra mujer y entre las dos me levantaron y me subieron al camión. Y aquí estoy desde entonces. Ya han pasado tres meses.

María-Inés se revolvió de risa y así pasó la primera y temida noche sin su papá. Mas en la mañana, al despertar, Lili no estaba en la habitación y su lecho estaba arreglado. Sin saber qué hacer, se sentó en el suyo.

A sus oídos llegaron voces y risas provenientes de afuera. Se asomó a la ventana y vio a Clara y a Paulina ocupadas en pintar el muro del patio. De pronto vio a Clara rodear con sus brazos el cuerpo de Paulina y las dos se unieron en un apasionado beso en los labios, como el que Eduardo le había dado al amparo de los árboles.

Avergonzada, se apartó hacia atrás. —¿A dónde me trajo papá? —se preguntó.

En el cuarto de baño encontró siete cajas, cada una con algo escrito. Consiguió leer en la última de ellas su nombre. Dentro había cepillos de dientes y de cabello, jabón y artículos de aseo.

Después de bañarse arrojó la toalla al suelo, como lo hacía en casa para que papá la recogiese, y se preguntó a dónde dirigirse y qué hacer durante todo el día. —Solo que no me obliguen a ir a la escuela —rogó.

Sintiendo hambre, se dirigió, siguiendo las voces de Lili y de Lucrecia, a una gran cocina. Lili estaba ocupada en cortar verduras mientras Lucrecia limpiaba un pescado. Las dos la saludaron con una sonrisa. Se sentó a la mesa central, esperando.

—Enseguida te mostraré cómo se enciende el fuego para preparar el té. —le dijo Lucrecia, sin interrumpir su trabajo. —Y mañana te enseñaré a hacer tortillas y churros. —Papá siempre

rechazaba sus ofrecimientos de ayuda, diciendo que podía herirse en los menesteres de la cocina.

De pronto, cruzó el ambiente un grito que le congeló la sangre y que sonaba como una sirena subiéndolo y bajándolo. María-Inés saltó de su lugar presa del pánico. —¡Fuera, rápido! —gritó.

—Cálmate, María-Inés. Es solo Madam practicando. —rió Lili, sujetándose el vientre. Después que se hubo calmado, se sentó junto a María-Inés y le contó que Madam era una gran cantante de ópera. —¿Sabes lo que es ópera? —preguntó. María-Inés negó con la cabeza. Nunca había oído tal palabra. —Ópera es como una radionovela, con la diferencia de que el público se sienta en una sala y ve a los artistas vestidos en forma cómica y en vez de hablar cantan en un idioma que nadie entiende. Pero hay también amores, traiciones, muertes, luchas, venganzas y al final alguien mata a la heroína y el héroe se suicida.

—Es al contrario. —intervino Lucrecia.

—No importa. —contestó Lili. —Al final todos mueren.

—¿Y la gente viene por su propia voluntad a escuchar los chillidos? —preguntó extrañada María-Inés.

—Madam era muy famosa y viajó por todo el mundo para chillar y morir en sus óperas, hasta que su amante la traicionó con una cantante mucho más joven que ella. —le contó Lili. —Ella pensaba ya suicidarse, como las heroínas de sus óperas. No se mató, pero desde ese momento solo salieron de su garganta unos débiles gemidos. Clara la encontró vagando perdida, borracha y descuidada y la trajo aquí. Al principio deba vueltas por los campos, compadeciéndose de sí misma. Pero un buen día terminó de llorar y comenzó a practicar su canto. Ahora chilla aún más fuerte que antes. Dentro de poco regresará a sus óperas. Juró que no le permitirá a ningún hombre interponerse entre ella y su arte.

Lili continuó pelando verduras, dejándola sola. Lucrecia estaba ocupada en el otro extremo de la casa y María-Inés no sabía cómo pasar ese largo día. Se levantó, indecisa, de la mesa del desayuno, dejando los cubiertos que había usado allí. El pequeño Gandi hizo su aparición en ese momento, desnudo y frotándose los ojos hinchados de sueño, y fue directo a sentarse en el regazo de María-Inés.

—Hija. —dijo Lucrecia, que había entrado detrás del niño. —Nos ayudarías mucho si te ocuparas de él para que Su pueda dormir un poco. Bu está echando dientes y la mantuvo despierta toda la noche. Vimos ayer cómo lo entretuviste. Tienes un verdadero talento para cuidar niños. —El rostro de María-Inés resplandeció ante los elogios.

Salieron a juntar huevos y a acariciar alpacas. Lili se les unió y los tres jugaron con la manguera del riego del huerto. El pequeño Bu, deslizándose del regazo de su madre, que estaba dormida en la hamaca, se acercó a ellos a gatas, resbalando sobre las mojadas baldosas.

—Su está agotada. —dijo Lili. —Noches enteras sin dormir por los dientes de Bu. Así será conmigo también, y me gusta tanto dormir. —suspiró.

—¿Quién es Su, Lili? —preguntó María-Inés con curiosidad.

—Paulina nos contó que Su vivía en una comuna en California, eso está en Estados Unidos. Comuna es un lugar como nuestro fundo, pero en lugar de trabajar difícil como nosotras ellos gritan contra algo que se llama Vietnam, que no sé qué es, dicen que hay que hacer el amor y no la guerra y después regresan al fundo y todos se acuestan con todas, fuman marihuana o algo más fuerte. El cabello de los hombres es más largo que el de las chicas, visten de blanco y se ponen flores en él. Tal vez por eso los llaman 'los hijos de las flores'. —Tomó aire y continuó.

—Los dos hijos de Su tienen diferentes padres. Ella misma no sabe quiénes son, pero se hartó de esa vida, tomó a los niños y se largó. En sus andanzas conoció a Paulina y ella la trajo aquí. En realidad, lo que Su desea es una vida tranquila en la aldea de la cual huyó, en alguna parte de América. Hay un joven que la quiere y está dispuesto a criar sus hijos junto con ella. Dentro de poco vendrá a buscarlos. —Se sentó a descansar después de su largo monólogo.

—¿Su y Madam se van? —preguntó María-Inés asustada. —¿Entonces quién se queda?

—Clara y Paulina. —le contestó—. Ellas viven como una pareja casada. Incluso duermen en la misma cama. —Pero María-Inés no quería saber más sobre Paulina. La escena de la cual fue testigo la avergonzaba.

—Yo también me iré después de que nazca mi hijo. —le comunicó Lili. —Clara trata de encontrarme un lugar de trabajo en el cual pueda tenerlo. Por eso Lucrecia me está enseñando a llevar una casa.

Lucrecia también tiene su historia. —agregó. —Estaba casada, con cinco hijos que ya estaban crecidos pero no habían abandonado el hogar, y ella hacía de sirvienta de todos. Cocinaba, limpiaba, lavaba. Su marido le exigía vestir ropas negras que le cubrían todo el cuerpo y le permitía salir solo para ir a la feria y a la iglesia. Un buen día, Lucrecia cogió el dinero que había juntado a escondidas, ahorrando de los gastos de casa. Y se fue. Compró un pasaje de autobús al lugar más lejano que el dinero le permitía y así llegó a Castellana. Fue de puerta en puerta ofreciendo sus servicios de sirvienta.

Después de medio año nadie la hubiera reconocido. Desaparecieron las ropas negras y el cabello se convirtió en rojo ardiente. Cuando escuchó del fundo Hummel, en el cual dos mujeres jóvenes trabajaban duro para salir a flote, las adoptó. Aquí ella cocina, limpia, lava, pero lo hace con una sonrisa en los labios.

\*\*\*

Hacia ya un mes que María-Inés había llegado al fundo. Ella estaba en el jardín recolectando flores silvestres para la habitación de la amistad cuando escuchó una voz que la apremiaba: — ¡María-Inés, anda al río, es urgente! —Elevó la vista, mas no había nadie allí. Sintió un gran miedo hasta que comprendió que la voz provenía de sus entrañas. La voz repitió sus palabras, apremiándola más y más, y una mano invisible la empujó hacia el río.

En el mismo segundo que llegó al borde, divisó la cabecita de Gandi, apareciendo y desapareciendo sobre el agua. Su corría desesperada por la orilla, llamándolo a voces, pero estaba demasiado lejos para alcanzarlo, y la fuerte corriente ya se lo llevaba directo al pequeño salto del embalse.

María-Inés saltó al agua, y después de mucho forcejear para que la corriente no la llevara también a ella, logró agarrar una de sus manitas y arrastrarlo fuera del agua, a pocos metros del salto. Gandi tosió y escupió agua, sin saber el peligro al cual había estado expuesto.

María-Inés casi quedó ahogada dentro del fuerte abrazo de Su, que balbuceaba palabras de agradecimiento en su incomprensible idioma.

Unas semanas más tarde, mientras Clara y Lucrecia se disponían a partir con sus productos a la feria de Castellana, María-Inés escuchó otra vez la voz, exhortándola a impedirles viajar. Sin pensar, corrió ligera como una gacela y se colgó a la pasarela del camión. —¡Por favor, no se vayan! —gritaba presa de un ataque de histeria. Clara no tuvo más remedio que detener el motor y

bajar a tranquilizar a la chica, sin comprender el motivo del ataque.

En ese momento se oyó un fuerte estallido. Un transportador de gas había explotado precisamente en el lugar donde el camino del fundo se encontraba con la carretera. Si no fuera por los gritos de María-Inés, Clara y Lucrecia estarían allí en ese preciso momento. El chofer salió con graves quemaduras, pero vivo, y no hubo más víctimas.

Más tarde, todos comentaron la gran suerte que tuvieron. Pero María-Inés sintió la mirada pensativa de Paulina posada en ella.

\*\*\*

Un gran automóvil negro se detuvo ante la casa y un chofer uniformado bajó de él y abrió respetuosamente la portezuela de atrás. Madam, vestida con un traje elegantísimo, un sombrero en un ángulo increíble y zapatos de tacón alto, subió al automóvil como una reina. El chofer cerró la puerta, se puso al volante y el automóvil desapareció por el polvoriento camino.

Una semana más tarde, un joven manejando un apabullado coche se llevó a Su y a los niños. Su partida dejó un gran hueco en el corazón de María-Inés.

La risa y los balbuceos de Gandi alumbraban sus días. El niño la llamaba Maía e iba tras ella a todas partes. Él había aprendido unas palabras en castellano y en las noches se acurrucaba junto a ella y le pedía cuentos. Ella gozaba aspirando su perfume de niño sano. El pequeño Bu, que ya era demasiado pesado para ser llevado a espaldas, también la seguía gateando y Gandi y ella corrían a salvarlo de innumerables peligros.

Como si eso no fuera bastante, Lili abandonó el fundo junto con su hijita recién nacida y se instaló a trabajar en un fundo vecino.

Todos se habían ido, y María-Inés quedó casi sola.

\*\*\*

## 6

María-Inés sabía que ése iba a ser su peor día desde que llegó al fundo. Al despertar por la mañana, recordó que Clara y Lucrecia ya habían salido a la feria de fin de semana de Castellana, con el camión cargado de huevos, de productos de la huerta y de mazorcas, y ella quedó a solas con Paulina.

María-Inés odiaba a Paulina. Todo en ella la molestaba: sus largos vestidos blancos, su costumbre de sentarse en la alfombrilla con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, las manos con las palmas hacia arriba y las voces de 'umm, umm' que emitía, que le atacaban los nervios aún más que los chillidos de Madam. Odiaba la extraña música que Paulina las obligaba a escuchar durante las comidas, y su hablar sobre amor cósmico. Ansiaba arrojar las velas aromáticas y los almohadones multicolores de Paulina y los lienzos llenos de manchas de colores que Paulina llamaba 'sus obras'.

Pero, sobre todo, María-Inés aborrecía a Paulina porque Clara la amaba.

Clara, maternal y cariñosa, estaba a su lado para consolarla cuando añoraba a papá y la mecía en sus brazos como a una bebé. Clara no debería dormir al lado de Paulina, sino al lado de papá, y convertirse en la madre que ella nunca conoció. Papá hubiera podido vivir con ella y con Clara en el fundo y trabajar la tierra en vez de en la mina de cobre.

Si no fuera por Paulina, Clara se enamoraría de papá. Pero eso no ocurriría mientras Paulina estuviera aquí.

A veces, en las noches, María-Inés soñaba que Paulina abandonaba el fundo o moría de alguna enfermedad. Se imaginaba que la ahorcaba, la envenenaba o la apuñalaba como en las óperas. Y ahora se veía obligada a pasar todo el día con ella.

Se demoró todo lo que pudo en la habitación que era ya toda suya. Arregló su cama como Lucrecia le había enseñado, con ángulos rectos y sin arrugas, añorando las risas de Lili que llenaban el ambiente, y al final salió de mala gana.

Pasó ante las habitaciones de Su y de Madam, que estaban vacías, y la de Lucrecia, ordenada en forma ejemplar, hasta que llegó a la última de ellas, el cuarto que compartían Clara y Paulina. Vio el colchón en el suelo que hacía las veces de lecho, cubierto con uno de los trapos pintados de Paulina, y a su alrededor las velas que acostumbraban a prender de noche.

Entró en la cocina a prepararse las tortillas y el té de la mañana. Desde la ventana se veía el patio de atrás, flanqueado por la huerta de hortalizas. Detrás de allí estaba el maizal.

En el centro del patio, en una mesa improvisada con unas tablas, yacía uno de los lienzos de Paulina y a su lado había varios pinceles y frascos de pinturas. Paulina trabajaba durante horas en ese lienzo, declarando que esa era su mejor obra. María-Inés acostumbraba a pasar ante él sin mirarlo. En su opinión, cualquiera, incluso el pequeño Gandi, podía dibujar mejor.

Pero ahora, algo la impulsó a salir al patio y contemplarlo de cerca.

El lienzo estaba cubierto, como todos los demás, de manchas de colores. Pero María-Inés descubrió que al alejarse de él se podía distinguir unas formas entre las manchas. Se alejó más y ahora pudo ver distintamente los rostros de Clara y de Paulina, que se contemplaban mutuamente

con una sonrisa amorosa.

Su mano derecha, que no sabía cómo sostener un lápiz, recibió vida propia. Se impulsó hacia adelante y tomó uno de los pinceles, lo impregnó de pintura negra y tocó con él la tela. Sin poder creerlo, vio la gran mancha negra esparcida en el lugar donde hasta hacía unos segundos había estado el rostro de Paulina. Y a continuación, sin poder contenerse, agarró el pincel con más fuerza y lo pasó sobre el lienzo, una y otra vez, teniendo cuidado de no tocar el rostro de Clara.

Con cada toque de pintura sintió cómo su alma se iba vaciando, hasta que, al final, como despertando de una pesadilla, arrojó lejos el pincel. Solo en ese momento advirtió que sus manos, sus piernas y su ropa estaban impregnadas de negro, como también lo estaban el suelo de baldosas del patio y los muros de la casa, que Clara y Paulina acababan de pintar de blanco.

Contempló la destrucción, sin poder creer que era obra de su mano. Ella no sabía que el odio era capaz de quemar como un infierno.

De pronto distinguió por el rabillo de ojo la inconfundible vista de un vestido blanco y largo agitándose en la brisa. Presa del terror, María-Inés huyó, corriendo a través del huerto hasta que alcanzó el maizal. Demasiado exhausta para seguir, se tendió entre las plantas que ya eran más altas que ella. Le dolía el brazo por las continuas pinceladas. Por lo tanto, se quedó allí, viendo el vestido blanco acercándose más y más, esperando lo peor.

Para su gran sorpresa, Paulina se tendió, sin una palabra, al lado de ella. El silencio de la mujer la aterrorizó aún más. Hubiera preferido regaños, gritos, sacudidas. Trató de cobrar valentía del odio que le profesaba, mas descubrió que su corazón se había vaciado. Parecía que el color negro lo había borrado todo.

—Iré de inmediato a empacar y esperaré a papá al lado de la verja. —dijo con voz apenas audible. —Seguramente tú ya lo has llamado. ¿O llamaste a la policía?

—No he llamado a nadie.

—¿No estás enojada conmigo?

Antes de contestar, Paulina contempló durante un largo rato el cielo azul. —Ese cuadro tenía un significado especial para mí —dijo al fin. —Pero si quieres, te mostraré cómo me enfrento con la ira.

Paulina se levantó de entre las plantas del maíz y salió a un trecho de campo libre de plantas. Levantó los brazos al cielo y comenzó a girar en torno de sí misma con más y más velocidad. Su blanca túnica se abrió como una extraña flor y de su boca salieron gritos con los que incluso Madam no podía competir. Todo eso continuó un largo rato hasta que cayó sobre la tierra, agotada.

María-Inés pasó la vista por los alrededores, buscando a alguien que la salvara de esa lunática. Tal vez podría correr a la casa y encerrarse en su habitación. Pero recordó que allí no había llaves en las puertas.

Mientras tanto, Paulina se levantó y cuando su respiración se calmó, sonrió y le habló: —He mandado la ira al cielo. A veces cojo una pala y entierro los malos pensamientos, o me paro al borde del agua y grito para que la corriente se los lleve. Ha habido veces en las que he encendido una fogata para quemarlos.

Ese era el discurso más largo que María-Inés había oído de labios de Paulina.

Paulina la invitó a ir con ella a la orilla del río, que en esa época del año no tenía mucha agua. Se sentaron al borde del sauce llorón, que inclinaba todas sus ramas hacia el río. El aire matutino estaba tranquilo, hacía calor y las dos introdujeron sus pies descalzos al agua.

—La furia me llevó a cometer actos horribles hasta que aprendí a controlarla. —dijo Paulina.  
—Si quieres te lo contaré.

María-Inés sólo consiguió afirmar con la cabeza, sin saber qué pensar de esa extraña mujer.

—Nací en un pueblecito del norte de México, en la frontera con California, en Estados Unidos. Había allí una gran pobreza y mis padres, como muchos otros, se vieron forzados a atravesar la frontera una y otra vez para trabajar como obreros migrantes en los viñedos en épocas de cosechas. Mi padre murió de una herida en la mano, infectada por falta de cuidados médicos y de condiciones sanitarias adecuadas. Mi madre quedó sola a cargo de tres niños, de los cuales yo soy la mayor, trabajando como sirvienta en casa de los dueños del viñedo. Asistí allí a la escuela junto con los otros niños mexicanos. Desde niña destacué por mi talento al dibujo.

Paulina habló con naturalidad, sin un ápice de jactancia. Contra su voluntad, María-Inés comenzó a formarse una imagen mental de la niña pobre que sabía dibujar. Siguió escuchando, atenta a cada palabra.

—La señora Kelly, la dueña de la casa, se preocupó de que fuéramos a la escuela en forma ordenada, proporcionándonos cuadernos y libros.

La mayoría de los niños mexicanos se conformaban con seis años de estudios y se unían a sus padres en el trabajo del campo. Pero los profesores de Paulina recomendaron que la niña continuara con sus estudios secundarios.

—Y allí, María-Inés, todo cambió. —La voz de Paulina cambió sutilmente y María-Inés percibió su agitación. —Yo era la única niña mexicana en toda la escuela y los niños de oro de California cerraron filas contra mí, la intrusa que no tenía derecho a encontrarse entre ellos. Me llamaban 'chicana mugrienta'. —¡Chicana, saca brillo a mis zapatos! —me gritaban—. ¡Apesta aquí, la chicana se acerca! —Nunca faltaba un pie que por casualidad tropezaba conmigo cuando yo pasaba por la cafetería con la bolsa de la merienda que mi madre me había preparado. Yo caía al suelo y el contenido se desparramaba. —¡Burritos, tortitas, no es de sorprender que la chicana apesta! —se reían. Y yo volvía a casa llorando, rogándole a mi madre que no me mandara más a la escuela. Pero ella me decía: —Hija, necesitas educación. No serás una sirvienta como yo. —Un día, una pelota de baloncesto chocó dolorosamente con mi espalda. Una voz burlona decía: —¡Le di a la piñata! ¡Pero en vez de dulces salió mugre! —Era la voz de Tom, el hijo de los señores Kelly, que estaba al mando de mis atormentadores.

Paulina interrumpió su relato y miró a la niña que estaba a su lado, bebiendo con ansiedad cada una de sus palabras. Esa era la niña que le destruyó su mejor trabajo. Es increíble cómo la historia se repite, pensó.

Paulina aún recordaba la hediondez que salía del cajón en el que guardaba sus mejores dibujos, que estaban destinados a ser exhibidos en una exposición local. Al abrirlo descubrió que estaban rotos, manchados de salsa roja, mayonesa e impregnados de orina. Se quedó allí, paralizada, sin poder comprender los extremos de la maldad del que es capaz de hacer tal cosa. Una risotada burlona llegó a sus oídos, y ante ella se levantó Tom, diciéndole desdeñosamente: —Si te atreves a acusarme, ¡contaré a la policía que tu madre nos robó! ¡La meterán a la cárcel y tirarán la llave!

Paulina interrumpió su relato, y de un golpe se introdujo al río, que sus aguas le llegaban solo a la cintura. Se agachó, metió la cabeza bajo el agua y desapareció. Por un momento, la asustada María-Inés pensó que quería suicidarse, pero pronto reaparecieron sus oscuros rizos.

—No te preocupes. Éste es solamente otro de mis métodos para arrojar al agua mi enojo. —le

sonrió. Le era importante encontrar la manera de explicarle a esta niña la urgencia de conquistar la ira. Tomó aire a sus pulmones y procedió a contarle la venganza que esa ira produjo.

—Yo ayudaba a mi madre a limpiar la casa de los señores y ya había descubierto en la habitación de Tom su escondite de cigarrillos y de marihuana. Él acostumbraba a fumarla a solas hasta que caía desmayado en su lecho.

Al amparo de la noche, Paulina se deslizó al cuarto de Tom, prendió un cigarrillo, ahogando la tos, y lo depositó tocando la sábana de su lecho. Tom no se dio cuenta de su presencia. Se retiró en puntillas cerrando la puerta y volvió a las viviendas de los obreros. Nadie la vio ni nadie la oyó.

—La casa estaba construida de madera, como casi todas las casas de California, y ese año la sequía había sido inmensa. No solo la habitación de Tom se quemó, sino también toda la casa, hasta sus cimientos.

—¿Pero les pasó algo a los que vivían allí? —preguntó María-Inés, asustada.

—No, ellos se salvaron. —contestó Paulina con voz que era apenas un susurro, y evitando mirarla. —Todos supusieron que el mismo Tom había prendido el fuego por descuido y él, demasiado drogado para recordar, no lo negó. Nosotras regresamos a México, donde nadie me llamaba chicana mugrienta. Yo trabajé durante años hasta que conseguí vencer la ira.

—Pero cuéntame, ¿cómo lo hiciste? —preguntó María-Inés, horrorizada y fascinada a la vez, olvidando que hasta hacía unas horas odiaba a esa mujer.

—En otra ocasión. Ahora debo retornar a casa, tengo trabajo. —Se levantó abruptamente y se alejó.

María-Inés se levantó. Alzando los brazos al cielo, comenzó a girar en torno a sí misma con velocidad creciente. De su garganta comenzaron a salir sonidos que eran más bien gritos de desesperación. Gritó a Dios, que la había dejado sin madre. Gritó a su padre, que la sacó de su casa. Gritó ante su incapacidad de aprender como cualquier otro niño, gritó su enojo con Flor, su amiga, por ser más hermosa y más lista que ella y tener madre. Gritó su ira hacia Eduardo, que aprovechó su inocencia. Gritó sus remordimientos por lo que había hecho con el lienzo de Paulina, una mujer que nunca le hizo daño.

Después se introdujo al río, y al igual que Paulina, metió la cabeza bajo el agua, viendo con los ojos abiertos cómo la corriente se llevaba todo vestigio del color negro que había en ella.

Paulina regresó a casa. Su cuerpo temblaba como una hoja al viento. Al llegar al patio, se puso de rodillas y comenzó a lavar las manchas negras de las baldosas. Las manchas crecieron ante sus ojos y ya no eran negras sino rojas, como las llamas que lamían las paredes de la casa.

Y el secreto que guardaba en su alma hacía ya doce años, la mitad de su vida, y que incluso Clara, el amor de su vida, no sabía, volvió a atormentarla.

Paulina tenía doce años y estaba parada junto a los demás obreros mexicanos, viendo los inútiles esfuerzos de los bomberos para contener el fuego que devoraba la casa. Y el color rojo de las llamas volvió ante sus ojos a ser negro como los tres sacos que contenían los cadáveres quemados de Tom y de sus padres.

### **Likanantai, 1971**

Cuando Rodolfo Rubio comenzó a trabajar en la mina bajo su supervisión, Mateo no reconoció en el tímido joven al legendario *La Bala*. Sus indómitos rizos negros y su tupido bigote habían reemplazado el corte militar de *La Bala*, y vestía un mono de trabajo en lugar de la camiseta amarilla de su equipo. *La Bala* había sido el delantero central que causó con sus seis goles la vergonzosa derrota de Likanantai en el partido entre ellos y Los Caciques, durante el campeonato de fútbol de la liga de las minas de cobre.

Mateo no se alegró por el aumento de responsabilidad que le caía encima. Su larga lucha con la asamblea regional para construir una clínica médica en Likanantai lo había dejado agotado. Pero el joven ya conocía el trabajo de la mina y destacó de inmediato por su dedicación al trabajo.

A la semana de entrar a trabajar, el joven le preguntó dónde se entrenaba el equipo de fútbol de Likanantai. Mateo se vio obligado a responder que ese equipo ya no existía. Sus jugadores se dispersaron, desanimados por la colosal derrota que los llevó a ser los últimos de su liga y la cancha de fútbol del pueblo quedó completamente desalojada. Rodolfo le agradeció y con eso terminó la conversación.

Compadeciéndose del nuevo y solitario muchacho, Mateo les pidió a los obreros jóvenes incluirlo en sus pasatiempos. Tito, que se había adjudicado el papel de líder de la nueva generación, lo invitó a venir con ellos al bar de don Paco a beber y jugar naipes. Rodolfo se negó cortésmente, diciendo que estaba ocupado. Los chicos, viendo en ello una señal de esnobismo, se retiraron encogiéndose de hombros.

En realidad, al final de su jornada de trabajo, Rodolfo se apresuraba a subir a su motocicleta y alejarse de allí. Mateo se preguntaba a dónde podía ir. Tal vez tenía una enamorada. Pero Patricia, que sabía todo lo que pasaba, no escuchó nada sobre eso.

Un día, después de dar un sin fin de vueltas, Rodolfo se acercó a él con la gorra en las manos y le pidió prestada una de las apisonadoras de tierra, ofreciéndose a pagar con su salario por su uso. No explicó para qué la necesitaba. Mateo no supo cómo reaccionar al insólito pedido. Por supuesto que se negó. Nunca se había oído que alguien se llevara un instrumento fuera de los confines de la mina.

Pero su curiosidad ya estaba descontrolada y al final de la jornada siguió discretamente al joven. Llegó detrás de él hasta las afueras del pueblo, donde estaba lo que una vez había sido la cancha de fútbol y que ahora estaba llena de piedras, maleza, desperdicios e inmundicias de perro. Todos se habían acostumbrado a llamar al lugar 'el basurero de Likanantai'.

Mateo pensó que sus ojos le engañaban. El basurero había desaparecido y el lugar estaba completamente limpio. Y comprendió que Rodolfo, con sus propias manos y sin ninguna ayuda, había quitado las piedras, cortado la maleza y limpiado los desperdicios y las inmundicias. Y Mateo reflexionó sobre todas las mañanas en las cuales el joven se presentaba en la mina a trabajar bajo sus órdenes, sin fallar nunca y sin dar señales de cansancio.

Rodolfo, ocupado en acarrear piedras para marcar los límites, divisó a Mateo y se llenó de vergüenza. —Don Mateo, yo creía que éste es un terreno abandonado. No sabía que pertenecía a alguien —se disculpó.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Mateo, sin percatarse de que su pregunta sonaba a acusación.

—Me gusta mucho el fútbol. —dijo el joven, como un niño regañado. —Pensé que si ponía la cancha en buen estado, los jóvenes tal vez querrían venir a renovar el equipo.

—¿Has jugado fútbol?—. Esta vez Mateo contempló al joven directamente a los ojos y algo en un recóndito lugar de su mente se movió.

—Sí. En El Cacique, mi pueblo oriundo, hay un equipo bastante bueno.

Como un relámpago, Mateo lo reconoció.

—¡*La Bala!* ¡Eres *La Bala!* —exclamó, sin poder creerlo. —¿Pero por qué has venido a enterrarte aquí en Likanantai? Creíamos que ya estabas jugando en la liga mayor, ¡o incluso en el seleccionado nacional!

—Por favor, don Mateo, no se lo diga a nadie. —rogó el joven. —En mi pueblo ya creen que he perdido el sano juicio. Yo solo quiero jugar al fútbol para mi placer.

También Mateo pensó que tirar por la borda un brillante futuro era un acto de locura. Pero la vista de la cancha limpia le dio una idea. Los jóvenes de Likanantai pasaban el tiempo libre bebiendo, jugando naipes o apostando en carreras de caballos. Incluso era posible que algunos de ellos probaran drogarse. El pueblo de Likanantai no tenía nada que ofrecerles, fuera del duro trabajo en la mina.

Se levantó y le dijo a Rodolfo, decidido: —Puedes tomar la apisonadora. Mañana reclutaré a algunos de los compañeros para que te ayuden.

Después que las apisonadoras alisaron la cancha, Rodolfo la midió y la marcó. Con ayuda de los otros obreros, acarreó piedras grandes para formar unos improvisados asientos al borde de ella.

Mateo se dirigió a la asamblea regional pidiendo fondos para completar la cancha, preparándose para una lucha colosal como por la clínica. Para su gran asombro, descubrió que canchas de fútbol y clínicas eran dos cosas enteramente distintas, sobre todo cuando alardeó con el nombre *La Bala*. Recibió los fondos de inmediato.

A pesar del pedido de anonimidad de Rodolfo, la noticia de la presencia de *La Bala* se esparció por el pueblo como pólvora. Cuando llegó el momento de las pruebas para armar el equipo, se formó una larga cola de aspirantes. Todos estaban encantados de la nueva cancha, con su verde césped, sus flamantes reflectores, sus asientos de madera, sus vestuarios. Pero, más que todo, los jóvenes estaban llenos de reverencia hacia *La Bala*, el ídolo, que ahora jugaría con ellos y los entrenaría.

Mas junto con el respeto se despertó en ellos la incertidumbre. Tal vez demostraría ser orgulloso y desdeñoso. Aún les dolía su rechazo cuando lo invitaron a beber con ellos. Para su gran alivio, descubrieron que Rodolfo, en la cancha de fútbol, era completamente distinto del joven callado y solitario de la mina. Su entusiasmo era contagioso, e incluso parecía más alto dentro de la cancha.

Después de probarlos, Rodolfo conformó el equipo principal y el de suplentes, y los candidatos que fueron rechazados se fueron con la promesa de que algún día tal vez llegaría su

turno.

El equipo seleccionado se sentó en el césped alrededor de *La Bala*, que les dio un discurso corto y entusiasta. Aprendió rápidamente sus nombres y les contó de Pelé, el legendario jugador brasileño, acentuando que sus increíbles logros eran fruto de arduo trabajo. En ese momento, todos los futuros jugadores se sentían capaces de sacrificar su mano derecha por su nuevo líder y elevaron al cielo gritos de '¡Viva Rodolfo! ¡Viva *La Bala*!' con promesas de poner a Likanantai en el mapa.

Llenos de orgullo y mientras cantaban el himno nacional, levantaron a Rodolfo y lo llevaron en sus hombros en una procesión triunfal hacia la plaza. Don Paco, el dueño del bar, ofreció un brindis especial en honor al equipo, y todos celebraron hasta avanzadas horas de la noche, planeando el símbolo del equipo y discutiendo a gritos sobre el mejor lugar donde poner la copa que el equipo ganará, dejando lugar para las próximas copas. Ninguno de ellos se fijó en que Rodolfo era el único que no tocó las bebidas alcohólicas.

Llegó el día del primer entrenamiento. Rodolfo se presentó en la cancha, portando en sus manos su pelota de la suerte, de la cual no se separaba y que ya estaba gastada por los miles de puntapiés que había recibido.

En poco tiempo se reunieron alrededor de él Tito, Pepe, Kiko y los demás jugadores elegidos, vistiendo con orgullo las camisetas rojas y ansiosos por comenzar. Rodolfo los recibió con palabras calurosas y les pidió formarse en dos filas.

—¡Un momento, *La Bala*, primero deseamos tomar una foto! —dijo Tito. —¡He traído una cámara!

Cada uno de los ilustres jugadores pidió tomar su foto junto a *La Bala*, y él respondió a todos de buenas ganas. La búsqueda de ángulos de fotografía demoró mucho y después que terminaron las fotos individuales llegó el turno de las de grupo. Cuando se terminó el rollo de la cámara, Rodolfo silbó para comenzar el entrenamiento. Pero Tito declaró que lo esperaban en casa, Pepe estaba cansado y todos se dispersaron, contentísimos de sus logros en ese primer día de entrenamiento.

En el segundo día de entrenamiento, solo diez de los jugadores llegaron a la cancha. La cámara de fotos no llegó con ellos y Rodolfo les pidió sentarse en círculo en el césped. Les explicó pacientemente el programa de entrenamiento y les pidió con delicadeza tratar de disminuir el consumo de alcohol, de cigarrillos y tratar de aumentar las horas de sueño.

En los rostros comenzaron a aparecer expresiones de incomodidad. Cuando Rodolfo les explicó los principios de la sana alimentación y les pidió comer menos tortas y más productos frescos, los jugadores se miraban los unos a los otros.

Al finalizar su disertación, Rodolfo silbó con su pito y les pidió correr alrededor de la cancha.

—Pero, entrenador, queremos jugar fútbol, ¡no correr! —se oyeron las protestas.

—¡Para poder jugar bien hay que estar en buena condición física! —les explicó con paciencia. Con marcada desgana, los jóvenes empezaron a correr a paso de tortuga.

Después de una vuelta, Rodolfo se compadeció de ellos. —¡Bueno, ahora jugaremos! ¡Fórmense en parejas!. —Rodolfo distribuyó las cinco flamantes pelotas de fútbol que había comprado y por fin, después de una extensa discusión sobre quién emparejaría con quién, comenzaron a hacerse pases.

El corazón de Rodolfo cayó a sus pies al ver los débiles y torcidos pases, que no conseguían

mandar a las pelotas más allá de unos tres metros. Peor era ver que los arqueros ni los conseguían atajar. Sin desazonarse, pasó de uno a otro, dándoles palabras de ahínco, mostrándoles cómo patear. Pero, para su sorpresa, los jugadores fueron sentándose uno detrás del otro en el césped.

—¡Estamos cansados! —dijeron. Para darles ánimo y motivación, Rodolfo tomó su pelota de la suerte y de un golpe del pie derecho la mandó tan lejos que el pobre Kiko, que hacía de arquero, ni la vio al salir disparada y perderse fuera de la cancha.

Los jugadores cambiaron miradas de desconcierto entre sí. Entonces Tito se acercó al entrenador, se despojó de su camiseta roja, que con tanto orgullo se la había puesto, y se la entregó. —¡Me retiro! —declaró. Llenos de protestas hacia el tirano entrenador que les exprimía las fuerzas, todos los jugadores siguieron su ejemplo y abandonaron la cancha, dejándolo en medio de un mar de camisetas rojas y pelotas nuevas sin usar.

Todos sus esfuerzos, todo el trabajo invertido en la cancha, todo su entusiasmo en formar el equipo, todo había sido en vano. Había sido un ingenuo al creer que aquí podría hacer lo que más deseaba en la vida. Ya no comprendía el impulso incontrolable que lo empujó a venir a Likanantai, un pueblo que ni siquiera conocía. Sintió unos enormes deseos de abandonar este lugar. Ya mañana, se prometió, escribiría a los agentes de Santiago que lo rondaban con sus proposiciones, empacaría su valija, la cargaría en su motocicleta y se iría.

Subió a su motocicleta y regresó a la pequeña y oscura habitación que alquilaba en casa de la viuda Gutiérrez, que con su única ventana, que daba a la pared de la lavandería vecina, le daba la sensación de estar en la cárcel. Miró a su alrededor, a los muebles desvencijados, la cortina que había sido blanca, el yeso que se descascarillaba de las paredes. La habitación, como todo Likanantai, lo deprimía. Y comenzó a empacar.

Sintió un golpe a la puerta. Era don Mateo, cuyos ojos se abrieron al ver la valija.

—¡Me voy, don Mateo! Usted me ha tratado de forma maravillosa y me ha ayudado mucho a reconstruir la cancha. ¡Lástima que su trabajo será perdido! ¡Dentro de poco volverá a ser un basurero!

Mateo ya había oído las noticias de la deserción. —¡Nuestros muchachos no te merecen, Rodolfo! Tú estás destinado a cosas más grandes. ¡Traerás gloria a nuestro país! —le respondió. —Pero he venido a invitarte a cenar a casa. He cocinado algo muy sabroso y no me apetece cenar solo.

El primer impulso de Rodolfo fue declinar con cortesía la invitación y continuar empacando. Pero no deseaba desairar a don Mateo, que había sido tan amable con él. Y también estaba hambriento. Las comidas de la viuda Gutiérrez eran tan inspiradoras como su habitación.

Aceptó la invitación, sin saber que esa decisión iba a cambiar para siempre su vida.

En el mismo momento de cruzar el umbral de la casa de Mateo, Rodolfo sintió que se cernía sobre ella un aura. Un aroma de asado llegó a su olfato, en la chimenea bailaba alegremente el fuego y los muebles, a pesar de estar tan gastados como los de su habitación, infundían un aire hogareño e invitador.

—Esta es mi casa —pensó para sus adentros, contra toda lógica. Por un momento le parecía que los cojines del sillón ya llevaban la marca de su cuerpo, a pesar de que nunca se había sentado en ellos. —¿Qué me pasa? —se preguntó asustado, el corazón latiendo furioso. —Esta casita es tan parecida a todas las demás aquí en Likanantai. ¿Por qué me siento como si fui llamado a ella, como si toda mi vida esperé venir aquí?

Sus piernas lo llevaron hacia el hogar. Sobre la repisa vio una foto en un sencillo marco de madera. En la foto se veía una muchacha descalza y vestida con pantaloncitos cortos y camiseta, su oscuro y largo cabello suelto al viento, destacando sobre el fondo de un maizal. Contempló los oscuros ojos y sintió un escalofrío.

—Esta es mi hija, María-Inés. —Rodolfo escuchó tras de sí la voz de Mateo. —Se encuentra desde hace ya cuatro años en un fundo, al sur de aquí. Voy a menudo a visitarla.

No explicó más y Rodolfo no preguntó más. Él ya sabía que no podía abandonar este lugar. La voz que lo llamó a venir a Likanantai tenía razón. En el mismo segundo en que sus ojos encontraron los de la muchacha en la foto, él supo que había encontrado su destino.

\*\*\*

Al día siguiente, Rodolfo iba camino a la tienda que quedaba en la plaza cuando sintió que algo chocaba con su pierna derecha. Por puro reflejo, resultado de años de entrenamiento, le dio un puntapié. Se trataba de una pequeña pelota abollada a la que se le había salido casi todo el aire. La pelota aterrizó a los pies de un niño de unos cinco años que estaba al lado de su madre en el centro de la plaza. El niño tomó la pelota en sus manos y rompió en llanto.

—Pero, Pepito, no tenemos dinero para una pelota nueva. —oyó Rodolfo decir dulcemente a la madre. Pero Pepito continuó su desgarrador llanto. Al ver el niño abrazado a su inútil pelota, Rodolfo se emocionó y con súbita decisión se acercó a la mujer.

—¿Podrían esperar unos minutos? —preguntó.

Llena de desconfianza, la mujer apretó a Pepito contra sí. Pero el niño cesó de llorar, clavó en Rodolfo sus inocentes ojos y rogó: —Por favor, mamá, esperemos.

Rodolfo subió a su moto y se apresuró a ir a la cancha de fútbol, que solo el día anterior había jurado que sus pies no pisarían más. Las flamantes pelotas estaban en el mismo lugar donde él las había dejado, junto a las camisetas rojas. Tomó dos de las pelotas, las introdujo en una red que colgó en el manubrio de la moto y volvió a toda velocidad a la plaza. El niño y su madre no se habían movido.

Los ojos de Pepito brillaron al ver la pelota. —¡Por favor, enséñeme a patear! —le suplicó. Olvidando las compras que pensaba hacer para alegrar un poco su deprimente habitación, Rodolfo comenzó a enseñar a Pepito los rudimentos del fútbol, allí en el centro de la plaza. Al poco tiempo se unieron a ellos Javier, de seis años, y Esterita, la hija de doña Sara, del almacén de comestibles.

—¡Las niñas no juegan fútbol! —declaró Pepito. Esterita, que era mucho más corpulenta que él, gracias a las horas que pasaba atiborrándose en el almacén de su madre, le dio un empujón.

—¡Las niñas sí juegan! —respondió.

—¡Todo el que lo desea puede jugar! —declaró Rodolfo. Sacó de las profundidades de su bolsillo su pito y lo sopló. Los niños lo miraron hipnotizados. Los organizó en fila y les pidió correr alrededor de la plaza. Los niños, cuyo número ya se elevaba a ocho, con dos niñas además de Esterita, obedecieron con sus pies descalzos, sin que se oyera ni una queja. Rodolfo los mandó a subir y bajar por la escalinata de la iglesia, a hacer ejercicios de calentamiento y, por fin, marcó con unas piedras los arcos.

El partido de fútbol comenzó y siguió ante un público entusiasta de madres que aplaudían y estimulaban a sus pequeños. De pronto, los jugadores desertores del equipo de los adultos

salieron del bar de don Paco, donde estaban ocupados en entrenarse en beber y jugar a los naipes.

—¡Nosotros también queremos jugar! —gritaron.

—¡Salgan de la cancha! ¡Están molestando! ¡Ahora juega la liga de los niños de Likanantai! —respondió Rodolfo.

Desde lo alto de los escalones de la iglesia, el padre Tomás los contemplaba. —¡Padre nuestro que estás en los cielos! —rezó. —¡Has demostrado nuevamente tu sabiduría! ¡Cerraste una puerta y abriste un gran arco!

Desde ese día, la plaza de Likanantai se acostumbró a ver todas las tardes a los niños, que su cantidad aumentaba de día en día, presentarse a entrenarse sin perder un día. Al cabo de un mes ya había unos cuarenta niños, con una representación bastante grande del bello sexo, y la plaza se hizo demasiado estrecha. Y así, un mes después de que abandonó la cancha que había construido con tanto trabajo, Rodolfo volvió a ella.

Las inmundicias de los animales llenaban el césped, que estaba seco por falta de irrigación y lleno de malezas salvajes. Rodolfo suspiró. El fuego que ardía en él la primera vez y que lo llevó a hacer el hercúleo trabajo se había apagado. Pero se puso manos a la obra.

De pronto llegaron a sus oídos sonidos de canto. Levantó los ojos y vio una procesión de todos los niños de la liga, portando herramientas de juguete, acompañados de sus padres, que llevaban instrumentos de trabajo más serios. Encabezaban la procesión el padre Tomás y doña Laura, la profesora de gimnasia de la escuela.

Doña Laura abrazó a Rodolfo. —¡Bendito seas, Rodolfo Rubio, por haber recibido a las niñas! ¡Nuestra escuela estará a tu disposición para cualquier ayuda que necesites!

Al cabo de dos días, la cancha recobró su gloria. Rodolfo la dividió en dos canchas más pequeñas y el carpintero del pueblo, que era el padre de Javier, construyó cuatro pequeños arcos.

El padre Tomás entregó a Rodolfo el contenido de la caja de caridad, diciendo: —Dios manda que estos niños jueguen con zapatos de fútbol y no descalzos. —El viaje a Costa Marrón a comprar zapatos fue todo un acontecimiento. Para algunos de los niños era la primera vez que salían del pueblo.

Los partidos de la liga de los niños, que tenían lugar todos los domingos después de misa, se convirtieron en una tradición. El padre Tomás, que se reveló como un jugador talentoso, se convirtió en el entrenador ayudante de Rodolfo, y se lo veía corriendo por toda la cancha con sus velludas piernas bajo los cortos pantalones.

Un día, al llegar a la cancha a prepararse para el partido, Rodolfo se asombró al ver a Tito, Pepe y los demás renegados del equipo adulto arrancando los pequeños arcos y las piedras que dividían la cancha. —¿Qué están haciendo? —bramó, enfurecido.

—¡Ésta es nuestra cancha! ¡Nosotros somos el equipo de Likanantai! ¡Esos mocosos deben aprender primero a sonarse la nariz! —gritó Tito.

Rodolfo se irguió con toda su escasa altura. Pero en ese momento parecía que había crecido. Sopló con el pito que los niños tanto amaban y gritó a todo pulmón:

—¡Les ordeno salir de la cancha! ¡Ustedes son intrusos! ¡Si desean jugar, construyan ustedes mismos una cancha! ¡El desierto es inmenso!

\*\*\*

### Likanantai 1972

El mundo de Ramón y Patricia se derrumbó mientras estaban ocupados con los preparativos para la boda de Flor, su única hija.

Flor era, a todas luces, la muchacha más hermosa y la más lista de Likanantai. Ella había seguido sus estudios secundarios en Costa Marrón y blandía con orgullo su certificado de bachillerato. Estaba a punto de contraer nupcias con Luis Rivera, el único de los gitanos que se quedó en el pueblo cuando todos los demás lo abandonaron.

Durante las semanas que precedieron a la ceremonia, en casa de la familia Páez solo se hablaba de vestidos, arreglos florales, los músicos de la cueca, el vino y las tortas. El padre Tomás iba a consagrar su unión en la iglesia y todo el pueblo estaba invitado a los festejos que iban a tener lugar en la plaza.

En medio de todo eso, una tos persistente no abandonaba a Ramón. Mateo, su mejor amigo, lo exhortaba a acudir a la clínica, pero Ramón quería creer que solo se trataba de un resfrío. Pero a medida que pasaban los días, él estaba cada vez más débil. Sus compañeros tomaban entre ellos gran parte de su trabajo y él aún persistía en su negativa de acudir al médico, tal vez porque consideraba cualquier signo de enfermedad como un reto a su virilidad o porque ya había adivinado la verdad.

Un día, él cayó desmayado en medio de su trabajo. Mateo, que estaba a la alerta en la proximidad, corrió a detener la gran grúa segundos antes de que aplastara a su amigo. Lo levantó en brazos y lo llevó en su camión a la clínica, en la cual el doctor Robles, el médico, lo examinó con una expresión de seriedad en su rostro.

—¡Ah, otro más! ¡Exactamente como hablamos! —dijo Miranda, la joven enfermera, mientras le sacaba sangre. Pero calló de inmediato al ver la mirada fulminante que le dirigió doctor Robles.

—¡Llévalo de inmediato al hospital de Costa Marrón a hacerle una radiografía! —le ordenó el doctor a Mateo.

\*\*\*

—¡Usted debe partir de inmediato! —dijo el doctor cuando Ramón volvió acompañado de Patricia a saber los resultados. —Es su única chance. Ya he arreglado su ingreso. —El doctor contempló a la pareja sentada frente a él. Ramón, luchando por introducir aire a sus dañados pulmones; Patricia, luchando con sus lágrimas. Y les habló en forma directa. Les contó de la nueva clínica americana en Santiago, les habló de radiaciones y de medicamentos químicos, de las probabilidades de alargar la vida. No les habló del costo del tratamiento. Eso no era de su incumbencia.

—¡No me voy a ninguna clínica de Santiago! —dijo Ramón al llegar a casa. —¡No tenemos dinero para eso! —Pero el esfuerzo de hablar le produjo un ataque de tos. Mateo le ayudó a

instalarse en su silla preferida del balcón delante de la casa y acercó a su nariz el tubo de oxígeno, tal como la enfermera le había instruido.

—¡Deseo quedarme en casa y estar en las nupcias de Flor! —Ramón arrancó la máscara de su cara. —¡Quiero morir en mi lecho!

Cayó la noche. Ramón consiguió dormirse con ayuda del oxígeno y de los medicamentos. Patricia, Mateo, Flor y Luis siguieron sentados en el balcón, pensando en la inmensa suma de dinero que necesitaban para trasladar a Ramón a Santiago y pagar por los costosos tratamientos. El seguro social de los mineros no cubría clínicas privadas y tratamientos experimentales, y ellos no contaban con la suma necesaria o con quién los ayudase.

—Nunca he querido una boda costosa. —dijo Flor. —He hablado con el padre Tomás. Él nos casará este fin de semana.

Mateo se levantó de improviso y volvió a su casa. Regresó al cabo de una hora y le entregó a Patricia un sobre cerrado, que contenía todo su salario de la última semana. —Toma, Patricia. ¿Para qué necesita tanto dinero un solterón empedernido como yo? —trató de bromear.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Patricia y Mateo la miró conmovido. La tensión que hubo entre ellos los primeros meses de la vida de Inesita era ya asunto del pasado. Patricia amaba a María-Inés como a Flor, su propia hija, a la cual la enfermedad de su padre ensombrecía la alegría de su matrimonio.

Mientras hablaban, se acercó a ellos Jorge, otro de los compañeros de trabajo. —Mateo me ha contado de Ramón. Lo siento tanto, Patricia —dijo, mientras le entregaba otro sobre idéntico al de Mateo, y se alejó antes de que Patricia alcanzara a protestar. Ella sabía que Jorge luchaba para mantener con su salario a su familia, compuesta de cinco hijos.

La procesión hacia el hogar de Ramón continuó durante horas. Patricia estaba al tanto del gran sacrificio que hacían por ellos los mineros. Hacía ya mucho tiempo que nadie había recibido aumentos de salario y todos temblaban aterrados, temerosos de perder su lugar de trabajo. Hacía ya un año que el nuevo y socialista Presidente de la República había nacionalizado las minas de cobre y despojó de ellas a las compañías extranjeras sin indemnizarlas, alegando que durante los años se habían enriquecido en billones de dólares a costa de los mineros.

El gobierno de Washington no estaba dispuesto a permitir un régimen rojo en la zona, y en las ciudades dominaba el desconcierto y la escasez debido al embargo americano. Nadie sabía cuál sería el futuro de las minas de cobre, la principal riqueza de Chile. Y a pesar de todo eso, todo Likanantai se presentó en casa de la familia Páez, dispuesto a ayudar. Hasta Roby, el hijo de diez años de Andrés, llegó con su cajita de hojalata y volcó el contenido sobre la mesa.

Pero todas las contribuciones juntas eran solo como una gota en el mar.

A medianoche, Mateo regresó a su hogar y se tumbó, agotado, sobre su lecho, que había quedado en el nicho al lado de la entrada. Durante los cinco años que habían transcurrido desde que su hija partió al fundo de las mujeres, no cambió nada en su casa. La habitación de su hija quedó como estaba, con la manta rosada de encaje sobre la cama. Ahora que quedó solo, pudo concentrarse en lo que lo atormentaba en un rincón de su cerebro.

Se acordó de Miranda, la joven enfermera, y sus enigmáticas palabras: —Otro más. Exactamente como hablábamos. —Se preguntó si el trabajo en la mina fue el causante de la enfermedad de su amigo. Y le vino a la mente la otra pregunta. ¿Era posible que todos ellos corrieran el mismo peligro?

\*\*\*

La flamante clínica, cerca de las casas de Likanantai, era el producto de su iniciativa. Mateo luchó incansablemente en la asamblea regional contra los que se oponían. —No hay necesidad —decían—, los mineros y sus familias pueden venir al hospital de Costa Marrón, solo a veinte kilómetros de distancia. —Pero Mateo no había olvidado la muerte de su mujer, que se podría haber evitado si hubiera habido en Likanantai un centro de cuidado médico, y no cejó hasta que logró vencerlos. Un logro bastante bueno para alguien que finalizó solo seis cursos de escuela, solía pensar con orgullo.

Cristina le había ayudado en ese cometido. Gracias a sus consejos él supo a quién dirigirse y cómo hablar. Y ahora, al esperar que la clínica se abriera, pronunció tiernamente su nombre.

La hermosa y educada joven había sido para él un regalo del cielo en los momentos en que más la necesitaba. Ya en su segundo encuentro, la joven risueña, con sus azules ojos, sus rojos rizos indómitos y su esbelto cuerpo lo invitó a su casa y lo condujo de la mano, como a un adolescente tímido, a su dormitorio. Desde la muerte de su esposa, su primer amor, y enfrascado en el cuidado de su hijita, él no había tenido relaciones con ninguna mujer. Pero Cristina era experimentada en el amor y con infinita paciencia le enseñó a darle placer a una mujer.

El romance entre ellos duró sólo unos meses. Él nunca la invitó a su pueblo, no les presentó a sus amigos y no le propuso acompañarlo en sus visitas al fundo. Solo le dijo que Inesita se criaba con unos parientes. Ahora, contemplando hacia atrás el tiempo que pasaron juntos, él no podía comprender la razón de su testarudez al insistir en evitar que ella entrara en su mundo.

Al final, no pudiendo estar con un hombre que le cerraba una parte tan importante de sí mismo, ella abandonó el lugar y partió a Santiago a realizar su sueño de estudiar Derecho.

Después de su partida, Mateo no se relacionó con ninguna otra mujer y se contentaba con encuentros casuales y esporádicos.

\*\*\*

A primera hora de la mañana siguiente, Mateo se dirigió a la clínica y buscó con la vista a Miranda, la joven enfermera. Tenía varias preguntas que hacerle. Pero no la vio. En su lugar estaba una enfermera adulta de labios apretados.

—Buenos días, vengo por la enfermera Miranda. —dijo.

—Soy Amalia, la nueva enfermera. Miranda ya no trabaja aquí. —le contestó secamente.

—Me he olvidado su apellido y su dirección. ¿Me los podría dar?

—No. —fue la tajante respuesta.

Mateo salió de la clínica y se dirigió a la oficina de la mina. Lucía, la secretaria principal, lo recibió con un beso en la mejilla. Ella lo amaba como si fuera su hijo.

—Lucía, necesito la dirección de la enfermera Miranda. —le dijo sin preámbulos.

Como si no lo hubiera oído, ella le dijo: —Mateo, hemos escuchado lo de Ramón. Lo sentimos tanto. Hemos organizado en la oficina una colecta para ayudarlo. Ven a la hora del descanso y te la entregaré.

Al volver a la oficina durante el descanso, Lucía le entregó un sobre hinchado, diciéndole: —Ábrelo cuando estés solo. —Mateo quedó perplejo.

Al abrirlo, encontró un fajo de billetes y entre ellos, una esquelita con la letra de Lucía: —

Mateo, ésta es la dirección de Miranda. No la has recibido de mí. Puedes tratar de hablar con ella, pero no creo que te sirva de algo. Cuidado, Mateo. Tal vez sería mejor desistir de tu búsqueda.

\*\*\*

—La enfermera ya no vive aquí. —le contestó la vecina de Miranda. —Hace unos días vino una camioneta y se la llevó con todas sus pertenencias.

Mateo se fue de allí directamente a la sede de la asamblea regional. Él ya era conocido en el edificio, por lo tanto nadie le hizo preguntas. Subió de tres en tres las escaleras a la División de Salud, pero la secretaria le informó secamente que no estaba autorizada a divulgar información, y cuando pidió entrar donde alguien con autoridad, le dijo que el jefe estaba en una reunión. Pero Mateo sabía que en ese día no había ninguna reunión.

A Mateo ya le era difícil sacudirse de encima la sospecha que había una confabulación para impedirle hablar con la enfermera. Su sospecha aumentó cuando en la Oficina de Recursos Humanos la secretaria le informó que el jefe no estaba. Pero Mateo alcanzó a divisar su espalda alejándose de él. Mateo comenzó a preocuparse del destino de la joven enfermera, que con sus imprudentes palabras había despertado las sospechas en su cabeza.

En el camino de vuelta a Likanantai pasó por la oficina de la mina. La ventana de don Manuel, el director, estaba aún alumbrada, y en un impulso espontáneo se detuvo y entró.

—Mateo, me siento tan apenado por Ramón. ¿Puedo ayudar en algo? —preguntó el jefe de la mina. Don Manuel tenía fama de hombre honrado y justo y Mateo decidió contarle todo, sin omitir detalle.

—Don Manuel, nos están escondiendo algo. Si la enfermedad de Ramón es a causa de su trabajo, ellos deben tomar responsabilidad. La familia no cuenta con los medios para los tratamientos. Y además, es necesario someter a exámenes a todos los que trabajamos dentro del cráter. Tal vez hay algo en el polvo que respiramos. ¡Ayúdeme, a usted lo escucharán! —terminó con un ruego.

Don Manuel se levantó de su silla, fue a la puerta y la cerró después de mirar a todos lados. La expresión que se reflejaba en su rostro se podía describir solo como puro miedo.

—Comprendo la angustia de la familia, Mateo, pero debes tener cuidado. —le respondió. —No tienes ninguna prueba que apoye tus sospechas, y el hecho de haberte dirigido a mí es como una acusación.

Mateo miró a su jefe. Hacía ya quince años que era gerente de la mina y todo su anhelo era serlo otros quince años. Comprendió que don Manuel no haría nada que comprometiera su posición en tiempos tan inestables, con la transición de las minas a manos nacionales.

Don Manuel sacó un abultado sobre de un cajón de su escritorio. —Doña Sonia y yo deseamos ayudar a Ramón —le dijo, teniendo la decencia de ruborizarse. —Solo que quede claro, esta es una donación privada nuestra. Ni un centavo llegó de la mina.

Mateo sintió deseos de arrojarle el sobre a la cara. Pero él sabía que Ramón necesitaba cada centavo. Decidió volver a casa caminando, dejando el camión en la oficina. Tenía esperanzas de que el aire fresco de la noche le calmara su frustración y su enojo. Aún no había cumplido los cuarenta años y se sentía ya anciano.

El camino a su casa pasaba al frente de la clínica, que a esa hora ya estaba cerrada y oscura. En esos momentos no sentía ningún orgullo de ser el responsable de su construcción. Al contrario,

le parecía que el edificio se burlaba de él. Se inclinó, tomó una pesada piedra y balanceó el brazo hacia atrás, dispuesto a arrojarla a una de las ventanas. Pero un segundo antes de arrojarla sintió una gran fuerza que le sujetaba la mano y escuchó la voz inconfundible de María-Inés, su difunta esposa:

—No, Mateo. Esta no es la forma de ayudar.

\*\*\*

—Me están obligando a viajar. —Sentado en su sillón preferido, Ramón le señaló las cajas a medio embalar. —Patricia me ha amenazado que si me niego a ir y me muero, ella me matará. —bromeó. —Nos iremos al día siguiente del matrimonio de Flor.

Patricia salió de la casa. —Todo quedará aquí como está hasta que volvamos —declaró con una alegría que no engañó a nadie. Le contó que el padre Tomás había venido con el fondo de emergencias de la iglesia y había arreglado que Patricia se alojaría en un convento cerca de la clínica de Santiago. —El domingo efectuará una misa especial para rogar por Ramón. Y doña Sonia me ha encontrado trabajo en una panadería de la capital.

Todo eso ayudaría, por supuesto, pero la suma necesaria era tan grande que nunca alcanzarían a cubrirla.

—Comenzaremos el tratamiento y Dios nos ayudará. —dijo Patricia con calma. Su absoluta fe elevó lágrimas a sus ojos.

\*\*\*

Al regresar a casa, se dirigió al cajón en el cual guardaba las tarjetas de Navidad que Cristina aún le mandaba con puntualidad, las cuales él jamás respondía. Pero ahora marcó el número de teléfono que estaba impreso en la última de ellas.

—Hola, hola, ¿quién habla? —escuchó decir a una voz varonil. Confuso, Mateo colgó sin hablar. Pero al momento se repuso. ¿Y qué esperaba?, se preguntó. Cristina no le pertenece. Él la ahuyentó con su actitud y el hombre que contestó el teléfono seguramente la merece más que él, y debe alegrarse por su dicha. Ahora importa solo Ramón. Y volvió a marcar.

—Necesito hablar con Cristina Meléndez. —dijo con fingida calma cuando la misma voz volvió a contestar. Pero sintió su corazón latiendo de prisa. Después de unos segundos escuchó a través de la distancia la misma voz musical que hacía ya cerca de cinco años no escuchaba. —Soy Mateo, Cristina. —susurró.

—¡Mateo, qué agradable sorpresa! ¿Cómo estás? ¿Todavía en Likanantai? ¿Y cómo está tu hija? —La voz de Cristina expresaba un auténtico interés amistoso, pero provisto de toda intimidad.

A su pregunta ella le contó que ya había finalizado sus estudios de Derecho, pasado el examen del Colegio de Abogados y ahora trabajaba en un gran bufete que se especializaba en derechos de trabajadores. La voz varonil pertenecía a Adam, su compañero de trabajo y de vida.

—Cristina, necesito tu ayuda. —le dijo simplemente cuando ella terminó, y procedió a contarle toda la historia.

—Debes andar con cuidado, Mateo. —respondió de inmediato, con gran seriedad. —Esto es serio. Allí pasa algo muy grande, que ya no es asunto privado de Ramón. No hagas nada de forma apresurada. No posees pruebas sobre la causa de su enfermedad, por lo tanto no puedo involucrar

a mi oficina en esto, pero investigaré por mi cuenta en forma discreta. Y Mateo... —agregó antes de colgar. —No sigas buscando a la enfermera. La pones en peligro, a ella y a ti.

Al amanecer del día siguiente, Mateo entró a casa de Ramón, que había pasado una buena noche gracias a las hojas de coca que masticaba. Patricia ya había salido a hacer sus preparativos finales para el viaje. Flor estaba ocupada llenando una valija. Mateo siguió con la mirada sus movimientos mientras doblaba de forma pulcra y perfecta las prendas de ropa antes de meterlas ordenadamente en la valija. No había en ella nada de los movimientos caóticos de su madre. Flor siempre fue así, pensó. Práctica y llena de sentido común. Y tomó una decisión.

—Ven, hija, vamos a pasear un poco. A los dos nos hará bien el aire. —le dijo, rodeándole los hombros con el brazo. Mientras caminaban lentamente por las calles del pueblo que era el hogar de ambos, Mateo le contó de sus sospechas, de su búsqueda detrás de la enfermera Miranda y de su conversación con Cristina.

—¿Cómo puedo ayudar? —fue la inmediata reacción de ella.

—Anda a la clínica y pide una copia de todos los documentos médicos de tu padre. —respondió. —Yo no puedo pedirlos, no soy miembro de la familia. Dile a la enfermera que la clínica de Santiago los pidió. Después dirígete a Lucía, la secretaria de la oficina de la mina, y pide una copia del contrato de trabajo de tu padre y la suma de los diversos cargos que ha ocupado a través de los años. Dile que lo necesitas para el seguro médico. Tráemelos sin que nadie se entere.

De pronto, como si hubiera pensado en eso solo en ese momento, añadió: —No le cuentes de esto a nadie, ni siquiera a tus padres o a Luis.

Durante todo el día, sin poderlo impedir, Mateo observaba el aire lleno de polvo del fondo del cráter de la mina. ¿Tal vez la tierra que ellos herían para arrancarle sus tesoros se vengaba de ellos envenenándolos? Trató de sacudirse esos pensamientos, pero el ambiente en la mina era deprimente. No se oían las acostumbradas bromas y nadie se atrevía a encender la radio para escuchar música, como si fuera un sacrilegio hacia Ramón. El lúgubre silencio era quebrado solamente cuando uno de los compañeros se acercaba a Mateo con el dinero de su almuerzo: —Tómalo para Ramón, yo no tengo hambre.

En la noche, Cristina le telefoneó. No había encontrado ningún caso parecido, en Likanantai o en otra mina. —Es imposible penetrar los secretos médicos —le comentó. —Pero me enteré que hace ya un tiempo se efectuaron estudios sobre los materiales secundarios de las minas de cobre y la palabra sulfuro surgió más de una vez. Pero desde la nacionalización de las minas, todos los estudios han sido interrumpidos. Allí hay un tremendo desorden. Nadie sabe cuál debe ser su trabajo. El paso a manos nacionales fue tan súbito que no hubo ninguna época de reajuste.

—Mateo...— agregó Cristina antes de colgar. —Te recomiendo dirigirte a la sede de la administración de todas las minas de la región. Habla directamente con don Pedro Morales, el nuevo presidente. Debes encontrar la manera de obligarlo a escuchar, de la misma manera que cuando luchaste por la construcción de la clínica. Debes obrar con astucia y no con fuerza.

—Quinto piso. —le dijo la agraciada recepcionista, apiadada del hombre musculoso que estaba parado frente a su mesa, vestido con un anticuado traje, y que todo su aspecto declaraba ser un hombre de trabajo.

Mateo subió al quinto piso, observando que él no era el único que se sentía perdido. En todas partes había gente dando vueltas sin propósito, y se sentía una inquietud y un nerviosismo en el aire. No vio que nadie hiciera ningún trabajo.

Agarró fuertemente la carpeta que contenía el material que Flor le había conseguido y sobreponiéndose a su impulso de dar vuelta y salir de allí, comenzó a buscar la oficina de don Pedro Morales. Al final del pasillo llegó a una puerta revestida lujosamente de madera de teca, en la cual lucía un letrero brillantísimo de cobre en el cual destacaban las palabras: *Don Pedro Morales, presidente de la junta administrativa de las minas de cobre.*

Solo el pensamiento de Ramón, su amigo, le dio el coraje de abrir la puerta y entrar. No se veía ningún alma viviente en la oficina exterior, pero Mateo escuchó, de detrás de una puerta al fondo, una risa femenina. Seguramente la secretaria está allá, pensó, y abrió la puerta.

La oficina era inmensa. Unas pesadas cortinas la habían dejado en penumbras. Pero Mateo alcanzó a distinguir al claroscuro las siluetas de dos cuerpos acostados en un sofá que había contra una de las paredes y que saltaron al oír abrirse la puerta.

Una figura femenina, que tenía la mitad inferior del cuerpo desnudo, escapó rápida como una gacela de la habitación, agarrando en su camino prendas de vestir que estaban desparramadas en el suelo.

Los ojos de Mateo ya se habían acostumbrado a las sombras de la habitación, y pudo distinguir nítidamente a un hombre obeso de unos sesenta años, vestido solo con una blanca camisa y unos calcetines negros, que se levantó pesadamente del sofá y gritó: —¡Váyase de aquí!

Mateo no se movió. Los ojos del hombre se movieron febrilmente, como buscando algo.

—¿El señor busca esto? —preguntó Mateo inocentemente, levantando un par de pantalones que estaban tirados en el respaldo de una silla. A sus pies vio un par de calzones y de medias femeninas y calzoncillos masculinos y los mandó de un puntapié debajo de la mesa.

El hombre consiguió levantarse, cubriendo sus partes íntimas con los faldones de la camisa. — ¡Dame mis pantalones o llamo a Seguridad! —bramó

—Como quiera, señor presidente. —respondió Mateo. Y con una calma que no sentía, y que no sabía de dónde había sacado las fuerzas para aparentarla, se acercó al escritorio de don Pedro Morales y tomó en sus manos el retrato que había sobre él, donde don Pedro estaba fotografiado en compañía de su rolliza mujer y sus dos gordos niños. Con movimientos lentos comenzó a doblar los pantalones que tenía en las manos, percatándose de que don Pedro seguía cada uno de sus movimientos.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —preguntó por fin.

—No tiene ninguna importancia quién soy, solo quiero que me escuche. —contestó con calma.

—¡Primero dame mis pantalones! —Don Pedro hizo un último intento, aunque sabía que era

inútil.

—Después. Primero me escuchará.

Don Pedro apreció con la mirada la diferencia en edad, en tamaño y en músculos entre él y el intruso. Vio el fuego que ardía en los ojos del desconocido. Sintió intuitivamente que ese hombre no había venido a hacerle daño. Con un suspiro, se resignó a su suerte, se levantó, tomó su chaqueta de una silla e improvisó con ella una especie de falda.

—Habla. —dijo.

A la mañana siguiente, Mateo fue llamado a la oficina de don Manuel, el gerente de la mina de Likanantai. Don Manuel lo recibió con una amplia sonrisa. —He recibido una carta urgente de la sede de la administración en Costa Marrón. Léela, Mateo.

La carta, escrita en jergón leguleyo casi imposible de descifrar, especificaba que los nuevos dueños de las minas de cobre decidieron poner como máxima prioridad el bienestar de los mineros y sus familias, y estaban decididos a remediar la negligencia de los antiguos dueños extranjeros para los cuales solo era importante la ganancia.

Por lo tanto, don Pedro Morales, el nuevo presidente de las minas, decidió dirigirse ese mismo día a los periódicos más importantes del país con la noticia de su iniciativa de someter a todos los mineros a exámenes médicos extensivos y regulares y dedicar varios millones de pesos a adquirir máscaras protectoras para todos. Todo eso, gracias al gran amor que los dueños, y sobre todo don Pedro Morales, profesaban a sus compatriotas chilenos.

—Ya ves, Mateo, yo tenía razón. —dijo don Manuel, radiante.— No había ninguna necesidad de molestar a los dueños. Ellos mismos llegaron a la conclusión sin que nadie les hablara.

Esa misma mañana llegó a casa de Ramón y Patricia Páez una carta formal de la administración de las minas de cobre en la cual les comunicaban que la mina había decidido, por razones humanitarias, hacerse cargo de todos los gastos del tratamiento de Ramón en Santiago.

Pero era ya demasiado tarde para Ramón. Su estado empeoró y Patricia temió que no sobreviviría al viaje. El mismo Ramón pidió quedarse para morir en su lecho.

\*\*\*

Un sol primaveral acariciaba sus rostros mientras hacían el camino hacia la iglesia. Mateo y Luis, vestidos con camisas blancas recién planchadas, llevaban entre los dos la camilla en la que reposaba Ramón, con su cabeza apoyada en mullidos almohadones y la botella de oxígeno a su lado.

En el umbral de su puerta, Patricia los contemplaba. Desde el momento del nacimiento de Flor, ella soñaba con verla caminar hacia el altar con un largo y blanco vestido y con el velo arrastrándose tras ella. Para ese día había economizado y ahorrado, negándose hasta el alimento de su boca. Pero ella sabía que ese era solo su sueño. Flor preferiría una boda sencilla, sin grandes festejos, y abrir juntas, con el dinero ahorrado, un restaurante para los obreros de Likanantai.

Flor salió de su habitación, vestida simplemente con una larga falda floreada y una blusa bordada con motivos indígenas, y con su largo cabello trenzado. Patricia contempló a su hija. No tiene ninguna importancia qué ropa viste, se dijo. Flor es la muchacha más hermosa del condado. —Espera, hija —la llamó. —Quiero darte algo.

Deslizó sobre los cabellos negros de Flor un hermoso velo de seda, que ya estaba amarillento

con los años. —Mi madre me lo puso sobre la cabeza el día de mi matrimonio con tu padre. —Se le quebró la voz. —Él me lo quitó cuando entramos a esta casa. Ojalá que Luis te haga tan dichosa como tu padre me hizo a mí.

Flor recorrió con la mirada la casa que hasta ahora había sido la suya. Su madre y ella la habían transformado en un hogar cálido y cómodo, con los almohadones que ella bordó cuando solo tenía diez años, la alfombra multicolor que ellas tejieron en las largas veladas del invierno y los muebles que barnizaban una y otra vez. A partir de esa noche, ese ya no sería su hogar.

Esta noche ella ya podrá yacer junto con Luis, su amado, en la casita del final de la calle que ellos convertirán en su hogar. Harán el amor sobre la cama matrimonial que su padre construyó para ellos y pasarán todas las noches abrazados entre las sábanas que ella bordó. Se acabaron las escapadas de noche, a escondidas, a la habitación de Luis o los paseos clandestinos al desierto para estar juntos. Ella ya no tendrá que temer si su menstruación se atrasa.

Flor conoció a Luis cuando tenía cinco años. Eso sucedió el día en que tropezó y se hirió una rodilla, y él, un niño de apenas ocho años, la ayudó a levantarse y enjugó sus lágrimas.

Cuando su madre Esperanza, la viuda gitana, abandonó Likanantai junto con todos los demás, Luis, ya un muchacho de dieciséis años, prefirió quedarse. Parecía que no había nada en él de la sangre nómada de los de su pueblo.

Luis se convirtió en un hombre apuesto y alto, con abundante y brillante melena negra y un bigote que le daba un aspecto viril. Todos querían al alegre joven, que ya desde su infancia sabía domar a los caballos más salvajes, hablándoles en susurros que parecía que ellos entendían.

Él y Ramón acostumbraban a pasar largas horas en el taller de reparaciones del último, en el patio detrás de la casa. Luis tenía manos de oro. Ninguna máquina guardaba secretos ante él.

El amor entre Luis y Flor nació mientras reparaban juntos una heladera eléctrica que alguien había botado a la calle, vestidos con monos de trabajo manchados de aceite. La mano de él, como por casualidad, cubrió la suya sobre el motor. En ese mismo instante los dos se encontraron abrazados y unidos en un ardiente beso. Durante sus movimientos llenos de pasión volcaron una caja de tornillos, y entonces, entre risas, se pusieron de rodillas a buscarlos.

Flor se agachó a mirar debajo del armario y encontró un par de minúsculos ojos que la estaban mirando y que le provocaron un ataque de risa. Después de un tiempo, Luis le confesó que ese fue el momento en que se enamoró perdidamente de ella, por ser la única muchacha que él conocía que no chillaba horrorizada al ver un ratoncito.

Y hoy, al entrar a su nuevo hogar, ellos verán allí la heladera, pintada de amarillo, como un símbolo de su amor.

Patricia no podía comprender la causa de la desconfianza que sentía hacia el novio de su hija. Tal vez era demasiado apuesto, demasiado alegre. Tal vez era por tener sangre gitana, por descender de un pueblo sin raíces. Ella temía que algún día su sangre lo dominaría y abandonaría a su hija.

—Mamá, ven. —interrumpió Flor la línea de sus pensamientos. —Nos esperan en la iglesia. — Madre e hija salieron juntas hacia la iglesia, con los brazos entrecruzados.

La iglesia estaba repleta. Cientos de velas la iluminaban y por todas partes se veían ramos de flores del desierto. Ramón levantó la cabeza de la almohada: —Mateo —susurró. —Acompaña tú a Flor al altar y entrégala a Luis.

—No, Ramón. Tú eres su padre. —respondió. Cogió una de sus manos, Flor cogió la otra y así,

al sonido de la Misa Criolla que tocaba Sebastián en el viejo órgano, llegaron con la camilla de Ramón entre ellos al altar donde Luis los esperaba.

A la vista del padre conduciendo a su hija al altar en su camilla, muy pocos de los presentes pudieron contener las lágrimas, y los sollozos que se oían por doquier impedían escuchar nítidamente los votos de Luis y de Flor.

Al finalizar la ceremonia, el padre Tomás acompañó a los recién desposados a la salida de la iglesia. —¡A sonreír a la cámara! —exclamó alguien cuando estaban en lo alto de la escalinata de la iglesia, mientras una lluvia de confeti caía sobre ellos.

Los recién desposados vieron, con asombro, la plaza decorada con guirnaldas de papel de colores y globos. Entre los dos árboles añosos estaba tensado un letrero hecho de una sábana inmensa en la cual se podía leer 'Felicitaciones a Flor y a Luis'. Las mujeres habían organizado mesas con empanadas, pasteles de choclo y tortas y abundaba el vino tinto gracias a la generosidad de Paco, el dueño del bar.

—¿Creyeron que les permitirían casarse sin festejos? —rió el padre Tomás al ver la confusión en sus caras. —¡Todo el pueblo participó en los preparativos!

En ese momento comenzaron a escucharse los sonidos de la flauta pan, del charango, del tambor, del arpa y de la guitarra. Después de las melancólicas melodías de los Andes llegó el turno de las cuecas, el tango, el paso doble y la zamba. Flor y Luis desaparecieron, absorbidos por los jóvenes bailarines.

Mateo no se movía del lado de Ramón. Su amigo yacía mirando al azul intenso del cielo, a los dos robles que estaban allí desde mucho antes de su nacimiento y a los bailarines que habían venido a festejar las bodas de su hija. Su cuerpo se fue deslizando poco a poco hacia abajo hasta que quedó acostado en la camilla. Al verlo, Mateo comprendió el sobrehumano esfuerzo que había hecho para estar erguido durante la ceremonia.

—Llévame a casa. —El murmullo de Ramón era tan débil que se perdía entre la música y el alboroto. Pero Mateo, atento a cada respiración de su amigo, se inclinó y acercó su oído a la boca del moribundo. —No molestes a Flor. Que goce. —fueron las siguientes palabras que apenas se escucharon cuando salieron de sus labios

—Ramón, ella debe estar contigo. —respondió dulcemente Mateo.

Mateo, Patricia, el padre Tomás y los novios se escurrieron por una calle lateral, llevando la camilla. Aún se oía la música de la plaza cuando el padre Tomás recitó los últimos sacramentos y ellos formaron un círculo alrededor del lecho, tomados de las manos.

De pronto Mateo, asido de una mano a Ramón y de la otra a Flor, sintió que la joven abandonaba su mano, y en su lugar sintió otra, más pequeña y que conocía perfectamente. Y como en un sueño vio a su hija, a su amada Inesita, ponerse de rodillas junto a ellos y unirse al círculo que rodeaba a Ramón y lo acompañaba en los momentos en que su alma abandonó su cuerpo.

\*\*\*

## 10

María Inés se sentía feliz de volver a su pueblo natal y reunirse nuevamente con su padre, pero hacía ya cinco años que lo había abandonado y casi no conocía a nadie en él. En el fundo estaba ocupada de sol a sombra, y aquí no encontraba con qué llenar sus días.

Miró a su alrededor. Esa era la casa en la cual había nacido. Todo le pareció deslucido, envejecido e incluso roto. La pintura se descascarillaba de las paredes y había un olor enmohecido en el ambiente. Su padre trabajaba durante largas y cansadoras jornadas y no contaba con el tiempo para ocuparse de la casa. A ella, al contrario, el tiempo le sobraba y agradecía las lecciones que había recibido de Lucrecia sobre cocinar, lavar, planchar, coser y bordar.

Al levantarse en la mañana, Mateo se sorprendió al encontrar que su hija se le había adelantado. Antes de su partida al fundo, eso no había ocurrido jamás.

—¡Buen día, papá! —la oyó decir con voz alegre. —Ven, te prepararé tortillas y el té está listo. ¡Hay jamón y huevos!

—Inesita, ¿has prendido sola el fogón? ¡Es peligroso! —se asustó.

—¿Todavía no has despertado? —rió su hija. —¿Sabes qué edad tengo? Y por favor, no me llames más Inesita. ¡Soy María-Inés!

Mateo la miró. Su hija estaba vestida con pantaloncitos cortos y una camiseta ceñida, tal como las mujeres del fundo, y andaba descalza. Debe hablar con ella. Que nadie la vea vestida así.

Sin encontrar las palabras para abordar el tema, se sentó en la mesa. Él estaba acostumbrado a los huevos menos cocidos y al jamón más quemado, pero comió de todo para demostrarle que apreciaba sus esfuerzos. Mañana volverá a prepararse solo el desayuno, como lo lleva haciendo los últimos diecisiete años.

—¡Yo lavaré los platos, papá! —dijo su hija. —¡Y dame también tu ropa sucia!

Sintiéndose perdido, Mateo se escabulló a la mina.

El tractor que Ramón solía manejar había quedado donde estaba, como si fuera un sacrilegio subir a él. Todos trabajaban en silencio, sin las conversaciones que aclaraban el día de trabajo. Mateo se consolaba pensando en su regreso a casa, donde lo esperaría su querido sillón hamaca frente al hogar encendido, su periódico de los mineros y un vaso de cerveza helada.

Pero al entrar a su casa, encontró que el lugar en el cual acostumbraba estar su sillón una mesa que él ya había tirado al patio.

—¿Dónde está mi sillón? —rugió, sin paciencia.

Su hija apareció en el umbral de la cocina, secándose las manos con una toalla. —¡Papá, tu sillón está acá!

Mateo vio su sillón hamaca al lado de la ventana que daba al oriente, que en las horas del crepúsculo no recibía mucha luz. Los antiguos almohadones, que ya se habían amoldado a la forma de su cuerpo y lo envolvían como viejos amigos, habían desaparecido, siendo reemplazados por otros, de chillones colores. El periódico estaba doblado al lado derecho del sillón, y Mateo, que era zurdo, prefería ponerlo a su izquierda.

—¿Verdad que la habitación se ve más grande? —preguntó María-Inés, complacida. —Flor me

dio las almohadas. Ha recibido muchos regalos de boda que no necesita y me los ha ofrecido gustosa. Pero anda a lavarte. He preparado para la cena una cazuela como las que comías cuando venías de visita al fundo.

En el cuarto de baño, que había sido de su exclusivo uso los últimos cinco años, se lavó rápidamente y salió, evitando mirar las prendas íntimas femeninas que estaban colgadas a secarse. En su nicho de dormir no encontró sus camisas en la estantería al lado de la cama, como estaba acostumbrado.

—Papá, he lavado y planchado todas tus camisas. Están colgadas en el ropero para que no se arruguen. —le comunicó María-Inés. Tanto orgullo había en su voz que Mateo ahogó la observación furiosa que le vino a los labios por esa invasión a su vida. —No debo hablar con ella enojado —se recordó a sí mismo.

La cazuela era de pescado. Él prefería carne, mas calló.

—Papá, mañana vas al almacén a comprar los artículos que nos faltan. —le dijo Inesita, como la seguía llamando a pesar de su ruego.

A la mañana siguiente depositó los artículos en el mostrador, mascullando que había escasez de todo, y huyó a la mina.

María-Inés se quedó en casa, un poco decepcionada porque su padre no le decía palabras de elogio por sus esfuerzos. Era como si no los viera. Pero sus palabras sobre la escasez le dieron una idea. En el fundo, ella se había acostumbrado a hacerse cargo del huerto de hortalizas, que a Lucrecia ya le era una poco difícil. Bajo su dirección aprendió a distinguir entre semillas de tomates, pepinos, repollos y demás. Si consiguiera cultivar aquí un huerto parecido, pensó, no les faltaría nada y podría incluso vender los productos, como en el fundo, y el trabajo de la huerta le daría algo que hacer junto con su padre.

Día a día, otra parte de la vida de Mateo iba cayendo en manos de María-Inés. Después que arregló a su antojo las alacenas de la cocina, un día apareció en la entrada de su nicho de dormir una pesada cortina verde que le obstruía la vista y le infería una sensación claustrofóbica que María-Inés, con su afán de crear para él un ambiente de privacidad, no podía entender. Sobre su cama, María-Inés extendió un cubrecama también verde, sin saber que él detestaba ese color.

—¿Qué te parece, papá? —preguntó con orgullo y lo miró expectante, esperando los cumplidos con ojos brillantes, que se apagaron cuando esos no llegaron.

La conversación que Mateo planeaba tener con su hija sobre los indeseables cambios que ella introducía en su casa nunca tuvo lugar. Sin saber cómo abrir el tema con ella, optó por no hacerlo. Los cinco años que habían transcurrido separados eran un obstáculo que no se sentía capaz de traspasar. Ella ya no era Inesita, la niña de doce años, sino una mujer con voluntad propia. Su único consuelo era el saber que su hija no mostraba ninguna disposición de salir de casa, y por lo menos estaba libre del temor de verla andar por el pueblo con su indecente vestir y convertirse en la comidilla de todos.

La casa que durante dieciocho años había sido la suya se estaba convirtiendo en un lugar extraño para él, por lo tanto comenzó a escabullirse en las tardes a la cancha de fútbol, el lugar en el cual él sabía que iba a ser bien recibido.

—Rodolfo, ¿tienes tiempo para hacer algunos pases conmigo? —le preguntó al joven entrenador.

—Sí, don Mateo. Acabamos de finalizar el entrenamiento. Este fin de semana jugaremos contra

Costa Marrón.

Después de jugar, los dos se sentaron amigablemente en el balcón de la casa que Likanantai puso a disposición de Rodolfo y que estaba virgen de cualquier toque de mano femenina. Conversaron plácidamente sobre sendas tazas de té. Rodolfo se abstenía por completo del consumo de alcohol. Mateo no se cansaba de escuchar al joven hablar sobre tácticas y pases, comparando el fútbol chileno con el europeo.

Le parecía que Rodolfo estaba a punto de preguntarle algo pero se contenía en el último momento. Al final, después de carraspear repetidas veces, le preguntó tímidamente cómo se aclimataba su hija a Likanantai. Ese era el último tema que Mateo deseaba tocar, por lo que le respondió de forma seca y cortante.

Rodolfo se ruborizó, sin comprender en qué forma había ofendido a su interlocutor. Se apresuró a cambiar de tema, contándole sobre las reuniones de apoyo al presidente de la República, a las cuales había comenzado a asistir.

—Don Mateo, los planes de nuestro presidente son maravillosos. Vea cómo Fidel Castro libertó a Cuba. Es una lástima que los americanos hacen todo lo posible para sabotear sus esfuerzos. —dijo, refiriéndose a la huelga de camioneros y al embargo que producía escasez de toda clase de artículos de primera necesidad.

Mas Mateo no tenía ningún deseo de entrar en una polémica política. El hogar de Rodolfo era para él un remanso de paz en el cual se refugiaba, aplazando lo más posible su retorno a casa, en la cual iba desapareciendo su vida tal como la conocía.

Pero Rodolfo estaba cansado, y al verlo disimular un bostezo, comprendió que debía retirarse. Al llegar, contempló desde el umbral la que había sido su casa. Su sillón estaba en un lugar que le era extraño. A su olfato llegaron olores de comidas a las cuales no estaba acostumbrado, y vio el desorden que reinaba en su patio posterior, debido a la absurda idea de su hija de sembrar allí un huerto.

María-Inés estaba sentada en el suelo, ocupada en coser fundas rojas para cubrir los almohadones del sofá. Ese sofá era el recuerdo más vivo del breve tiempo que alcanzó a vivir con su amada esposa.

Hubo de hacer recurso de toda su fuerza de voluntad para no gritarle y huyó a su nicho de dormir, orgulloso de sí mismo.

Sintió unos deseos irrefrenables de huir. Tal vez saldría a manejar por los caminos del desierto. El árido paisaje siempre tenía el don de calmarlo. Alargó la mano para tomar las llaves de su camión del gancho donde siempre las colgaba. Pero su mano volvió vacía. Las llaves estaban colgadas de un gancho extraño, medio metro más a la izquierda. En el lugar donde usualmente estaban había un cuadro en tonos verdes que lo enfermaba.

El nuevo lugar del gancho de las llaves consiguió lo que todos los cambios que su hija había efectuado en su casa no habían conseguido. Mateo estalló.

Arrancó de un tirón la odiada cortina verde que le obstruía la visión y de un solo salto llegó al salón, y comenzó, presa de un frenesí, a despojar los almohadones de las fundas rojas con las que María-Inés estaba revistiéndolos.

—¡María-Inés, ya basta! —bramó, sin poderse contener más. —¿Quién te ha dado el derecho de inmismuirte así? Esta es mi casa, ¡no es la tuya!

María-Inés se levantó lentamente. En sus ojos apareció una mirada de animal herido, y todo el

color huyó de su rostro. Después de contemplar largamente a su padre, se dirigió a la puerta de la casa, la abrió y desapareció en la noche.

\*\*\*

—¡María-Inés, ya es de noche! ¡Ven a casa! —gritó Mateo desde el umbral.

Mas sólo el silencio de la noche le respondió. No había un alma en la calle. La calle había desaparecido y en su lugar solo había un sendero tapizado de almohadones multicolores y fundas rojas que se mecían al viento, y al borde del sendero, llaves de colores que tintineaban colgadas de ganchos.

Diferentes figuras de mujeres de todas las edades comenzaron a salir de entre la neblina que había al final del sendero. Las figuras avanzaban, acercándose a él. Todas vestían pantaloncitos cortos y camisetas ceñidas. Cada una de ellas, al llegar a su lado, le acariciaba el rostro, el cabello y el cuerpo y desaparecían dentro de la vivienda. Todas las mujeres tenían las facciones de María-Inés, al año, a los cinco años, a los doce. Solamente la María-Inés de hoy, la joven de diecisiete años, no estaba entre ellas.

Después que la última de ellas había pasado por el umbral, el sendero desapareció y Mateo descubrió que él ya no se encontraba en la puerta de su casa. Él yacía sobre su vientre, enredado en un montón de almohadones y telas.

Reconoció, a cierta distancia de él, las patas de la mesa que había arrojado fuera de la casa y su hija había devuelto al salón. Cada una de las patas se dividió en dos frente a sus ojos y la habitación comenzó a dar vueltas alrededor de él. Volvió a cerrar los ojos y sintió un dolor agudo que le acuchillaba la frente. Su mano subió y tocó la parte adolorida, sintiendo algo pegajoso y tibio. Abrió los ojos con cuidado y acercó a ellos la mano. En sus dedos descubrió algo rojo.

Con un gran esfuerzo consiguió darse vuelta, quedando acostado sobre su espalda. Lentamente comenzó a erguirse hasta quedar casi sentado sobre los almohadones. Una nueva revisión le demostró que la sangre ya había empezado a coagularse. El cuarto estaba más estabilizado y ahora ya podía mirar alrededor sin marearse. La punta de la mesa estaba manchada de sangre.

Ahora comprendió. En su apremio por llegar a la puerta y llamar a su hija, seguramente tropezó con las almohadas que estaban esparcidas en el suelo y cayó sobre el extremo afilado de la mesa, perdiendo el conocimiento durante un tiempo indeterminado.

Se preguntó qué hacían los almohadones y las telas rojas en el suelo del salón y cuál era la causa de su apresuramiento en llamar a su hija. En forma gradual, su cerebro fue aclarando.

No podía creer que las palabras '¡esta es mi casa, no es la tuya!' habían salido de sus labios. Dieciséis años después de que esa loca la había raptado, él mismo la ahuyentó de su hogar.

Inesita se preocupa por hacer cosas por él, pensó lleno de remordimientos. Ella hace esfuerzos para convertir la casa en la cual nació en un hogar para los dos, sin recibir de él ni una palabra de estímulo o agradecimiento. Su niña cocina para él, le lava y le plancha la ropa, y él es demasiado obstinado para reconocer cuán agradable es encontrar sus camisas planchadas y con un suave olor a lavándula.

No podía comprender por qué se sentía tan amenazado por cada cambio que ella introducía a su casa, como un solterón acostumbrado a que todo se haga a su manera. Su pobre hija, pensó. Desde su regreso, no tuvo con ella ni una conversación franca, optando por huir como un cobarde.

Trató de levantarse con ayuda de la mesa que había causado su caída. Apoyándose en las

paredes, avanzó hasta llegar al sillón hamaca que su hija había trasladado al lado de la ventana y se desplomó en él con un suspiro de alivio.

Nunca le dijo a su hija cuán cómodos eran los nuevos cojines que ella instaló para reemplazar los viejos, que de tan gastados le dañaban los huesos. Inesita también había lubricado los ejes, y ahora la hamaca se mecía dulcemente. Y él, testarudo como siempre, solo se quejaba de la falta de luz, que se podía remediar fácilmente encendiendo la lámpara de leer.

Trató de adivinar cuánto tiempo había estado inconsciente. El pajarito que salió del reloj que María-Inés había colgado apenas el día anterior le dio la respuesta al cantar nueve veces. En total había transcurrido media hora. La noche anterior no había conseguido conciliar el sueño, lleno de rencor hacia ese pajarito que cada hora emitía esos espantosos chillidos. Y ahora no podía dejar de reconocer que sus gorgojeos sonaban agradables en el silencio de la noche.

Con un esfuerzo de voluntad se levantó y caminó algunos pasos hacia la puerta para salir a buscar a su hija y pedirle perdón. Pero lo invadió nuevamente el mareo, sintió náuseas y temió que no alcanzaría a llegar al cuarto de baño. Debe reponerse y no vomitar, se reprendió. Tal vez conseguirá llegar al teléfono que está en la cocina. Llamará a las amigas de María-Inés.

Pero en ese momento la realidad le golpeó el pecho como un puño. María-Inés no contaba con amigos en Likanantai. Su única amiga era Flor, que estaba en su luna de miel.

Repasó en su mente a todos los jóvenes del pueblo, y volvió a su memoria el recuerdo de doña Juanita, la anciana profesora ya retirada, contándole las burlas de sus compañeros. ¿Y él esperaba que ella reanudara sus relaciones con esos malos amigos? Por lo menos, pensó, Eduardo ya no estaba en Likanantai.

Desde que regresó a Likanantai, Inesita no mostró ninguna intención de salir y él no pensó en ningún momento en la soledad de su hija. En su egoísmo, solo sintió alivio porque nadie la veía con su escandaloso atuendo, que copió de las mujeres del fundo.

Meditó sobre las mujeres que el padre Tomás había declarado ser indecentes. Ellas habían recibido a su hija y la habían cuidado durante cinco años, otorgándole lo que él no era capaz de darle e hicieron milagros con ella. Gracias a ellas, Inesita se convirtió en una maravillosa mujercita que él no supo valorar.

Seguramente partió de regreso al fundo, en el cual siempre será recibida con amor.

Mateo trató de aclarar las nubes que nuevamente amenazaban con enturbiar su cerebro. El primer autobús saldrá en la mañana. ¿Dónde pasará la noche su hija? No cuenta con dinero. Con un escalofrío, pensó en las fieras de la noche, como Eduardo.

Se acercó al teléfono. Llamará al padre Tomás. Él sabrá qué hacer. Pero se dio cuenta, con un sobresalto, que no se acordaba de su número de teléfono.

Lo invadió nuevamente el mareo. A gatas logró llegar a su nicho de dormir, y con un sobrehumano esfuerzo de voluntad consiguió desplomarse sobre su lecho. Cerró los ojos y el mundo dejó de existir para él.

\*\*\*

Ella caminaba por la desierta calle, sabiendo que su padre temía que alguien la viera vestida así. —¡Esta no es tu casa! —le había gritado. ¡Cuánta razón tenía! Ella ya no pertenecía a ese lugar.

Le parecía que detrás de cada ventana había ojos que la miraban, criticándola. Se imaginó a

Clara y Paulina besándose con pasión en el centro de la plaza de Likanantai. Doña Sara y las demás chismosas tendrían un ataque al corazón. Pensó en Lili, que criaba sin padre a Margarita, su hija, y nadie la llama bastarda. Allá, en el fundo, se sentía libre, corriendo descalza por la tierra mojada, sin que a nadie le importara su manera de vestirse.

Volverá al fundo en el primer autobús de la mañana. Si no hay lugar para ella, conseguirá trabajo en una finca cercana. Su padre no sabe, pero ella dispone de una suma de dinero. Al despedirse de ella, Clara le puso en sus manos un sobre lleno de billetes, diciendo que eran su parte de la ganancia en la venta de productos del huerto.

Con ese dinero se proponía a comprar muebles para renovar el hogar de su padre y de ella. Pero ahora se daba cuenta que ese era un pensamiento equivocado.

Sin darse cuenta, se encontró frente a la entrada de la iglesia. Decidió entrar y pedirle a la Virgen velar por su padre. Pero en ese momento escuchó nuevamente la voz que salía de sus entrañas.

—Vuelve a casa. —dijo la voz. —Tu padre te necesita.

\*\*\*

María-Inés se asustó al ver a su padre acostado, pálido como un cadáver, y la sangre coagulada en su cara y su camisa. No reaccionó al llamarlo, pero sus débiles quejas la tranquilizaron un poco. Bendiciendo a Lucrecia por sus lecciones en primeros auxilios, lavó la herida, descubriendo que no era tan profunda como temió.

Cuando abrió los ojos, ella vio que su mirada era límpida. Él quería decirle tantas cosas, pero logró murmurar a través de sus secos labios: —Inesita, perdóname —al mismo tiempo que ella le decía: —Papacito, perdóname. —Le ayudó a incorporarse a medias en la cama, apoyado en los almohadones, y permanecieron así un largo rato, asidos de las manos.

Ella estaba llena de remordimientos. Ahora comprendía el porqué de sus tardíos regresos a casa. Con falta total de sensibilidad ella irrumpió en su mundo y lo cambió todo. Por culpa suya él se siente un extraño en su propio hogar.

Por primera vez, padre e hija hablaron. Y por primera vez, María-Inés escuchó a su padre hablarle como a una persona adulta.

—Me aferré a las cosas viejas por miedo. —confesó. —Veía el rostro de tu madre ir borrándose de mi memoria más y más, y creí que si cambiaba algo en nuestro hogar, ella desaparecería definitivamente.

Le habló de Cristina y de su temor a que todo vestigio de su esposa se borraría si se entregaba a su amor.

—Me sentí como un marido infiel. —aseguró. —Por eso, no permití que esa increíble mujer fuera parte de mi vida.

María-Inés le habló de su soledad.

—Aquí no hay nada para mí, papá. En este pueblo me siento como en una cárcel y te produzco vergüenza. —Y él, escuchándola, sentía deseos de llorar.

—Cuán egoísta he sido, hija. No he pensado en ti. ¿Cómo he podido permitir que las opiniones de otros enturbien el amor que siento por mi hijita? Quédate conmigo, María-Inés. —le rogó, llamándola por primera vez por su nombre. —Haz de la casa como te plazca. Es tuya.

María-Inés vio cómo las figuras de Clara y de Paulina se iban alejando más y más de su

imaginación y cedían su lugar a la figura de su padre. Y supo que no podía abandonarlo.

**Likanantai, 31 de diciembre de 1972**

—No comprendo cómo me convenciste de venir a bailar. —suspiró Flor.

María-Inés la abrazó.

—Flor, tu padre querría que fueras feliz. Ven, vamos a recibir el nuevo año.

Flor le sonrió, agradeciendo en su corazón a la Virgen María que le había devuelto a su querida amiga en el momento en que más la necesitaba. Los años que pasaron separadas se borraron en el momento en que sus manos se unieron al lado del lecho de muerte de su padre.

—Papá seguramente se ocupará de ahuyentar a todo el que quiera bailar conmigo. Él cree que todavía tengo doce años. —bromeó María-Inés.

Flor la miró con cariño, pensando que nadie podría equivocarse respecto a la edad de su amiga. María-Inés se veía radiante. Las horas pasadas al aire libre y el trabajo en el fundo le habían conferido un aspecto sano y fresco. Incluso su largo cabello negro relucía.

María-Inés abrió su armario, tratando de decidir cuál de todas sus blusas venía mejor con su falda negra, tan corta que sus bronceadas piernas quedaban por completo al descubierto. Al contrario de las demás chicas de Likanantai, ella se había acostumbrado a lucir su cuerpo sin ninguna vergüenza. Pero ahora, mirando su reflejo en el espejo, exclamó, dudosa:

—Tal vez será mejor que no vaya con esta mini. No quisiera verme distinta a todas.

—No, María-Inés. Llegó la hora de que todas seamos menos conservadoras.

—Flor, quisiera mostrarte algo. —dijo María-Inés, sacando de las profundidades del armario una tela enrollada. —Mira, este es el regalo de despedida que Paulina me hizo. Desgraciadamente, aquí no puedo colgarlo de la pared.

Al desenrollar la tela Flor vio a su amiga pintada sobre un fondo de maizales, descalza, su larga cabellera agitándose en la brisa y vestida con pantaloncitos cortísimos y una camiseta a través de la cual se veían con claridad sus pechos de adolescente.

—Ya ves, aquí no puedo vestirme así. Solo ahora, después de tres meses, estoy empezando a acostumbrarme a enjaular mis pechos en un corpiño.

Las dos amigas rieron hasta las lágrimas al contarle María-Inés la expresión de espanto del padre Tomás al ver a Su amamantando a Bu.

—¡Me sentía tan libre vestida así! —suspiró María-Inés. —Paulina me contó que en América las mujeres habían quemado sus corpiños como un símbolo de todo lo que las encarcelaba. ¿Verdad que el pueblo americano es extraño?

Flor se recostó sobre la manta rosada de encaje francés. Aunque su vientre todavía no había comenzado a crecer, se sentía todo el tiempo cansada y con náuseas. —Todavía es temprano. Luis está en la plaza, instalando las luces de colores y los parlantes. ¿Por qué no me cuentas un poco más sobre tu vida en el fundo?. —Flor ya se sentía como una vieja amiga de Clara, Paulina, Lucrecia, los dos perros a los que Madam les había puesto los nombres de Tosca y Nini y el gato que lucía el nombre de Otelo.

Hasta ese momento, María-Inés no había reunido la valentía para contarle a su mejor amiga el acto que había cometido, del cual se arrepentiría toda su vida. Pero su íntima voz la apremió en ese momento a no guardar secretos con Flor.

Se recostó al lado de su amiga y le contó, sin tratar de embellecer nada, cómo los celos la llevaron a destruir la mejor pintura de Paulina y cómo fue precisamente esta última la que le enseñó a controlar la ira.

—Paulina vagó por todo el mundo, buscando la paz y manteniéndose con su talento para el dibujo. Se sentaba en las plazas y dibujaba a quien se lo pedía. En sus viajes llegó a un país que se llama India, y allí fue donde aprendió a arrojar la ira al aire, al agua, a la tierra o al fuego. Pero solo cuando llegó aquí, al fin del mundo, encontró la felicidad junto a Clara. —contó. —Después de que le destruí su obra, Paulina comenzó de inmediato a trabajar en una nueva pintura en la cual ella aparece abrazada a Clara. La nueva pintura es mucho más hermosa que la original y fue muy admirada en la exposición que tuvo el año pasado. Pero ella se negó a venderla. En general, la exposición tuvo muchísimo éxito y los cuadros que vendió nos ayudaron a reparar el techo.

—¿Había solo mujeres? —preguntó Flor. —¿No había ningún muchacho por el cual quisieras quedarte allí?

María-Inés sintió que le pasaba por todo el cuerpo una cálida ola. Y Flor escuchó de labios de su amiga sobre Martín, el joven del fundo vecino que le había enseñado a nadar en el pequeño lago formado bajo la caída de agua del río.

—Martín es tan dulce. —confesó a media voz. Mas los suaves y titubeantes besos bajo la caída de agua eran su secreto, de igual manera que la intimidad de Flor con Luis era el secreto de su amiga. —Martín quedó triste al saber que me iba. Pero eso quedó en el pasado.

—¿Por qué te fuiste del fundo? ¿Mateo te lo pidió? ¿Fue por mí? —María-Inés sabía que la pregunta estaba destinada a llegar y la respuesta llegó pronta a sus labios.

—No, Flor, de todas maneras tenía la intención de volver. Añoraba a papá.

—Cuando te vi al lado del lecho de mi padre, fue como un milagro, como si hubieras sido llamada precisamente en ese momento.

—Si supieras cuánta razón tienes —pensó María-Inés. Pero ella no podía contarle a nadie que había sido la voz, que ella había aprendido a obedecer y que venía de lo más recóndito de su ser, que le ordenó empacar, despedirse de las mujeres que le habían dado un hogar durante cinco años y regresar.

A medida que el autobús se acercaba a su pueblo natal y al divisarse Likanantai en el horizonte, ella sintió la urgencia de la llamada. Por ese motivo, al bajar, con el bolso con el cual había salido de allí en la mano, ella ya sabía que no solo por Mateo y por Flor había sido llamada a regresar.

—¡Ven, Flor! ¡Vamos a recibir el año 1973! —exclamó. Y junto con su amiga salió al encuentro de las luces y la música, mientras la voz le decía una y otra vez que el día más importante de su vida había llegado.

\*\*\*

Todo Likanantai se presentó en la decorada plaza a gozar de unos momentos de respiro después del pesado duelo. Los pequeños, que por una vez habían recibido permiso para estar levantados

hasta tarde, correteaban por todas partes. El bar de don Paco estaba haciendo sus mejores negocios, el vino tinto y la cerveza corrían como agua y las empanadas de Flor y de su madre se vendían aun antes de salir del horno.

Durante tres horas, la radio de don Paco, que Luis había conectado a gigantescos parlantes, había estado emitiendo música brasilera y cubana. Los compañeros de escuela de María-Inés, que en el pasado la hicieron el objeto de sus burlas, ahora competían por bailar con ella. Ligera como una gacela, se desprendió de sus zapatos y continuó bailando descalza, como cuando bailaba al son de la música de Paulina, que no se parecía a ninguna otra música.

El padre Tomás, despojado de su sotana y vestido con tejanos, bailaba con una agilidad asombrosa, invitando a las muchachas que estaban sin pareja. Incluso Matilde, que cambió por una vez su severo vestido negro por algo multicolor, bailaba con Lorenzo, el viejo sacristán. Por primera vez, María-Inés pudo comprobar su parecido con su hermana Lucrecia.

Mateo no se apartaba del lado de Patricia, que destacaba con su traje de luto. —Papá está muy solo —pensó María-Inés con compasión.

Pero en el momento en que Rodolfo Rubio apareció frente a ella, María-Inés olvidó a su papá y los olvidó a todos.

Faltaba un minuto para la medianoche. Todas las miradas estaban fijas en la radio, esperando con ansias la transmisión del cañonazo que desde lo alto del cerro Santa Lucía, en el lejano Santiago, marcaría el final del año 1972. Cada uno de los festejantes ya había encontrado a quién darle el primer beso del año 1973.

Las luces de colores que Luis había colocado entre los árboles se apagaron y la cuenta hacia atrás comenzó: diez, nueve, ocho.....

La fuerza del cañonazo estremeció la plaza. De pronto, María-Inés sintió el calor de unos labios sobre los suyos y un corazón que palpitaba junto al suyo. Las luces se encendieron, los labios se alejaron de los suyos y encontró un par de ojos que la contemplaban con intensidad y derretían su corazón.

\*\*\*

En perfecta armonía, tomados de la mano y sin haber intercambiado una palabra entre ellos, María-Inés y Rodolfo se alejaron de la plaza.

Se sentaron bajo un olivero en la plantación de árboles. Rodolfo extendió su chaqueta para que la aspereza de la tierra no rasguñara las desnudas piernas de ella. Escucharon en silencio las melancólicas melodías de los Andes que los jóvenes del pueblo estaban tocando en la plaza con sus flautas, sus arpas, sus guitarras y sus charangos. Contemplaron la débil luz que ya se entreveía detrás de las montañas, señalando que la primera mañana del nuevo año ya había comenzado.

Callaron un largo tiempo, sintiendo el hilo que les unía a través de sus manos entrelazadas. Y poco a poco comenzaron a hablar a susurros, como temiendo que las palabras rompieran el encanto.

Ella quería saberlo todo, comprender su mundo y tocar el alma del joven minero de veintidós años que había llegado hacía solo un año a Likanantai y que en ese corto tiempo se había convertido en una leyenda. Y Rodolfo se fue abriendo hacia ella y lo que nunca le contó a nadie salió ahora de sus labios para llegar directo al corazón de la muchacha que le estaba destinada.

Le contó de su pueblo natal, que se encontraba a cientos de kilómetros de Likanantai, y de los

años que pasó bajando día a día a la mina cerrada.

—Comencé a los doce años como aprendiz. Cada día, cuando las puertas del ascensor se cerraban y la jaula bajaba a las profundidades de la tierra, yo sentía que el pecho me apretaba y no podía respirar. Los oscuros túneles me parecían el camino al infierno. Yo temía que la mina se desplomaría sobre nosotros, enterrándonos vivos.

Durante seis años trató de sobreponerse. Pero varias veces se desmayó, para consternación de su padre, el antiguo minero, que se avergonzaba de él, considerando sus desmayos como excusas para escabullirse del trabajo.

María-Inés contempló sus oscuros ojos, que brillaban a la luz de la luna. Él no era hermoso como Luis. Su cuerpo era macizo y su estatura solo un poco más de la suya. El año que había transcurrido en Likanantai había borrado la palidez de los años encerrado y le confirió a su piel un color de cobre. Sus negros cabellos, que no conocían el toque del cepillo, se enroscaban sin disciplina. Ella luchó con la tentación de levantar la mano y alisar eso indómitos rizos. Y él luchó con su mano, que deseaba acariciar la larga y sedosa melena de ella.

—¿Cómo conseguiste durar seis años? —preguntó, estremeciéndose.

—María-Inés, me ocurrió algo que solo quedo describir como un milagro. Se llama fútbol. — la sonrisa de él iluminó todo su rostro. —Yo jugaba desde los siete años, pero cuando comencé a bajar a la mina cerrada, el fútbol se convirtió en mi salvación.

En los días de invierno, ya había caído la noche cuando Rodolfo emergía de la jaula que lo devolvía a la superficie. Sin molestarse en lavar de su cuerpo el polvo de la mina, corría a la cancha del pueblo, en la cual se juntaban los niños a jugar. Después de las horas pasadas encerrado en las profundidades, el corretear libremente tras la pelota era para él como un elixir de vida. Toda su frustración se concentraba en sus furiosos puntapiés, que mandaban la pelota lo más lejos posible.

En su papel de delantero central del equipo de su pueblo, los condujo a grandes victorias, ganando las copas de la liga de las minas de cobre.

—Mientras estaba abajo, mi mente estaba lejos, concentrada en las maniobras del próximo partido, y yo estaba, en espíritu, en el verde césped, bajo un brillante sol.

Su modestia le impedía revelarle a María-Inés el apodo que lo hizo famoso: *La Bala*. Tampoco le contó de los hombres vestidos de ternos que llegaron a la cancha y le hablaron de Santiago, del seleccionado nacional, de dinero y de fama.

Muchos le preguntaron por qué había rechazado ese brillante futuro. Pero él no podía responder con franqueza sin que pensarán que no estaba en su sano juicio. No podía hablar sobre la voz interna que lo exhortaba a abandonar todo e ir a Likanantai, un lugar cuyo nombre no había oído nunca, porque allí iba a encontrar su destino. La voz redobló más y más su intensidad, hasta que ya no se pudo resistir a ella.

Rodolfo esperaba escuchar esa pregunta de labios de María-Inés. Pero la pregunta no llegó. Parecía que ella ya sabía.

Él quiso saber todo sobre la joven que hacía vibrar su corazón aún antes de conocerla. Y ella le habló con afecto y con nostalgia de sus años en el fondo de las mujeres.

Cuando la luz del sol ya bañaba las calles, Rodolfo acompañó a María-Inés a su casa, con el brazo rodeando sus hombros. Al umbral de la puerta la besó por segunda vez. Mas ese beso era distinto del beso de año nuevo. Había en él pasión y urgencia.

Mateo los contemplaba desde su ventana, escondido tras la cortina. Todo sucede como debe suceder, pensó con profunda satisfacción. Él ya quería a Rodolfo como si fuera su propio hijo. El joven había dado pruebas del material del que estaba formado y su querida hija estará con él en las mejores manos.

María-Inés atisbó detrás de la verde cortina que separaba el nicho de dormir de su padre. Él yacía con los ojos cerrados, convencido de que ella no sabía que se había acostado solo unos segundos atrás.

Con una sonrisa, ella entró a su habitación y cerró la puerta. Durante su ausencia, su padre no había cambiado nada en ella, conservándola como un santuario, y eso le produjo escalofríos a su regreso. Por lo tanto, una de las primeras cosas que había hecho era cambiar de posición todos los muebles. Solo dejó en su sitio la manta rosada, como símbolo de pasados errores.

Como impulsada por una fuerza invisible, se dirigió a su mesa escritorio, que estaba allí como una muda burla. Abrió con esfuerzo el último cajón, que estaba atascado después de tantos años y vació su contenido sobre el lecho.

Durante su estancia en el fundo, Paulina había tratado de ayudarle a sobreponer su dificultad para aprender a leer, haciendo recurso de toda su creatividad. Le dibujaba cada letra con otro color, explicándole: —Ves, esta es la letra A. Subimos la colina. A mitad de camino hay un escalón. Llegamos a la cúspide y damos un suspiro de alivio: ¡Ahhhh! Y bajamos por el otro lado.

Mas ni siquiera Paulina consiguió traspasar la barrera que había en su mente y su fracaso en aprender le recordaba los años de sufrimiento en la escuela, hasta que le rogó que desistiera. Pero ahora, su encuentro con Rodolfo, el muchacho bajito con la desordenada melena y los ojos llenos de fuego, bastó para conseguir lo que los intentos de doña Juanita, Flor e incluso Paulina no habían podido.

María-Inés abrió el libro de primera preparatoria. Buscó entre las páginas las letras de la palabra más importante del idioma y esforzando su mente y su memoria hasta el máximo, las encontró. Tomó el lápiz, afilado hacía ya cinco años, y comenzó con la letra R, sin cejar en su empeño hasta que vio, nítidamente escrita, la palabra RODOLFO.

Con un suspiro de felicidad, soltó el lápiz y se acostó en su lecho.

\*\*\*

### **Costa Marrón, al cabo de tres meses.**

Mateo no se alegró cuando su hija le comunicó que estaba decidida a salir a trabajar. Esa era su responsabilidad, no la de ella. Pero ella insistió, diciendo que no podía seguir encerrada entre cuatro paredes. Al final, hasta él se vio obligado a reconocer que tener otro salario en casa era una buena idea. En los últimos tiempos, los precios habían subido en forma escandalosa.

Durante su estadía en el fundo, María-Inés ayudaba a cuidar a Gandi, al pequeño Bu y a Margarita, la bebé de Lili. Por lo tanto, le preguntó al padre Tomás si conocía a alguien necesitado de sus servicios como nana. El cura le habló de los mellizos de seis meses de la señora Luisa, la esposa de uno de los ingenieros de la mina, que residían en Costa Marrón.

María-Inés se enamoró de Joselito y Marianita, y ellos ya la reconocían y tendían sus manitos hacia ella al verla entrar. Joselito tenía rizos claros y Marianita, una lisa melena negra. Él era un poco más grande pero ella le ganaba en agilidad.

Un día, tres meses desde que había comenzado a cuidarlos, María-Inés vio un diente en la boca de Joselito, y comprendió la causa de los redoblados llantos de los dos. Se quedó con ellos más tiempo para calmarlos hasta que se durmieron. Pero al llegar a la esquina, vio la parte trasera del autobús a Likantai alejándose de allí.

¿Qué hará sola en esta extraña ciudad?, pensó, presa del pánico. Recordó el día en que salió a vagar por las calles de Castellana, perdiéndose, aterrorizada, sin poder leer los nombres de las calles, hasta que Lucrecia la encontró.

Pero ahora todo es diferente, se recordó, tratando de calmarse. Solo tres meses después de la noche de ensueño en la cual conoció a Rodolfo, ella ya podía leer los letreros de las calles, deleitándose con su lectura. Leyó el aviso que había en la estación, que decía que el próximo autobús saldría en dos horas. Y su vista se posó en el letrero que decía: CALLE DE LOS MILAGROS. Qué nombre tan acertado, pensó.

Ese milagro era el resultado de las horas que ella pasaba arrodillada sobre su lecho en la soledad de su habitación, tratando una y otra vez de reconocer y de recordar las letras de su libro, hasta que cesaban de escabullirse de su mente y formaban palabras llenas de sentido. Y su mano, empuñando el lápiz, las recorría una y otra vez, hasta que podía seguir la forma con facilidad.

Le gustaba mucho estudiar sola. En la escuela, cuando oía las burlas de sus compañeros, veía delante de ella solo una nube borrosa. Y en el fundo, tan convencida estaba ya de su incapacidad de aprender que simplemente desistió. Mas desde el momento en que conoció a Rodolfo, sintió la necesidad de ser digna de él.

Cerró los ojos, en medio de la calle, y trajo a su mente la imagen de él con su sonrisa que mostraba sus blancos dientes, uno de los cuales estaba un poco torcido, lo que aumentaba aún más su encanto. Anhelaba sentir sus brazos estrechándola y susurrándole palabras de amor. Lo añoraba tanto que le dolía todo el cuerpo.

Pero ahora tenía delante de ella dos horas de espera y comenzó a recorrer las calles de la

ciudad, mirando las vitrinas de los negocios, leyendo los nombres de las calles y tratando de recordarlos. Nunca había estado sola allí, pero esta vez ella no se perdería como en Castellana.

El vecindario en el cual vivían doña Luisa y su familia era verde y cuidado y lleno de árboles. La vivienda era grande, los muebles nuevos y los mellizos contaban con una gran cantidad de ropa de lujo. Joselito tenía una gran colección de vehículos en miniatura que parecían verdaderos, tan distintos del camión de cajas de cartón de Gandi. Marianita tenía una serie de muñecas con sus casitas y sus muebles.

Pero algo no estaba bien en ese hogar. Juana, la empleada de doña Luisa, le contó que la señora provenía de una adinerada familia de Santiago. Pasaba sus días entre fiestas y viajando por el mundo.

Los pretendientes le abundaban, hasta que se enamoró del señor David, que la trajo aquí. Pero el señor trabaja durante muchas horas y la señora Luisa está muy sola.

A María-Inés le costaba creer que la señora había sido una joven hermosa y bien vestida que salía a fiestas. Las pocas veces que la veía, la señora vestía descoloridas batas de casa, su cabello estaba en desorden y sin lavar y parecía medio adormecida. Le parecía que la señora no la reconocía ni se daba cuenta de su presencia. Pasaba casi todo el tiempo recogida en su cuarto, del cual salían voces de llanto.

Según Juana, algo le había sucedido desde que tuvo a los mellizos. Pero no había necesidad de explicar. La señora casi no se acercaba a los niños y nunca les cambiaba los pañales o les daba de comer. Hubo de alimentarlos con biberones desde su nacimiento porque la señora jamás les dio el pecho.

Para interrumpir esos deprimentes pensamientos, María-Inés meditó sobre la situación en su propio hogar, que había mejorado muchísimo desde la conversación que tuvo con su padre. Él hacía esfuerzos por tratarla como a una adulta. Solo algunas veces se le escapaba de los labios el nombre Inesita, o le quitaba de las manos la plancha; y ella, por su parte, aprendió a aconsejarse con él con cada cambio que quería introducir en la vivienda de ambos.

El huerto ya estaba comenzando a producir. Había tomates, repollos, papas, lechugas y pimentones. Todo lo que quedaba después del consumo de los dos iba como donación a la cocina de caridad que el padre Tomás llevaba en el sótano de la iglesia. En el pueblo faltaban muchas cosas y la carestía era tal que muchas familias ya no podrían subsistir sin esa ayuda. Tal vez era tiempo de comenzar a criar gallinas.

Por las calles se veía una gran cantidad de soldados. El gobierno temía que hubiera manifestaciones violentas. El pueblo estaba harto de la escasez y la carestía, que se hacían cada vez peores. En Santiago, las dueñas de casa habían salido a las calles a golpear sus ollas y sus sartenes, como un medio de transmitirle al presidente que ellas no tenían cómo alimentar a sus hijos. Las colas para la compra era interminables y el mercado negro florecía.

Rodolfo decía que toda la riqueza de las minas de cobre debía ser del pueblo, exactamente como en Cuba y en la Unión Soviética, en las cuales no hay pobres ni ricos y todos son iguales. — Los planes del nuevo presidente son magníficos —decía, con el ardor en sus ojos que ella tanto amaba. —Pero él no puede hacer nada frente a los que se le oponen y sabotean sus esfuerzos.

Rodolfo trataba de convencerlos, a ella y a su padre, de venir con él a las reuniones de apoyo al presidente a las cuales él asistía. Pero papá se rehusaba, diciendo que él ya hacía bastante por el pueblo en la asamblea regional.

Sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí, María-Inés se encontró frente al portón de entrada del cuartel militar. Absorta en sus pensamientos, no se había fijado en el camino. Su padre siempre le advertía no acercarse allí. Los soldados pueden ser muy groseros al ver a una chica joven y linda, le decía. Pero ella ya estaba allí y vio con alivio que dos soldados guardaban el cerrado portón.

Se oyeron fuertes silbidos. En el patio del cuartel había varias docenas de soldados, que le gritaban: —¡Churrita, ven a mí! —“¿Tienes ganas, preciosa? —y otros comentarios. Apuró sus pasos para alejarse de allí y volver a la parada del autobús, pero había olvidado leer los nombres de las calles. El cuartel del ejército estaba en las afueras de la ciudad, en un lugar solitario.

Trató de calmarse. Volvería sobre sus pasos, y tal vez encontraría en el camino una vivienda en la cual podría preguntar por la dirección. Pero el corazón le latía con fuerza y no vio en las cercanías ni casas ni gente. Consideró la posibilidad de volver al cuartel a pedir ayuda, pero los obscenos comentarios aún la hacían temblar.

De pronto, escuchó ruido de motor y un jeep militar se detuvo a su lado.

Antes de que ella, alarmada, alcanzara a decidir qué hacer, la portezuela del chofer se abrió y de ella salió un alto soldado, vestido con un impecable y planchado uniforme.

—¡María-Inés, espera, no huyas! —escuchó decir a una voz. El soldado se detuvo ante ella, quitándose la gorra azul y haciéndole un saludo militar.

María-Inés lo miró asombrada. ¿Cómo conocía él su nombre? ¿Sería posible que el ejército la siguiera? Pero algo en la voz del soldado la devolvió al pasado, y lo contempló con fijeza. El cabello negro, largo, liso y estirado hacia atrás con brillantina, estaba ahora cortado al rape, pero la sonriente boca le era conocida, con el cigarrillo colgado de los carnosos labios. Reconoció también los azules ojos. Y esas manos le habían acariciado los pechos.

—¡Eduardo! —Ese era el último ser que esperaba encontrar.

—¡Sargento Gómez a sus órdenes! —rio Eduardo. —Te vi pasar frente al cuartel y te reconocí de inmediato. ¡Tienes el mismo caminar de una princesa! Escuché los comentarios de los soldados. ¡No te preocupes, esta noche los idiotas limpiarán los excusados con cepillos de dientes! ¿Pero a dónde te diriges? Este vecindario no es muy recomendable para una mujer sola. ¡Ven, te llevaré a donde me digas!

—No, prefiero caminar. —se apresuró a contestar.

—Entonces caminaré contigo. —Eduardo adaptó sus largos pasos a los de ella y los dos caminaron juntos, él teniendo mucho cuidado de no tocarla. Durante un rato, ninguno de los dos habló.

En la distancia apareció un restaurante de obreros, que a esa hora estaba vacío. Se acercaron a él y se sentaron a la sombra de un frondoso roble. María-Inés suspiró con alivio. Le dolían los pies tras la larga caminata.

Eduardo se dirigió al mesón y volvió con sendos vasos de mote con huesillo que sabía a paraíso.

—La última vez que estuvimos juntos fue aquí, en Costa Marrón. Fuimos a ver una película mexicana. —sonrió él.

En la oscuridad del cine él había deslizado su mano y le había tocado sus pechos de adolescente, mientras su otra mano subía por sus desnudas piernas y ella, aterrada, no sabía cómo responder.

—María-Inés, un sinfín de veces he querido acercarme a tu padre y preguntar por ti, pero no me atrevía.

—Por supuesto, te habría estrangulado. —bromeó a medias.

—Pero le escribí cartas agradeciéndole lo que hizo por mí. —dijo Eduardo, fijando la vista en el vaso que tenía entre las manos y jugando distraídamente con él.

—¿Sobre qué debes agradecerle? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—¿No te lo contó? ¡María-Inés, tu padre me salvó! No me puedo imaginar cómo sería mi vida sin su ayuda. Tal vez ni estaría ya en este mundo.

María-Inés escuchó, atónita, el relato de la noche en la cual su padre, después de volver del fundo donde la había dejado, llegó a tiempo para llevar a Pablo al hospital y así salvarle la vida.

—Seguramente has oído hablar de mi familia. —continuó Eduardo. —A nadie le importaba los estudios, así que abandoné la escuela. Me juntaba con otros vagos como yo. Allí te vi por primera vez y me enamoré de ti. Sabía que tenías solo doce años y eras la hija de don Mateo, pero algo en ti me enterneció profundamente. Tal vez el hecho de que los dos carecemos de madre.

Sin tener ninguna experiencia con el sexo opuesto, Eduardo trató de copiar la actitud de sus hermanos. A pesar de no gustarle el gusto del tabaco y del alcohol, comenzó a fumar y a beber para impresionarla. Una vez incluso probó la marihuana, pero las náuseas que sintió la mañana siguiente lo convencieron no acercarse nunca más a ella.

—Cuando aceptaste salir conmigo, me sentí en el séptimo cielo. Incluso pensé en abandonar mi casa y pedirle ayuda al padre Tomás. Pero no podía traicionar a mis hermanos. Y entonces Sergio desapareció, dejándonos solos a Pablo y a mí.

Bajando la voz, Eduardo continuó con una expresión seria. —María-Inés, te pido perdón por mi conducta en el cine. Yo creía que eso era lo que esperabas de mí.

Un embarazoso silencio se hizo alrededor de la mesa.

—Al día siguiente de haber ido contigo al cine, te esperé en nuestro sitio acostumbrado para pedirte perdón. Pero tú no llegaste, ni tampoco los días siguientes. Después que tu padre salvó a Pablito, me enteré que te había llevado lejos. Daría todo para que don Mateo fuera mi padre. —concluyó Eduardo su relato. Una gran ola de afecto por su padre pasó por María-Inés. Tan típico de él, pensó. Y sin haberle contado nunca de eso.

Los policías que irrumpieron en casa de Eduardo encontraron mercadería robada y drogas. Después de hacerles una emboscada, aprehendieron a toda la banda. Pablo fue internado en un reformatorio para delincuentes jóvenes, donde lo trataron para curarle el vicio de las drogas. Mateo tomó a Eduardo bajo su protección para impedir que corriera una suerte parecida. Con ayuda del padre Tomás, lo llevó a un internado militar en Las Palomas, y así, al cumplir los dieciocho años, se alistó al ejército.

—Esos fueron años muy duros para mí. No estaba acostumbrado a la rigurosa disciplina militar. Tu padre me salvó la vida y espero algún día poder corresponderle. Y comprendo perfectamente por qué no te contó de mí. No quería que hubiera ninguna relación entre nosotros. María-Inés...— agregó Eduardo. —El ejército es ahora mi única familia. Estoy preparándome para llegar a ser teniente.— dijo con orgullo.

Quedaron sentados en silencio, contemplando el sol que ya se ponía. Eduardo suspiró y dijo, mirando el reloj: —Debo regresar al cuartel. Esos soldados son como niños, no se les puede dejar solos. Pero antes te llevaré a donde quieras. Espero que confíes en mí.

—¿Qué pasa hoy con Pablo? —preguntó María-Inés cuando iban camino hacia el jeep.

—Él salió de la institución y creíamos que estaba curado de su vicio. Una vez me visitó en el instituto, contándome que había encontrado trabajo en una estancia al otro lado de la frontera. Pero al cabo de un año, un grupo de excursionistas encontró sus restos en la montaña, enterrados en la nieve. Por lo visto, decidió cruzar los Andes solo, completamente drogado, y cayó a un precipicio.

—Lo siento, Eduardo. —murmuró María-Inés.

—Una cosa he aprendido, María-Inés. Tratar siempre con respeto a una mujer. Por eso castigaré con severidad a esos cretinos que te gritaron obscenidades. Adiós, María-Inés. —le dijo cuando ella bajó del jeep en la entrada del pueblo. —Tal vez nuestros caminos se cruzarán en el futuro.

—¿Estás en Costa Marrón de forma permanente?

—Pedí estar aquí cuando escuché que habías vuelto. Tal vez llegará el momento en que habrá que defender Likanantai. Si necesitarás protección, aquí estaré.

\*\*\*

Al despedirse de Eduardo, María-Inés sabía que ella ya no quería esperar ni un momento más para estar en los brazos de Rodolfo. Su encuentro con Eduardo le recordó cuánto le temía en el pasado. Pero ella sabía que con Rodolfo todo sería diferente. Sentía necesidad de él y estaba hambrienta de estar en sus brazos y que los dos se convirtieran en una sola entidad.

Pero cuando se arrojó a sus brazos, descubrió que debía convencerlo de hacer el amor con ella y tomar su virginidad. Tal vez el miedo a su padre, tal vez el miedo a producirle dolor. Le advirtió que si no se cuidaban quedaría encinta, y preguntó una y otra vez si le había hecho daño, hasta que cesó de hablar.

Será maravilloso tener un hijo de Rodolfo, pensó María-Inés. El niño será igual que él, con sus oscuros rizos. Ella será para él una buena madre. Y se durmió contenta y satisfecha en brazos de su amado.

## 13

—¡Desposarse de esa manera, sin siquiera un velo! —Doña Sonia, la modista del pueblo, chasqueó la lengua al ver aparecer a la novia, esbelta y delicada, vestida con una túnica blanca y larga y que la brisa hacía agitar a su alrededor. —¡Yo le habría cosido un magnífico vestido si me lo hubiera pedido!

María-Inés llegó a la iglesia acompañada de dos mujeres desconocidas, que vestían túnicas idénticas a la de ella, solo que eran de color amarillo. Las tres juntas parecían un ramillete de flores. Una de las mujeres le colocó una corona de margaritas sobre su negra melena, que caía hasta la cintura. Todos vieron la decepción pintada en el rostro de Patricia, que se vio despojada de su posición de madre de la novia.

Nadie sabía quiénes eran estas mujeres, que habían llegado a Likanantai el día anterior en un camión lleno hasta rebosar de hortalizas, mazorcas y frutas y las depositaron en el sótano de la iglesia. Doña Sara, a cuyos penetrantes ojos no se les escapaba nada, vio al padre Tomás sonrojarse al verlas aparecer.

Junto con ellas había llegado una mujer ya mayor, que inmediatamente supieron que era hermana de Matilde, por su gran parecido a ella. Pero la recién llegada tenía el cabello corto, teñido de un rojo brillante y que se erguía sobre su cabeza como la cresta de un gallo. Estaba tostada por el sol y lucía una suave sonrisa en su boca, en la cual faltaban varios dientes. Por fortuna, la hermana de Matilde llegó a la ceremonia con una mantilla negra que le cubría sus escandalosos cabellos y todo su cuerpo.

Docenas de niños y niñas, vestidos con camisas rojas, pantaloncitos azules, calcetines blancos hasta las rodillas y zapatos de fútbol negros, el uniforme del equipo de Likanantai, estaban de pie a lo largo del camino hacia el altar. Parecían un inmenso ramo de copihues y nadie sintió la ausencia de flores verdaderas.

La novia pasó entre ellos, apoyada en el brazo de su padre, que vestía un terno gris demasiado estrecho para sus potentes hombros y tenía la expresión de quien está dispuesto a huir de allí y hacerlo todo con tal de no entregar la novia.

—¿Estás segura que aún no se me nota nada? —Doña Sonia escuchó a la novia preguntar a su amiga Flor, la dama de honor, que caminaba pesadamente tras ella con su abultado vientre.

El novio la esperaba frente al altar, vestido como los niños, pero con pantalones largos como signo de respeto hacia el lugar. Al ver a su novia caminando hacia él, una sospechosa humedad apareció en sus ojos. Su mirada expresaba tanto amor que las mujeres sacaron sus pañuelos.

La novia elevó la mirada hacia la pintura de la Santa Virgen y el Niño Jesús que había detrás del altar. —Gracias, mamacita —se la oyó decir.

La ausencia de la familia de Rodolfo era notoria. —Rodolfo no tiene familia. Sus padres fallecieron y Mateo lo adoptó como a un hijo —susurró doña Sara.

—¡Todo Likanantai lo ha adoptado! —respondió doña Ester, pensando con un suspiro en su hija, todavía soltera.

Las solteras del pueblo observaban a la novia con penetrantes miradas. En un momento, vieron

que su rostro se volvía verduzco y se balanceaba sobre sus pies, como si se fuera a desmayar o por lo menos vomitar sobre los zapatos del cura. Pero, para su gran decepción, el fuerte brazo del novio la apoyó y la ayudó a reponerse. Se consolaron con la vista de las docenas de amigos del novio, compañeros de su antiguo equipo, que habían venido en su honor. Entre ellos y las muchachas se formó una red de miradas llenas de promesas.

El padre Tomás condujo la ceremonia de forma seria y formal. Durante el cambio de los votos, todos los ojos estaban alzados hacia la pareja y nadie notó al soldado que estaba parado solitario en el umbral de la iglesia. Tenía los ojos azules y los carnosos labios estaban torcidos en una mueca de derrota.

Mateo se acercó a la pareja y abrazó a Rodolfo, susurrándole al oído: —Ahora eres mi hijo. — Los dos varoniles mineros lloraron abiertamente ante los ojos de María-Inés, que los contemplaba con una sonrisa benevolente.

María-Inés y Rodolfo caminaron, tomados de la mano, hacia la cancha de fútbol, rodeados de las docenas de niños cantando el himno del equipo. Detrás de ellos, en una larga fila, venía todo Likanantai.

Flor caminaba con pesadez, apoyada en el brazo de Luis, su marido, que miraba con disimulo el bar de don Paco, en el cual se transmitían los domingos las carreras de caballos en el aparato de televisión colgado de la pared.

Al llegar a la cancha, los niños se organizaron en dos filas, cada uno de ellos sosteniendo una pelota lo más alto posible. La pareja pasó debajo del arco de pelotas y todos entraron a la cancha, decorada con globos multicolores.

Un niño pequeño salió de la fila y con pasos vacilantes se acercó a la pareja, volvió sobre sus pies y por segunda vez avanzó, esta vez empujado por un niño más grande.

—Es Pepito. —pasó el rumor entre todos. —Él fue el primer niño que Rodolfo entrenó y la idea de formar el equipo de niños partió de allí. —Pepito fue elegido para entregar a Rodolfo el regalo de bodas de los niños, que habían juntado para él centavo a centavo. Rodeado de todos los niños, Pepito entregó a Rodolfo un pito dorado. Rodolfo, después de abrazar a cada uno de ellos, llevó el pito a sus labios y gritó: —¡El partido está por comenzar!

La cancha se llenó de niños, padres y profesores. Matilde y Lucrecia se hicieron cargo de los dos arcos. El partido no se parecía en nada a ningún otro partido de fútbol. Las leyes del juego fueron olvidadas, los goles no fueron contados y en realidad nadie sabía exactamente para qué lado jugaba. Pero el sonido de las risas llenaba el aire dorado de esa mañana de otoño.

Al finalizar el partido llegó el turno de las mujeres de Likanantai, presididas por Patricia. Mesas llenas de manjares aparecieron como por arte de magia en medio de la cancha. En honor a la ocasión no faltó harina, azúcar e incluso carne y aceitunas para las empanadas. Las mazorcas que las dos extrañas mujeres habían traído se convirtieron en humitas y en pastel de choclo. María-Inés sacrificó algunas de sus gallinas y las oficinas de la mina contribuyeron generosamente con dinero para financiar todo en el mercado negro. Las bebidas eran cortesía de don Paco.

Llena de orgullo, María-Inés contempló la abundancia. Las hortalizas que ella cultivó en su huerto encontraron un lugar de honor en ese magnífico banquete. Ella había pasado incontables horas enseñándoles a sus vecinas el arte de cultivar verduras. Gracias a sus esfuerzos, Likanantai no conocerá la escasez, incluso en esos duros tiempos en que los precios subían hasta los cielos y faltaba de todo.

En el centro de la mesa lucía la torta de boda en forma de pelota de fútbol hecha de trozos hexagonales de chocolate y cocos, sobre un lecho de verdes hojas de menta. Era esa la obra de arte de Flor, que arrancó gritos de admiración.

Los músicos ya estaban listos con sus instrumentos y comenzaron a oírse las guitarras, los charangos y las flautas, con el retocar de tambores. El baile comenzó y nadie vio a los novios, que se escurrieron calladamente de allí.

Después de dos horas cabalgando en la motocicleta de Rodolfo, llegaron a una pequeña y encantadora pensión que estaba en un balneario al lado del mar. Abrieron la ventana y la habitación se llenó del olor salino de mar, del susurro de las olas y de los gritos de las gaviotas.

En los tres días de su luna de miel, un regalo de todo Likanantai, Rodolfo y María-Inés no se acercaron ni una sola vez al mar, que estaba a escasos metros de ellos. En general, no salieron de su habitación.

\*\*\*

—Que lástima que los mellizos ya no estén. Yo gozaba cuidándolos. Y el salario nos venía muy bien. —murmuró María-Inés.

Poco tiempo después de que María-Inés y Rodolfo volvieran de su luna de miel, Juana encontró a doña Luisa desmayada en su habitación, con un frasco vacío de píldoras para dormir a su lado. La ambulancia que fue llamada prontamente le salvó la vida, mas don David ya no podía desentenderse de lo serio de su condición y llevó a toda su familia de vuelta a Santiago para que su esposa recibiera un adecuado tratamiento.

—Dentro de poco tendrás de quién preocuparte. —Rodolfo acarició el abultado vientre de su mujer. —¿Me escuchas, niño? ¡Deberás tratar bien a tu madre! —Ni por un momento se le ocurría a Rodolfo la posibilidad de que fuera una niña.

Solo en ese momento vio la suciedad bajo las uñas de ella.

—¡No hay sentido en tratar de engañarme, María-Inés! —exclamó, viendo a su esposa sentada con una expresión de corderito inocente. —¡Otra vez estuviste trabajando la huerta! ¡Tú sabes que no debes esforzarte así!

—Rodi, eres peor que Papá. —rio ella. —Ya he recibido su sermón habitual cuando vino a espíarme. ¿Pero qué pretenden que haga todo el día? Y además, ustedes saben cuán importante es el huerto. Otra vez han subido los precios y las estanterías en el almacén están vacías. Ah, Rodolfo. Mañana vendrá Javier. —Javier Contreras venía regularmente a vender harina, azúcar y otros productos a precios de mercado negro.

—No te preocupes, María-Inés. Pediré más horas de trabajo en la mina. Por lo menos, nosotros todavía trabajamos.

Rodolfo se refería a la gran huelga que estalló en la mina cerrada vecina, que ya contaba varias semanas.

—Hoy he cancelado el entrenamiento de los niños. Debo ir a la reunión en Costa Marrón. La violencia sube y sube. Han asesinado a uno de los generales que apoyan al presidente. Nuestro deber es defenderlo. —anunció Rodolfo.

María-Inés ya estaba acostumbrada a escuchar a Rodolfo declarar que la culpa de la carestía, la escasez y los paros de trabajo era del gigante del Norte, los Estados Unidos de América, que había puesto un embargo a toda mercadería destinada a Chile. Ese poderoso país estaba dispuesto

a llegar a cualquier extremo, decía, incluso con el resultado de estrangular el país, para borrar de él todo vestigio del color rojo.

Pero en ese momento ella escuchó nuevamente la voz que salía de sus entrañas, que ya le era conocida y había aprendido a obedecer. —Rodi, quédate. No me dejes sola —imploró.

—¿Te pasa algo, mi amor? —preguntó Rodolfo, asustado. Su preocupación la conmovió.

—No, querido, anda. Tal vez iré donde Flor a visitar a Rafaelita. —Flor había dado a luz algunas semanas antes.

Al cabo de un rato escuchó el ruido de su motocicleta alejándose.

Hubo un tiempo en el cual ella sentía celos de los niños que Rodolfo entrenaba, pero ahora estaría feliz si él se hubiera dirigido a la cancha de fútbol en vez de cancelar otro entrenamiento para asistir a una reunión del Partido. El fuego que lo alimentaba se había extinguido. Y no solamente el fuego del fútbol. Durante su luna de miel, él no se saciaba nunca, pero ahora su alma se le estaba escabullendo.

En las noches, ella yacía a su lado, hambrienta de su amor y de sus caricias. Anhelaba sentir que los dos cuerpos se convirtieran en uno solo. Ella sabía que él aún la amaba.

Pero su ardor podía concentrarse solamente en un objeto, y ahora su objeto era el apoyo al presidente. Como si solamente él, Rodolfo Rubio, será capaz de salvar los restos del destruido sueño.

Su país está en ruinas. Nadie cuenta con deseos de trabajar. La repartición de las tierras amenaza incluso el fundo de Clara. Hay necesidad desesperada de algún cambio, pero ella teme que será violento. Dios, a qué mundo traerá ella a su hijo. La voz de sus entrañas le profetiza que algo malo pasará. —Jesús, María —rezó en silencio. —Velen por mi amado.

\*\*\*

—¡Abra la puerta, señora! —apremió la voz. Eran las dos de la mañana y María-Inés aún no podía conciliar el sueño.

Asustada, se apuró en llegar a la puerta. Dos jóvenes, cargados con una inmóvil figura, entraron a la vivienda. —¿Dónde está la cama, señora? —le preguntaron. Al depositarlo sobre el lecho, María-Inés reconoció en la forma sin movimiento a su marido.

—¡Rodolfo, mi amor! ¿Qué te han hecho? —exclamó, presa del pánico.

—¡Silencio, señora, que no la oigan! Es menos grave de lo que parece. —dijo uno de los jóvenes. —Ha recibido muchos golpes, pero son golpes secos. Solo tiene una costilla rota. Vivirá. —Rodolfo gimió. Ella examinó todo su cuerpo. Uno de sus ojos estaba hinchado, pero las piernas se veían intactas y ella emitió un suspiro de alivio.

El más adulto de ellos, que parecía diestro en la curación de heridas, rompió una sábana en cintas y le vendó la costilla rota. —Eso le dará soporte hasta que la costilla sane —dijo con voz tranquilizadora.

Rodolfo se hundió en el colchón, emitiendo un suspiro de alivio. Solo entonces María-Inés volvió a mirar a los dos muchachos que lo habían traído. La ropa de uno de ellos estaba manchada de sangre.

—No es mía, señora. Hoy nadie ha sido muerto, pero no sé qué pasará la próxima vez. —le dijo, y le contó del discurso de Rodolfo más temprano en la noche, en la reunión de los obreros textiles.

—¡Su marido es un líder nato, señora! Sabe cómo entusiasmar a las multitudes, exactamente como en la cancha de fútbol. Ya había conseguido convencer a los huelguistas de retornar al trabajo, pero justo en ese momento crucial irrumpieron en la reunión unos brutos salvajes. Su marido trató de calmar los ánimos, invitarlos a sentarse y a hablar. Pero ellos lo atacaron.

—¡Él está soñando, señora! —intervino el otro. —¡Aquí se va a derramar sangre, y mucha! ¡Ellos no cesarán hasta que consigan asesinar a nuestro presidente!

—Hemos traído la motocicleta de su marido. —dijo el primer joven al despedirse. —¡No hable con nadie de lo que ha pasado, y no confíe en nadie!

\*\*\*

—Papá, Rodolfo no irá hoy al trabajo. Está resfriado y tiene temperatura. —dijo María-Inés por teléfono a su padre a la mañana siguiente, tratando de conferirle a su voz un tono neutral.

Pero Mateo conocía la voz de su hija. Corrió a la casa que había sido la suya y que ahora era la vivienda del matrimonio, mientras que él se trasladó a la antigua casita de Rodolfo. Una mirada a la figura que yacía en la cama le bastó.

Su primer impulso fue finalizar el trabajo de los atacantes, pero la muda súplica que vio en los ojos de su hija lo contuvo. Durante toda la semana logró controlar su enojo y se presentó diariamente en la vivienda después de sus horas de trabajo para ayudar a cuidarlo. Al cabo de una semana, Rodolfo volvió a presentarse en la mina.

Mateo contempló a su yerno, que bajaba trabajosamente del tractor. A pesar de los esfuerzos que hacía por disimularlo, su rostro mostraba el dolor que le producía cada movimiento. Después de asegurarse de que estaban solos, se acercó a él, lo tomó por el brazo y lo arrastró detrás del tractor.

—¿Tú piensas en general en tu mujer, en el niño que ella lleva en sus entrañas? —le gritó, zarandeándolo. Acercó su rostro a pocos centímetros de su yerno. —¿No lees los diarios? ¿No ves las noticias? ¡Han estallado bombas en casas de idiotas como tú!

—Don Mateo, comprendo que está enojado. Pero quiero que sepa que en ningún momento he puesto a María-Inés en peligro. Mis amigos viajaron por caminos olvidados, asegurándose de que nadie nos seguía. He tenido que decirles dónde resido, pero ellos no me traicionarán. Además, no sé sus nombres ni ellos el mío. Allí, en el Partido, no usamos nombres, solo apelativos.

—¡Qué ingenuo eres! —gritó Mateo. —Dime, ¿no comprendes? ¡Tú eres *La Bala*! ¡Tu rostro es conocido en todo el país! ¿Qué es lo que te pasa? ¡Tú te debes a mi hija y a nadie más!

—Don Mateo, ella y el niño son para mí lo más sagrado, sin ellos no tengo vida. ¡Pero si no hacemos nada, mi hijo no tendrá ningún futuro! La situación está demasiado mala para que sigamos con la cabeza en la arena. Esos energúmenos no se detendrán en nada hasta derribar al Presidente, y en su camino arruinan el país. Solo si actuamos juntos nos sobrepondremos al embargo de los americanos. El ejército está con nosotros. ¡Don Mateo, únase a nosotros!

Mientras hablaba, Rodolfo se iba exaltando más y más, olvidándose de sus dolores. Y Mateo veía reflejados en sus ojos el fuego del fanatismo. Buscó inútilmente en él al joven que había construido con sus propias manos una cancha de fútbol. Tal vez eso fue también un resultado del mismo fanatismo, pensó ahora. Él ya está perdido, pero Mateo debía pensar en su hija.

—¡Escúchame bien! —le espetó. —¡Ésta es mi última advertencia! ¡Deja de ocuparte con cosas que están más allá de tu alcance! ¡Preocúpate solo de tu mujer, de tu trabajo y del fútbol! Y

créeme, ¡yo puedo ser peor que los salvajes que te atacaron!

\*\*\*

**Likanantai, a principios de septiembre, 1973**

—Don Mateo, ¡abra la puerta, por favor! —La voz era baja pero apremiante, acompañada de golpes en la puerta lo suficientemente fuertes para despertarlo a él, pero sin llamar la atención de los vecinos.

Mateo agarró una pala que encontró cerca de la entrada y abrió la puerta unos centímetros. A la débil luz del farol de la calle vio una figura vestida con un inmenso poncho que la cubría por completo y con un sombrero que le escondía el rostro.

—¡Don Mateo, soy yo! —susurró el hombre, mirándolo directamente. Mateo abrió por completo la puerta. La figura se deslizó dentro de la casa y le indicó cerrar la puerta. Solo entonces se quitó el poncho y el sombrero.

Cinco años habían pasado desde la última vez que lo había visto, pero él nunca había olvidado los azules ojos y los carnosos labios. El uniforme azul le sentaba.

—Eduardo, ¿qué haces aquí a estas horas de la noche? —preguntó atónito.

—He venido a pagar mi deuda con usted.

\*\*\*

—Papá, ¿estás loco? —preguntó María-Inés al ver a su padre entrar a su casa a estas horas de la noche.

—Don Mateo, ¿por qué asusta así a María-Inés? ¿No podía esperar hasta la mañana? —preguntó Rodolfo.

—Rodolfo, ¡debes huir de aquí! ¡De inmediato! —apremió Mateo. —¡O el ejército vendrá a aprehenderte! Me he enterado que dentro de unos pocos días habrá una insurrección. Todos los que, como tú, son tan activos en apoyar al presidente, aparecen en listas. ¡Los llevarán a la cárcel o a algo peor!

—Pero, don Mateo, ¿de dónde lo sabe? —Rodolfo, con el rostro aún arrugado de sueño, lo miró incrédulo.

—No te lo puedo revelar. Pero es alguien de confianza. Yo le creo.

—¡Don Mateo, le han engañado! Todo está tranquilo ahora. El ejército está con nosotros y se encargará de acallar toda manifestación violenta. Estarán alrededor de nuestro presidente como un infranqueable muro.

Mateo lo miró. Durante las últimas semanas no trató de esconder su enojo con su yerno, y temía que María-Inés tomaría sus palabras de modo equivocado. Pero él debía decírselas.

—Rodolfo, tu presencia aquí no solo te pone en peligro a ti sino también a tu mujer y a tu hijo. Debes salir de aquí de inmediato, sin esperar siquiera la mañana. Borra tus huellas y esconde tu motocicleta. Franquea el límite y pasa a otro país. No te comuniques con nosotros y no nos informes de dónde estás.

María-Inés contemplaba a su padre. Hacía ya seis años, él la había sacado de su casa para

alejlarla de Eduardo y ahora le quitaba a Rodolfo. Presa de un ataque de furia, entró a su habitación y cerró la puerta de un portazo.

—¡Rodolfo, debes creerme! —rogó Mateo, ya desesperado. —Alguien que tiene una deuda de honor conmigo ha venido a advertirme. ¡En nuestro país correrá mucha sangre! ¡Y tú eres famoso, no tienes cómo esconderte!

—Pero, don Mateo, ¿no puedo abandonar a María-Inés en su estado! Y los niños que yo entreno, ¿no puedo defraudarlos!

Mateo contuvo las áridas palabras que le vinieron a los labios.

—Te daré una gran parte de mis ahorros. No es mucho, con esta inflación. ¿Cuentas con amigos al otro lado de la frontera? —Mateo notó en la expresión del rostro de su yerno que comenzaba a creerle. —Es solo por unos días, Rodolfo, hasta que la situación se aclare. Yo me trasladaré aquí para cuidar a tu esposa.

Rodolfo miró a su suegro. Ese era el hombre que lo había recibido y lo había ayudado desde el momento que llegó al pueblo, que estuvo a su lado y que lo adoptó como a un hijo. Pero ese era también el hombre que trató de impedirle cumplir con su sagrada misión. Sus ojos se hundieron en los de Mateo, en un esfuerzo de llegar hasta su alma.

—Está bien, don Mateo. —dijo al fin. —Pero reserve sus ahorros para María-Inés. Yo estaré en...

—No, Rodolfo, no me lo digas. ¡Vete ahora!

—¡No le creas, Rodolfo! ¡No te vayas! ¡Él solo quiere separarnos! —María-Inés se aferró a él con desesperación al verlo empacar con prisa un bulto. Después de meter en él el uniforme de su equipo y su pelota de la suerte, contempló por última vez a su amada esposa y, con una expresión de pena que las palabras no podrían describir, metió el bulto en su motocicleta y sin encenderla se perdió en la oscuridad del desierto.

María-Inés se acostó, presa de un infinito cansancio, en el lecho que compartía con Rodolfo. En ese lecho ella sentía el calor de su cuerpo y recibía sus caricias después de que lavaba de él el polvo de la mina y de la cancha de fútbol. Y ahora, por culpa de su padre, ese lecho estaba vacío.

\*\*\*

Mateo volvió a su antiguo nicho de dormir, que María-Inés se proponía transformar en la habitación de su hijo. Ella estaba cosiendo una cortina multicolor con una fila de conejitos bordados para la entrada del nicho, que reemplazaría a la cortina verde. Pero parecía que su padre se había instalado allí para siempre.

Ya había pasado una semana desde que él había ahuyentado a Rodolfo, y nada había ocurrido. Y con cada día que pasaba, su rencor hacia su padre crecía.

Los niños llegaban sin cesar a su puerta, preguntando por su amado entrenador. También sus compañeros de trabajo lo extrañaban. Incluso el padre Tomás llegó a su hogar, tratando de sonsacarle información, y ella, conquistando su ira hacia a su padre, contestaba como habían convenido, diciendo que Rodolfo fue llamado a reemplazar a un jugador herido en un partido amistoso del seleccionado del Norte, al otro lado de la frontera, y volvería en pocos días.

\*\*\*

Mateo desabrochó el primer botón de sus pantalones y se instaló en su hamaca preferida a leer

el diario. María-Inés se ha convertido en una cocinera excepcional, pensó, y él deberá tener cuidado de no engordar. Solo era una lástima que le había servido la cena con una expresión tan adusta. Con el tiempo comprenderá que todo lo hizo por su bien.

Desde el umbral de su habitación, María-Inés lo contemplaba. Sentía deseos salvajes de gritarle, como él le había gritado en el pasado, que ese no era su hogar. Pero al verlo leer el diario, una idea le vino a su mente. Hasta ese momento, no había tenido ninguna oportunidad de mostrarle su avance en la lectura y la escritura. Ahora ella le demostrará que ya no puede seguir tratándola con ese desdén, como a una niña tonta. Y también le mostrará de qué material estaba hecho su marido.

Abrió el cajón del velador y sacó de él la copia, con puño y letra de Rodolfo, del discurso que él había hecho en la reunión de los obreros textiles en la cual fue herido.

Se sentó al lado de su padre, en la silla alta que le daba apoyo a su espalda, y comenzó a leer sin preámbulos.

—¡Compañeros, ahora no es el tiempo para pensar en nosotros! ¡Debemos estar como un hombre detrás de nuestro presidente! ¡Él fue elegido en forma democrática y el que no está de acuerdo con su camino, que lo exprese en las próximas elecciones! ¡Ahora debemos trabajar todos juntos para sacar a nuestro país de la horrible situación en la que se encuentra! ¡No importa cómo se llegó a ella, ni quién la causó! ¡El pueblo unido jamás será vencido!

El diario cayó al suelo de las manos de Mateo y María-Inés vio ensancharse sus pupilas. Pero en sus ojos no vio reflejada una expresión de agradable sorpresa, como ella esperaba. En esos ojos ella vio puro e inmenso terror.

Mateo saltó de su lugar y le arrancó las hojas de las manos.

—¿De dónde las has sacado? —rugió.

—Papá, ese es el discurso de Rodolfo. —tartamudeó, sorprendida por su violenta reacción. — Quiero que sepas qué magnífico yerno tienes.

—¿Dónde estaba? —repitió, y sin esperar su respuesta, se abalanzó a la habitación de ella y comenzó a arrancar cajones, esparciendo todo su contenido sobre la cama, antes de que su atónita hija pudiera reaccionar.

Ella vio sus libros y sus cuadernos, que constituían su preciado secreto, violados por su padre. Pero él los echó a un lado sin miramiento alguno para descubrir lo que estaba debajo.

—¿Qué es esto, María-Inés? ¿Hay más?

Ella no comprendía a qué se refería su padre, hasta que vio lo que tenía en sus manos.

—No he visto nunca estas hojas de papel. —murmuró asombrada.

Se sentó al lado de Mateo y, juntos, descifraron lo que Rodolfo había escrito en esas hojas, con su puño y letra. Así se enteraron de que el joven llevaba un detallado resumen de todas las reuniones del partido de la Unión Popular, con fechas y lugares de las reuniones y los apelativos de los miembros.

Cada resumen finalizaba con las palabras: —Apoyaremos a nuestro presidente, que fue elegido en forma democrática, y daremos la vida por él si es necesario.

Con una mano que temblaba, Mateo juntó todos los papeles, y después de asegurarse de que no había más, los llevó al hogar que ya no encendían para ahorrar los troncos que escaseaban.

Mateo juntó todos los trozos de madera que restaban y encendió el fuego en la chimenea. Arrojó al fuego, uno por uno, todos los papeles incriminatorios, sin importarle las miradas de

odio que ella le lanzaba al ver, sin poder impedirlo, cómo desaparecían, carbonizados, todos los recuerdos de su amado marido.

\*\*\*

### **Likanantai, 11 de septiembre de 1973**

La radio que don Paco había conectado a los grandes parlantes ya había callado y solo los llantos de los bebés se escuchaban en la plaza. Pero nadie de los presentes pensaba en irse de allí. Mateo contemplaba a sus compañeros de trabajo, que no se presentaron esa mañana en la mina; a los niños que no fueron a la escuela y a sus profesores, que estaban con ellos en la plaza.

La voz llena de pasión del presidente, en su última transmisión, aún resonaba en la plaza. —Éstas son seguramente las últimas palabras que podré dirigirles, mis compatriotas. El ejército ya ha tomado todas las estaciones de radio y de televisión. ¡Yo no renunciaré! Si es necesario, pagaré con mi vida mi fidelidad al pueblo. El ejército, dirigido por las fuerzas fascistas y junto con la policía, nos ha traicionado. En estos mismos momentos están bombardeando desde el aire el Palacio de La Moneda, el símbolo del gobierno democrático, con la intención de destruirlo. La historia los juzgará. Algunos de ustedes, hombres de trabajo, serán perseguidos. Acallarán mi voz, pero ustedes seguirán haciéndose oír. ¡Viva Chile! ¡Vivan los trabajadores! ¡Viva el pueblo!".

Después de esas palabras, solo se escucharon por la radio ruidos estáticos.

Transcurrida una hora les llegó por la radio del gobierno el anuncio formal. Con una voz metálica y desprovista de emoción anunció el locutor que el presidente de Chile se había suicidado con un tiro en la cabeza, y el ejército, con el jefe de las fuerzas armadas a la cabeza, había asumido el gobierno. Todos los habitantes debían regresar a sus casas. A partir de las tres de la tarde, se escucharía un toque de queda.

Era el fin de una era.

A la mañana siguiente, Mateo y María-Inés estaban sentados juntos en el sofá que ella había revestido de rojo. Mateo se negó a obedecer la orden de reincorporarse al trabajo y optó por quedarse en casa con ella.

Transcurrieron las horas sin que entre los dos se cruzara una palabra. No había nada que decir. De vez en cuando, María-Inés levantaba la vista de los conejitos que estaba bordando y le dirigía una débil sonrisa, con la cual trataba de transmitirle su agradecimiento por haber salvado a su Rodolfo. Ahora comprendía.

De pronto, María-Inés descubrió, que preocupada por sus pensamientos, había bordado al revés uno de los conejitos. Tomó las tijeras, pero en su distracción se pinchó un dedo y su sangre manchó la tela. Al ver la mancha, toda su la compostura se derrumbó y estalló en llanto.

—¿Qué hay, hija mía? —se asustó su padre.

Ella arrojó la tela lejos de sí. —¿Dónde está él, papá? —sollozó. Mateo no tenía respuesta para ella.

Sonaron uno fuerte golpes en la puerta. —¡Ejército! ¡Abran la puerta!

Después de dirigir a su hija una mirada de advertencia, Mateo se dirigió a la puerta.

—¿Es la casa de Rodolfo Rubio? ¡Tenemos órdenes de llevarlo al cuartel!

—Rodolfo Rubio no se encuentra en casa en estos momentos. —Trató de hablar en tono normal. —Él está representando a nuestra región en un partido de fútbol al otro lado de la

frontera. ¿Para qué lo quieren?

—¡Tenemos una orden de registro de esta casa! ¡Buscamos material subversivo!

Al entrar en la casa, vieron a una joven encinta sentada en un sofá rojo, que no levantó los ojos de unos conejitos que estaba bordando.

—¿Quién eres? —le preguntó el soldado que estaba a cargo.

—Es mi hija, María-Inés de Rubio, la esposa de Rodolfo. Ella también espera que él vuelva y nos traiga la copa. —les respondió Mateo con placidez.

Al ver la tranquilidad que reinaba en esa casita, el soldado vaciló un tanto. Mas él tenía sus órdenes.

Los soldados no dejaron un rincón sin revolver. Como impotentes testigos, Mateo y su hija veían el sacrilegio que sufría su hogar. La ropa interior de María-Inés, así como sus libros de estudio, quedaron a la vista de todos. Examinaron el contenido de las medicinas que el doctor Robles le había recetado, así como de las alacenas de la cocina, dejándolo todo disperso en el suelo. Incluso los cuadros que ella había colgado de las paredes fueron arrancados de ellas y sus revestimientos hechos pedazos a cuchillazos.

—¡Encontré, oficial! —se escuchó de pronto un grito de victoria. Uno de los soldados salió del dormitorio, llevando en sus manos un pergamino enrollado y envuelto en papel de seda. Excitados, los soldados lo extendieron sobre la mesa de la cocina.

Para su desengaño, descubrieron que contenía un dibujo en colores vivos de una joven en un maizal, sus oscuros cabellos agitándose en la brisa y su vestimenta mínima. Reconocieron en el cuadro a la joven preñada que habitaba la vivienda.

—Es un lindo cuadro, señora. Usted es muy bella. —exclamó uno de los soldados con admiración, mas calló de inmediato al ver la mirada de su superior.

Al cabo de otra hora, ya era muy claro que en esa casa no había ni un papel que se pudiera considerar subversivo.

—¡Ven con nosotros! —ordenó el superior, tomando con fuerza el brazo de María-Inés. —¡Ya nos dirás dónde está tu marido! —Y comenzó a arrastrarla al jeep que esperaba frente a la casa. Ella se resistió con todas sus fuerzas, mientras el segundo soldado amenazaba con su rifle a Mateo, que se preparaba para lanzarse contra los soldados.

—¡Tranquilo, amigo, o nos veremos obligados a dispararle! —le gritó.

Mateo se vio obligado a ver cómo su hija era sacada a la fuerza de su casa. Sus gritos de '¡Papá, haz algo!' le partían el corazón. Luchó contra el impulso de correr a salvarla. Pero el buen sentido lo detuvo. Solo si quedaba con vida podría ayudarla.

El soldado y María-Inés llegaron al jeep y él trató de meterla a la fuerza. María-Inés se resistía, cogiéndose del marco de la puerta.

En ese momento llegó al lugar otro jeep.

—¿Qué haces, soldado? —se oyó de pronto una fuerte voz, que se sobrepuso a los gritos de María-Inés. —¿Por qué estás perdiendo tu tiempo aquí? ¡Debes estar ahora en el cuartel!

Sorprendido, el soldado soltó a María-Inés, que corrió a refugiarse en los brazos de su padre.

—Pero, Sargento, ¡he recibido órdenes!

—¡Las únicas órdenes son las mías! —se enfureció el sargento. —¡Dejen de perder el tiempo en este pueblucho! ¡Tenemos cosas más importantes que hacer! ¡Vuelvan al cuartel, debemos proteger la mina!

Los soldados subieron a su vehículo y se alejaron de allí.

El sargento se quitó el gorro, saludó a padre e hija, que estaban abrazados en el umbral de la casa, y se alejó sin haber dado señales de reconocerlos.

Mas Mateo y María-Inés conocían muy bien los azules ojos y los carnosos labios de su salvador.

\*\*\*

### **Hospital de Costa Marrón, 31 de diciembre, 1973**

Ya habían transcurrido siete horas desde que cruzó a toda prisa con su camión el camino desde Likanantai, con su hija gimiendo a su lado, esperando en todo momento encontrarse con una de las patrullas que circulaban por los caminos alertas a detener a los que quebraban el toque de queda. Cuando llegaron al hospital sin encontrar a nadie en el camino, emitió un suspiro de alivio. Le parecía que no había respirado desde que salió de casa a medianoche.

Inmediatamente, María-Inés fue puesta en una camilla y desapareció tras las gruesas puertas de vidrio, rodeada de doctores y enfermeras. Alguien le indicó a Mateo dirigirse a la sala de espera.

Escuchó voces de llanto y gritos que llegaban de la sala de partos. Es Inesita, pensó. Una vez distinguió en el pasillo al doctor, apoyado en la pared, fumando y conversando con una de las enfermeras. Comenzó a acercarse a él, pero el doctor levantó una mano, deteniéndolo, y reanudó su flirteo.

Ya no le quedaban energías. Se recostó en el incómodo sillón verde de la sala de espera y cerró los ojos.

De pronto se escucharon gritos, voces urgentes, pasos apresurados, puertas que se abren y chocan con la pared. Saltó de su lugar. Vio a dos sanitarios vestidos de verde empujando con prisa una camilla en la cual yacía una pálida joven. El muchacho que llegó con ella se vio obligado, como Mateo, a quedarse atrás. Se paró al lado de las puertas, elevando los ojos al cielo, absorto en una muda plegaria.

El sufrimiento del joven trasladó a Mateo dieciocho años atrás, al momento del nacimiento de su hija. Se vio a sí mismo en su casa, al lado del lecho de muerte de su mujer, acariciando su rostro mientras la vida se le iba escurriendo. Recordó la impotencia de Luisa, la matrona, y la sangre de su esposa corriendo por el lecho y por el suelo de madera que él había instalado antes de llevar allí a su flamante mujer.

Miró el reloj. Otros cinco minutos habían pasado desde la última vez que lo consultó. El joven que estaba a su lado se veía tenso y sin afeitarse, calzando zapatillas de casa y con la camisa mal abotonada. —Seguramente yo no me veo mejor —pensó Mateo.

El joven lo miraba con curiosidad. Mateo podía adivinar sus pensamientos: —Ese es un hombre mayor, seguramente no es su primer hijo. Debería estar más calmado.

Mateo pasó su mano por su frondosa cabellera negra, consciente de los hilos de plata que había en ella. Se recostó nuevamente y cerró los ojos para evitar las preguntas y tener que explicar que él era en realidad el abuelo de la criatura que estaba por nacer y que el padre había huido y estaba escondido en algún lugar.

Sintió el calor del sol a través de sus párpados. ¿Qué está pasando ahí adentro? Se desesperó. De un salto, se sentó. El joven le sonrió. —¿Espera ya mucho tiempo, compadre? Nosotros

esperamos el fin del toque de queda para venir".

Mateo le devolvió la sonrisa. Los dos se entendían perfectamente sin palabras.

Exactamente a las doce del mediodía, se abrieron las dobles puertas. Una enfermera vestida de blanco entró a la sala de espera y depositó en brazos de Mateo un bulto lloroso, envuelto en una manta blanca.

Él estaba seguro de que iba a ser un niño. Y sabía que María-Inés pensaba llamarlo Rodolfo, como su padre.

Pero ella la llamó Raquel.

\*\*\*

## **SEGUNDA PARTE**

# 1

## Likanantai, marzo de 1980

Todo el camino a casa Rosa no paró de reclamar: —Raquel, no quiero ir al jardín de párvulos. ¿Por qué no puedo venir contigo?

Raquel seguía caminando, aferrando la mano de su hermanita. No tenía sentido tratar de explicarle otra vez que la escuela era para niños que ya habían cumplido los seis años, como ella. Rosa sabía ser porfiada.

Desde que eran pequeñas, su hermana siempre andaba tras ella como una sombra. Mami decía en broma que Raquel era para Rosa una madrecita aún más que ella. Abuelo Mateo siempre les decía que Rosa se veía exactamente como mami a su edad, cuando él la vestía con los preciosos vestidos que le había comprado y la llevaba a pasear por la plaza del pueblo.

Raquel estaba orgullosa de su hermanita, que parecía una muñequita con su rizada cabellera negra, su recta naricita y sus rosadas mejillas. Pero ella también estaba orgullosa de parecerse a su padre. Papi le había dicho que sus pases con la pelota le recordaban a los suyos a su edad. Los momentos más felices de su día eran cuando papi le enseñaba a patear una pelota en el patio de la casa.

Papi había trabajado en la mina junto con abuelo Mateo. Pero eso era antes de que ella naciera. Ahora él solo jugaba al fútbol, viajando a lugares remotos vestido con el uniforme rojo, azul y blanco, como los colores de la bandera.

Cuando volvía a casa, le entregaba a mami, con una reverencia, la copa que habían ganado y ella la colocaba junto a las demás sobre la cómoda de madera que abuelo Mateo había construido para ellas. Mami les sacaba brillo a todas hasta que reflejaban su rostro como espejos.

Muchas veces escuchó a papi decirle a mami cuán arrepentido estaba de no haber estado a su lado cuando nació Raquel. —¡María-Inés, no me puedo perdonar el haber huido como un cobarde en el momento que más me necesitabas!

—¡No, Rodi! —le contestaba ella. —¡Tenías que esconderte! ¡Quién sabe qué te habrían hecho si te encontraban!

Cuatro meses antes de que ella naciera, le contó papi, los soldados se apoderaron del país, asesinaron al presidente y a todos los que lo habían apoyado. Papi se vio obligado a huir de Chile. Traspasó la frontera hasta Bolivia y allí jugó fútbol. Pero cada noche lloraba de nostalgia y de preocupación por su mujer y su bebé. Ni siquiera podía escribirle a mami para que no se enteraran los soldados. Por todo el país había hombres, generalmente jóvenes, que desaparecían durante la noche y algunos nunca volvieron. Después de un año, cuando vieron que el seleccionado nacional perdía todos los partidos porque papi no jugaba para ellos, le permitieron regresar.

—¡Tú ya habías dado tus primeros pasos la primera vez que te tuve en mis brazos! —le decía papi. Al cabo de un año nació su hermanita Rosa.

Sumida en sus pensamientos, Raquel notó que ya habían llegado a la plaza del pueblo. El jeep militar estaba, como siempre, estacionado en la calle lateral, de la cual se veía la casa de ellas.

Todos en Likanantai estaban ya tan acostumbrados a la presencia de las tropas en el pueblo que se desentendían de ellos. Pero a Raquel le parecía que ese mismo jeep se encontraba allí todo el tiempo.

Rosa se libró de su mano y corrió a casa, impaciente por contarle a mami lo injusto que era que ella debía ir a ese espantoso jardín de párvulos con los asquerosos niños.

Raquel se alegró de quedar sola. Ahora podría vivir nuevamente el placer que había sentido cuando doña Laura, la profesora de primera preparatoria, le pidió leer ante todos sus compañeros el cuento de Blanca Nieves y la alabó por su lectura.

Ella sabía que estaba más adelantada que todo su curso. En las noches en que papi no estaba en casa, mami acostaba a Rosa en la ancha cama que estaba en el nicho en el cual dormían y cerraba la cortina de colores con los conejitos bordados. Entonces, mami y Raquel se sentaban juntas en la mesa de la cocina y mami le enseñaba a leer. La primera vez que Raquel consiguió escribir la palabra 'papá' vio los ojos de mami llenarse de lágrimas.

Entonces, mami le contó cuán difícil había sido para ella aprender a leer y a escribir en la escuela. Los otros niños se reían de ella, llamándola retrasada.

—Te contaré mi secreto. —dijo mami, abrazándola. —Nadie lo sabe. —Y sacó del cajón de su escritorio un grueso y raído cuaderno. Raquel vio en él garabatos a lápiz que no se podían entender. Pero al pasar las páginas, descubrió que los garabatos se volvían cada vez más legibles, hasta que se convertían en palabras escritas ordenadamente.

—Así aprendí. En las noches, sola en mi habitación. Ya había cumplido diecisiete años y cuando conocí a papi sentía mucha vergüenza de que él supiera que no podía leer ni los nombres de los productos de la cocina. Pero tú eres inteligente. Puedes aprender. Y aprende toda tu vida.

Antes de entrar a casa, Raquel echó una ojeada, como era su costumbre, a la vivienda que estaba frente a la suya. El padre de la familia que vivía en ella había sido compañero de trabajo de abuelo Mateo en la mina. Pero ya había muerto y su hijo Diego abandonó Likanantai. Solo quedó la madre y los rumores decían que algo le pasaba. Ella no salía nunca de casa y el padre Tomás, el único que era recibido allí, decía que ella no quería recibir a nadie. Mami acostumbraba a traerle productos de su huerta, dejándolos fuera del umbral. Todos los días llegaba allí una monja del convento de las Carmelitas a cuidarla.

A veces le parecía a Raquel que veía la cabeza de un niño asomada en una de las ventanas laterales. Pero eso no podía ser. No había niños en esa casa.

En el momento de entrar, Raquel escuchó las airadas voces que venían del salón.

—¿Cuándo aprenderás a pensar en tu mujer y en tus hijas? —La voz de abuelo Mateo sonaba como siempre que quería gritar pero se contenía para que los vecinos no se enterasen. —¿No te das cuenta de que las estás poniendo en peligro? ¿A quién ayudas? ¿Crees que tú solo conseguirás echarlos del poder?

—¡Ya es hora de que todos despierten! ¡No podemos seguir soportando a esos asesinos!

—¡Calla, Rodolfo! —gritó abuelo, para bajar enseguida la voz. No era esa la primera vez que Raquel escuchaba esa discusión.

Rosa se le acercó, llorosa. —¡Raquel, otra vez están discutiendo! ¿Dónde está mami?

—Está otra vez donde Flor. —dijo papi.

Este último tiempo, tía Flor, la mejor amiga de mami, estaba siempre triste y mami iba frecuentemente a verla. Rafaela, la hija de tía Flor, que estaba un curso más adelantada que

Raquel, le había contado que su padre, tío Luis, ya no vivía en casa con ellos. Él amaba a los caballos más que a su familia y desperdiciaba todo su dinero en ellos. Raquel no podía comprender cómo se puede querer a los caballos más que a los propios hijos.

Abuelo Mateo la levantó en sus brazos. —Me voy —le dijo—. Rosa, ven a despedirte de mí. —Repitió la ceremonia con su nieta menor. Pero al bajarlas, Raquel notó que respiraba trabajosamente, al igual que los recién llegados a la zona, que no estaban acostumbrados al aire de las alturas.

Abuelo se retiró, mascullando entre dientes: —¿Cuándo cesará el idiota?

Raquel había escuchado muchas veces esa frase de labios de él, mas no comprendía qué quería abuelo que papi cesara de hacer. Tal vez se trataba de los viajes. Ella también lo añoraba cuando partía, pero papi le había explicado que así es el fútbol. Una vez se juega aquí y la otra vez en la cancha del rival. A ella le encantaba ir a verlo jugar. Papi estaba en todas partes de la cancha, estimulando a los demás jugadores y metiendo los goles que les daban la victoria. Al final del partido, ellos lo levantaban y lo llevaban sobre sus hombros.

El sol ya se ponía y el toque de queda estaba por comenzar. Mami entró apresuradamente a casa, las besó a ella y a Rosa y se dirigió a papi. Raquel sabía que el beso de ellos, en los labios, duraría una eternidad. Mami quería mucho a papi y a abuelo y sufría por las peleas que siempre tenían ellos dos.

Hubo tiempos, le contó papi, en los cuales no había toque de queda, y todos eran libres para ir por las calles a cualquier hora del día o de la noche y podían decir todo lo que se les antojara en voz alta. Esos eran los buenos tiempos, antes de que los soldados se apoderaran del país. Abuelo se enojaba y trataba de hacerlo callar.

Sonó la sirena que anunciaba la queda y se oyeron los pasos de los soldados fuera de la casa. El bar de don Paco quedaba abierto toda la noche y después de beber durante horas, los soldados, embriagados, se daban vueltas cantando a voces. Pero ninguno de los mineros, que debían levantarse al alba, se atrevía a quejarse a los superiores. Tampoco se atrevían a protestar los padres de las jóvenes que huían de los asedios de los soldados ni los padres de las que no huían.

En la cena, Mami les sirvió carne con verduras. Las estanterías del almacén estaban llenas de productos que hasta ahora ellos no podían soñar con tener. Todos decían que los tiempos de escasez habían terminado.

—¡Sí, pero a qué precio! —se enojaba papi cuando oía esa frase y callaba al ver la mirada de mami. Raquel sabía que él no se refería al dinero. Papi siempre estaba dispuesto a darle al padre Tomás, el cura del pueblo, dinero para su cocina de caridad. Había en el pueblo gente hambrienta y papi ganaba mucho dinero con el fútbol. Él les pagaba a los mineros que habían quedado sin trabajo para que se ocuparan de la cancha. También les compraba a los niños que él entrenaba zapatos, ropa y pelotas y los llevaba en su camioneta a comer en un restaurante de Costa Marrón.

Después de cenar, Raquel y Rosa se retiraron a su nicho de dormir. Mami había querido comprarles dos camitas separadas, pero Rosa solo quería dormir abrazada a Raquel, que no podía moverse y despertaba con el cuerpo rígido. Pero Rosa siempre conseguía todo lo que quería, por lo tanto ellas continuaron durmiendo en la cama que había sido del abuelo.

Raquel no conseguía conciliar el sueño. Le dolía la garganta y se levantó para dirigirse a la habitación de sus padres. La puerta de ellos estaba siempre cerrada en las noches y Rosa y ella sabían que no debían entrar. Pero esta vez la puerta estaba entreabierta y ellos estaban sentados

sobre su lecho, completamente vestidos. Papi hacía algo extraño. Tenía entre sus manos su pelotita de la suerte y le rebanaba un trozo con un cuchillo, como si fuera una manzana.

Enseguida, mami introdujo por el hueco un papel doblado y volvió a poner el trozo cortado en su lugar, cosiéndolo con hilo y con aguja.

—Ya está, Rodolfo. No se nota nada. De todos modos, ya está completamente desinflada y nadie espera que juegues con ella.

En ese momento, papi levantó la vista y vio a su hija parada en el umbral de la habitación. Y por primera vez en su vida le gritó: —¿Qué haces aquí? ¡Anda a tu cama!

Raquel quedó paralizada por la sorpresa y la ofensa. Mami le puso una mano tranquilizadora en el brazo. —Raquel, no debes nunca contarle a nadie lo que has visto aquí. Ni siquiera a Rosa —le dijo—. Ese será nuestro secreto, porque tú ya eres una niña grande.

—Siento mucho haberte gritado, hija. —le susurró papi, besándola. Su bigote era suave y no pinchaba como el de abuelo.

\*\*\*

Abuelo entró a la casa portando tres grandes cajas envueltas en papel de regalo y una pequeña maleta. Cuando papi estaba en sus viajes, abuelo venía a quedarse con ellas en las noches, durmiendo en el sofá del salón.

—¡Niñas, miren lo que les he traído! —exclamó. Raquel, Rosa y mami estaban sentadas en el suelo, ocupadas cosiendo vestidos azules para las fiestas. De inmediato, se levantaron y fueron a su encuentro.

—¡Niñas, primero saluden a abuelo y pregúntenle cómo le fue en su viaje! —las reprimió mami.

Mateo depositó las cajas en el suelo y las alzó en sus brazos. Como siempre, su gris bigote pinchaba al besarlas.

—¡Papá, acuérdate lo que te dijo el médico! —se asustó mami.

—Tonterías. —rio, pero se apresuró a dejarlas. Y después de recobrar el aliento, le entregó, con una gran reverencia, una caja a cada una.

—Esta es para Raquelita, esta para Rosita y esta, por supuesto, para Inesita. —Divertido, se sentó a contemplar cómo sus tres niñas, como él las llamaba, hacían pedazos llenas de impaciencia el papel de regalo y ponían al descubierto el contenido de las cajas.

—¡Mira, mami, qué hermosura! —gritaron las dos niñas con deleite.

Cada una de las cajas contenía una gran muñeca de porcelana. Las tres eran idénticas con sus ojos azules y su cabellera negra que parecía verdadera. Solo el color de sus vestidos las diferenciaba. La muñeca de Raquel estaba vestida de azul, la de Rosa de rosado y la de mami se adornaba con un vestido blanco como la nieve.

—¡Nunca nos separaremos de estas muñecas y no las separaremos la una de la otra! —declaró mami solemnemente. Buscó con la vista el lugar más adecuado para colocarlas y su rostro se iluminó al posarse sobre la cómoda que abuelo había construido, sobre la cual descansaban los trofeos de papi.

Parecía que las muñecas habían estado allí, entre las copas, desde siempre. Pero Raquel no pudo menos que ver, tras las exclamaciones de entusiasmo hacia las preciosas muñecas, la preocupación que se reflejaba en los ojos de mami al mirar a abuelo, que quedó sentado en el

sillón con los ojos cerrados. Incluso ella sentía lo trabajosa que era su respiración.

\*\*\*

### **Al cabo de seis meses**

Raquel estaba sentada en la iglesia, con un vestido negro que no sabía de dónde había llegado. Mami estaba a su lado, con una mantilla que le cubría la cabeza y estremecida por los sollozos. Al otro lado de mami estaba Rosa, también vestida de negro y papi, con una cinta negra sobre el brazo. La iglesia estaba tan repleta que parte de los asistentes se vieron obligados a quedarse parados en los pasillos.

Eso duró mucho tiempo. Cada vez se levantaba otra persona y contaba cómo Mateo Sánchez le había ayudado. El último en hablar fue el padre Tomás. Con voz quebrada habló del mejor amigo que había tenido en toda su vida.

Raquel cesó de escuchar. Le dolía la cabeza. Trató de imaginarse la vida sin abuelo. Eso no puede ser. Él siempre estaba con ellas, aún más que papi. Estaba enojada con él. ¿Por qué las dejó?

Algo la incitó a volver la cabeza. Junto a la entrada, detrás de las apretadas filas, había un soldado, con la vista fija en ellos. Le parecía que ya lo había visto en las cercanías de su casa, pero no estaba segura. Todos los soldados se parecían los uno a los otros con sus uniformes.

Después de la ceremonia la casa se llenó de gente. Cada una de las vecinas trajo una olla llena de manjares, mas nadie sentía apetito. Raquel escuchó conversaciones llevadas con voz baja:

—¡Quién se lo iba a imaginar, apenas tenía cincuenta años!

—¡Así es con el corazón, nos traiciona cuando menos se lo espera!

—¡Cuando lo vi así, acostado al lado de su camión, creí que se había dormido!

Una mujer bastante entrada en años, como abuelo, apareció junto con tía Flor. La mujer abrazó a mami y a papi y los tres lloraron juntos. Rafaela le contó que ella era su abuela Patricia, la madre de tía Flor, que había sido una gran amiga de la abuelita de Raquel y de Rosa, que murió al nacer mami. Abuela Patricia vivía ahora muy lejos, en el pueblo en el que nació, y pocas veces visitaba Likanantai. Pero llegó en honor a abuelo Mateo, porque habían sido grandes amigos.

De pronto se hizo el silencio. Todos los que llenaban el salón se apartaron, dejando pasar a un soldado que había llegado en ese momento. Raquel estaba segura que era el mismo soldado que divisó en la iglesia. Se acercó a mami y la besó en la mejilla. Al darse vuelta, su mirada se cruzó con la suya y Raquel divisó ojos que eran más azules que el color del cielo.

—¡Tengo una deuda de honor con don Mateo! —explicó a los presentes.

En ese momento, Raquel captó el significado de lo que había sucedido. Abuelo Mateo ya no estará con ellos. No la levantará más en sus brazos, no le dará más un beso que pincha, no discutirá más con papi y no dormirá más en el sofá del salón.

Esa noche, Raquel y Rosa se acostaron a dormir junto con sus muñecas. La cama se les hacía estrecha, mas ellas no aceptaron dejarlas en otro lugar.

—¿Abuelo está en el cielo, Raquel? —preguntó Rosa. —¿En qué estrella está?

\*\*\*

## 2

—Raquel. —le dijo mami al cabo de unos días. —Ven conmigo a casa de abuelo. Debo sacar sus cosas de allí. No deseo ir sola.

Raquel no deseaba ir. La vacía casa, sin la presencia de abuelo, la asustaba. Pero aceptó. Tal vez mami también estaba asustada.

Rosa se quedó en casa de Flor, que estaba ocupada, como de costumbre, en planchar ropa para las familias de los administradores de la mina, que se habían mudado a los nuevos barrios de Costa Marrón. Tío Luis ya no vivía en casa y ellos vivían del planchado. Mami le traía productos de su huerta, pidiéndole que le hiciera el favor de recibirlas para que las verduras no se estropearan. Tía Flor se ruborizaba pero las aceptaba.

En casa de abuelo todo estaba en orden. Era triste ver las cortinas, la alfombrilla y los almohadones que mami le había traído para hacerle la estancia más agradable. Pero abuelo acostumbraba volver a su vivienda solo después de cenar con ellos, minutos antes del toque de queda. Tal vez esa era la razón por la cual la casa se veía como un lugar deshabitado.

Mami vació sobre el lecho el contenido del ropero. Abuelo tenía pocas cosas. Dos trajes ya viejos, pantalones tejanos, camisas, unos chalecos. —Él gastaba en nosotras todo su salario — dijo mami con voz quebrada. —Entregaremos toda su ropa a la iglesia.

Mami vio que Raquel contemplaba la mecedora de abuelo. —¿Sabes, Raquel? Cuando yo era una bebé, él se sentaba en esa mecedora conmigo en sus brazos y me daba mi botella. Cuando crecí, él acostumbraba sentarse en ella a leer la revista mensual de los mineros y yo jugaba a sus pies.

Sobre una pequeña mesa al lado de la mecedora, cuyos almohadones ya estaban gastados por el uso, yacía abierto un ejemplar de la revista y, sobre ella, las gafas que abuelo usaba para leer y que trataba de esconder de los ojos del mundo, viendo en ellas un signo de vejez.

Sobre la cómoda estaba el álbum de fotos que abuelo ordenaba en las noches. Raquel se sentó en el suelo, pasando las hojas del álbum. Vio un retrato en blanco y negro de una pareja joven. Ella, hermosa con su vestido de novia, y él, con un negro bigote, contemplándola con adoración.

—Estos son tus abuelos. —le dijo mami, con los ojos llenos de lágrimas. —Tu abuela falleció en el momento de nacer yo. Abuelo me llamó en su nombre.

Había también fotos de mami de bebé y de niña y retratos, ya en colores, de una joven vestida con pantaloncitos cortos con un fondo de maizales. Y el lugar de honor lo ocupaba un retrato de mami de novia, con una blanca y vaporosa túnica y una corona de margaritas en la cabeza.

—Mami, ¿quién es esta mujer? —preguntó Raquel al volver la hoja del álbum y encontrar un retrato en el cual se veía una mujer joven y bella, con una abundante cabellera de color de cobre. Al reverso de la fotografía, alguien había estado escrito a mano con pulcra letra: —A mi querido Mateo, Cristina, 15.05.67.

—Eso es exactamente un mes después de que llegué al fundo. Abuelo me contó que había tenido una amiga. Ella trabajaba en la asamblea regional de Costa Marrón. Pero eso no duró mucho. Es una lástima. Ella se ve muy simpática.

Mami calló un momento, sumida en sus reflexiones. —Siempre había querido que abuelo encontrara una buena mujer. Cuando estuve en el fundo, todo el tiempo me preocupaba por él. ¡Pero era tan porfiado! Me dedicó toda su vida. Tal vez temía que otra mujer le impidiese ocuparse de mí.

Había también fotos de abuelo en la mina, junto con otros mineros, con las pesadas máquinas a fondo.

—Ese es Ramón, el padre de tía Flor. Ellos eran los mejores amigos y su muerte quebró su espíritu. Por eso retorné del fundo, para estar con él. Sabes, abuelo nunca se conformó cuando el médico le prohibió bajar a la mina y trabajar con todos, cuando comenzó a sufrir del corazón. Él odiaba el trabajo de oficina. Tal vez eso le precipitó la muerte.

Mami calló de pronto, como si se diera cuenta de súbito que su hija tenía solo siete años.

—¡Mami, aquí están Clara, Paulina y Lucrecia! —gritó Raquel con entusiasmo. Mami siempre le mostraba fotos de ellas y Raquel nunca se saciaba de escuchar historias sobre ellas. —¿Tal vez podremos ir a visitarlas?

—¡Raquelita, eso es exactamente lo que haremos! Gracias, Jesús y María, por haberme bendecido con una hija tan sabia. —dijo mami, contemplándola con admiración y enjuagando sus lágrimas. —Ven, nos llevaremos el álbum. Lo pondré en el cajón más bajo de la cómoda, así tú y Rosa podrán abrirlo y mirar las fotos cada vez que añoren a abuelo.

\*\*\*

Raquel contemplaba el perfil de mami, sentada al lado de papi, que manejaba el camión de abuelo. A medida que se acercaban a su destino, su palidez desaparecía y ella hablaba alegremente, indicándoles los lugares que iban pasando.

—¡Mira, Rodolfo, me acuerdo de este lugar! Es el fundo de los vecinos de Clara. Ahora Lili vive allí. ¡Que hermoso es el campo de amapolas!

Siguiendo las direcciones de mami, se introdujeron en el sendero de entrada. Pasaron a través de un portón pintado de blanco y siguieron viajando entre césped bien cuidado hasta que llegaron a la casa.

Rosa se quejó de que le dolía todo el cuerpo por haber estado sentada tanto tiempo. Pero por una vez, nadie le hacía caso. En unos segundos, toda la familia Rubio fue absorbida en una mezcla de abrazos, llantos, risas y ladridos.

La casa se veía completamente distinta a la de las fotos, con su pintura descascarillada y las ventanas colgadas de sus goznes. Ahora, todas sus paredes relucían con el más blanco color, las ventanas estaban adornadas con maceteros floridos y las verdes persianas relucían. El sendero empedrado hacia la casa estaba flanqueado por filas de calas y hortensias.

Mami se inclinó para acariciar al golden retriever. —¿Ese es el mismo perro que lo llamaban Fidel? ¿Y dónde está Che?

—No, es el hijo de uno de ellos. —rieron juntas las mujeres que Raquel reconoció de las fotos. —Pensábamos llamarlo Salvador, pero nos contentamos con Rod.

Una de las mujeres era muy anciana y se parecía mucho a Matilde, la mujer que llevaba la casa del padre Tomás, pero en lugar de un vestido y una mantilla negra lucía pantaloncitos cortos, dejando al descubierto sus varicosas piernas. Su corto cabello era rojo, exactamente como mami le había contado. También Clara y Paulina se veían como en las fotografías. Clara con

pantaloncitos y Paulina con una túnica parecida a la de mami en la foto de su boda.

—María-Inés, la habitación está lista para ti y para tus hijas. —dijo Clara. Hasta ese momento, Raquel no sabía que papi no se quedaría con ellas. Por un breve momento, el lugar perdió todo su encanto. Papi, como si hubiera adivinado su cambio de ánimo, la abrazó después de entrar los bultos a la habitación de ellas.

—Raquel, cuida a mami y a Rosa por mí. —le dijo—. Debo irme. Tengo un partido muy importante. Las dos semanas pasarán rápido y vendré a buscarlas.

Al atardecer, ellas se sentaron sobre la alfombrilla delante de mesas bajas y Lucrecia les sirvió una cena compuesta de verduras, patatas, huevos, choclo y una gran tarta de frutas. —Todo nuestro —se enorgulleció—. Si les place, recibiré con gusto la ayuda de ustedes en el huerto. Mi espalda ya no es lo que era.

Raquel ya sabía que el huerto de ellas era famoso en todo el distrito y que mami había plantado el suyo según su ejemplo.

—Habla con ellas. —escuchó Raquel decir a papi al despedirse de mami.

Las dos semanas en el fundo transcurrieron con rapidez. Raquel, montada en el tractor verde, gozaba yendo con Clara al maizal.

—Hay en casa una pintura de mami en un maizal. Papi la colgó sobre la cómoda. ¿Es el mismo maizal? —preguntó.

—Sí, Paulina lo pintó. —respondió Clara.

Raquel ya había visto las pinturas colgadas por todos los muros del salón. Le parecían bellas y alegres, aunque no las comprendía.

—Paulina ya no puede pintar porque le duelen mucho las manos. —le contó Clara, con tristeza en la voz. —Ya no puede sujetar los pinceles. Pero ella no permite que eso la deprima.

Raquel y Rosa gozaban introduciéndose a gatas al gallinero para buscar huevos. Rosa olvidaba quejarse por la suciedad que le cubría la ropa. De todos modos, ellas andaban todo el día vestidas solo con pantaloncitos cortos y camisitas.

En las noches, las tres se acostaban a dormir en las dos camas que habían arrimado una al lado de la otra, cada una de ellas abrazada a su muñequita.

Un día llegó a visitarlas Lili. Mami les había contado que Lili era la niña que había compartido la habitación con ella cuando llegó al fundo, y su alegría y sus risas la habían ayudado a sentirse bien. Lili dio a luz una criatura preciosa y la llamó Margarita. Ahora Lili dirige el fundo vecino.

Lili y mami se abrazaron y se sentaron a parlotear. A Raquel le parecía que mami volvía a ser como una niña. Era estupendo sentir su risa. Margarita, que ya tenía doce años, llevó a Raquel y a Rosa al río que corría por las cercanías y se sentaron bajo el sauce llorón, de la misma manera que sus madres acostumbraban sentarse y contarse todos sus secretos.

El día antes de abandonar el fundo, mami las llevó al río.

—Debemos despedirnos de abuelo como es debido. —declaró, empezando a girar sobre sí misma con velocidad creciente. —¡Vengan, hagan como yo! —las estimuló.

Vacilante, Raquel se unió a ella y Rosa tomó su ejemplo. Con gran sorpresa, notó que las rápidas vueltas le daban una magnífica sensación de libertad. La opresión que sentía en su garganta desde que abuelo había fallecido fue aflojando.

—Paulina me lo enseñó. —jadeó mami cuando cayeron faltas de aliento sobre la tierra. —Ahora nos introducimos al agua, para que la corriente se lleve el pesar. —Se introdujo al río y

Raquel y Rosa vieron su cabeza bajo la corriente. Raquel la imitó e incluso Rosa, presintiendo la importancia del momento, hizo como ella.

—Niñas, hemos liberado el alma de abuelo. Ahora él nos cuidará desde arriba.

Al día siguiente llegó papi a buscarlas y llevarlas a casa. En el camino, Raquel escuchó a papi decir: —Ellas estarán bien aquí, en caso de que..... —pero mami lo hizo callar, poniéndole la mano sobre sus labios con ternura.

\*\*\*

Raquel gozó en el fundo, pero se alegró de estar nuevamente en casa. Rosa ya se había quedado dormida, meciendo su muñequita con el rosado vestido. El lugar se hacía estrecho en el lecho para ellas y sus muñecas, mas no querían separarse de ellas. Mami acostumbraba acostar la suya en el suelo, al lado del lecho de ella y de papi, sobre una mullida frazada.

Raquel se levantó en silencio y entreabrió la cortina multicolor con los conejos bordados. Papi estaba sentado en el sofá, tijeras en mano, y cortaba el trozo de la pelota que mami había cosido hacía ya un año. Introdujo la mano y sacó de dentro de ella un papel doblado. Mami lo cogió de sus manos. —Rodolfo, yo encontraré el lugar perfecto para esconderlo. —Papi la abrazó con cariño.

Raquel regresó de la escuela al día siguiente, ansiosa de contarle a mami su éxito en los ejercicios de aritmética. Sabía que eso la alegraría. Pero mami no se encontraba en la cocina, ni en el huerto ni en el salón. La puerta de la habitación de sus padres estaba abierta y mami estaba sentada sobre la cama con su muñeca en su regazo e hilo y aguja en sus manos.

Al ver a su hija, se sobresaltó.

—¿Mami, qué estás haciendo?

—El vestido de la muñeca está un poco descosido y lo estoy arreglando. Pero no le comentes eso a nadie. No quisiera que abuelo, desde el cielo, sepa que he descuidado su regalo.

Raquel lo comprendía. Abuelo las veía desde donde estaba y las protegía.

—No te preocupes, mami. Nadie lo sabrá.

\*\*\*

Yaciendo al lado de su hermanita, Raquel no lograba conciliar el sueño. A través de las ranuras que dejaban las persianas cerradas llegaban a sus ojos las luces del vehículo militar que ya había pasado varias veces ante la casa. Le parecía que desde que abuelo ya no estaba con ellos ese vehículo estaba apostado allí todo el tiempo. Ella sabía que ese vehículo pertenecía al soldado de la iglesia, dueño de los ojos más azules que había visto en un ser humano.

Cuando papi estaba en uno de sus viajes, el soldado se apostaba frente a la casa, como haciendo guardia. Ella quería contárselo a papi, pero decidió contra eso al recordar cuánto aborrecía papi todo lo que era militar.

Escuchó gritos que provenían del salón. Pero la áspera voz que gritaba no era la de papi. Tal vez él había bebido, como los soldados o como tío Luis. Pero eso no podía ser, papi no bebía alcohol y no había en casa ni una botella de vino ni de cerveza.

Los gritos continuaron. Ahora era la voz de mami: —¡No, no lo hagas! —Encogida de miedo debajo de la frazada, oyó pasos de botas pesadas y ruido como de cajones que se abrían de un golpe y eran arrojados a tierra.

La voz que oyó esta vez era la de papi. —¡María-Inés, las niñas! ¡Por la ventana! ¡Salta con ellas! ¡Corran!

Mami apareció en el umbral del nicho, cerró la cortina que las separaba del resto de la casa y se acercó a la cama. Rosa había despertado con el ruido y se aferraba llorosa a su hermana.

Raquel quería preguntar a mami quién gritaba, pero al ver el rostro demudado de ella no se atrevió, y aferrada a su muñeca, solo la contempló presa del terror.

Mami sacudió con fuerza sus hombros. —¡Raquel, toma a Rosa y salten por la ventana! ¡Corran! ¡Vayan donde tía Flor o donde el padre Tomás! ¡Rápido!

Mami levantó a su llorosa hija menor, también aferrada a su muñeca; tomó a Raquel por el brazo y la obligó a levantarse, arrastrándola hacia la ventana. Depositó a Rosa sobre la mesa que había bajo la ventana. Raquel sintió cómo mami la levantaba con una fuerza que no sabía que poseía y se sintió caer fuera de la ventana.

En el momento en que su cuerpo traspasaba el alféizar de la ventana, Raquel alcanzó a ver cómo la cortina era arrancada brutalmente de su lugar por un brazo enfundado en una manga azul.

Cayó de espaldas sobre la tierra. Unos segundos más tarde, Rosa cayó sobre ella, presa del llanto. Sin pensar, Raquel agarró su manecita y partió corriendo. Las dos estaba descalzas y vestidas solo con sus delgados camisones de dormir.

—¡Mi pie, mi pie! —gimió Rosa.

Raquel se detuvo. Vio a la luz de la luna la sangre que emanaba del pie de su hermana. Sobre la tierra estaba un trozo de botella rota. Rosa se sentó, sollozando, en la tierra. —¡Quiero ir a casa, a mami!

Raquel ya no sabía qué hacer. El rostro de mami y sus palabras le zumbaban en la cabeza. Ella solo sabía que a casa no podía volver, allí había algo tan espantoso que su madre la había arrojado de allí.

Haciendo un hercúleo esfuerzo, levantó a su hermana en sus brazos y se alejó de allí lo más rápido que sus piernas le permitían. Su espalda amenazaba con romperse, y Rosa, asustada, forcejeaba para librarse. Comprendió que así no podría cubrir el camino a casa de Flor, más aún durante el toque de queda, y la iglesia quedaba aún más lejos.

Detrás de las casas apareció ante sus ojos la plantación frutal con sus frondosos árboles. Durante las noches ellas escuchaban los aullidos de los coyotes que venían a buscar comida y corrían por el pueblo historias aterradoras sobre ese lugar. Pero ahora le parecía acogedor y se apresuró a dirigirse hacia allá.

Se dejó caer bajo uno de los árboles y estrechó a su hermanita contra su cuerpo para ayudarla a entrar en calor. La noche era muy fría y ella se desesperaba por volver a casa, a su camita, entre las frazadas. Escuchó toda clase de ruidos, que eran tal vez coyotes o lobos, y entonces distinguió la silueta del perro callejero que siempre vagaba por delante de su vivienda. Tal vez el perro había venido tras ellas para protegerlas.

Toda la noche Raquel estuvo sentada bajo el árbol, junto al perro callejero, alerta a todo ruido. Su hermanita por fin se había dormido, exhausta, entre sus brazos.

Llegó el alba. Un pálido sol le calentó el rostro. Le dolía la espalda, su cuerpo estaba tieso por no haberse podido mover durante horas, y el tronco del árbol le raspaba la espalda. Durante unos momentos creyó que estaba soñando, pero entonces todo volvió a ella. Mami las había arrojado por la ventana. ¿Pero por qué? Ellas no habían hecho nada malo. Al acordarse de los gritos y del

brazo con la manga azul, comprendió. Mami quiso protegerlas. Pero papi nunca les haría daño.

Rosa despertó. —¿Raquel, dónde estamos? ¿Por qué me trajiste aquí? ¡No me gusta dormir así! —Durante la noche, Rosa había mojado su camisón y el de su hermana.

A la luz del día, Raquel vio el trozo de vidrio que estaba empotrado en el pie de su hermana y lo sacó de allí. Nuevamente comenzó a correr la sangre y Rosa gritó.

No podían quedarse allí. —¡Rosa, vamos a casa! —dijo. Rosa comenzó a saltar con un pie, apoyada por su hermana. —¡Mira, Raquel, es muy fácil! —exclamó, extasiada con su nuevo juego.

—¡Rosa, silencio, que no nos oigan! ¡El toque de queda todavía sigue! —le advirtió Raquel.

Llegaron a la ventana de la cual mami las había arrojado. Pero era demasiado alta para trepar a ella. Raquel condujo a su hermanita a la entrada de la casa. Seguramente papi y mami aún duermen. Pero mami sabe que ellas no están en su camita. ¿Por qué no las busca?

Antes de entrar a casa, Raquel sintió una voz dentro de sí que le decía: —Entra sola. No permitas a Rosa entrar contigo. —Algo en sí le advirtió obedecer la voz. Instaló a Rosa en el banco que había en el porche y entró a su casa, sola.

—¡Mami, mami! —llamó. Pero ninguna respuesta le llegó. Tampoco papi respondió al llamarlo.

Pasó a través del salón. Todo estaba caído al suelo o roto. Asustada, entró al dormitorio de sus padres. Con inmenso alivio, vio la figura que yacía sobre el gran lecho.

—¡Mami, levántate! ¡Habla conmigo! —exclamó, acariciando el frío rostro, las manos que no se movían, y se recostó al lado del cuerpo de su madre. Tal vez, si la calienta con el suyo, ella despertará. Pero mami no se movió.

Ahora se fijó en las manchas oscuras, como oxidadas, que había sobre la rosada manta. Aún estaban algo húmedas y le mancharon las manos y el camisón.

Raquel salió de allí a trompicones, tropezando con los muebles caídos. Tomó la mano de su hermanita y la condujo lejos de allí.

\*\*\*

Flor despertó sobresaltada al sentir golpes a la puerta. La sirena de la mañana todavía no había sonado y Rafaela y Paco aún dormían. Luis no vivía en casa desde hacía unos meses. Tal vez es el agente de apuestas, pensó. Preferible ignorarlos.

Pero los golpes continuaron y escuchó una vocecita que decía con urgencia: —¡Tía Flor, por favor, ábranos!

—¡Es Raquel! —exclamó, saltando de la cama. Al abrir la puerta encontró a Raquel y a Rosa, las dos vestidas con sus delgados camiones de dormir, descalzas, mojadas y sucias de barro. Sobre las manos y el camisón de Raquel vio manchas de algo que parecía sangre.

—¡Tía Flor, ayude a mami, por favor! —imploró Raquel, sollozando.

Asustada, las hizo entrar a casa, las sentó sobre el sillón y trajo unas frazadas para calentarlas. Las dos tiritaban, no sabía si de frío o de algo distinto. Las abrazó apretadamente.

Raquel tartamudeaba algo casi incoherente: —¡Está sobre la cama, no se mueve! ¡Está fría! ¡Hay sangre! ¡No sé dónde está papi! ¡Ayúdela, tía Flor!.

Flor las mecía en su regazo. Rosa exclamó con tono de reto: —¡Ella no me permitió entrar a casa! ¡Quiero a mami! ¡Quiero estar en mi cama!

Los temblores de Raquel no cesaban. Flor se levantó, fue a la cocina y calentó un poco de

leche de la última botella que aún le quedaba, y las instó a beberla.

Los temblores de Raquel se fueron apaciguando en forma gradual pero ella seguía repitiendo su frase: —¡Ayúdela, tía Flor!

Flor se levantó con decisión. —¡Niñas, no se muevan de aquí! —Y se apresuró a salir de la casa.

Rosa se durmió sobre el sofá de Flor. Rafaela y Paco despertaron y preguntaron por su madre. Raquel estalló nuevamente en llanto y Rafaela se sentó a su lado, rodeándola con sus brazos. Raquel apoyó la cabeza en su hombro. Así quedaron los cuatro niños un durante largo rato.

La puerta se abrió y Flor entró seguida del padre Tomás, los dos blancos como fantasmas. Se acercaron lentamente al sofá sobre el cual estaban los niños. Flor se sentó al lado de ellos y comenzó a llorar.

\*\*\*

Los negros vestidos que Raquel y Rosa habían llevado en el velorio de abuelo Mateo, hacía ya un año, eran ya pequeños para ellas. Matilde les trajo otros vestidos negros, que escocían tanto como los anteriores.

Por segunda vez, ellas estaban en la iglesia. Ante ellas estaba el ataúd con el retrato de mami sobre él, rodeado de flores. Los vecinos se acercaban a ellas, murmurando palabras que no tenían sentido para ellas. —¡Ella está ahora, en el cielo, junto a abuelo y a los ángeles! ¡Velará por ustedes desde allá!

—¿Dónde está papi? —preguntaba Raquel, y todos movían la cabeza con pena.

Mami estaba dentro de la nueva tumba, entre abuelo y abuela, que había fallecido hacía ya muchos años.

Después, en casa de tía Flor, que se había llenado de vecinos que llegaban con las manos llenas de cacerolas, llegaron a sus oídos trozos de conversaciones:

—¡Eran una pareja tan enamorada! ¡Él no fue nunca violento! ¿Qué le pasó? ¡Lo que hacen los celos! ¡Dicen que había un soldado que todo el tiempo estaba con ella, no sabemos quién!

—¡Resulta que él bebía! Los soldados que vinieron a su casa a investigar descubrieron un montón de botellas vacías.

Raquel quería decir a gritos que su padre nunca bebía y siempre decía que el alcohol era el gran enemigo de los futbolistas. Y papi nunca le habría hecho daño a mami. Pero nadie la escuchaba.

—¿Y dónde está? ¡La policía lo está buscando! ¡Hay barreras por todos lados! ¡No llegará lejos!

—¡Me estremezco al pensar que este monstruo entrenaba a mi hijo!

—Padre Tomás, ¿por qué todos dicen que papi es un monstruo?, preguntó después que todos ya se habían retirado.

Él suspiró y trató de evadirse, pero ella insistió. Al final, el padre Tomás la sentó sobre su regazo y le dijo, tratando de suavizar sus palabras, que los soldados habían investigado el caso y llegaron a la conclusión de que su padre, embriagado, había matado a su madre con un disparo de un revólver que nadie sabía que él poseía.

En ese momento, un soldado golpeó la puerta, informándoles que la motocicleta de Rodolfo Rubio había sido encontrada enterrada a medias en la arena del desierto. Tal vez alguien le había

ayudado a cruzar la frontera y estaba ya jugando en el extranjero bajo un falso nombre.

Raquel no podía creerlo. Papi nunca las abandonaría a Rosa y a ella.

\*\*\*

En las noches, Flor les extendía un colchón en el suelo de la habitación de sus hijos, disculpándose por no tener otra cama. Mas Rafaela y Paco se entusiasmaron con la novedad de dormir en el suelo y se escurrían para yacer sobre el colchón junto a las dos hermanas.

Siempre emanaban de la vivienda de tía Flor olores deliciosos de comida, que ella cocinaba con los productos que mami le llevaba de su huerto. Pero mami ya no estaba y en los últimos días la cazuela estaba muy aguada; solo había en ella zanahorias, pimentones, choclo y una pequeña porción de pescado y durante la noche Rosa lloraba de hambre. Al día siguiente, tía Flor llevó a los cuatro niños a la cocina de caridad del padre Tomás. La cena era insulsa, pero por lo menos volvieron a casa con el estómago lleno.

Una noche, Raquel despertó sobresaltada, sin encontrar a Rosa a su lado sobre el colchón. Sus manitas tentaron la oscuridad hasta encontrar la pierrecita de su hermana, que había rodado en su sueño y estaba acostada sobre el frío suelo. Raquel ajustó la frazada alrededor de ella. Rosa abrió los ojos.

—Raquelita, ya no me acuerdo del rostro de mami. ¿Tú crees que ella nos ve desde el cielo?

Pero Raquel sabía que ella nunca podría olvidar el cuerpo sin vida de mami.

—¡Sí, por supuesto! —le contestó.

Rosa volvió a dormirse, pero Raquel ya no podía conciliar el sueño. Escuchó voces que provenían de la otra habitación.

—¡Padre, eso no está bien! ¡Yo prometí a María-Inés! —sollozaba tía Flor. —¡Me hizo jurar que cumpliría su voluntad! Ya he hablado con ellas, ¡y están dispuestas a recibir las de todo corazón! ¡María-Inés incluso escribió a un abogado dándoles poderes!

—¡No, Flor, ellas no son un buen ejemplo para las niñas! ¡Es preferible que vayan al convento, se criarán como buenas cristianas! —oyó la voz categórica del padre Tomás.

Al amanecer, Raquel se levantó, tratando de no hacer ningún ruido. Tía Flor siempre madrugaba y Raquel deseaba ayudar. Tal vez, si le es útil, tía Flor no permitirá que las lleven de su casa.

Decidió barrer la vivienda. Pero la escoba se encontraba en las profundidades de la alacena y en sus esfuerzos por sacarla de allí volcó con ruido el balde.

—¡Raquelita, no hay necesidad de que barras! —exclamó tía Flor, entrando a la cocina. La expresión de su rostro era seria, pero sin mostrar enojo, sino una tristeza sin fin. Tomó a Raquel y a Rosa y las sentó en su regazo.

Con voz que trataba de sonar alegre, les contó que hoy era un gran día. Una señora muy simpática que se llama Sor Jacinta vendrá a buscarlas para llevarlas a un lugar muy grande en el cual hay muchas niñas y las monjas las cuidarán muy bien.

Raquel sentía lo forzada que era su alegría. Rosa se aferró a su vestido. —¡Tía, tía! —lloraba. —¿Por qué no podemos quedarnos aquí, contigo? ¿Hemos hecho algo malo?

—¡Que Dios me perdone! —murmuró Flor. —¡No tengo suficiente comida! ¡No sé qué hacer! —Raquel sabía que tío Luis desperdiciaba todo el dinero en carreras de caballos, y tía Flor planchaba ropas de gente ajena para poder alimentar a sus hijos.

Enojada, Rosa se dirigió a su hermana: —¡Todo por culpa tuya! ¡Tenías que hacer ese ruido con el balde! ¡Y ahora ella no nos quiere!

Raquel no contestó, solo abrazó a Flor para demostrarle que comprendía. —¡No te preocupes, tía! —le dijo con voz seria. —¡Yo cuidaré a Rosa! ¡Estaremos siempre juntas!

\*\*\*

Sor Jacinta vestía una falda hasta las rodillas y una blusa corriente. Un pañuelo blanco le cubría la cabeza. No parecía una monja y tampoco era simpática, y Raquel comenzó a sospechar que los adultos mienten, a pesar de los sermones de padre Tomás en la iglesia sobre el pecado de la mentira.

Sin sonreír, Sor Jacinta tomó el pequeño bulto que Flor le había preparado, que contenía ropas del almacén de caridad de la iglesia. Los soldados no le permitieron entrar a casa de las niñas a sacar de allí la ropa de ellas.

Sor Jacinta las apresuró a irse para no perder el autobús.

—¡No me voy contigo! —chilló Rosa a todo pulmón, pateando y aferrando con toda fuerza su muñeca. Sor Jacinta comenzó a arrastrarla a la fuerza.

—¡Yo la llevaré! ¡Ella me obedece a mí! —dijo Raquel. Depositó en manos de Rosa la muñequita rosada, que se había caído en la lucha con la monja. —Rosa, no importa dónde, siempre estaremos juntas.

—¡Un momento, hermana! —exclamó Flor. Depositó en manos de Raquel una fotografía en colores, en la cual se veía a mami, sentada a la puerta de su casa, con Raquel y Rosa a su lado, las tres jugando con sus muñequitas. —¡Tomen esa foto, queridas!

Flor quedó inmóvil en el umbral de su casa, viendo cómo Raquel y Rosa, las hijas de María-Inés, su más amada amiga, se iban alejando hasta desaparecer de su vista. —Te he decepcionado, María-Inés —dijo silenciosamente. —No he luchado por ellas como debía. Pero no he tenido fuerzas para oponerme a la voluntad del padre Tomás. Y ahora no sé qué hacer, cómo continuar con mi vida.

Entonces escuchó por primera vez la voz de María-Inés, su amiga muerta, hablándole desde dentro de sí misma.

—Yo te ayudaré, Flor. Estaré aquí para ti, como tú has estado para mis hijas.

Flor ya no tenía más lágrimas. Solo podía murmurar: —María-Inés, tú ya sabes que es demasiado tarde para mí y para Luis. Él está más allá de toda ayuda.

\*\*\*

Todo había comenzado años antes, desde el principio mismo de su matrimonio. Para ayudar a su nueva esposa a sobreponer la pérdida de su padre, Luis llevó a Flor a un balneario al lado del mar. Al lado de la pequeña pensión en la cual se alojaban había un gran hotel con un casino.

Una noche, vestidos con sus mejores ropas, se sentaron en la mesa de la ruleta. Luis descubrió que el tacto de las pequeñas fichas del juego le producía corrientes de pasión casi sexuales. Las puso todas en el rojo, el color del vestido de Flor, y contempló hipnotizado cómo la rueda daba vueltas y más vueltas, que se volvían más lentas hasta que se detuvo frente al rojo. Con la suma de sus ganancias se regalaron con una lujosa cena.

Flor declaró que le bastaba con una vez. Pero Luis cayó en la costumbre de volver al casino después de que su esposa se había dormido. Y al regresar a Likanantai empezó a apostar a las carreras de caballos.

—Flor, mi princesa, no vamos a vivir siempre en esta choza. ¡Seremos ricos! ¡Este caballo, *Esperanza*, nos sacará de aquí! —Y le prometió. —Te daré el cielo y las estrellas. —Flor no necesitaba cielo o estrellas. Mientras Luis y ella estuvieran juntos, cualquier lugar le parecía bien.

Pero la cantidad de dinero que él apostó no era grande y ella se dejó llevar por su entusiasmo.

Los dos escucharon la transmisión de la carrera por la radio, un pasatiempo inocente después de la dura semana de trabajo de Luis como mecánico en el taller de reparaciones de vehículos de la mina.

*Esperanza* ganó y ellos se revolcaron por el lecho, llenos de pasión. Así se creó su hija, Rafaela.

Pero cantidades pequeñas producen ganancias pequeñas, así que la siguiente vez Luis redobló la cantidad de la apuesta.

—¡Flor, estoy seguro que han drogado a este caballo! ¡No es posible de otra manera que haya llegado último! ¡Pero no te preocupes, la próxima semana tengo una apuesta segura! ¡Pondré diez veces más en ella!

Mas Flor se preocupaba por el dinero que faltaba para los gastos de casa. Trató de hablar con su marido, pero él rechazaba sus razones. —¡Mujer, lo hago por ti y por la niña! —decía. Rafaela, que era una exacta copia de su madre, había conquistado su corazón. —¡Esta semana apuesto por el caballo llamado *Rafael*! ¡Por ti, mi niña! —Después que *Rafael* llegó último, Luis vio la expresión en el rostro de su esposa y salió dando un portazo. Esa noche no regresó a casa.

Él ya apostaba la mitad de su salario. En las contadas ocasiones en las cuales ganaba, volvía a ser el joven encantador y generoso que había conquistado a todo Likanantai, e invitaba a todos a beber al bar. En una de esas ocasiones llegó a casa y envolvió a Flor con su pasión. Esa noche crearon a Francisco, o Paco.

Pero ya todo su salario iba hacia Guillermo, el agente de las apuestas, y comenzaron a llegar cartas demandando pagos.

Flor estaba desesperada, mas insistía en no contarle a nadie su situación. Patricia, su madre, había abandonado Likanantai después de enviudar y volvió a su pueblo natal, donde trabajaba en una panadería. Flor sabía que su madre nunca aprobó del todo a Luis, y su orgullo le impidió demostrarle cuánta razón tenía.

Trató de esconder su zozobra incluso a su mejor amiga, María-Inés, que había vuelto del fundo el día de sus nupcias. Pero todo el pueblo ya sabía de la adicción de su marido y Flor se vio en más de una ocasión obligada a acallar su orgullo y recibir sus ofertas de ayuda.

El padre Tomás vino en su ayuda. —Flor —le dijo—. La lavandería en el barrio de los administradores ha cerrado. —El personal de las oficinas, a diferencia de los obreros de la mina, residía en un barrio nuevo en las afueras de Costa Marrón.

—Todos tienen ya máquinas de lavar. —continuó. —Pero a nadie le gusta planchar. Podrás tener todo el trabajo de planchado que quieras.

Al descubrir Luis el trabajo de su esposa, ardió en su pecho la rabia. —¡Me avergüenzas! —le gritó. —¿Cómo me hacer parecer?. —Ella trató de hablar de forma racional, de explicarle que necesitaban ropa y zapatos para los niños, cuadernos para la escuela. No todo se podía conseguir

en la tienda del Ejército de Salvación. Al escuchar que su esposa se dirigía a ese lugar de caridad, Luis, que nunca había sido violento, sufrió un ataque de ira, tomó las pilas de camisas planchadas y dobladas a la perfección y las arrojó al suelo, y después de mirar a su esposa, vestida con un gastado vestido de casa y con raídas zapatillas, salió con un gesto de repugnancia.

Flor levantó las camisas y las volvió a planchar con infinita paciencia. Los pedidos de planchar le llovían y ella gozaba con la sensación de independencia que le producían, pero el dinero que ganaba no alcanzaba a cubrir las deudas en las que Luis había incurrido.

Al pasar una semana, Luis entró a casa radiante, portando grandes paquetes envueltos en cintas multicolores.

—¿No tenías fe en mí, mujer? ¡Dale un poco de honor a tu hombre! ¡Mi caballo ha ganado!

Los paquetes contenían un caro vestido para Rafaelita y un sofisticado tren eléctrico para Paco. Luis anudó al cuello de Flor una cadena de oro con una hermosa cruz de piedrecitas.

—¿Luis, necesitamos el dinero! ¡Doña Sara ya no puede vendernos a crédito! ¿Cuánto ha quedado de la ganancia? —preguntó. Pero la expresión de su rostro le dijo todo.

—¿No puedes alegrarte por mí? ¿Qué hay contigo, mujer? ¡No tengo un momento de paz en esta casa! —bramó, y salió.

El vestido de Rafaelita se ensució y se rompió de inmediato. De todas maneras, Flor no contaba con dinero para comprarle zapatos elegantes que hicieran juego. Y en las inexpertas manitos de Paco, que contaba cuatro años, el tren eléctrico dejó de funcionar enseguida.

Luis ya no volvía a casa durante semanas enteras. Los rumores contaban de otras mujeres que lo recibían con gusto en sus camas. A Flor ya no le importaba. El hombre que ella había desposado, que le prometió el cielo y las estrellas, ya no existía.

\*\*\*

### 3

Un desconocido, vestido con un lujo impecable, llamó a la puerta de Flor unos días después de que Sor Jacinta se había llevado a Raquel y a Rosa.

—Señora, por favor, comuníqueme a su marido que Guillermo espera recibir el pago de la deuda hasta el fin de semana. —dijo con calma, sacándose cortésmente el sombrero. Antes de dar la vuelta para partir de allí, agregó, como si se le hubiera ocurrido solo entonces. —He visto a sus hijos. ¿Rafaela y Paco, verdad? Lindos niños.

Flor se encaminó al garaje de la mina, en el que Luis era uno de los mecánicos, y pidió hablar con él. Por supuesto, no estaba. Sus compañeros de trabajo intentaron inventar excusas, pero ellos sabían que ella sabía. Les pidió comunicarle que pasara por casa, que algo muy importante había surgido.

Al cabo de unas horas él se presentó ante ella. No lo había visto desde el velorio de María-Inés y por primera vez pudo ver los estragos que su enfermedad había hecho en él. Por un momento sintió un impulso de dejar su planchado y ofrecerle su mano, abrirle su corazón. Mas escuchó dentro de sí la voz de María-Inés: —No, Flor, no es el momento de compasión hacia él. Piensa en tus hijos.

Ella le habló con tranquilidad. Pero él fue preso de la locura. Su frustración lo volvió contra ella y le gritó, sin ninguna lógica: —¡Estúpida, has puesto a mis hijos en peligro! ¡Ni siquiera eres capaz de cuidarlos! ¡Solo te importa tu maldito planchado!".

Y por primera vez desde su matrimonio, Luis levantó su mano para golpearla. Flor sintió cómo María-Inés la guiaba y levantó su propia mano para evitar el puño cerrado que se acercaba a su rostro. Pero su mano aún sostenía la plancha caliente. Se oyó un ruido parecido a un silbido y la casa se llenó a olor a carne chamuscada.

Luis contempló incrédulo su brazo, en el cual se veía la marca roja en forma de triángulo y a carne viva que había dejado la plancha desde el codo a la muñeca. Y cayó al suelo desmayado.

Llegó la hora de actuar, oyó Flor decir a la voz de María-Inés.

\*\*\*

Cuando don Manuel, el gerente de la mina, llegó al trabajo al día siguiente, encontró a la puerta de su oficina a la mujer de Luis el mecánico, que también le planchaba sus camisas.

—Mi señora te dará las camisas en la casa. —le dijo—. ¿Cuándo volverá Luis al trabajo?—. Luis había sido trasladado al hospital para tratarle una grave quemadura que, contó, había sufrido en un accidente casero. Todos fingían creerle. Luis era muy querido por todos sus compañeros por su buen carácter y su alegría. A nadie se le ocurría compadecerse de su mujer y de sus hijos.

—No sé, don Manuel. —respondió Flor. —Pero vengo por un asunto diferente.

—¿Qué quieres? —le preguntó con impaciencia.

Con voz que temblaba, Flor le transmitió su pedido.

Don Manuel la miró como si fuera una criatura espacial.

—Mujer, ¿te has vuelto loca? ¿Quieres que te entreguemos a ti el salario de tu marido? ¡Él

trabaja en la mina, no tú!

—Don Manuel, mi marido desperdicia hasta el último centavo en las carreras de caballos. No nos queda nada. Y Guillermo ha mandado alguien a amenazar a mis hijos.

Su expresión se suavizó un tanto, pero porfió.

—Lo siento, mujer, esa no es nuestra costumbre. Luis gana muy bien, habla con él. —Entró a su oficina y cerró la puerta.

Derrotada, Flor rehízo el camino de vuelta a casa. Al entrar, sus ojos se posaron en la gran olla de metal que reposaba, vacía, sobre la mesa. La noche anterior había cocinado a Rafaela y a Paco una cazuela con los últimos comestibles que había en la despensa. Y dentro de unas horas ellos volverían. Su único recurso era la caridad.

Sin darse cuenta de qué hacía, levantó la tapa de la olla y la descargó con fuerza sobre ella. La olla emitió un sonido agudo y metálico que vibraba. La golpeó con la tapa una y otra vez, y con cada golpe sintió que su desesperación disminuía.

Levantó la pesada olla y salió de la casa, golpeándola sin cesar con la tapa. Sus piernas, como si tuvieran vida propia, la encaminaron hacia la oficina de la cual acababa de llegar.

Berta, su vecina, salió a su encuentro al oír los repiqueos.

—¿A dónde vas, Flor?

—A la oficina de la mina. —respondió sin detenerse.

Sin pensarlo dos veces, Berta cogió una sartén y un cucharón y se unió a ella, tratando de adaptarse a su ritmo. Cuando llegaron a la oficina, ya se les habían sumado otras tres mujeres, cada una de ellas con sus propios instrumentos.

Flor se instaló, junto con sus amigas, en medio del camino. Se sentaron sobre la tierra apisonada frente a la entrada de la oficina y continuaron con su desorganizada orquesta. Cada vez se les unían más mujeres, algunas de ellas con sus niños pequeños, que golpeaban sus juguetes. En poco tiempo, su número ya subía a veinte. Ninguna de ellas preguntó el motivo de la manifestación.

María-Inés susurró al oído de Flor: —Hazte oír.

Flor se levantó y, sobre el estruendo, en el aire del desierto, sonó su cristalina voz: —¡Don Manuel, mis hijos tienen hambre! ¡Don Manuel, mis niños tienen hambre!

Don Manuel palideció. Esta desvergonzada mujer arrastró a otras para perturbar su trabajo. Teresa, su secretaria, lo calmó: —¡No se preocupe, don Manuel, ya se cansarán y se irán!".

Teresa tenía razón. Al cesar la novedad, la mayoría de las mujeres se retiraron. Pero Flor seguía allí. Le dolía la espalda, ella ya no sentía los brazos y los hombros y sus pies se llenaron de ampollas sangrantes. La cabeza amenazaba estallar por el ruido y el hambre y la sed la enloquecían.

Teresa salió a su encuentro con un vaso de limonada fría. —¡Ya puedes irte, el jefe salió por la puerta trasera! —le dijo.

Al llegar a casa, don Manuel le contó a doña Sonia, su esposa, sobre la maldita planchadora que había arruinado su día. Para su gran sorpresa, doña Sonia no reaccionó como él esperaba. A diferencia de su marido, ella estaba enterada de todo lo que sucedía en el pueblo. —Ella tiene razón, Manuel. Su situación es terrible. Quién sabe, tal vez la herida de Luis es obra de Guillermo.

Flor volvió a su casa con pasos cansinos, arrastrando sus doloridos pies. Depositó sobre la mesa la olla que ya estaba abollada. Rafaela y Paco estaban por volver de la escuela y ella ya no

tenía con qué alimentarlos. No se sentía capaz de pasar otra vez la humillación de ir a la cocina de caridad.

Se oyó un golpe a la puerta. Era Berta, portando una gran bandeja. —Flor, acabo de hacer empanadas. ¡Toma para la cena! —y se fue. Antes de que Flor alcanzara a reaccionar aparecieron Soledad con humitas, Anita con una cazuela llena de exquisiteces y Rosita con una torta fresca. La vivienda se llenó de apetitosos olores.

Durante toda la noche, las líneas telefónicas de Likanantai estuvieron ocupadas. Sin proponérselo, Flor se convirtió en una heroína.

A la mañana siguiente, Flor consiguió a duras penas salir de la cama y preparar a los niños para la escuela. Ansiaba con todo su ser arrastrarse de vuelta al lecho, cerrar los ojos y dar reposo a su dolorido cuerpo. Pero escuchó voces que venían de afuera.

—¡Flor, te estamos esperando!

Miró por la ventana y para su gran sorpresa vio a un centenar de mujeres, parte de las cuales ni conocía, paradas frente a su casa con una variedad de instrumentos de cocina.

Flor olvidó al instante su dolor y su cansancio, se enderezó y salió hacia la oficina a la cabeza de la procesión. Sentía los pies ligeros, como si tuviera alas. Durante el camino compuso una nueva rima: —¡Los niños tienen derecho a vivir! ¡Los niños tienen derecho a vivir!

Don Manuel aparcó su auto lejos de la oficina y se escurrió dentro por la puerta trasera. Pero era imposible trabajar. Los oficinistas reclamaban por el ruido, que solo incrementaba. Tras cada manifestadora que se retiraba llegaba otra, y hasta la hora del almuerzo su número ya contaba con doscientas, que cantaban juntas: —¡Los niños tienen derecho a vivir!".

Don Manuel dio orden a Juan, uno de los oficinistas, de salir a dispersar a las mujeres, pero el pobre, viendo a su mujer entre las manifestantes, huyó a refugiarse en la oficina.

A la hora del almuerzo llegó doña Sara, cuyo almacén de comestibles se había convertido en un pequeño supermercado, con una carreta llena de empanadas como su contribución a la lucha. Ella no tenía ni idea de su propósito, pero pensaba con lógica que si la condición de los obreros mejoraba, ella haría mejores negocios.

Doña Sonia reforzó el bufet con unos sándwiches que encargó a un restaurante de Costa Marrón, ordenando llevarle la cuenta a don Manuel, gerente de la mina.

Al final de la jornada, algunos de los mineros, llenos de admiración hacia sus mujeres que luchaban por ellos, se unieron a la manifestación, golpeando con sus pesadas herramientas de trabajo. Teresa le sirvió limonada a todo el mundo, a cuenta de la gerencia de la mina.

Al tercer día ya había unas quinientas mujeres y el trabajo de la oficina, así como las comunicaciones con la mina, quedaron completamente interrumpidos. Desesperado, don Manuel telefoneó al cuartel de policía de Costa Marrón. El carabinero encargado del teléfono no consiguió comprender sus palabras por el bullicio, mas decidieron mandar una patrulla a investigar. Los policías encontraron un montón de mujeres sentadas al borde del camino, comiendo empanadas, y no pudieron resistir cuando ellas les ofrecieron servirse.

Al cuarto día se unieron a las demostradoras unos jóvenes con sus guitarras. Los mineros trajeron herramientas de cobre para reemplazar los instrumentos de cocina abollados. Don Manuel se atrincheraba en su oficina, tragando píldoras de distintos colores y maldiciendo a la planchadora, que por su culpa ni siquiera tenía camisas planchadas, sin comprender cómo había llegado a esa situación.

La noticia se propagó y el ejército se alertó. Tal vez era esa una manifestación política, que estaba prohibida en todo el país. Pero cuando el oficial a mando de las fuerzas apostadas en Costa Marrón escuchó que se trataba solo de unas mujeres que golpean ollas, decidió no molestarse por ellas.

Al quinto día llegaron los representantes del diario, la radio y la televisión. Pero era imposible entrevistar a nadie por el bullicio. Berta se acercó a un periodista, lo agarró del brazo y vociferó, indicando a Flor: —¡Ella es nuestra heroína! ¡Ella nos llevará hasta la victoria! —No les dijo cuál era la victoria deseada. Nadie lo sabía.

Toda la atención se concentró en Flor, erguida a la cabeza de la manifestación, ajena a todos, gritando a todo pulmón con la voz ya enronquecida: —¡Los niños tienen derecho a vivir! —y golpeando rítmicamente una olla que ya había perdido por completo su forma.

Los periodistas persiguieron a don Manuel mientras huía de allí por la puerta trasera. En casa lo esperaba doña Sonia. —¡Manuel, dale a esa pobre mujer lo que ella te pide!

No había nadie en el mundo a quien don Manuel temía más que a su esposa. Y al ver su propia imagen en el noticiero de la noche, vestido con una arrugada camisa y huyendo de la mina como un ladrón, se estremeció.

Esa misma noche recibió una llamada telefónica de los dueños de la mina, exigiendo poner término a la situación. Ellos demandaban producción y tranquilidad.

Don Manuel se recostó sobre el cómodo sofá de su salón. Cuánto añoraba la suavidad de sus camisas. Esa mujer vertía toda su alma en el planchado de ellas. ¿Qué espíritu del diablo había entrado en ella? ¿Por qué le había arruinado su vida?

Trató de reconstruir la conversación que había tenido con ella a principios de esa espantosa semana. Ya no podía comprender la razón de su porfiada negativa a su pedido. Se dio cuenta de que solo la inercia lo llevaba a continuar su negativa.

Esa noche, por primera vez en toda la semana, don Manuel pudo conciliar el sueño sin necesidad de píldoras. A la mañana siguiente, doña Sonia se despidió de él con un beso. —¡Hoy demostrarás que eres un verdadero líder!

Vestido con una camisa que doña Sonia le había planchado con más amor que destreza, se encaminó hacia la oficina, llegando a ella por la puerta principal. Se abrió camino entre las manifestantes, que su número ya contaba casi mil, parte de ellas sin ninguna relación con la mina.

Todas le abrieron paso hasta que llegó al lugar en el cual se encontraba Flor, golpeando un instrumento que ya no se podía reconocer. Le ofreció su brazo, y juntos subieron por las escalinatas hasta la entrada de la oficina. Allí, los dos se volvieron, enfrentando al público, Flor una cabeza más alta que él.

Mil pares de ojos se alzaron hacia ellos. Don Manuel alzó los brazos. En el silencio que se hizo de pronto, se oyó, nítida, su voz:

—¡La administración de la mina ha decidido responder afirmativamente a la petición de la señora Flor de Ribera!

De inmediato se oyeron voces de: —¡Bravo, Flor es nuestra reina, bravo, Flor es nuestra reina! —Don Manuel continuó al callar las voces: —A partir del día de hoy, el salario de Luis Ribera se le pagará directamente a su legítima esposa, doña Flor de Ribera. —Y se introdujo a la oficina, cerrando la puerta tras de él.

Las miles de mujeres que llenaban cada rincón de la calle quedaron como paralizadas. De

pronto se oyó un golpe metálico, seguido de otro y otro más. En unos segundos, las mil manifestantes reanudaron su música. Pero ahora, las palabras de la canción habían cambiado.

—¡Muerte a Flor! —cantaban a coro. —¡Muerte a Flor!

\*\*\*

Flor estaba sola en la calle. Todo el espacio estaba lleno de ollas, sartenes, cucharas y demás utensilios de cocina que habían sido arrojados allí con furia por las demás manifestantes al retirarse, cansadas de gritar insultos a su ex líder. Había también envolturas de comida y vasos de papel vacíos.

La puerta de la oficina se abrió y Teresa, la secretaria de don Manuel, salió a su encuentro. — Flor, hay algo que debo comunicarte —le dijo con voz distante y profesional. Al terminar su comunicación, agregó: —¡Lo siento, Flor! —y regresó a la oficina.

Flor permaneció allí un largo momento, parada sobre sus dolorosos pies. Lentamente, sin pensar qué hacía, levantó la pesada olla que había sido su compañera durante toda esa semana. Avanzó hacia el centro de la calle, abrió las manos y dejó caer la olla, que el calor del sol la había calentado hasta que quemaba sus manos.

Echó hacia atrás su pierna y de un inmenso puntapié lanzó la olla lo más lejos posible. La olla tropezó con una sartén que yacía allí. Flor se acercó y las pateó a ambas.

Continuó pateando ollas, y con cada puntapié un grito de rabia se escapaba de lo más profundo de su ser. Al final, al cabo de sus fuerzas, se sentó en la primera escalinata de la oficina. Las palabras de Teresa le retumbaban en sus oídos: —Salario congelado por las deudas y la devolución de préstamos. —Esa era su vacía victoria.

—Vuelve a casa, Flor —escuchó la voz de su amiga dentro de su cuerpo. —Ya no me quedan fuerzas, María-Inés —rogó. —Déjame en paz.

Al entrar a casa, vio a Luis empacando sus pocas pertenencias. Flor, instintivamente, retrocedió, mirando su brazo vendado.

—No he venido a hacerte daño, Flor. —le dijo él. Ella no pudo menos de notar que su voz, como todo su aspecto, había cambiado. Estaba pálido, lleno de polvo. Toda su vitalidad había desaparecido. Era como si ya hubiera abandonado el reino de los vivos. —Me voy, Flor. Tú y los niños estarán mejor sin mí. —En la puerta de la casa, se volvió. —Lo siento, Flor.

Ella todavía estaba sedienta de su contacto, ansiaba sentir el cuerpo de él sobre el suyo. Pero él partió sin tocarla.

Sintió unos golpes a la puerta. —Tal vez es Luis, pidiendo quedarse con nosotras —pensó con esperanza. Pero no era Luis.

En el umbral de la casa estaba Berta, su amiga, la primera que se unió a su protesta. Las palabras de bienvenida murieron en sus labios al ver su rostro, rojo de furia y de odio.

—¡Solo te preocupaste por ti! —le espetó. —¡Le prometí a Gordo que le conseguiría un gran aumento de sueldo! ¡Ahora está tan enojado que ya no quiere trabajar más!

Gordo, su marido, era el chofer encargado de llevar desde Costa Marrón a la mina el almuerzo de los obreros.

—¡Toma tu manifestación! —concluyó Berta, arrojando su sartén a los pies de Flor y escupiendo a la tierra. La sartén le golpeó un tobillo. La última palabra que escuchó de boca de su amiga al darle vuelta la espalda y alejarse, fue: —¡Bruja!"

Todavía no se había repuesto de la amarga sorpresa, cuando vio a Soledad acercarse a su casa, repitiendo el insulto: —¡Bruja! —y arrojándole una sartén. —¡Pedro compró un montón de cosas a cuenta del aumento! ¡Ahora ni siquiera recibirá almuerzo! ¡Todo por tu culpa!

Matilde agregó al insulto otra palabra. Y la frase: '¡La bruja de la sartén!' retumbó una y otra vez en los oídos de Flor, al seguir llegando a su umbral vecinas, arrojándole los distintos utensilios de cocina que habían servido en la manifestación.

Al volver de la escuela, Rafaela encontró a su madre plantada, como paralizada, fuera de su puerta, entre cientos de utensilios de cocina metálicos y abollados. La arrastró dentro y cerró la puerta. Pero seguían llegando las furibundas vecinas, y los utensilios golpeaban la cerrada puerta. Flor y sus hijos se acurrucaron, aterrados, en un rincón de la casa.

Solo al cesar los golpes se atrevió a entreabrir la puerta. Los utensilios ya formaban una pirámide que les llegaba a la altura de los hombros, y entre ellos había montones de basura que les habían arrojado.

—¡Que ridículo es esto! —oyó Flor nuevamente decir a la voz de María-Inés.

—¡Cállate, María-Inés, tú eres la que me ha puesto en esta situación! —le respondió, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Mamá, te has vuelto loca? ¿Por qué hablas con la madre de Raquel? —se asustó Paco.

—Tranquilízalos. —le ordenó María-Inés. Y Flor, haciendo acopio de todas las fuerzas que aún tenía, tomó junto con los niños, como si fuera un juego, todas las ollas y sartenes. Las arreglaron en un ordenado montón y limpiaron toda la basura. Y el día terminó entre risas.

Pero al día siguiente, Rafaela volvió llorando de la escuela. —¡Mamá, todos me gritaron que soy la hija de la bruja de la sartén! ¡No comprendo! No hemos hecho ningún daño a nadie.

—Rafaelita, a veces la gente no sabe por qué se comporta así. Dales tiempo, y volverán a ser tus amigos. —trató de consolar a su hija. El corazón le dolía por ella, que debía soportar tales humillaciones por causa de ella. Mas una preocupación mayor la llenaba. No sabía cómo iba a alimentar a sus hijos. Los manjares que sus vecinas le trajeron durante los días de la manifestación se habían terminado. Ella no tenía en todo el pueblo a quién dirigirse en busca de ayuda. Y desde la quemadura que le produjo a Luis, se sentía incapaz de tomar una plancha en sus manos.

Sus ojos se posaron en el montón de ollas que le llenaban la casa.

—¡Flor, esa es una señal del cielo! —escuchó nuevamente la voz de su amiga. —Anda con doña Sara. —le ordenó.

—No puedo, María-Inés. ¡Mi deuda con ella es inmensa y no tengo con qué pagarle!

—Ve a ella. —insistió la voz que salía de su propio cuerpo. Y Flor ya sabía que era inútil contrariarla. Tomó aliento y se dirigió a la plaza.

A llegar, doña Sara le interceptó el paso. —No entres, Flor. El negocio está lleno de mujeres furiosas. No sé qué harán si te ven.

—No le pedí a nadie que se uniera a mí. No podía saber qué querían ellas. —le respondió. Pero al ver a Berta entre ellas, una idea la iluminó.

—Sara, he venido a ofrecerte algo. Yo sé hornear. Gordo ya no trabaja de chofer, y no tienen cómo traer el almuerzo de Costa Marrón. Si me das los ingredientes, yo hornearé empanadas en tu cocina y nos repartiremos las ganancias. Cuento con un montón de utensilios de cocina. —agregó con un dejo de humor.

—No sé, Flor. Las vecinas no querrán entrar si te ven a ti. —le respondió, indecisa.

—Vendré en la noche.

Emilio, el marido de doña Sara, se les unió. Al enterarse de la oferta, se le iluminaron los ojos. Él ya había probado las empanadas de Flor.

—Hagamos la prueba, Sara. Llamaré a la oficina. —Al volver, informó que en la mina le habían encargado quinientas cincuenta empanadas a muy buen precio.

Después de acostar a los niños, Flor se encaminó al supermercado, que contaba con un pequeño café. Durante diez horas trabajó de pie, sin descanso, invirtiendo su alma en la preparación de la masa y del relleno de carne picada, cebolla, aceitunas, pasas y huevo duro. Se esmeró en cerrar bien cada una. El horno de Sara era tan pequeño que hubo de hornearlas por turnos.

A las siete de la mañana, una hora antes de que Emilio viniera a llevarlas a la mina, enderezó definitivamente su dolorida espalda y contempló las doradas empanadas que olían deliciosamente.

—¡Lo has conseguido, Flor! —le dijo María-Inés. —¡Debes estar orgullosa de ti!

Pero en ese momento de victoria ocurrió la catástrofe. Flor no encontraba la llave de su casa, que al comenzar su tarea había depositado sobre la mesa al lado suyo.

Con creciente terror buscó por todos los rincones, hasta que se vio obligada a reconocer la pavorosa verdad: su llave estaba dentro de una de las empanadas. No había manera de saber en cuál de ellas, por lo tanto todas quedaron inservibles.

Ese fue el momento en el cual Flor se rindió a la desesperación. Con sus propias manos había destruido su último recurso, y perjudicó a Sara y Emilio, los únicos que le habían tendido una mano. Flor sintió deseos de acabar con su vida.

—María-Inés, me rindo. ¡Ya no puedo más! —gritó al cielo.

—¡Flor, levanta los ojos! —le ordenó María-Inés. —¿No lo ves?—. Y Flor lo vio.

Al sentir los insistentes golpes a su puerta, Jorge, el dueño de la herrería que estaba frente al supermercado, la abrió. Su negra cabellera en desorden y su barba incipiente, junto con sus ojos enrojecidos, declaraban que lo habían sacado de un profundo sueño. Al principio su mente, todavía confusa, no lograba comprender las palabras de la mujer, dichas entre sollozos. Pero al entender, estalló en ruidosas carcajadas.

Se apresuró a abrir su herrería y traer el más potente de los imanes. Y efectivamente, la llave se encontró dentro de la empanada número cuatrocientas setenta y dos.

\*\*\*

Flor estaba acostada en su lecho, sin poder mover un músculo de su cuerpo. Ya comienzan otra vez, pensó al oír los fuertes golpes a su puerta. Pero se levantó a abrir. Tal vez hoy sus vecinas la escucharían con sentido.

A la puerta se encontraba un radiante don Emilio.

—Flor, ¡nos comunicaron de la mina que jamás habían probado algo tan delicioso! Pero faltaba una empanada. Para mañana quieren mil de ellas y quinientos pasteles de choclo, ¡y además una cazuela de merluza!

Ese fue el momento en el cual Flor pidió, por primera vez en su vida, algo para ella. Suplicó al cielo recibir el horno más grande y más perfecto que hubiera en el mundo. Pero antes que todo ella necesitaba ayuda, para así ayudar a otros. Y con una canción en el corazón se dirigió a casa de su vecina Berta.

Un año más tarde, la oficina de la mina fue trasladada a su nueva sede en las afueras de Costa Marrón. En la antigua oficina de Likanantai se abrió un restaurante que fue un gran éxito desde el comienzo. Las mesas y las sillas, bajo toldos multicolores, llenaban la calle en la cual Flor y sus amigas habían golpeado ollas y sartenes. Pero ahora el ruido de los utensilios metálicos venía acompañado de succulentos olores. A la entrada del restaurante estaba colgado un gran letrero de cobre, y las letras que lo adornaban estaban hechas de distintos metales fundidos juntos, trabajo de Jorge el herrero, que era además un artista en metal.

Las palabras del letrero decían: *El restaurante de Flor.*

\*\*\*

Hacía ya ocho años que Teresa había llegado a Likanantai junto con Dani, su flamante marido, un ingeniero de minas. A pesar de que había finalizado brillantemente sus estudios de contabilidad, allí no había un trabajo a la altura de su capacidad, y se conformó con ser la secretaria de don Manuel, un trabajo tedioso que solo comprendía fijar citas y escribir cartas.

Le costó mucho acostumbrarse a la vida en el altiplano. Le costaba respirar con el escaso oxígeno y sentía que los pulmones le iban a estallar con cada esfuerzo. Con el tiempo, sus pulmones se expandieron y ya podía respirar libremente, mas Teresa y Dani comenzaron a alejarse el uno del otro. Tal vez su amor no era lo bastante fuerte para resistir el aburrimiento de la vida en un pequeño pueblo provincial. No les nacieron hijos y ellos no se interesaron lo bastante para averiguar la causa.

Después de cinco años trabajando en la mina, Dani renunció a su puesto y abandonó Likanantai, pero ella quedó allí, en la casa que habían comprado juntos, con su aburrido trabajo y en medio de una sociedad pueblerina que miraba con sospechas a una divorciada.

Ella se quedó allí solamente por Luis. El joven mecánico, alto y hermoso, era a sus ojos como un dios griego. Incluso su olor, de sudor y de virilidad, le estimulaba los sentidos.

Ella sabía que no era una mujer atractiva. Era baja y entrada en carnes, con un cabello y un cutis que no toleraban bien la sequedad del desierto. Acostumbraba vestir ropas grises y faltas de gracia, considerándolas una necesidad en un mundo varonil de negocios que ve toda manifestación de feminidad como debilidad. Hasta que se enamoró de Luis, su aspecto exterior nunca la había molestado. Pero ahora, Teresa comenzó a soñar con hacer un apasionado amor con él y a comprarse ropa interior sugestiva y carísima y sábanas de seda que nadie veía.

Sus sueños eróticos sobre Luis no le impidieron funcionar en el mundo de los negocios. Al tomar la decisión de quedarse en Likanantai, ella cesó de considerar su trabajo como algo inferior y aburrido y comenzó a interesarse por él. Visitó cada rincón de la mina, estudiando cada detalle del proceso de la extracción de cobre y sus minerales secundarios. Además se interesó por la organización interna del trabajo, la situación de los mineros, su salario y sus jornadas de trabajo.

Al cabo de dos años, ella ya sabía más que don Manuel, su jefe. Y comenzó a sugerirle sus ideas. Una trataba de acortar el proceso de traslado del mineral extraído a los camiones instalando nuevas cintas transportadoras. Otra era la instalación de nuevos hornos fundidores. Todas sus sugerencias eran dichas con el máximo tacto y siempre dando a entender que el mérito se atribuiría a don Manuel.

Mas su jefe rechazaba cada una de sus ideas, considerándolas como una manera de debilitar su autoridad. —Esa secretaria me está volviendo loco —le comentaba a su esposa, doña Sonia. — Me viene con tonterías de mujer aburrída. ¿Qué entiende ella, o cualquier otra mujer, del trabajo de la mina?. —Al ver la expresión en el rostro de doña Sonia comprendió que había llegado demasiado lejos.

—Manuel, yo la conozco. —le respondió doña Sonia. —Es instruida y talentosa. Nosotras estaríamos perdidas en el almacén de caridad de la iglesia sin sus poderes de organización.

Además, habla tres idiomas. Vale la pena escucharla.

Tal vez por miedo a doña Sonia, tal vez porque don Manuel realmente necesitaba a alguien talentoso a su lado, él comenzó a escuchar sus ideas. Y desde ese momento ya no podía funcionar sin ella a su lado. Teresa dominaba todo lo que pasaba en la mina, desde la cantina hasta la compra de la maquinaria más cara. Junto con doña Sonia, abrió una oficina de ayuda mutua para las familias de los mineros.

Al introducirse la computación, fue ella la que dominó el uso de las ordenadoras, de lo que don Manuel no tenía ni la más débil idea.

Con sus conocimientos de inglés y alemán, viajó varias veces por cuenta de la mina al extranjero, ampliando el mercado internacional.

Su nombre ya sonaba en el mundo de los negocios. Recibió ventajosas ofertas de trabajo, entre ellas de subgerente de un prestigioso banco de Costa Marrón, y las rechazó todas. Ella solo quería seguir viendo a Luis día a día en la mina.

Ella sabía de su vicio por las apuestas de caballos y que su situación se estaba degradando, y ese conocimiento solo aumentó su deseo. Ella ya se había enterado, como todo el pueblo, de la herida de su brazo, que Flor le había causado con la plancha hirviendo para defenderse cuando él se proponía golpearla. A Teresa no le importaba. Ella no era Flor. Luis necesitaba una mujer como ella. Solo debía esperar la oportunidad.

El día que don Manuel declaró el triunfo de Flor en la manifestación de las ollas y las sartenes, Teresa comprendió que había llegado el momento de actuar.

\*\*\*

Su primer paso fue comunicarle a Flor que Luis estaba endeudado con la mina y no quedaría nada de su salario. Así se aseguró de que Flor lo sacaría definitivamente de su vida. A continuación tomó un préstamo en nombre de Luis, cuyo pago le consumiría el salario de un año.

Llamó a Guillermo, el agente de apuestas. Le pagó la deuda de Luis y le prohibió mostrarse más en Likanantai. Apostó a dos fornidos mineros de guardia. Hecho todo eso, llegó el momento de traer a Luis a su oficina. Lo hubo de buscar en todo Likanantai, pues hacía ya una semana que no se presentaba en el taller.

Lo encontró parado en el umbral de su casa, con un maletín en la mano, indeciso, sin saber a dónde dirigirse. Lo tomó de la mano y lo llevó en su pequeño auto a su casa en las afueras de Costa Marrón.

Él se dejó llevar dócilmente por ella. Su apatía la asustó un poco y lo contempló con intensidad. Su ropa estaba polvorienta y se notaba que no se había lavado en varios días. El vendaje del brazo estaba inmundado y la herida se le había infectado.

Al llegar a su casa, le sirvió un trago de vino y, ya ardiendo de pasión, lo condujo a su dormitorio, se desvistió y lo desvistió a él. Y él respondió. Solo para ese momento ella había permanecido en este horrible lugar, y al terminar todo se recostó sobre las sábanas de seda, presa de un tremendo desengaño.

Nada podría haber sido más diferente de sus fantasías. El cuerpo de Luis reaccionó a su cuerpo de forma automática, mas su espíritu estaba a millones de kilómetros de allí. Él no se fijó en su lujosa y sensual ropa interior ni en sus voluptuosas sábanas. En general, era como si ella no se

encontrara allí. Lo hacía en forma mecánica, como una misión que debía cumplir. Y el olor a sudor, a cuerpo sin lavar y a virilidad ya no la atraía. Al contrario, sintió repulsión. Sin quererlo, se acordó de Dani, siempre delicado y atento a sus necesidades.

Él había caído en un profundo sueño de agotamiento. Ella lo contempló y vio por primera vez las líneas del sufrimiento que lo cruzaban y olvidó su desengaño. —Él no está acostumbrado a una mujer como yo —pensó. —Yo no soy como las ignorantes pueblerinas. Le enseñaré a hacer el amor.

Al día siguiente le preparó un suculento desayuno y lo metió en la tina llena de agua caliente y jabones perfumados. Le vendó nuevamente el brazo. Como un niño, él la dejó hacer. Le ordenó quedarse en cama el resto del día.

A la tarde, al volver del trabajo, se sentó al borde del lecho del cual él no se había movido y le habló. —Luis, no te preocupes. Le he pagado a Guillermo tu deuda. Él ya no se mostrará más aquí en Likanantai. —Él la contempló como si ella fuera un ángel caído del cielo.

Teresa comenzó la obra de transformarlo en el hombre de sus sueños, invirtiendo en ello el mismo entusiasmo que ponía en todos los proyectos de la mina.

Comenzó a llevarlo de ida y de vuelta al trabajo, impidiendo así que fuera al bar de don Paco a apostar o que mirara a otras mujeres. Los fines de semana siempre tenía un trabajo de reparación para él, impidiendo así que fuera a ver a sus hijos.

Él pidió reincorporarse al taller de reparaciones, trabajando día y noche para pagar su deuda con la mina, mas ella le dijo terminantemente que no podía ser, que no había allí trabajo para él y el único lugar disponible era en la oficina, al lado de ella. Y él no tenía la menor idea de que toda la organización del trabajo estaba en manos de ella. Lo convirtió en contador, encerrado en la oficina al lado de ella y lejos de sus antiguos compañeros de trabajo y de la tentación de apostar.

Cuando Luis le contaba de su nostalgia hacia sus hijos, ella le respondía: —Luis, querido, lo siento. Pero he oído que ellos no quieren verte. Te tienen miedo. —Luis se sentía tan culpable que no se atrevía a averiguar la sinceridad de sus palabras.

Teresa se dedicó a educar a Luis. Al principio le hacía proposiciones sutiles y delicadas: —Querido Luis, sería tan agradable si al salir del baño lo dejas limpio para mí. —Te he comprado un regalo. Toma, un jabón y un desodorante. ¿Verdad que huelen bien? Y además unos instrumentos para limpiarse las uñas. —Querido, la gente te respetará si hablas correctamente. Se dice para y no pa.

Después trató de enseñarle a hacer el amor con fineza. —Mi amor, bésame aquí y acaríciame allá. Sin apuro. ¿Tal vez entramos juntos a un baño de espuma? Te daré un masaje de espalda.

Mas con el tiempo sus observaciones se volvieron más contundentes. —Luis, saca los platos de la mesa y ocúpate de tu lavado de ropa. ¡Y no escuches tan fuerte la televisión!

Pero ocurrió lo que ella no esperaba. Mientras más se esforzaba por amaestrar al tigre, este iba perdiendo todo su encanto ante ella.

Teresa sabía que Luis jamás sería suyo. Pero la sorprendió el descubrir que ella ya no lo deseaba más. Sus esfuerzos la habían agotado y comenzó a añorar la tranquilidad de su casa. Ella sabía que él contaba los días hasta terminar de pagar el préstamo y ser libre. Y comenzó a contarlos junto con él.

\*\*\*

El día en que Flor abrió su restaurante, Luis estaba en la oficina de la mina, harto de ocuparse de números de los cuales comprendía poco o nada.

Pensó en las horas que había invertido Teresa, inútilmente, para enseñarle el misterio de los números. Ella se afanó en convertirlo en alguien distinto de lo que era. Pero él no tenía derecho de quejarse. Debía sentirse agradecido. Ella lo había recogido en el momento en que se sentía más perdido, después de haber tocado fondo, y gracias a ella consiguió salir de la perdición.

Seguramente ella ya lo espera en su casa de Nuevo Likanantai, como llamaban a la nueva población de las afueras de Costa Marrón a la cual se habían trasladado los oficinistas. Era una hermosa casa, llena de electrodomésticos que hasta entonces ni siquiera sabía que existían.

Vio a Teresa con los ojos de la imaginación, corta de estatura, pesada y falta de todo encanto femenino. Todavía le sorprendía el contraste entre sus vestidos grises, carentes de forma, y su lujosa ropa interior. Antes de convertirse en su amante, nunca había visto a una mujer con ropa interior de colores violeta y rojo y llena de encajes, que en la semioscuridad del dormitorio la hacían verse incluso atractiva.

Suspirando, volvió a los números. Al levantar la vista, vio para su sorpresa a don Manuel, el gerente de la mina, acercarse a él. Don Manuel casi nunca tenía tratos con los trabajadores, y todo pasaba a través de Teresa, su secretaria.

—¡He venido a felicitarte, Luis! —le extendió la mano. —¡Hoy has finalizado formalmente tu deuda con la mina! ¡No te enredes más!

—¡Don Manuel, eso es lo último que haría! —respondió el radiante Luis, aun sorprendido que don Manuel hubiera venido en persona a comunicarle la buena noticia. —Pero tengo un gran pedido que hacerle. ¡Por favor, don Manuel, permítame volver a trabajar como mecánico! ¡No estoy hecho para estar sentado en el aire acondicionado luchando con números!

—Sabes, Luis, nunca comprendí la razón por la cual rechazaste las jornadas dobles que te ofrecimos al darte el préstamo. ¡Ganarías un salario tal que te habría solucionado todos tus problemas!

—¡Nunca escuché que me hubieran propuesto semejante cosa! —dijo Luis, atónito. —Según me dijo Teresa, la mina está en reducción.

—¡¿Qué?! ¡La mina está en su máxima producción! ¡Y un mecánico tan talentoso como tú no se encuentra fácilmente! Le pedí a Teresa que te ofreciera trabajar cuanto quieras, con un gran aumento de sueldo, mas ella me respondió que tú deseabas ser oficinista. Solo por ella te concedimos este puesto de contador.

Después de retirarse don Manuel, Luis apoyó la cabeza entre las manos. Aun no podía comprender cómo se había dejado engañar por las manipulaciones de esa mujer. Pero Luis sabía que Teresa actuó solamente por amor a él. El único culpable de haber perdido lo más sagrado era él mismo, Luis Ribera.

Y ahora Flor, su amada mujer, la única que él había querido, estaba perdida para él. Y Rafaela y Paco, sus hijos, no querían saber nada del traicionero padre.

Con un impulso espontáneo, salió al quemante sol, tomó una de las camionetas y la condujo los pocos kilómetros que había hasta llegar a la mina.

Al lado del cráter estaba el garaje y el taller de reparaciones de maquinarias en el cual había trabajado hasta el último año. Lo contempló con añoranza. Su trabajo, con la camaradería de sus compañeros y con sus hábiles manos, era lo único que le había ayudado a conservar un indicio de

lucidez durante los negros años en los cuales su vicio lo estuvo llevando lentamente a la perdición.

Hacía ya un año que no veía a Flor ni a sus hijos. Y siguiendo con el impulso, Luis se encaminó a Likanantai.

El padre Tomás se encontraba en el sótano de la iglesia, arreglando las mesas para la cena que se ofrecía allí todas las noches. Las mujeres del pueblo siempre estaban dispuestas a ayudar a quienes eran menos afortunados que ellas.

—Me alegro de verte, hijo. Ven a sentarte aquí. Nos tomamos un café. —lo saludó el cura con placidez, como si lo hubiera visto todos los días. —Veo que algo te está atormentando. ¿En qué te puedo ayudar?

Sin proponérselo, las palabras de la confesión acudieron a los labios de Luis.

—Perdóneme, padre, que he pecado.

—Hijo, todo lo que me digas aquí es confidencial, igual que en el confesionario.

Luis ya no podía contener el flujo de palabras que salían de sus labios. La necesidad de limpiar el alma de sus pecados era más fuerte que él.

Comenzó con contarle sobre el vicio que se apoderó de su alma, convirtiéndose en una enfermedad maligna. La pasión lo dominó a tal punto que ya recordaba nombres de caballos mejor que los nombres de sus hijos. Trataba de convencerse a sí mismo que todo era por Flor y los niños. Ellos solo debían tener paciencia.

Al saber que ella trabajaba de planchadora su orgullo lo enloqueció. Luis ya no volvía a casa. No era capaz de enfrentarse con los ojos de ella o ver a sus hijos, hambrientos y vestidos de harapos. Lo más fácil era escapar.

No le faltaban lechos en los cuales acostarse. Las mujeres, entre ellas Berta y Soledad, las amigas de Flor, se echaban a sus pies.

—Padre, he arruinado a mi familia y he traicionado a mi mujer, a quien quiero más que a mi vida. Pero eso no es todo.

Por primera vez le contó a alguien el secreto que lo consumía. Sucedió un día en el cual uno de los mineros llegó al trabajo embriagado y violento. Todos los trabajadores salieron para contenerlo. Luis se encontraba allí en ese momento, y quedó solo en la oficina. Vio la caja de fondos que había quedado abierta cuando los oficinistas se apresuraron a salir. Estaba llena de dinero para los gastos de la mina. Nadie lo vio al tomarlo. El dinero se esfumó, por supuesto, como cada cantidad que caía en sus manos. Al descubrirse el robo, los empleados, sospechando los unos de los otros y temerosos de que se les culparía, callaron y lo cubrieron.

Asombrosamente, la quemadura que la plancha ardiente de Flor le había producido en el brazo fue el principio de su camino hacia la curación. La cicatriz que quedó en su brazo era para él el eterno recuerdo de lo bajo a lo cual el vicio le había llevado. Él nunca consentirá en someterse a la operación que los médicos recomiendan para borrarla.

Después de dejar el hospital, Luis desapareció en el desierto. Nunca le habló a nadie de cómo había pasado esa semana, la misma semana de la manifestación de Flor, de la cual él no sabía nada.

Al volver del desierto, su vicio había quedado enterrado en la arena. Mas él sabía que debía alejarse de su esposa y de sus hijos, por la seguridad de ellos. Aun no confiaba en sí mismo. Y así, sin voluntad para nada, se dejó conducir por Teresa.

—Hasta ese día no me había fijado en ella, padre. Pero comprenda, ya nada me importaba, y por lo tanto acepté su invitación. —Era embarazoso hablar con el cura de cosas sexuales. — Siempre le estaré agradecido a Teresa. Ella me levantó cuando había tocado el fondo. Me consiguió el préstamo y ahuyentó a Guillermo, así desapareció la amenaza a mis hijos. Y hoy se cumple un año desde la última vez que aposté. —dijo, con orgullo en la voz. —Teresa me enseñó contaduría y estoy trabajando en la oficina. Mas yo no sirvo para eso. Añoro terriblemente el trabajo en el taller de reparaciones. Ese es mi lugar. Por lo menos esa parte de mi vida yo todavía no había conseguido destruir. —confesó.

Gradualmente, Luis comenzó a sentir la asfixia que le producía la jaula dorada en la cual Teresa lo había encerrado, al igual que le asfixiaban las corbatas y los ternos elegantes que ella le compraba. Ella criticaba cada cosa que él hacía, desde su manera de comer hasta su hablar. Él dependía totalmente de ella, pues su salario íntegro estaba destinado a pagar la deuda con la mina.

Los esfuerzos de Teresa de adornarse con ropa interior lujosa y sensual solo despertaban en él la añoranza de Flor, su mujer, con sus gastadas y simples ropas blancas de algodón.

—Yo sé que no soy digno de ella. Y he puesto en peligro a mis hijos.

—Pero con todo, hijo, algo te trajo hoy hacia aquí.

—Desde hoy soy un hombre libre, padre. —Luis le relató al cura la conversación que había tenido con don Manuel.

El padre Tomás se levantó y lo abrazó.

Se oyeron pasos en las escaleras que bajaban al sótano. La mujer que había compartido nueve años de su vida apareció, llevando una enorme bandeja de la que salían apetitosos olores.

Pero ella era una Flor distinta, vestida con elegancia y con su cabello estilizado, maquillada, con gran confianza en sí misma, lista para conquistar el mundo en este día de triunfo para ella.

\*\*\*

Ese mismo día Luis abandonó a Teresa, llevándose solamente la ropa con la cual había llegado.

Ella no se afligió con su partida. Ya sentía en sus entrañas los movimientos de la nueva vida que ella y Luis habían creado y sabía que esa criatura nunca la defraudaría.

Al cabo de cinco meses, Teresa salió de la clínica de maternidad y volvió al pequeño y cómodo departamento de Santiago en el cual vivía, cerca de su trabajo de subgerente de un gran banco. En sus brazos sostenía a Roberto, su bebé recién nacido.

Teresa no se molestó en comunicarle a Luis Ribera el nacimiento de su hijo.

\*\*\*

**El convento de las monjas Carmelitas,  
en el camino entre Costa Marrón y Las Palomas, 1981.**

Al bajar del autobús, se encontraron frente a una alta muralla. Alguien abrió un portón de hierro, Sor Jacinta las empujó dentro y Raquel oyó el chirrido del portón al cerrarse.

Sor Jacinta las condujo a un gran recinto en el cual había dos filas de camas a lo largo de las paredes. Otra monja, de tierna voz y amistosa sonrisa, las recibió.

—Soy Sor Soledad, niñas. Bienvenidas.

Sor Soledad le enseñó a Raquel el lecho que sería el suyo y le pidió a Rosa dejar su muñeca e ir con ella a la habitación de las niñas pequeñas.

Rosa se aferró a Raquel. Sus chillidos se oían por todo el convento. —¡Nosotras dormimos siempre juntas! ¡Y abuelo Mateo nos dijo que no nos separáramos de nuestras muñecas! ¡Son un regalo de él!

—¡Niña, no puedes dormir en la misma cama con tu hermana! —trató de explicarle Sor Soledad. —¡El cuerpo es un pecado! ¡No debemos enseñarlo a nadie, ni siquiera a nosotras mismas! —Mas se apiadó de las dos huerfanitas y le arregló a Rosa una camita al lado de la de Raquel. Y desde la primera noche, al pasar el peligro de que una de las monjas viniera a examinar, Rosa se deslizaba en silencio al lecho de su hermana y las dos quedaban dormidas, aferrando a sus muñequitas.

A la mañana siguiente, Sor Soledad las llevó a ver a la madre superiora. La severa mirada de la madre, por encima de las gafas, aterró a Raquel, que abrazó con fuerza a Rosa.

—Niñas, este será vuestro hogar. —les dijo con seriedad. —Aprendan de las demás niñas cómo comportarse. Deberán obedecer las órdenes, rezar a Nuestro Señor, trabajar duro y confesarse de vuestros pecados. —Raquel no conocía la palabra pecados y Rosa no escuchaba nada y tenía la cabeza enterrada en el hombro de su hermana.

Sor Soledad les dio una vestimenta blanca, un delantal negro y un gorrito para cubrir los cabellos, y en los días siguientes las dos hermanas comenzaron a imitar el andar de las demás niñas, siempre con la cabeza baja y hablando con voz baja. Lupe, una de las niñas mayores, les enseñó a arreglar sus camas con los ángulos derechos como le gustaba a Sor Soledad, a sacar los platos de la mesa al terminar el refectorio y a ducharse con la ropa interior puesta, para evitar mirar el cuerpo, que era una profanidad.

Al despertar y antes de dormir, como también antes y después de las comidas, ellas se ponían de rodillas, juntaban las palmas de las manos, bajaban los ojos y rezaban a Nuestro Padre Que Estás En Los Cielos. En muy poco tiempo, Raquel la memorizó. Rosa ni siquiera lo intentó.

En las mañanas, las niñas se ponían en ordenadas filas para subir al autobús que las llevaba a la escuela de Costa Marrón.

—Vosotras no debéis ir todavía a la escuela. Primero acostúmbrense a la vida en el convento. —les dijo Sor Soledad.

Raquel se afligió. En Likanantai ella amaba la escuela. Ya era capaz de leer cuentos cortos a la perfección y mami estaba orgullosa de ella. El pensamiento de mami le produjo lágrimas. Pero se consoló en seguida. Tal vez aquí también tendrá amigas como las que tenía en casa.

Le pidió a Sor Soledad algo para leer y recibió libros de las Santas Escrituras y dedicó su tiempo en leerle los cuentos a Rosa. Su hermanita amaba especialmente la historia de Jesús caminando sobre el agua.

Después de que las niñas mayores se habían ido a la escuela, Raquel se acostumbró a ir detrás de Sor Soledad, con Rosa como una sombra de ella. Sor Soledad tenía siempre una sonrisa y una palabra cariñosa para las niñas que estaban a su cargo. A Raquel le parecía que la monja se encontraba en tres lugares al mismo tiempo. Ella atendía a una docena de niñas que aún no iban a la escuela. La más pequeñita de ellas era Sofía, de dos años de edad.

Sor Soledad le contó a Raquel que las monjas la habían encontrado al lado del portón dentro de una caja, cuando era una bebé recién nacida. El corazón de Raquel se llenó de compasión y de ternura hacia esa niña que nunca conoció el amor de una madre.

Una mañana, mientras Sor Soledad estaba ocupada con una de las niñas que tenía una fiebre alta, Raquel encontró a Sofía llorando un amargo llanto. Sin pensarlo, le depositó en sus brazos su muñeca. —Esta es la muñeca Raquel. Tómala, querida. Juega con ella. Te la dejaré toda la noche.

Inmediatamente, las lágrimas de Sofía se secaron como por arte de magia. Y cada noche, otra niña recibía la muñeca. Raquel se acostaba sin su muñequita, consolándose con el pensamiento de que ella estaba haciendo feliz a una pequeña huérfana.

Unas dos semanas después de que habían llegado al convento, Raquel y Rosa fueron llamadas nuevamente a presencia de la madre superiora. Raquel estaba esperanzada. Tal vez le comunicaría que ya podría ir a la escuela.

Para su extrañeza, vio al padre Tomás sentado junto a ella, con una expresión de seriedad en el rostro. En el convento no había hombres y las monjas hacían ellas mismas todo el trabajo, incluso el más pesado.

—¿Cómo están, niñas? —preguntó la madre superiora, mirándolas por encima de sus gafas.

—Bien, madre superiora. —respondió Raquel.

El padre Tomás evitaba mirarlas a los ojos. Solo cuando el silencio se hizo opresivo carraspeó, bebió un trago de agua y comenzó a hablar. Raquel escuchó de labios de él que había una pareja que amaba los niños, que vivía en una gran casa con una hermosa habitación de niños y había comprado linda ropita. Ellos residían en Las Palomas, una ciudad que estaba solamente un poco más lejos que Costa Marrón.

En forma gradual, Raquel fue captando el significado de esas palabras. —¿Tendremos padres nuevos? —preguntó, excitada.

Un extraño silencio se hizo en la oficina. Entonces, Raquel escuchó nuevamente la voz del padre Tomás diciendo que la señora no tenía fuerzas para cuidar a dos niñas, por lo tanto había decidido llevarse solamente a Rosa.

Raquel saltó de su asiento y corrió a esconderse arrastrando a Rosa con ella. —Todos los adultos nos traicionan —pensaba mientras corría. Incluso tía Flor, que le permitió a esa monja llevarse las niñas y no ha venido a visitarlas ni una vez.

Las monjas se vieron obligadas a separarlas a la fuerza y llevaron a Rosa en vilo al portón, al lado del cual esperaba una mujer vestida de negro que había llegado en un automóvil también

negro.

Rosa se aferraba a Raquel. Raquel gritaba y pateaba a la mujer. La mujer le gritó: —¡Suéltala, fiera salvaje! —y agarrando a Rosa con fuerza, la arrancó de los brazos de su hermana poniendo su mano en el hombro de Raquel para alejarla. Raquel mordió con toda su fuerza la mano hasta sentir el sabor a sangre. La mujer chilló de dolor, retiró su mano y Raquel sintió en su mejilla el arañazo del anillo de oro con la piedra turquesa que la mujer llevaba en uno de los dedos de la mano mordida.

Raquel miró al fondo de los negros ojos de la mujer y le espetó: —¡Maldita mujer, que te quemes en el infierno!

Unas manos la tomaron y la alejaron. Y Raquel vio a su amada hermanita siendo arrastrada dentro del automóvil negro, con su rosada muñequita entre las manos, gritándole: —Raquel, ¿por qué le permites que me lleve? ¿Por qué no haces algo? ¡Te odio, Raquel!

\*\*\*

Al día siguiente, Raquel amaneció enferma. Le subió la temperatura, se negó a comer y a beber y pasaba todo el día acostada en su lecho, abrazada a su muñeca y contemplando el techo con ojos vacíos.

Las monjas llamaron a la doctora, que después de examinarla comprobó que la niña no sufría de nada corporal. Sor Soledad, después de consultar con la madre superiora, encontró la solución.

—Raquel, ¡hoy Sor Jacinta te llevará a visitar a tu hermana! —le informó. Omitió contarle que doña Lucía, la nueva madre de Rosa, se había prestado a regañadientes a la visita.

De inmediato Raquel saltó de la cama, con los ojos brillantes. Esta vez, Sor Jacinta la llevó de la mano, tiernamente, al autobús. Llegaron a un gran caserón rodeado por una alta muralla que lo escondía de la vista de los transeúntes. Una empleada las introdujo a la casa por la puerta del servicio. Rosa saltó, llorosa, al cuello de Raquel.

—¿Por qué no puedo estar contigo? Raquel, ¡me abandonaste! ¡No quiero estar en esta casa sin ti! —Solo se calmó cuando Raquel le propuso jugar con sus muñequitas. La empleada les sirvió té con tortas. La mujer vestida de negro no apareció.

Al cabo de una hora, la empleada avisó que la visita había terminado. Rosa se echó hacia atrás cuando Raquel quiso abrazarla. —¡Otra vez me dejas aquí! ¡Te odio!

Después de una semana, doña Lucía aceptó que Raquel viniera a una segunda visita. Mas esta vez Rosa se sentó a la mesa de la cocina con el rostro congelado, y ya no rogó más ir con ella. —Madre Lucía me ha comprado una muñeca nueva, ¿quieres verla? Me dijo que la muñeca vieja es sucia y debo tirarla. —Fue lo único que le dijo.

Raquel sintió un escalofrío al oír a su hermana llamar a esa mujer 'madre Lucía'.

—¡Jamás te separarás de tu muñeca! —rugió con todas sus fuerzas. Salió de la cocina como una ráfaga y buscó por toda la casa hasta que encontró a doña Lucía en el salón, tomando café con su marido.

Raquel se plantó ante la mujer. —¡Maldita seas, que no te atrevas a tirar la muñeca! ¡Es de Rosa! —le espetó, sin saber de dónde había sacado las fuerzas para enfrentarla. Luisa se asustó al ver el fuego de sus ojos.

La semana siguiente, al llamar la madre superiora para convenir con otra visita, una voz le comunicó que la familia Letelier había abandonado Las Palomas sin dejar ninguna dirección.

\*\*\*

—Raquel, he consultado con la madre superiora y hemos decidido que desde mañana irás a la escuela con las demás niñas. —le comunicó Sor Soledad.

Sus palabras llegaron como un bálsamo para la abierta herida de su corazón y por un corto momento olvidó su dolor. Seguramente la escuela será tan agradable como la de Likanantai y la profesora será joven y sonriente como doña Laura. Raquel les mostrará a las demás niñas qué bien sabe leer y hacer cuentas. Tendrá amigas, como Rafaela. Las chicas del convento son tan sombrías. Por lo visto, estaba considerado un pecado reír en voz alta.

—Toma, Raquel, aquí tienes un uniforme limpio. —Raquel vistió obedientemente la falda plisada de lana, la blusa almidonada y la chaqueta azul, también de lana. Sintió que se ahogaba dentro de las rígidas ropas. Pero ella se acostumbrará, como las demás niñas.

Sor Soledad le puso en sus manos un bolsón marrón, viejo y gastado, lleno de cuadernos y libros. —Te servirá hasta que podamos comprarte uno nuevo.

Raquel sintió un impulso irresistible de besar las mejillas de la amable y bondadosa monja, pero se contuvo. Todo contacto físico entre ellas estaba prohibido.

Raquel se unió a las demás niñas que esperaban el autobús en silencio y en ordenadas filas. Pero en el momento en que el vehículo salió de la vista del convento, no quedó ni un vestigio del silencio. A todo lo largo del autobús se oían gritos, cantos y risas. Algunas de las niñas se levantaron y comenzaron a bailar en el pasillo. Fuera del convento son exactamente como las niñas de Likanantai, pensó Raquel, divertida, comenzando a sentir una gran camaradería hacia ellas.

Ninguna de ellas le había preguntado la razón por la cual ella estaba en el convento. Ellas comprendían, cada una con su propio dolor.

Lupe se sentó a su lado. —¿Estás en segundo año? —le preguntó con afabilidad. —No te preocupes. Te acostumbrarás. —Y Raquel comenzó a creerle.

Al bajar del autobús entraron en un edificio de ladrillos de tres pisos de color café. En el patio correteaban muchísimas niñas, tropezando las unas con las otras. Al ensordecedor sonido de una campana, las niñas se dispersaron. Alguien condujo a Raquel a un aula del segundo piso.

Raquel se encontró parada en el umbral de una inmensa sala, con docenas de filas de bancos, en cada uno de los cuales estaban sentadas dos niñas, ninguna de ellas conocida. Se dio cuenta de que ella era la única niña del convento en esa clase. En Likanantai, la escuela estaba compuesta de tres casas unidas entre sí y había en ella solo seis clases pequeñas. Ella conocía a todos sus compañeros, niños y niñas, desde toda su vida.

Todo estará bien, trató de darse ánimos. La nueva profesora escuchará lo bien que Raquel sabe leer, verá su ordenada y hermosa letra, se dará cuenta de lo bien que sabe hacer cuentas. Las demás niñas la recibirán. De pronto le vino a la mente el recuerdo de Nurcia, la niña nueva que había venido a la escuela el pasado año y que todos sus compañeros de clase competían entre ellos para hacerla sentirse bienvenida. Aquí será lo mismo, pensó. Mami y abuelo velan por ella desde arriba.

—¿Tú eres la niña nueva del convento? —le preguntó la adulta profesora, sin sonreír. —Siéntate aquí, en la primera fila, al lado de Lina.

Lina, una delgada niña con trenzas y dientes que sobresalían, le hizo lugar de mala gana. —

¿Por qué justo yo, profesora? —preguntó. Sin responderle, la profesora se dirigió a Raquel.

—¿Cuál es tu nombre, niña? Ah, ya veo. Raquel. ¿Ya has aprendido a leer?—. Aún sin encontrar su voz, Raquel solo afirmó con la cabeza. —¡Bien! ¡Párate aquí, frente a la clase, y muéstranos cómo lees!

Llegó el momento, pensó Raquel. Ahora la profesora, que ella aún no sabía su nombre, y todas las niñas verán lo bien que lee. Las palabras de su profesora de Likanantai le volvieron a la mente: —¡Raquel, qué inteligente eres! ¡Tú lees mejor y más rápido que todo el curso!

Raquel se paró al frente de la clase, contemplando el mar de rostros. La profesora le puso en las manos un libro. Raquel lo miró. Era el mismo libro de relatos que mami y ella acostumbraban a leer juntas en las noches. Estaba abierto en el cuento preferido de ella, sobre una tortuga y una liebre que compiten entre sí. Raquel se sabía ese cuento de memoria, casi palabra a palabra. Abrió la boca para empezar a leer y entonces llegaron a sus oídos murmullos y carraspeos de las niñas que estaban frente a ella. Vio las docenas de pares de ojos clavados en ella.

Hasta ese momento, Raquel estaba como sumida en un sueño. Ella está en casa, sentada al lado de mami. Mas ahora, parada frente al curso, todo volvió a ella con nitidez. Los gritos, los pasos, la mano que arranca con violencia la cortina. Mami empujándola por la ventana, la noche entre los árboles, el descubrimiento del cuerpo de mami, su ida al convento y el día más terrible de todos, el día en el que Rosa fue arrancada de ella. El caparazón dentro del cual ella estaba desde ese día se rompió en miles de pedazos.

—¡Niña, comienza! No tenemos todo el día. —la apremió la profesora.

Raquel contempló el libro que le era tan familiar y sintió que los ojos se le arrasaban de lágrimas. Las manos le temblaban. Sacudió la cabeza para ahuyentar las lágrimas y se esforzó en concentrarse. Pero las letras, que ella dominaba con facilidad, ahora aparecieron ante sus nublados ojos como unos borrosos manchones sin sentido. Lo único que veía eran garabatos que bailaban ante sus ojos. Se oyeron risitas y distinguió las palabras "¡Tonta de remate!".

Una de las niñas, mayor que ella y segura de sí misma, trepó a una de las mesas y comenzó a cantar una conocida canción, mas cambiando las palabras por 'tonta de remate' y "retrasada".

Las demás niñas se le unieron y la primera, en su papel de conductora del coro, movía los brazos al aire. Bajo su dirección, las ofensivas palabras se oían una y otra vez.

—¡Silencio, niñas! Puedes volver a tu asiento. —le dijo la profesora, mirándola con una expresión extraña en el rostro. Con las mejillas ardiendo de vergüenza, Raquel se sentó. De pronto sintió una tibia humedad que le corría entre las piernas. Eso no había sucedido desde que tenía dos años.

La conductora del coro vio el charco que se había formado a sus pies y agregó al canto la palabra 'pichona' aumentando las risas generales.

La profesora le ordenó ir al cuarto de la enfermera para recibir calzones limpios de repuesto y llamó al sirviente para que limpiara el piso. Al volver Raquel a la clase, Lina pidió cambiar de lugar. De ninguna manera se sentaría al lado de alguien que no solo es retrasada, sino que también moja los calzones.

El primer día de escuela transcurrió como un una pesadilla para Raquel, que estuvo durante el resto del día sentada con la cabeza gacha. En el autobús, de vuelta al convento, todas las niñas, que ya estaban enteradas del episodio, se desvivían por consolarla. Una de ellas, que dormía próxima a Raquel, le dio un dulce que había recibido como premio por su buen trabajo.

—Raquel, no permitas que esas terribles niñas te depriman. —le dijo Lupe, que se sentó a su lado. —Ellas creen que por no tener padres somos inferiores a ellas. Todo mejorará con el tiempo.

Pero Raquel ya había tomado su decisión. —No volveré a la escuela —declaró.

Al llegar de vuelta al convento, Raquel entró a la sala de dormir y se acostó en su lecho, abrazada a su muñeca. Después de un largo rato se levantó y, parada en medio de las camas arregladas, gritó al cielo la injusticia de haber perdido a sus padres y a su hermana y de haber sido alejada de su casa.

Y algo insólito ocurrió. Raquel vio ante sus ojos a mami, bajo el sauce llorón en el fundo de las mujeres, dando vueltas sobre sí misma con velocidad creciente.

Raquel la imitó. Abrazada a su muñeca, giró y giró hasta caer, mareada, sobre su cama.

Al día siguiente le comunicó categóricamente a Sor Soledad que no volvería a la escuela. No sirvieron los ruegos, las amenazas de ser mandada a la madre superiora, ni los esfuerzos de las otras chicas de convencerla. Ella estaba decidida.

Durante los ocho años que Raquel pasó en el convento de las Carmelitas, en el camino entre Costa Marrón y Las Palomas, ella no puso un pie en una escuela. Y, con el tiempo, su capacidad de leer y escribir se fue esfumando hasta borrarse por completo.

**Costa Marrón, 1989**

—Raquel, te he encontrado otra blusa. El color azul te viene. —Sor Soledad entró en la sala de dormir de las niñas mayores, en la cual se encontraba Raquel empacando el bolso de plástico con el cual había llegado al convento, hacía ya ocho años. Agradecida, Raquel le sonrió.

Era un secreto sabido la existencia del oculto depósito en el cual las monjas guardaban ropas seculares para las niñas que optaban por abandonar el convento y no tomar el hábito. Después de años entre las paredes, ellas se desvivían por verse como todas las jóvenes de fuera.

—¿Estás segura que eso es lo que deseas, Raquel? —preguntó por centésima vez.

—Sí, Sor Soledad. Ustedes has sido maravillosas conmigo y éste ha sido mi hogar, pero yo no poseo la fe ni la vocación para tomar los votos como ustedes. —le sonrió Raquel con decisión. — Ha llegado la hora de salir al mundo fuera de estas murallas.

Sor Soledad contempló a la jovencita de quince años que se había convertido en su mano derecha en el cuidado de las niñas pequeñas. Nunca había visto tal dedicación. En cada una de las niñas Raquel buscaba llenar el vacío que había dejado en su alma la partida de Rosa, su hermanita. Raquel nunca perdió la esperanza de que algún día la encontraría. Y desde que se enteró que la familia Letelier, los padres adoptivos de Rosa, habían abandonado Las Palomas sin dejar ninguna dirección, Raquel comenzó a asediar a la madre superiora con sus ruegos de buscarla.

—Nosotras las criamos —pensó Sor Soledad—, hacemos todo lo que está a nuestro alcance por estas infortunadas muchachitas carentes de padres y de hogar. Tratamos de infundirles valores cristianos. Algunas de ellas se unen a nosotras y toman el velo como novias del señor Jesús. Otras deciden abandonarnos y nosotras las preparamos lo mejor que podemos para la vida. Nos es difícil separarnos de ellas, mas nos alegramos al saber que ellas encuentran su camino.

—Lupe ya tiene veinte años y está a punto de finalizar sus estudios de enfermera práctica — continuó reflexionando. —Martina se ha convertido en una hábil costurera. Carmen nos ha informado de sus próximas nupcias.

Pero Raquel, la niña tan azotada por el destino, había logrado tocar los más recónditos rincones de su corazón. Y por primera vez desde que se había unido a las filas del Señor, se adentró en su alma la tristeza por su renuncia a la maternidad, el alto precio que había pagado por realizar su vocación.

—¿Qué será de esta niña? Se ha negado terminantemente a asistir a la escuela y no ha respondido a nuestros esfuerzos para enseñarle a leer y a escribir. El trauma que sufrió su primer día de escuela ha sido profundo. —Las demás niñas le habían contado lo que había sucedido y sor Soledad trató de convencer a la madre superiora de llevar a Raquel a un psicólogo. Mas la madre se rehusó, diciendo que eran los decretos de Dios.

Raquel depositó su muñeca sobre las ropas dobladas que ya llenaban el pequeño bolso. El vestido de la muñeca estaba ya desteñido y remendado en varias partes. Sor Franca le había

ofrecido coserle uno nuevo, pero Raquel rehusó. A Sor Soledad le parecía que la muñeca contaba con vida propia y su sola presencia consolaba y enjuagaba lágrimas. De inmediato se sacudió esos sacrílegos pensamientos.

Sofía, de diez años, entró a la sala. —¡Raquel, éste es un regalo de nosotras! —le anunció, entregándole un delantal bordado con filas de flores multicolores. —Todas lo hemos hecho. —Y añadió con los ojos arrasados en lágrimas: —¿Vendrás a visitarnos?.

Por esta vez la madre superiora la recibió sin las temibles gafas en sus ojos. —Ya está todo arreglado, Raquel. Doña Lisa te esperará en la estación del autobús de Costa Marrón. —Doña Lisa era una buena mujer cristiana que al enviudar se dedicó a arrendar habitaciones a las niñas que salían del convento, ayudándolas a dar sus primeros pasos en la ciudad.

—Hay una gran demanda de nanas, cocineras y domésticas de entre las niñas que se han educado aquí. El nombre de nuestro convento ha llegado lejos. —agregó con orgullo. Le entregó a Raquel un pequeño fajito de billetes. —Toma, Raquel. Eso es todo lo que podemos darles a las niñas que salen de aquí, mas te ayudará al principio para comprarte ropa o artículos necesarios.

—Madre superiora, yo sé que se lo he preguntado un sinnúmero de veces, pero, ¿ha sabido algo del paradero de Rosa?

Como siempre que surgía esa pregunta, la madre superiora sintió la inmensa magnitud de su culpa al separarlas. En contra de todo su buen sentido, se dejó convencer por las palabras del padre Tomás, el cura de Likanantai, que encandilado por la frecuencia de las visitas de doña Lucía a la iglesia, decía que por lo menos una de las niñas recibiría un buen hogar. Pero con eso ella pecó contra la otra niña, que ahora estaba sentada frente a ella.

—Raquel, me he dirigido a todas las escuelas de Las Palomas e incluso de Costa Marrón. He preguntado por Rosa Rubio o por Rosa Letelier. Mas no había nadie con ese nombre. He preguntado en el registro de habitantes y en la alcaldía, pero tú sabes cuáles son los tiempos en los que vivimos.

En realidad, Raquel no sabía nada de lo que sucedía fuera. Los sucesos no traspasaban los muros del convento. Allí no se sentían los cambios en la dictadura militar, que se había aflojado con los años, ni la desaparición del toque de queda ni las voces de revuelta contra el gobierno.

—El señor Letelier vendió su negocio de ferretería y su casa y la familia desapareció. Estaban muy aislados de la comunidad y casi no tenían amigos. Nadie sabía a dónde habían partido. —Su aislamiento debería haberle sonado como una señal de advertencia, pensó la madre por centésima vez. —¿Tienes propósitos de visitar Likanantai? —preguntó, para sacudirse sus sombríos pensamientos. —Desde que has llegado no has vuelto allí. Tal vez querrás visitar a tus antiguas amigas.

Al ver la expresión que se asomó al rostro de la chica, comprendió que eso era lo peor que podía decir.

—No, madre superiora. No hay nada para mí en Likanantai. —respondió Raquel. Nuevamente le vinieron a la mente los jirones de recuerdos. La arboleda, el cuerpo de mami, Flor, que se había deshecho de ellas y no vino a visitarlas ni una sola vez. El padre Tomás que le quitó a su hermana, que era la única que le quedó en el mundo, y su padre, que nadie sabía dónde estaba y todos lo culpaban del asesinato de mami. Pero Raquel sabía. Papi no mató a mami.

—Recuerda que siempre tendrás aquí un refugio. —fueron las palabras de despedida de la madre superiora.

Después que Raquel se había retirado, la madre superiora continuó sentada en su lugar. Ella tenía tanto que agregar a sus remordimientos, pero había actuado de buena fe. El cura de Likanantai le explicó que era preferible que las niñas olvidaran su pasado y comenzaran nuevamente su vida. Por lo tanto, cuando Flor, la mujer que había sido la amiga de su madre y que las había recogido al morir ella, llegó al convento una y otra vez, demandando verlas y trayéndoles regalitos, la madre superiora dio terminantes órdenes de no dejarla entrar y de no contarles a las niñas sobre su venida.

Una vez aparecieron en la entrada del convento dos mujeres, una de ellas muy delgada y vestida con pantalones de trabajo y la otra con una vaporosa túnica blanca, que la hacía parecer la novia de Cristo. Las mujeres blandían una carta de un abogado y demandaban ver a la madre superiora. Pero el padre Tomás ya le había advertido contra esas mujeres que viven en pecado contra Dios.

“Por lo menos he salvado a las niñas de ellas —pensó la madre superiora, y ese pensamiento le trajo consuelo.

\*\*\*

Un inmenso bullicio la recibió en la estación de autobuses de Costa Marrón. Los buses iban y venían, la gente se apresuraba empujándose los uno a los otros y los gritos de los vendedores que exponían su mercadería sobre alfombras en el suelo contribuían al infernal ruido.

Y fuera de la estación vio autos, escaparates de tiendas y mujeres con faldas cortas y tacones altos, que caminaban con la cabeza erguida, a diferencia de las monjas del convento.

—¿Buscas a alguien, lindura? —se la acercó un hombre, mirándola fijamente con ojos turbios. Aterrada y perdida en ese lugar, Raquel buscó un rincón en el cual pasar desapercibida. Pero gradualmente la invadió un sentimiento que hasta ese momento no conocía. —Soy libre —se dijo una y otra vez. —Ya no estoy en el convento. Todas mis decisiones son mías.

En ese momento vio a una mujer que recorría con la mirada toda la estación, como buscando a alguien. Le gustó su apariencia, con su amplio cuerpo y su calurosa mirada. Y comprendió enseguida que la mujer la buscaba a ella.

Doña Lisa la divisó. —¡Bienvenida, Raquel! —La abrazó y la besó en ambas mejillas. — ¡Vamos, mi casa se encuentra a pocos minutos caminando de aquí!

Llegaron a una vivienda cuyo portón de entrada se abría hacia un pasadizo techado que conducía a un patio cuadrado. Raquel vio varias puertas y ventanas saliendo a ese patio.

—Esa será la tuya. —Doña Lisa le mostró una habitación a la izquierda del patio. —Después de que te instales, ven a la cocina y hablaremos.

Por primera vez en su vida, Raquel se encontró en un cuarto exclusivamente suyo. Había en él un lecho, un armario, una mesa con su silla y un tocador. La ventana se abría hacia la calle. Al verla, la invadió la fugaz memoria de otra ventana. Se apresuró a sacar del bolso su muñequita y la colocó sobre la mesa. A su lado depositó el retrato que había recibido de tía Flor el día que abandonó su hogar.

La habitación cesó de ser extraña.

En la cocina, doña Lisa le sirvió un té con una torta.

—Las chicas la han horneado en tu honor. —le dijo—. Contándote, tenemos cinco inquilinas. Ya las verás. Aún se encuentran en sus respectivos trabajos.

—Doña Lisa, ¿han llegado demandas de alguien que cuide niños? Eso es lo que más me gustaría hacer.

Doña Lisa negó con la cabeza. —Ya lo sé. La madre superiora me informó de lo maravillosa que has sido con las pequeñas en el convento. Mas lo siento, por el momento lo único que puedo ofrecerte es un puesto de ayudante de cocina en la mansión de una adinerada familia aquí, en Costa Marrón. Ellos reciben muchas visitas, el trabajo es pesado y me temo que el salario no es mucho.

Raquel entró al cuarto de baño que estaba a disposición de las inquilinas. Sus ojos se fijaron de inmediato en la llave que estaba puesta en la cerradura de la puerta. Entregada al nuevo placer de estar en un sitio privado, se desvistió por completo y contempló su desnudo cuerpo en el gran espejo que había sobre el lavamanos. En el convento solo contaban con un pequeño espejo colgado a la altura de la cabeza, destinado a ayudarlas a ponerse la toca derecha.

—Esta extraña mujer soy yo —se dijo. Examinó su esbelto cuerpo, con sus pechos llenos y su vello púbico. Le vino a la mente la memoria, ya borrosa, de Clara y de Lucrecia en el fundo, vestidas parcamente. —¿Es nuestro cuerpo un pecado como dicen las monjas? —se preguntó. —Pero hemos sido hechos a imagen de Dios. ¿Por qué debemos de avergonzarnos de él?

Raquel casi no reconoció a Lupe, con su cabello de mechadas rubias y sus apretados pantalones tejanos. Martina lucía una minifalda negra y estaba maquillada con profusión. Todas la recibieron calurosamente, ofreciéndole pequeños regalitos.

—Toma, Raquel, Este es un estupendo jabón de baño. —le dijo Lupe. —Y cuando quieras te enseñaré a aplicarte los polvos y el carmín de labios.

—Te coseré una falda. —le prometió Martina, observando las largas piernas de Raquel.

Raquel se durmió mecida por el ronroneo del tráfico de la ciudad sin comprender cómo había dado su vida una vuelta tan completa en solo veinticuatro horas .

\*\*\*

### **31 de diciembre de 1990**

Raquel estaba recostada sobre su lecho, los doloridos pies reposando sobre una almohada. Docenas de personas estaban invitadas esa noche a celebrar el Año Nuevo en la mansión de la familia Martínez y ella había estado de pie durante diez horas. Amasó la masa de las empanadas, peló toneladas de patatas y desplumó patos, todo bajo la mirada desaprobadora de Lucinda, la cocinera principal.

—Raquel, me he enterado que hoy cumples diecisiete años. Te hice una torta. —Carmencita irrumpió en la habitación como un tornado, como era su costumbre. Carmencita era una chica alegre y de buen corazón, huérfana de madre, que trabajaba en las oficinas de la mina de cobre. Su padre acostumbraba a golpearla al emborracharse y ella huyó de su casa después que él trató una noche de introducirse en su cama. Pero su difícil infancia no la dejó amargada ni cínica.

Desde el primer momento en que Raquel llegó a casa de doña Lisa, Carmencita la había tomado bajo su protección. Como un bebé recién nacido, debió aprender todo lo necesario para manejarse en la vida fuera del convento, desde el valor del dinero hasta la compra de accesorios femeninos íntimos que en el convento no se conocían. Ella debió aprender a desenvolverse en las calles de la ciudad y a encontrar y reconocer las calles cuyos nombres no podía leer.

Carmencita la acompañó a comprarse ropa. —Prueba esta minifalda, te verás estupenda en ella con tus largas piernas. —le dijo la dependienta. Y Carmencita agregó con un dejo de envidia: —Desearía tener tu cuerpo. —Raquel descubrió el placer de vestir prendas íntimas hermosas y acariciantes, mas se sentía desnuda al salir a la calle con minifalda y con las piernas desprovistas de las gruesas medias del convento.

—Raquel, sin excusas. —la exhortó Carmencita. —Debes venir con nosotros a la fiesta. Ya no estás en el convento. Debes empezar a salir. Ven con Ricardo y conmigo.

Ricardo era el novio de Carmencita. En general, doña Lisa guardaba celosamente a sus niñas, como las llamaba, y los jóvenes que salían con ellas tenían prohibido entrar a sus habitaciones y eran sometidos a un riguroso interrogatorio antes de recibir su beneplácito.

Raquel sintió que el pánico se apoderaba de ella. Los años pasados entre los muros del convento no la habían preparado para encuentros con jóvenes del sexo opuesto. Le era más cómodo refugiarse en la cocina de la familia Martínez. Por lo tanto, comenzó a enumerar diferentes excusas a los oídos de Carmencita: no tiene ropa apropiada, no sabe bailar, ni sabe cómo mantener una conversación con chicos.

—Te prestaré un vestido. Te verás fabulosa. —Carmencita rebatió todos sus argumentos. —Y no hay necesidad de saber bailar. Solo te mueves con la música. —Le demostró sus movimientos, que en el fondo no eran distintos de los bailes que acostumbraban a improvisar en la sala de dormir del convento cuando estaban seguras de que las monjas ya se habían retirado.

Pero Raquel no podía confiar a Carmencita la verdadera razón de su repugnancia a ir. La fiesta estaba programada a efectuarse en la plaza de Likanantai.

La dirección de la mina no había reparado en gastos para celebrar como era debido no solo el nuevo año, sino además el fin de la larga pesadilla que había sido la dictadura militar.

El pueblo había votado en el plebiscito que la democracia volviera a Chile. Todo el país se vistió de fiesta. En todas partes había letreros con las fotos de los candidatos a la presidencia, que serían elegidos libremente por primera vez en veinte años.

Raquel ya había oído los planes para trasladar las residencias de los mineros y sus familias a las afueras de Costa Marrón y ya se veían las señales de la nueva construcción de lo que ya todos se referían como el Nuevo Likanantai. Pero el antiguo pueblo aún existía y, con él, la tradición de los bailes del Año Nuevo.

El solo sonido de la palabra Likanantai le provocaba escalofríos. La iglesia seguramente aún está allí y el padre Tomás, el cura que le arrebató a Rosa, también sigue en su lugar. Las monjas le habían enseñado que el rencor era un sentimiento poco cristiano. Mas a Raquel le era difícil perdonarle. En los ocho años que permaneció en el convento, se negó a verlo cada una de las veces que fue a visitarla.

En una calle cercana a la plaza se encuentra su casa. Desde el momento en que descubrió el cuerpo sin vida de su madre y Flor las recogió en la suya, no les fue permitida a Rosa y a ella la entrada. Ella le rogó a Flor ir a buscar la muñequita que había sido de mami y el álbum de fotos de abuelo, pero Flor meneó la cabeza tristemente: —Lo siento, Raquel. El soldado que hace guardia ante la puerta no deja acercarse a nadie. —Seguramente el huerto de mami estaba completamente seco.

Flor se olvidó de ellas en el mismo momento en que Sor Jacinta se las llevó. Raquel pensó, con amargura, en el inmenso alivio que seguramente sintió al sacudirse de encima tal responsabilidad.

Y por último, Raquel reflexionó sobre el soldado de azules ojos y carnosos labios que estaba siempre apostado en la calle lateral. Siempre sintió que su presencia era un mal augurio.

En las afueras del pueblo estaba la cancha de fútbol. Papi le había contado que él la construyó con sus propias manos, limpiando piedra por piedra. Y ni uno de los niños que él entrenaba con dedicación y cariño, ni sus padres, que él tanto había ayudado, se levantó para defenderlo cuando los rumores lo acusaban de haber asesinado a mami.

—Papi —pensó con ternura. —¿Dónde estás? Nunca creeré en los rumores ni en las acusaciones.

Y de pronto, contra todas las posibilidades, le vino a la mente un pensamiento. Tal vez Rosa vendrá a esta fiesta. Y su corazón se llenó de esperanza. Trató de apagar el recuerdo de la última frase que su hermana le había gritado al verse obligada a abandonar la casa de doña Luisa y dejar allí a su hermanita: —¡Otra vez me dejas aquí! ¡Te odio, Raquel!

—Iré —decidió. —No tengo de qué temer.

\*\*\*

### Likanantai, fiesta de Año Nuevo. 1990 — 1991

Durante el camino a Likanantai, Raquel examinaba desde del auto de Ricardo cada piedra, cada señal, tratando inútilmente de reconocer el camino que Rosa y ella habían recorrido con Sor Jacinta hacía ya cerca de diez años. Pero todo estaba cambiado. El árido desierto estaba cediendo a los impulsos de la construcción.

Entraron a Likanantai después de la puesta del sol. Todo el pueblo estaba iluminado con luces multicolores y decorado con banderas y los árboles de Navidad habían sido dejados en sus lugares, contribuyendo al ambiente festivo. Con gran alivio, Raquel sintió que entraba a un lugar extraño. Nada de lo que veía le recordaba a su niñez.

Carmencita y Ricardo inmediatamente se mezclaron con los bailarines y Raquel quedó allí, sola entre la multitud que llenaba la plaza, sintiéndose un poco sola pero segura de su anonimato.

Alguien la arrastró a unirse a los bailarines y Raquel descubrió el placer de moverse al son de la música. Sin haber consumido una gota de alcohol, se sintió embriagada por la sensación de libertad. Exactamente como se había sentido en la estación de Costa Marrón al salir del convento, hacía ya un año y medio.

Durante un instante su corazón le dio un vuelco. Detrás de las mesas del espléndido bufet percibió a tía Flor, ocupada en llenar los platos de manjares. Se veía distinta, mas era la misma Flor. Los años solo habían hecho resaltar su belleza. Tío Luis, con su cabellera surcada de hilos de plata, estaba a su lado ayudándola.

—No quiero que me vea —pensó. De inmediato se tranquilizó. Al mirarse en el espejo de su habitación, Raquel casi no se reconoció con el blanco minivestido que su amiga le prestó. Y Carmencita la había maquillado y arregló su frondosa cabellera negra en una elegante trenza francesa.

—Han pasado ya diez años, pensó. —Tía Flor ya nos ha olvidado, a Rosa y a mí.

Raquel divisó al padre Tomás en la puerta de su casa, siempre en guardia para impedir cualquier conducta inapropiada ya que el vino tinto se servía como si fuera agua. Pero él tampoco la podría reconocer, al igual que todos los demás habitantes de Likanantai, que habían sido los amigos de su padre y lo abandonaron.

Se acercaba la medianoche. Y entre el bullicio de la música que salía de los parlantes, escuchó de pronto la voz de mami, que salía de su propio cuerpo.

—Raquel, aquí, en este mismo lugar, y segundos antes de medianoche, tu padre se me acercó. Yo tenía exactamente tu edad.

Cerró los ojos, como si estuviera esperando algo.

Al abrirlos, se encontró frente a un hermoso joven alto y vestido con camisa y pantalones tejanos y botas altas. No era un adolescente, sino un hombre de unos treinta años.

—Soy Diego. —le dijo.

—Así se conocieron papi y mami —pensó Raquel. —No puede ser coincidencia. Es el destino.

Comenzó la cuenta hacia atrás, diez, nueve, ocho, hasta que se apagaron las luces en el momento de entrar el año nuevo. Él besó sus labios con suavidad, y ella trató de ignorar el olor a alcohol de su aliento. Ella vio las miradas de envidia de las demás chicas.

Raquel rehusó cortésmente las ofertas de él de traerle bebidas y vio con incipiente alarma cómo él apuraba copa tras copa. Bailaron juntos durante horas. Era muy difícil mantener una conversación por la bulliciosa música.

Al amanecer, los festejantes comenzaron a dispersarse y Raquel buscó a Carmencita y a Ricardo.

—Te llevaré de vuelta a Costa Marrón. —le dijo Diego, y ella decidió ignorar la pequeña lucecita de advertencia que ardía en su mente. Las monjas solían hablar de los hombres y de sus intenciones hacia las chicas. Pero las monjas no conocían a Diego, y ella no encontraba a Carmencita por ningún lado. Y subió al auto de él.

Ya en los primeros segundos del viaje Raquel se arrepintió. Un fuerte tufó a alcohol llenaba todo el vehículo y, mientras manejaba, Diego bebía vino de una botella. El automóvil zigzagueaba por el camino que, afortunadamente, estaba desierto. La mayoría de los festejantes, antes de manejar bajo la influencia del alcohol, habían optado por quedarse a dormir sobre las esterillas que el padre Tomás extendió sobre la plaza.

—Santa María y Niño Jesús —rezó Raquel calladamente. —Que termine esta pesadilla y lleguemos ya a Costa Marrón. —Diego ya había perdido todo su encanto ante sus ojos.

Tratando de evitar que bebiera más, intentó entablar una conversación con él. Le preguntó de dónde era, y Diego, hablando confusamente, le contó que había nacido en Likanantai pero abandonó el pueblo hacía ya unos doce años. Ahora había venido solamente para sacar de casa de sus padres, que ya no vivían, todas las pertenencias de ellos antes de que la destruyeran.

—¿Dónde estaba la casa de tus padres? —le preguntó.

Él no lograba acordarse del nombre de la calle y solamente después de que había evitado por unos centímetros embestir un poste de electricidad, lo recordó.

—¡Nosotros éramos vecinos! —exclamó Raquel. —¡Nuestra casa estaba enfrente a la de ustedes! ¡Soy Raquel Rubio!

Diego frenó con brusquedad. —¿Eres la hija de Rodolfo Rubio, el futbolista?

Solo el cinturón de seguridad impidió que Raquel saliera disparada por la ventana. —Sí, Diego —balbuceó.

Las casas de Costa Marrón ya se veían en el horizonte. Con súbita decisión, Raquel abrió el cinturón y se apeó del auto.

—Continuaré a pie. Gracias por haberme llevado. —Y partió en dirección a la ciudad.

—¿Dónde crees que vas? ¡A mí no me abandona nadie! ¡Eres solo la hija de un asesino! Seguramente eres una puta. ¡Ahora recibirás tu merecido!

Diego la agarró por detrás y la arrastró hacia las dunas del borde del camino y allí la arrojó con violencia sobre ellas y se le lanzó encima.

A pesar de su embriaguez, tenía una fuerza hercúlea. Raquel no podía creer que esas eran las mismas manos que la habían abrazado al bailar apenas unas horas antes. La abofeteó repetidas veces, le arrebató la ropa y en segundos estaba dentro de ella.

El dolor era insoportable. Ella trató de mirarlo a los ojos para implorarle que parara, pero los ojos que veía a centímetros de los suyos no eran humanos, sino de una criatura de otro mundo. Él

era sordo a sus súplicas, como si ella no existiera. Cuando terminó, se dio vuelta, quedando acostado en la arena, roncando.

Con sus entrañas rotas y con sangre corriendo entre sus piernas, Raquel se levantó haciendo acopio de todo resto de fuerza que le quedaba. Cubriéndose lo mejor que podía con sus ropas hechas harapos comenzó a andar, cojeando, hacia las luces de Costa Marrón. Sintió el ruido de un motor de automóvil y se escondió entre las dunas, rezando para que Diego no la viera.

Raquel nunca comprendió de dónde había recibido las fuerzas para seguir caminando. Cuando la mañana ya había llegado, entró al hogar de doña Lisa y se dirigió directamente al cuarto de baño.

Después de un largo rato, doña Lisa golpeó la puerta. —¿Quién está aquí? ¡No quedará agua caliente para las demás!

Asustada al no recibir respuesta y escuchando el agua que seguía corriendo, trató de abrir la puerta, que para su alivio no estaba cerrada con llave. Encontró a Raquel hecha un ovillo en un rincón de la ducha.

—¿Raquel, qué te ha pasado? —le preguntó.

Raquel no respondió. Doña Lisa la levantó, la envolvió en una toalla y la trasladó a su habitación, arrojándola en su lecho. Solo entonces vio su ojo y su labio.

—¿Quién te hizo esto, hija? —Y al ver la sangre que aún fluía de entre sus piernas, gritó, furiosa. —¡Llamaré a la policía!

—¡No, por favor, doña Lisa! ¡Él ya está lejos de aquí! ¡Sin policía! —imploró Raquel.

Doña Lisa también tenía reticencias en cuanto a involucrar a las autoridades. Los días del terror aún no habían finalizado formalmente y todos trataban de alejarse lo más posible de la policía. Y para la muchacha inocente y virgen, que había pasado su infancia en el convento, hablar sobre lo que le había sucedido era inadmisibile.

—¡Me siento sucia! —sollozaba Raquel. Mas no se sentía capaz de confesar, incluso a esa buena mujer, que las palabras de Diego, “¡Eres la hija de un asesino! —le dolían aún más que el brutal acto que él cometió.

Carmencita irrumpió en la habitación. —¡Raquel, gracias a Jesús y María que has llegado a casa! ¡Te hemos buscado por todas partes! ¡Decidimos quedarnos allí hasta la mañana porque Ricardo había tomado unas copas y no quiso conducir!

Calló de súbito al ver el rostro de su amiga y la expresión de reproche de doña Lisa, y estalló en llanto.

—¡Doña Lisa, se lo juro, toda la noche he estado tratando de cuidarla! ¡Pero había tanta gente! ¡Ella se veía feliz, bailaba con entusiasmo! ¡Yo estaba segura que había encontrado a sus amigos de infancia de Likanantai!

Doña Lisa no podía continuar culpando a Carmencita sin reconocer su parte de culpa. Nunca debió permitirle a esa inocente muchachita, que no tenía ninguna experiencia con el sexo opuesto, ir al baile. Mas el terrible crimen ya había sido cometido. Y ahora lo único importante era ayudar a Raquel.

Raquel se negó terminantemente a ser examinada por un médico y doña Lisa encontró una doctora de modales suaves y amables en Las Palomas, la ciudad vecina. Las heridas físicas sanaron. Pero ella ya no volvió a trabajar para la familia Martínez y pasaba los días encerrada en su cuarto.

Las demás chicas se desvivían por consolarla. Ellas comprendían la razón por la cual Raquel se encerraba durante horas en el cuarto de baño, frotándose todo el cuerpo con agua jabonosa. Le preparaban sus manjares favoritos, que ella no tocaba, y se sentaban junto a su lecho, diciéndole palabras de estímulo. Al cabo de diez días, al recibir Raquel su menstruación y la noticia de que no había contraído ninguna enfermedad venérea, toda la pensión respiró con alivio.

Hacía ya un mes desde esa terrible noche. Y una mañana, Raquel apareció en la cocina después de que las demás ya habían salido a sus respectivos trabajos.

Doña Lisa apreció de inmediato el cambio que había en ella. La expresión de animalito perseguido había desaparecido y su rostro se veía plácido. Se sentó en la mesa con gran calma.

—Doña Lisa, me he decidido. No puedo seguir viviendo aquí. Debo alejarme lo más posible. ¡Likanantai es un lugar maldito para mí! Yo debería haber escuchado a mi corazón, que me decía que no volviera a ese lugar. Aquí ya todos han decidido que yo soy la hija de un asesino. ¡Tal vez me lo merecía!

Doña Lisa sabía, como todos en Costa Marrón, de la tragedia de la familia Rubio. Y nuevamente la asaltaron los remordimientos por haberle permitido asistir a esa fiesta.

—Raquel, tú has sido la víctima de ese espantoso crimen que cometió alguien que no es digno de ser miembro de la raza humana. ¡Recuerda siempre que no ha sido tu culpa! —Doña Lisa acarició con ternura la delgada mano que estaba sobre la mesa.

—Doña Lisa, eso ya no es importante. Lo único que me ataba aquí era la esperanza de encontrar algún día a mi hermanita Rosa. Mas Rosa ha desaparecido y yo debo pensar en mi futuro. Debo ir a un lugar al cual no ha llegado el nombre de Rodolfo Rubio.

Doña Lisa quedó pensativa.

—Raquel, tengo una idea. A veces me llegan peticiones desde todo el país de familias buscando ayuda doméstica. Recién he recibido una de Valparaíso. Si lo deseas, te recomendaré. Allí podrás comenzar una nueva vida.

El nombre Valparaíso no le era conocido a Raquel y doña Lisa le explicó que era el principal puerto de Chile. Para llegar a él debía viajar casi un día entero en autobús. —Es tan lejos que allí nadie me conocerá —pensó. —Y viviré al lado del mar. —Nunca lo había visto.

Todo fue arreglado con rapidez y pocos días después doña Lisa contemplaba al autobús que se alejaba. En su corazón les pidió a Jesús y María velar por esa desgraciada muchachita. Y mientras agitaba la mano despidiéndose de esa buena mujer, Raquel hizo en su corazón un voto: jamás volverá a poner un pie en el maldito Likanantai. Y durante todo el día que pasó sentada en el incómodo autobús, decidió cortar todos sus lazos con el pasado. Incluso con doña Lisa, que había sido para ella como una madre, y con las monjas, que la habían criado con dedicación.

Desde el momento en que llegó a la mansión de la familia Collado, Raquel trató de no pensar en nada excepto su trabajo. Incluso si lo hubiera deseado, no le quedaban fuerzas. La dama de la casa, como exigió que Raquel la llamara, se preocupaba de que la chica estuviera ocupada de sol a sol e incluso más. —¡Limpia aquí, barre allí, sirve el almuerzo, esta noche tenemos veinte invitados!

Era costumbre de la dama arrojar observaciones sarcásticas a la servidumbre.

—¡Tonta de remate! Primero va el tenedor pequeño. ¿De dónde has salido, de la selva?—, se burlaba, sin molestarse en decir una palabra de aprecio sobre el trabajo bien hecho.

A Raquel no le importaba. Ella prefería trabajar el día entero y no salir a las calles de la

inmensa ciudad, que la asustaba. Ella se movía dentro de una gruesa nube que le impedía pensar y le alejaba el dolor y la humillación que había sufrido.

Hasta que sucedió lo que estaba destinado a cambiar todo su futuro.

Irma, el ama de llaves de la mansión, acostumbraba a parlotear mientras tomaban el té en sus breves momentos de reposo. A través de ella Raquel se enteró de la joven pareja que vivía en la vecindad y que tenían una preciosa niña de dos años. La pareja estaba a punto de trasladarse a Santiago, donde abrirían una pequeña fábrica de tejidos.

—Son judíos, pero no son mala gente. —le dijo—. Según la sirvienta de ellos, la tratan muy bien y le pagan un salario generoso. Y la niña es un encanto. Pero ellos no han conseguido aún una nana. Las muchachas temen entrar a servir en casa de judíos.

En Costa Marrón había solamente dos familias pertenecientes a esa religión: un médico y un ingeniero de la mina. Raquel había escuchado a gente comentar que los judíos habían crucificado al señor Jesucristo y que bebían sangre de niños cristianos. Pero las monjas del convento no se unían a esos rumores. Ellas decían que cada persona estaba hecha a la efigie de Dios.

Llena de curiosidad, Raquel comenzó a seguir con la mirada a la joven madre cuando esta pasaba ante la casa empujando el cochecito de su hija, de camino al parque de juegos. Vio que se detenía varias veces para acariciar su carita, murmurándole al oído con una tierna expresión. Algo en esa madre y esa hija la conmovió profundamente.

Un día, Raquel pidió permiso a Irma para salir un poco. Irma se alegró. Esta muchachita solo trabaja y trabaja, absorbiendo los insultos de la dama de la casa, sin salir nunca a tomar un poco de aire. —Anda a pasear por la orilla del mar —le recomendó. Pero Raquel partió al parque de juegos.

La joven madre estaba sentada en un banco, meciendo dulcemente a la niña en sus brazos y cantándole en un idioma desconocido. Raquel hizo acopio de toda su valentía y se sentó a su lado.

La niña abrió los ojos y contempló a Raquel. La sonrisa que iluminó su pequeño rostro le llegó directamente al corazón. La pequeña tendió los brazos, como invitándola a tomarla. Y en ese momento estalló en ella toda su soledad y su nostalgia por Rosa, su hermanita.

La madre, que no era mucho más adulta que Raquel, sonrió. —Generalmente es tímida con los extraños —dijo. —Por lo visto, la has conquistado. Se llama Sarita.

Raquel tomó la costumbre de ir al parque día a día, como por un tácito acuerdo con la madre. Los ojos de la niña brillaban al atisbar a Raquel y de inmediato le tendía los bracitos. De forma gradual, Raquel comenzó a ocuparse de la pequeña Sarita, llevándola a los columpios y los balancines, bajo la mirada atenta de la madre. Le rogó que le permitiera darle la merienda que ella había llevado.

—Raquel, Irma nos ha hablado de ti, elogiando tu buen carácter y tu diligencia. Y Sarita te ha tomado cariño. —le dijo un día la madre, y agregó, suspirando. —Ojalá pudiéramos encontrar a alguien como tú para ayudarnos en Santiago. Yo deberé trabajar al lado de mi marido durante todo el día.

El corazón de Raquel amenazó con salirse de su pecho y las palabras salieron de sus labios antes que se diera cuenta de ellas: —Señora, si usted busca una nana, estoy dispuesta.

Después de una semana, doña Lisa, extrañada por no haber tenido ninguna noticia de Raquel, llamó a la mansión de la familia Collado. La dama de la casa contestó en persona: —¡No, esa perezosa ya no está aquí! No sé dónde está ni me importa. ¡Todas son iguales! Les doy casa,

comida, les enseñó cómo se debe trabajar y las malagradecidas se van. Ahora deberé encontrar otra —y cortó la comunicación. Ella nunca estaría dispuesta a reconocer ante nadie que la muchacha había preferido a esos judíos antes que a su familia, perteneciente a la antigua aristocracia española.

Así, al continuar las preocupadas llamadas preguntando por Raquel, la dama de la casa continuó negando saber su destino, hasta que las llamadas cesaron.

Inmersa en su nueva vida en Santiago y decidida a cortar todos los lazos con su pasado, Raquel no informó sobre su dirección a doña Lisa ni a las monjas. Por lo tanto, no hubo ninguna manera de comunicarle que su hermana había llegado y la buscaba.

\*\*\*

### Las Palomas, Viña del Mar, El Convento de las Carmelitas, 1981 a 1992

La mujer la acostó en la inmensa cama, apagó la luz y salió de la habitación. Aterrada, Rosa buscó sentir los brazos de su hermana alrededor de su cuerpo, mas esos eran los brazos que no habían impedido que la mujer se la llevara. Entonces Rosa le gritó: —¡Te odio, Raquel! —Pero eso no era verdad.

La mujer le había ordenado llamarla mamá. Pero ella ya tiene una madre, que todos dicen que está en el paraíso. Allí, en casa de tía Flor, escuchó a la gente diciendo que papá la había matado. Ella no comprendía. Papá ama a mamá.

La sombra de la mujer apareció en el umbral de la puerta. —¡Silencio, niña! ¡A dormir! ¡No llores más!

Al final, cayó en un inquieto sueño, abrazada a su muñeca. Al despertar sintió la humedad. Otra vez se había mojado en su sueño.

—¡Esa es tu mala sangre! —le dijo la mujer en la mañana, enojada al ver la cama mojada. — ¡Como la de tu padre! ¡Tienes que purificarla! —Y la obligó a rezar de rodillas. —Te compraré una muñeca nueva y botaremos la vieja. Está sucia.

Raquel vino a visitarla. Rosa le mostró su nueva muñeca y Raquel buscó a la mujer y le gritó: —¡Que no te atrevas a botar esta muñeca! ¡Abuelo se la regaló!. —Parecía que la mujer, a la cual Rosa ya consintió en llamarla madre Lucía, le temía a su hermana, porque no habló más de botarla.

Al día siguiente de la visita de Raquel, madre Lucía le comunicó que ellos iban a ir a vivir a un lugar nuevo, lejos de allí. Rosa le preguntó si Raquel vendría con ellos, pero madre Lucía continuó empacando sin responder.

Llevaban ya un tiempo en su nueva casa, en un lugar que se llamaba Viña del Mar, cuando una noche don Jorge, el marido de madre Lucía, entró a su cuarto en medio de la noche y se introdujo a su lecho. Comenzó a acariciarla y a murmurarle palabras cariñosas al oído. En un principio, Rosa se alegró porque madre Lucía nunca la abrazaba ni la besaba, solo hablaba de su mala sangre y la obligaba a rezar de rodillas.

Pero después don Jorge le levantó el camisón de dormir y pasó sus manos por los lugares secretos de ella, diciéndole que ella era su princesita. Su aliento era hediondo y Rosa, sin comprender qué estaba haciendo, no sabía qué hacer.

De pronto apareció la silueta de madre Lucía en el umbral. Don Jorge saltó de la cama y huyó, abotonándose los pantalones del pijama.

—¡Yo sabía que tu mala sangre se apoderaría de ti! ¡Has nacido pecadora y morirás pecadora! —le espetó.

Don Jorge falleció a los pocos años y Rosa y madre Lucía quedaron solas.

Durante los primeros años que pasó en casa de madre Lucía, Rosa se esmeraba en complacerla, con la esperanza de no oír más de sus labios las palabras 'mala sangre'. Pero ella las

repetía todo el tiempo, especialmente al volver de la iglesia, a la cual iba todos los días. Siempre había algo que no había hecho bien, alguna falta, y a Rosa le parecía que madre Lucía vivía para esos momentos.

Rosa nunca olvidó el grito que se escapó de los labios de madre Lucía al entrar un día a su cuarto, cuando ya había cumplido los quince años, y encontrarla desnuda frente al espejo. Pero madre Lucía no debía haber entrado sin golpear. Ese era su cuarto. Y al contemplarse admiraba su belleza, con sus rosadas mejillas, sus negros ojos, sus abundantes rizos negros que le rodeaban el rostro como un halo y su femenino y desarrollado cuerpo. Desde que eran pequeñas, Raquel siempre le decía que ella era la más hermosa de las dos. Donde se dirigía recibía miradas y piropos, que le daban a entender que su hermosura le daba poder sobre el sexo opuesto.

Entre su madre adoptiva y ella ya casi no se intercambiaban palabras y reinaba en la casa un silencio sepulcral. Le parecía a Rosa que madre Lucía había perdido las esperanzas de corregir su 'mala sangre' y hacía todo lo posible por evitar encontrarse con ella. Incluso cuando Rosa le sacaba dinero de la cartera para comprarse ropa, ella solo se encogía de hombros, como contenta de haber recibido otra prueba de su mala sangre.

Rosa dejó de asistir a la escuela, considerándola terriblemente aburrida, y comenzó a vestirse de forma provocativa, con faldas cortísimas y blusas reveladoras y un pesado maquillaje.

Dormía durante todo el día y al anochecer se escurría de casa, yendo con un grupo a las nuevas discotecas. Bebía cerveza sin gustarle el sabor, porque todos lo hacían. Si uno de los muchachos le gustaba, se dirigía con él a la desierta playa, frente a los hoteles, y si estaba con ánimo, se entregaba a él sobre la caliente arena, buscando inconscientemente en la proximidad de sus cuerpos las caricias que no había recibido durante sus años con madre Lucía. Pero nunca lo conseguía.

Un sentido de sobrevivencia, que no sabía de dónde venía, la llevaba a obligarlo a usar preservativos y volvía a casa después de amanecer, cuando madre Lucía ya había salido rumbo a la iglesia.

A medida que pasaban los años, sus recuerdos de Raquel y de mami y papi se iban haciendo borrosos. No contaba con ningún retrato de ellos. A veces, en sus sueños, ella tendía los brazos a mami, que en vez de abrazarla y besarla la llevaba a la ventana y la arrojaba fuera. Y al despertar, Rosa comprendía que ese no era un sueño sino un recuerdo. Eso había sucedido la noche que mami fue asesinada y el mundo de ella y de Raquel llegó a su fin, siendo reemplazado por otro mundo que era una pesadilla sin fin. Ahora comprendía que nada había sido culpa de Raquel, ni la pérdida de mami ni el haber sido arrancada de ella por madre Lucía. Pero ya era demasiado tarde. Raquel estaba perdida para ella.

\*\*\*

Esa noche, Rosa había besado a su muñequita, que ya estaba totalmente andrajosa, y estaba en un bar, preparada para pasar otra espantosa noche. Mas al entrar Hugo al bar, todos los demás dejaron de existir para ella.

Él se acercó a ella, arrastró una silla y se sentó a horcajadas. No era un joven adolescente sino un hombre hecho y derecho de unos treinta años, alto y musculoso, tostado, con rizos negros con matices rubios, ojos verdes y un hoyuelo en la mejilla derecha. En su cuello colgaban numerosas cadenas de oro.

Hugo contaba con dinero y la encandiló con su generosidad. No la llevó a la playa sino al lujoso hotel del casino, y antes de hacerle el amor sacó del bolsillo un paquetito que contenía un polvo blanco, una hoja de afeitar y una pajita. La enseñó a aspirar el 'cóctel de la pasión' como lo llamó. Ella sentía que se deslizaba por las nubes. El amor con Hugo era fabuloso. Nunca había llegado a tales cumbres de pasión. En su paroxismo, olvidó exigirle a Hugo que usara preservativos.

Después de un tiempo, Hugo le propuso vivir con él. —Tengo una hermosa casa. Tú serás la reina —le dijo. Y con una valija llena de hermosos vestidos y su muñequita en las manos, Rosa abandonó, sin mirar atrás, el hogar en el cual había vivido diez años. Madre Lucía no le preguntó dónde se dirigía.

Hugo la esperaba en un automóvil grande y lujoso. Rosa se había vestido con unos gastados tejanos y una vieja camisa, los cabellos recogidos y sin maquillaje, preparada para el trabajo de desempaquetar su valija en casa de Hugo. Pero él, sin hablar, le dirigió una mirada de desaprobación. Al preguntarle dónde quedaba su casa, él no le contestó. Sin sus dulces palabras, se veía distinto y la asustó un poco.

Salieron de la ciudad y llegaron a un barrio pobre, la mayoría de cuyas casas estaban ya deshabitadas desde que el gobierno había construido las nuevas poblaciones. Se detuvo frente a una casa que parecía abandonada. —¿Es aquí, Hugo? —le preguntó extrañada. Al ver la expresión del rostro de él, comprendió que era preferible callar.

Él introdujo su valija a una habitación cuyo suelo estaba terriblemente sucio. Numerosas cucarachas se escurrían libremente por todas partes. Tres desvencijadas camas con los colchones llenos de chinches eran el único mobiliario.

En la habitación había dos muchachas de su misma edad, pero que se veían ancianas. Ellas la miraron con indiferencia. —¿Esa es la nueva? —preguntó una de ellas.

—¡Ayúdenla a prepararse! Vendré a buscarlas al atardecer. —les dijo Hugo y partió de allí, después de darle a cada una un paquetito con el polvo blanco.

La segunda chica se acercó a ella. El grueso maquillaje que llevaba no conseguía disimular su ojo izquierdo amoratado y casi cerrado. Rosa se estremeció al darse cuenta que las dos chicas estaban vestidas exactamente como ella acostumbraba vestir en las noches, al salir a los bares.

El cuarto de baño estaba aún en peor estado que la habitación. El lavatorio estaba tapado y emanaba de allí un espantoso tufo. Rosa pensó en la casa de madre Lucía, siempre reluciente, y en su mullida cama.

—Apúrate, vístete ya, él vendrá dentro de poco. —le llegó la voz de la otra chica.

—Estoy exactamente en el lugar que merezco por mi mala sangre —le vino el pensamiento. Y fue allí, en ese inmundo lugar, parada y abrazando su muñeca, cuando escuchó por primera vez la voz. —Rosa, no, tú mereces algo mejor —le decía. —No te rindas.

Rosa salió del cuarto de baño y corrió fuera de la casa, dejando allá su maleta y apretando su muñequita de porcelana con su rosado vestidito. Sacó de su bolsillo el paquete con el polvo y lo arrojó al alcantarillado. No sabía dónde estaba, solo corrió y corrió hasta llegar a una parada de autobuses. Subió al primero que llegó, cuyo destino era Santiago, la capital del país.

Después de dos horas, el autobús llegó a Santiago. La estación estaba llena de tipos que le recordaban a Hugo, con la misma sonrisa de animal feroz que acecha a su presa. Al bajar, el chofer le dijo: —Niña, cuide sus bolsillos y esconda la cadenita que lleva al cuello.

Ya casi no le quedaba dinero. Vio un letrado que decía 'Casa de empeños'. Dentro, el hombre, que parecía recién salido de una cárcel, le dio la décima parte del valor de su collar, su pulsera y su anillo.

Anochece y ella no sabía qué hacer. De pronto, sus ojos se fijaron en el letrado que anunciaba las próximas salidas. En la tercera fila leyó 'Las Palomas'. Para ella, esa era una señal del cielo. Las Palomas era la ciudad a la cual madre Lucía la había llevado luego de sacarla del convento y separarla de su hermana. El convento estaba en las afueras de la ciudad.

El billete del autobús acabó con casi todo su dinero. El viaje duró toda la noche y ya era de mediodía cuando llegó. La estación de Las Palomas era pequeña y se veía inofensiva después de la de Santiago. Rosa preguntó por direcciones hacia el convento, y después de caminar durante horas llegó ante el pesado portón.

—¿Sí, hija, a quién buscas? —le preguntó con amabilidad la monja que respondió a su llamada a la puerta. Mas Rosa, agotada, hambrienta y sedienta, ya no era capaz de hablar. La monja la introdujo a la cocina y le trajo té y unos emparedados que le recordaron su infancia y le repusieron un tanto las fuerzas.

—Busco a Raquel. —consiguió decir, sin lograr, a pesar de esforzarse, recordar cuál había sido su apellido antes de que madre Lucía se lo cambiara por Letelier.

—Espera, niña. Llamaré a Sor Soledad, ella lleva aquí más tiempo que yo.

El rostro de Sor Soledad expresaba tanta bondad que Rosa sintió el impulso de sentarse en su regazo y entregarse a sus consuelos. De pronto recordó. Sor Soledad era la encargada de las niñas pequeñas cuando Raquel y ella llegaron al convento. Y la nube que ensombrecía su memoria se levantó.

—Mi hermana es Raquel Rubio. —habló con seguridad. —¿Se encuentra aquí?

Un grito se escapó de los labios de la buena monja. —¡Rosa, querida niña! ¡Qué feliz estoy de verte después de todos estos años! ¡Rosa, fue Dios quién te ha traído aquí! Hemos tratado inútilmente de averiguar dónde se habían trasladado. ¡Yo me oponía rotundamente a separarlas, pero la madre superiora estaba decidida. Solo encontraré la paz de espíritu si me entero que has encontrado un buen hogar y has tenido una feliz infancia.

La mirada de Sor Soledad se fijó en la muñeca que Rosa apretaba contra su pecho. —¿Has guardado tu muñeca! —dijo, encantada. Y bajando la voz agregó: —Siempre he tenido la convicción de que la muñeca de Raquel poseía poderes mágicos. Solo con tenerla durante unas horas, las niñas se curaban de la fiebre, los dolores de garganta o de estómago. Aquí esas cosas son consideradas sacrílegas, pero tal vez esa es la forma de Dios de ayudar a los sufrientes.

En ese momento, Sor Soledad vio la palidez de Rosa y el temblor de su cuerpo. —Niña, te ves exhausta. ¿Estás enferma?

Habían pasado años desde que Rosa había escuchado una voz tan maternal que expresaba genuina preocupación. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Mas ella solo deseaba ver a su hermana y sentir una vez más sus brazos protectores alrededor de su cuerpo. —Sor Soledad, he venido de lejos a buscar a Raquel. ¿Aún está aquí? ¡Llámela, por favor!".

Como de lejos, le llegó la voz llena de compasión: —Raquel se quedó con nosotras durante ocho años. La separación forzada de ti le fue muy dura. Lo siento tanto, niña. Hace ya tres años Raquel nos comunicó que no sentía vocación para tomar el velo y decidió abandonar el convento. Yo comprendí que lo que la inspiraba era la esperanza de encontrarte. Se alojó en casa de una

magnífica mujer de Costa Marrón y trabajaba como ayudante de cocina para una familia de allí. Ella deseaba estar lo más cerca posible de Likanantai, el pueblo natal de ustedes, y estaba convencida que algún día te encontraría allí.

Sor Soledad meneó tristemente la cabeza al ver el brillo de esperanza que brotó de los ojos de Rosa. —Hace ya un año, Raquel decidió súbitamente trasladarse a Valparaíso. Tal vez deseaba un cambio.

—¡Sor Soledad, yo vengo ahora de Viña del Mar, al lado de Valparaíso! —Excitada, Rosa sentía que le renacían las fuerzas. —¡Deme su dirección o teléfono, por favor! ¡La llamaré ahora mismo!

Pero Sor Soledad, sintiendo que su corazón se rompía al tener que destruir las esperanzas de esta niña, le dijo: —Raquel abandonó su lugar de trabajo. Por lo visto no era feliz allí. La dama de la casa la trataba pésimamente. Ella no le ha comunicado a doña Lisa, la dueña de la pensión, ni a nosotras a dónde había ido. Lo siento tanto, niña. Pero tú no estás bien. Tu rostro está verduoso.

Rosa ya no oía más. Sintió la bendición de la oscuridad que la envolvía y el mundo cesó de existir para ella.

\*\*\*

Sor Soledad comprendió de inmediato la razón del desmayo y la atendió solícitamente. Después de que Rosa se repuso, fue llamada a presencia de la madre superiora.

La imponente monja que en su infancia tanto las había intimidado ya no estaba y en su lugar había una monja joven que no conocía a Raquel. Sin juzgarla o criticarla le preguntó, simplemente, si contaba con alguien de su familia dispuesto a ayudarla.

Rosa respondió negativamente y la madre superiora consintió en proveerle un techo sobre su cabeza hasta el nacimiento de su bebé.

Rosa, demasiado enferma para poder levantarse, pasó la mayoría de los días de su embarazo en la estrecha cama de una de las pequeñas celdas de las monjas, cuyo único adorno era el crucifijo sobre la cabecera. La doctora que fue llamada a examinarla no encontró nada de qué preocuparse sobre su salud.

La doctora no podía saber que su enfermedad provenía del profundo rechazo de su alma hacia la criatura que crecía dentro de ella, el fruto de las noches pasadas con Hugo. A medida que su vientre se hinchaba, más y más ella odiaba su cuerpo. —Rosa, todos somos criaturas de Dios —le decía Sor Soledad. —El niño no es responsable de los pecados de su padre. —Pero las palabras de madre Lucía sobre su mala sangre aún estaban grabadas en su alma.

Rosa decidió abandonar el convento después de nacer su bebé y dejarlo allí, sin mirar hacia atrás. Y al llegar el momento de dar a luz, pidió no ver siquiera a la criatura recién nacida.

Pero Dios intervino en su decisión. La matrona, cargada de trabajo, olvidó sus instrucciones y depositó a la niña en sus brazos, y al tocar la suave carne de su hija, Rosa supo que ellas estaban unidas por un sagrado lazo. La llamó María-Inés, a nombre de sus difuntas madre y abuela.

Al salir del convento, Rosa se dirigió a la pensión de doña Lisa en Costa Marrón. —Lo siento, hija —le dijo la bondadosa mujer. —Raquel no se ha puesto en contacto conmigo. Al enterarme que habías llegado al convento, telefoneé nuevamente a Valparaíso. Estaba ansiosa de comunicarle a Raquel que su hermana la buscaba. Ella vivía para el momento de reunirse contigo. Pero al cabo

de tantos años, había perdido la esperanza y ha querido comenzar su vida en un lugar nuevo.

Doña Lisa respetó a Raquel y guardó el secreto del espantoso crimen que había sufrido a manos de ese pervertido joven. —Espero con todo mi corazón que Raquel haya encontrado un buen lugar. Me siento tan culpable por haberla mandado a servir a esa desagradable casa.

—Seguramente Raquel me guarda rencor por las palabras que le espeté y esa es la razón de su desaparición. Ella no quiere saber nada de mí —pensó Rosa. —Pero yo deseo rogarle que me perdone y que comparta mi felicidad y que conozca a mi hijita. Deseo que sepa que la he llamado María-Inés.

Pero cosas más urgentes la ocupaban. Debía pensar en la forma de ganarse la vida para poder proveer un hogar para su hija. Y por primera vez en su vida, Rosa se arrepintió por haber interrumpido sus estudios secundarios.

Durante los años en los cuales vivió con ella, Rosa se preguntaba cuál había sido el motivo de madre Lucía al sacarla del convento. Ahora le parecía que la mujer cumplía una misión, como si le hubieran ordenado del cielo salvar un alma perdida. Sus intenciones eran buenas, pero el resultado era el aborrecimiento que Rosa sentía hacia ella y hacia sí misma.

—Hijita. —le prometió a su niña, que dormía plácidamente en su cunita dentro del convento bajo la cuidadosa mirada de Sor Soledad. —Te prometo que cambiaré por ti. Te daré todo el amor que soy capaz de tener.

—Te conviene buscar trabajo en Las Palomas, es una ciudad más grande y también queda cerca del convento, así podrás visitar a menudo a tu hija. —le recomendó doña Lisa, llena de compasión hacia la joven madre.

Ella había ya notado que Rosa no estaba hecha del material de su hermana. Raquel era una superviviente. Sus años en el convento la habían fortalecido. Incluso la brutal violación que había sufrido no la quebró. Su hermana menor era delicada y quebradiza. Ojalá que la Santa Virgen y el Niño Jesús la protejan, rezó.

—Hay alguien que busca un ama de casa. —le comunicó doña Zulinda, la dueña de la pensión de Las Palomas. —Es un ingeniero que trabaja en el proyecto de embalse de los hielos de la cordillera, no lejos de aquí. Es viudo y vive solo. El trabajo no será pesado. Está ausente durante la mayor parte del día y ofrece un buen salario. Pero debo advertirte... —agregó doña Zulinda con tono serio. —Es judío y proviene de la Tierra Santa. Por eso le cuesta encontrar alguien que trabaje para él. Las muchachas temen entrar a casa de alguien de esa religión.

Rosa vaciló. Madre Lucía la había atiborrado de cuentos sobre el pueblo satánico que había matado al Señor y que usaba la sangre de niños cristianos para amasar su pan. Pero su natural tendencia a dudar cada cosa que esa mujer le decía prevaleció. Y ella necesitaba ganar dinero para proporcionarle un techo a su hija.

A la mañana siguiente, vestida con un recatado vestido negro, se presentó en casa de David Goldstein.

\*\*\*

## 9

Una pequeña cajita rectangular de plata, adornada con piedras azules, estaba atornillada en el dintel de la puerta. Rosa acercó la mano para golpear a la puerta y la retiró en seguida, volviendo a hacerlo media docena de veces. A pesar de sí misma, los cuentos de madre Lucía le volvían a la memoria.

Entonces escuchó la voz que la incitó a huir de Hugo. Y esta vez su mano se acercó con decisión a la puerta, que se abrió de inmediato.

Ante ella apareció un hombre de unos cuarenta años, bajo y con una barriga incipiente, cabellos ralos en los cuales se veían muchas canas y gafas con montura de metal. Vestía un manchado mono de trabajo.

—Encantado, señora Letelier. —Le estrechó con firmeza la mano.

Hablaba con lentitud, como si no estuviera seguro de saber las palabras y con un extraño acento. La invitó a sentarse en el salón, le ofreció limonada fría, le dio las gracias por haber aceptado trabajar para él y no le preguntó nada sobre sus cualificaciones.

—Señora Letelier, mis necesidades son muy simples. Solo requiero que la casa esté limpia y ordenada, la ropa lavada y planchada y el almuerzo preparado al volver yo del trabajo. Después de lavar los platos y ordenar la cocina, usted podrá retirarse. Podrá comprar lo que necesite en el supermercado de la esquina. Tengo allí una cuenta abierta.

En su primera mañana de trabajo, Rosa cruzó a pie casi toda la ciudad para ahorrar el dinero del autobús y llegó a casa de David con retraso. Él la esperaba a la puerta de su casa, y después de entregarle las llaves, la saludó y partió a toda prisa.

Rosa quedó sola en una casa que no conocía, en la cual se esperaba de ella hacer un trabajo para el que no había recibido ninguna preparación. Desesperada, miró a su alrededor. La casa de David estaba llena de objetos extraños. Sobre la repisa de la chimenea vio dos candelabros de plata y entre ellos otro más, también de plata, pero que contaba con ocho brazos iguales con un noveno de ellos, más alto, en el centro.

Las estanterías abiertas estaban llenas de libros escritos en unos signos que no entendía. Retratos de una mujer de la misma edad de David, con un joven vestido de uniforme militar, estaban esparcidos por toda la casa. En una de las paredes estaba colgada una fotografía en colores de un muro alto, construido de grandes piedras, y tras él se percibía una cúpula dorada. Al pie del muro se veían hombres vestidos de negro y con la cabeza cubierta con una especie de ponchos blancos.

En su primer día de trabajo, Rosa rompió un vaso de cristal al agarrar con torpeza la escoba. Como no sabía cómo manejar la aspiradora, la ignoró. Al hacer funcionar la máquina de lavar, se le olvidó abrir el grifo del agua y la máquina se quemó.

Su primer instinto fue abrir la puerta de la casa y huir antes de que David volviera. Pero el pensamiento sobre su bebé, que esperaba en el convento a que su madre la fuera a buscar, le dio fuerzas para seguir, y se dirigió a la cocina a preparar el almuerzo.

El señor David le había pedido solamente no mezclar la carne con la leche. Perdida entre los

utensilios de cocina, llamó a doña Zulinda y recibió de ella instrucciones que no comprendió en absoluto.

La comida resultó un desastre. Las verduras estaban aguadas y demasiado saladas, el arroz se secó y la olla se quemó. Rosa quedó parada, como paralizada, viendo las llamas que ya llegaban al techo. Afortunadamente, en ese momento se abrió la puerta de la casa y llegó David. Él saltó a apagar el incendio y después la ayudó a limpiar las ennegrecidas paredes.

Temblando de miedo, Rosa hubo de confesarle también sobre el vaso y la máquina de lavar. Mas su reacción fue sorprendente.

—Señora Letelier, yo tengo la culpa. Debí dedicar tiempo para explicarle el manejo de la casa. —Con delicadeza, omitió referirse al hecho de que Rosa había llegado retrasada al trabajo. —No se preocupe por la máquina de lavar. La arreglaré en un santiamén. Por algo soy ingeniero. Y estaba esperando la ocasión de deshacerme de ese vaso que no me gusta.— le dijo, con humor.

Al día siguiente, él se tomó un día libre de su trabajo y recorrió con ella, paso a paso, todos los procedimientos del manejo de una casa y los misterios de la cocina.

—Mire, señora Letelier. He comprado este tajo de carne. Me gusta mucho. Aquí le dejo la receta que escribió mi madre, que en paz descanse. La he traducido al castellano. Solo deberá seguirla al pie de la letra. Si tiene algún problema, siempre podrá dirigirse a mí. He dado instrucciones en mi trabajo de llamarme si usted telefona.

La acompañó al supermercado y recorrió con ella cada estantería. Y al arruinar ella una de sus camisas por no saber cómo separar los colores, bromeó diciendo que ya estaba vieja y era hora de tirarla.

Poco a poco, Rosa fue aprendiendo. Y el día que David le dijo, levantándose satisfecho de la mesa: —Señora Letelier, ni siquiera mi madre preparaba tan bien el asado —Rosa sintió, por primera vez en su vida, la satisfacción del trabajo bien hecho.

Desde el primer día, David le dijo, al ver la mesa puesta para un solo comensal: —¿Señora Letelier, usted no almuerza? Por favor, siéntese conmigo. —Rosa se sentó, avergonzada, al borde de la silla. Para ayudarla a vencer su vergüenza, él le relató anécdotas de su día de trabajo allá en la montaña. Desde entonces, siempre se sentaban juntos a almorzar.

Sus conversaciones durante las comidas se hicieron más y más personales. David le contó sobre la valerosa lucha que había mantenido su esposa con la enfermedad del cáncer, que la había vencido al final. Le contó sobre su hijo, que había quedado en el lejano Israel, haciendo su servicio militar. Le dijo que decidió aceptar el trabajo que le habían ofrecido aquí, de embalse de las aguas de los hielos, porque Chile era el país más alejado de su propio país, y él quería alejarse de su dolor.

Rosa comenzó a comprender la gran soledad de David, en un país extraño que no veía con buenos ojos a los miembros de su religión.

David y Rosa continuaron tratándose de “señor Goldstein” y “señora Letelier”; sin embargo, la confianza entre ellos fue creciendo. Y llegó el día en que ella se sintió capaz de contarle sobre su infancia, sobre el asesinato de su madre y sobre su hermana mayor, que la protegía del mundo. Le contó sobre madre Lucía, que la había arrancado de los brazos de su hermana. Pero el pudor le impidió hablarle de Hugo.

David le contó de su nostalgia hacia su país y hacia su hijo. De sus labios salía una descripción de Israel como un pequeño país que luchaba por su vida, distinto a lo que mostraba la televisión.

Cuando ya llevaba un año trabajando para él, Rosa reunió la valentía para hablarle de su pequeña hijita, que la esperaba en el convento. De inmediato se arrepintió de su franqueza, no sabiendo cómo iba a reaccionar al saber que era una madre soltera.

David le aumentó de inmediato el salario, con las palabras: —Para su hijita, para que pueda sacarla del convento y darle un hogar. —Y así fue.

\*\*\*

La pequeña María-Inés se enamoró de inmediato de David. Ella corría a sus brazos, introduciendo su manita en su bolsillo, sabiendo que allí la aguardaba una sorpresa. Una vez era una caja de lápices de colores, otra vez un libro para colorear. Él le solía contar historias sobre legendarios héroes, como Sansón, que recibía toda su fuerza de sus largos cabellos. María-Inés declaró que ella nunca se cortaría el cabello.

Para su tercer cumpleaños, David le compró un caballito de madera multicolor y la pequeña, entusiasmada, lo llevó al departamentito que compartía con su madre diciendo que lo amaba todavía más que a la muñeca del vestido rosado de mamá.

Pero María-Inés no quería a ninguno de los tíos que venían donde mamá. Cuando uno de ellos estaba allí, ella no podía escurrirse en la noche al lecho de mamá, porque él ocupaba su lugar. Además, los tíos se iban cambiando entre sí. Estaba tío Luciano, tío Jorge, tío Pepe. Se sentaban en el salón, ignorándola a ella, y bebían mucho vino. Después tomaban a mamá y la llevaban al dormitorio de ella, y María-Inés escuchaba voces y gritos y la cabecera del lecho de mamá golpeaba la pared.

Una vez le preguntó a mamá por qué venían, y mamá le respondió que se sentía muy sola y necesitaba compañía. —Pero, mamá, yo estoy contigo —le dijo María-Inés. Sin responderle, mamá la abrazó. Pero los tíos continuaron viniendo. Una noche, uno de ellos se introdujo en su lecho y comenzó a sacarle la ropa. De inmediato, mamá llegó y lo echó. Ese tío no se vio más por su casa.

Cada año, David viajaba a Israel a visitar a su hijo el soldado y le pedía a Rosa y a María-Inés venir a vivir a su vacía casa para cuidarla. Siempre volvía con regalos para ellas, como una blusa con bordados para María-Inés y uno aros de plata para Rosa.

Una noche, Luciano llegó donde ellas borracho. Ciego de celos al ver los aros de plata que adornaban las orejas de Rosa, la molió a golpes. Rosa sufrió la paliza en silencio, rezando para que María-Inés no despertara. En la mañana se levantó y llevó como de costumbre a su hija al jardín de párvulos en el cual ella pasaba las horas que su madre estaba en el trabajo.

Ella tenía la esperanza de que David ya hubiera salido rumbo a su trabajo antes que ella llegara. Pero no fue así.

—¡Señora Letelier, usted no puede trabajar hoy! —le dijo, escandalizado. —Recuéstese en el sofá. —Después que le vendó las heridas del brazo y las magulladuras de la cara, le dio un calmante para el dolor y la arropó dentro del lecho que había en la segunda habitación. Se quedó todo el día con ella y en la tarde fue a buscar a María-Inés al jardín de párvulos. Rosa no podía creer el increíble alcance de su delicadeza. Ella sabía que el pesado maquillaje con el cual había tratado de esconder su hinchado rostro no engañó a nadie.

La niña le contó a David que tío Luciano, después de terminar dos botellas, había roto el

caballito de madera. David no dijo nada, pero la expresión de sus ojos asustó a Rosa.

David salió al patio, llevando numerosos trozos de madera. Trabajó como un poseído durante toda la tarde. Bajo sus manos nació el caballo de madera más esplendoroso que nadie había visto. Al terminar su última pincelada de color, le dijo simplemente a Rosa: —El caballo es de la niña, ¡pero se queda en esta casa!

Esa noche, Rosa y María-Inés no volvieron a su casa. A medianoche, Rosa se levantó del lecho en el cual dormía abrazada a su hija y a su muñeca y se dirigió al cuarto de David, que durante cuatro años ella limpiaba y ordenaba. Desnuda, se introdujo a su lecho, entre las sábanas que ella lavaba y planchaba.

David la abrazó con ternura, cuidando de no tocar los lugares adoloridos. Besó sus ojos hinchados, sus labios partidos, su brazo vendado y todo su cuerpo. Más importante era para él producirle gozo que gozar él mismo. Y por primera vez desde que se conocieron, abandonaron el “señor Goldstein” y el “señora Letelier” y se convirtieron simplemente en David y Rosa, y se unieron en un solo cuerpo.

Al amanecer, después de que David se había dormido, satisfecho del amor, Rosa se levantó en silencio y volvió al cuarto de huéspedes, yaciendo despierta, viendo ante sí el rostro lleno de amor de David.

En la mañana, todo cambió. David y Rosa evitaban mirarse a los ojos y se cuidaban de que sus manos no se tocaran al pasarse los platos del desayuno. La vergüenza que los invadía les impidió participar en el entusiasmo de María-Inés al despertar y encontrar su caballo de madera.

—¡Que hermosura! ¿Es para mí, tío David? —preguntó extasiada, sin advertir el silencio de los otros dos. Pero al final percibió, con el sentido afilado de una niña, que era preferible callar.

—Señora Letelier, descanse hoy también. Yo llevaré a la niña. Traeré algo para comer. —Una vez más la ayudó a conservar el resto de dignidad ante el mundo.

Pero al quedarse sola, Rosa, inquieta y perturbada, no pudo estar tranquila. De forma automática comenzó a limpiar, cojeando de un cuarto al otro, arrastrando muebles, evitando pensar. Solo al entrar a asear el dormitorio de él, la vista del desordenado lecho la devolvió de golpe a la realidad.

Ella sabía que solamente el sentimiento de agradecimiento la había empujado a introducirse en ese lecho. El solitario hombre, que le doblaba la edad y que vivía sin una mujer en medio de una comunidad que no recibía bien a los de su raza, la necesitaba tanto como ella a él.

Esa noche, Rosa vino nuevamente a su lecho. La vergüenza que habían sentido en la mañana fue desapareciendo gradualmente, el lecho de David se convirtió en el lecho de los dos y Rosa y María-Inés ya no volvieron a su departamentito.

Rosa aprendió que había muchas cosas en común entre las dos religiones. El rezo de “Padre Nuestro que estás en los Cielos” tenía su paralelo en esa extraña religión. Para Navidad, David prendía velas en el candelabro de las nueve velas, comenzando con una y agregando cada noche otra vela hasta llegar a ocho, y el brazo del centro tenía el rol de ser el prendedor de todas. Él le explicó a ella y a la niña que esa fiesta se llamaba Janucá, y era una fiesta que conmemoraba un milagro. Hacía ya dos mil años, su pueblo había conseguido echar a unos invasores griegos, y el poco aceite que quedaba en el templo para encender los candelabros duró ocho días.

David solía rezar, poniéndose en la cabeza un pequeño gorrito de terciopelo azul bordado de hilos de oro. Para la fiesta de Pascua de Pentecostés, los judíos comían pan sin levadura. Él les

explicó que cuando su pueblo huyó de Egipto, el país donde habían sido esclavos, no les alcanzó el tiempo para hornear pan con levadura.

Rosa reflexionaba sobre lo que había sufrido ese pueblo, siempre amenazado y conquistado por otros. Incluso en el presente el estado de Israel debía luchar por su existencia. Y recordando los cuentos de madre Lucía sobre pan hecho con sangre de niños, ella se preguntaba cómo alguien podía creer tal patraña.

David, viendo que ella contemplaba la foto de Salomón, su hijo, que hacía su servicio militar, le explicó que en Israel el ejército era del pueblo, y en cada familia había alguien como su hijo y el país sobrevivía gracias a ellos. Los sentimientos hacia esos soldados eran diferentes por completo de los sentimientos que el ejército chileno despertaba en el pueblo, que había sufrido el terror durante tantos años.

Salomón llegó a Chile dos veces a visitar a su padre. En su última visita, Rosa ya estaba en su papel de dueña de casa y al principio temió su reacción. Después de todo, ella había usurpado el lugar de su difunta madre.

Pero el muchacho, solo dos años mayor que ella, recibió la situación entre ella y su padre de forma natural, e incluso le parecía que se alegraba que su padre ya no estaba tan solo. Y María-Inés conquistó su corazón.

En Las Palomas todos estaban enterados de la situación entre Rosa y David, que era común e incluso esperada. Mas las pocas invitaciones que David recibía de sus compañeros de trabajo no la incluían. Por lo tanto, él las rechazaba y prefería pasar las veladas jugando con la niña o leyendo.

\*\*\*

—Rosa, ven aquí. Siéntate a mi lado. —le dijo David. Su castellano había mejorado mucho, quedando solamente su pesado acento. Hacía ya un año y medio que Rosa y María-Inés vivían con él.

Un tanto asustada, Rosa obedeció. Se ve cansado, pensó. Él ya estaba calvo casi por completo y su barriga había crecido. Ella deberá cuidar mejor su dieta. Y por centésima vez se admiró del hecho de que ese exterior tan poco atractivo pudiera contener un corazón tan inmenso.

—Rosa. —repitió él. —El proyecto del embalse está casi terminado. Dentro de poco, las aguas de los hielos lo llenarán y el desierto se convertirá en un jardín florido.

Él habló con entusiasmo, sin mencionar por modestia la gran parte suya en el proyecto. La compañía israelita había construido un inmenso dique en las faldas de la montaña, y David estaba a la cabeza de todos los ingenieros. Rosa y María-Inés habían visitado el sitio, que era imponente.

—Ya no me queda nada por hacer. Mi parte en el proyecto ha terminado. He decidido volver a casa. —Rosa sabía que la palabra casa para él significaba su patria, su hijo y el lugar en el cual se encontraban las tumbas de sus padres y de su esposa. Y su corazón dio un vuelco. Su vida, tal como había transcurrido en los últimos años, había llegado a su fin. Sin el escudo de la presencia de David, ella presentía que caería nuevamente. Y la vida de María-Inés era tan estable en casa de él.

Desde la primera noche que pasaron juntos, ella no había estado con ningún otro. Y ya no sabía cómo contener la pasión que ardía en ella de sentir un cuerpo joven junto a sí, de estar con alguien que se encuentra en la cúspide de su fuerza. Durante las visitas de Salomón, Rosa debió luchar

contra el deseo de abandonar el lecho de David e introducirse en el suyo. Madre Lucía le había profetizado que su mala sangre la dominaría. Cuánta razón tenía. Ella no merecía a David, sino a Hugo y a los golpes de Luciano.

Pasó la vista por su alrededor, al salón que ella ya conocía tan bien, como si lo viera por primera vez. Libros infantiles, cuadernos, lápices a colores y dibujos. En un rincón, el caballito mecedor, todo junto a los libros de David. Allí no había nada que anunciara la presencia de Rosa. Tal vez porque ella no poseía un alma.

En ese momento, sus ojos se posaron en la muñequita rosada. —Esa es mi alma —pensó con una sensación de alivio en el pecho.

—Deseo que tú y María-Inés vengan conmigo. —dijo él.

Rosa no podía imaginarse abandonar su país para instalarse en ese recóndito y peligroso lugar. Las noticias informaban continuamente de actos de terror y de guerras en ese país. Ella no podría poner en peligro a María-Inés. Y allí se hablaba un idioma gutural y totalmente distinto del castellano.

Incluso después de todos los años, las palabras de madre Lucía le sonaban en sus oídos. — ¡Tienes la sangre envenenada! ¡Terminarás en las cloacas!

No, se dijo. Ella debe pensar en su hija. David la protegerá de sí misma.

Si solo pudiera encontrar a su hermana, pensó. Cuando eran pequeñas, Raquel siempre la protegía. Pero nadie sabía dónde se encontraba. Rosa se dirigía continuamente a doña Lisa, preguntando por ella, pero siempre recibía la misma respuesta.

Rosa ya sabía que el acto de Raquel esa mañana al volver de la arboleda, al dejarla fuera de casa y entrar sola, había sido un acto de compasión y de sacrificio. Gracias a ella, Rosa se ahorró la espeluznante vista del cuerpo sin vida de su madre cubierto de sangre. Seguramente el recuerdo persigue a su hermana a través de los años.

Llena de vergüenza y de arrepentimiento, Rosa pensaba en las palabras que le había gritado cuando madre Lucía la introdujo a la fuerza en ese negro automóvil. Pero ya habían transcurrido dieciocho años desde ese día, y el hilo que la unía al lugar en el cual había nacido ya no existía.

—Iremos contigo a Israel. —le respondió a David.

### Israel, 1999 a 2011

—Ya puede besar a la novia. —le dijo el juez de paz al finalizar la corta ceremonia.

David había insistido en que contrajeran matrimonio antes de emprender el viaje. Para Rosa, eso era solamente un asunto formal. David insistió en que adquiriera un traje adecuado y le obsequió un ramo de flores frescas para tener en sus manos. Y Rosa se veía resplandeciente en su blanco traje de dos piezas, cuya falda cortísima dejaba al descubierto sus esbeltas piernas. También María-Inés estaba hermosísima con su vestido rosado y con la cinta del mismo color en el cabello.

A la ceremonia civil en el edificio de la alcaldía solamente asistieron unos pocos compañeros de trabajo de David y doña Zulinda, que se sentía feliz al ver que por fin la chica había cesado de vivir en pecado. Por supuesto, era una lástima que no se hubiera desposado por la iglesia como Dios manda, pero desgraciadamente el novio pertenecía al pueblo de los herejes. Pero era un buen hombre, y Rosa necesitaba estabilidad en su vida.

—¿Cómo te he de llamar, tío o papá? —preguntó María-Inés. —Inesita, ¡puedes llamarme como te plazca! —fue la respuesta. David cortó la torta que había encargado y le dio un trozo a la niña, riendo al ver el blanco bigote de crema sobre sus labios.

Durante incontables horas los tres debieron estar sentados apretadamente en diferentes aviones de camino a su nueva vida. Al cesar el encanto de la novedad de volar en avión, María-Inés, de seis años, no dejaba de preguntar cuándo llegarían.

Por fin, la pesadilla terminó. Y en el momento de aterrizar en Israel, Rosa advirtió el cambio que se había producido en David. El hombre, que ya contaba cerca de cincuenta años, bajó del avión caminando erecto y hasta parecía más alto. Mientras esperaban al autobús que los llevaría a la terminal, él alzó en sus brazos a las dos y comenzó a girar con ellas en un absurdo baile, ante las divertidas miradas de los demás pasajeros. —¡Bienvenidas a Israel! —gritó a todo pulmón.

Salomón los esperaba fuera del aeropuerto. Antes de partir de Chile, David se había negado terminantemente a contarle a Rosa sobre los preparativos que había hecho y cuál sería su nuevo hogar. —¡Es una sorpresa! —le había dicho. Y Rosa se sentía intrigada.

Partieron en el automóvil de Salomón. Hacía mucho calor. David les había explicado que Israel también era desértica, y al igual que el desierto de Atacama, la carencia de agua era uno de sus mayores problemas. Mas mientras viajaban Rosa veía a través de la ventanilla campos verdes y árboles en abundancia. Todos los árboles han sido plantados, le explicó David.

Todo estaba lleno de altos edificios y los caminos estaban atiborrados de tráfico. Después de los años pasados en la provincia de Atacama, con su escasa población, Rosa comenzaba a comprender cuán pequeño y densamente poblado era este país. Por todas partes se veían soldados y soldadas, que a diferencia de los que había visto en Chile en su infancia, estaban allí para defender a su país de enemigos de fuera.

María-Inés dormitaba en el asiento de atrás, con la cabecita apoyada en el regazo de su madre. Rosa sentía que el cansancio la vencía, pero David no daba señales algunas de agotamiento.

Parecía que el aire de su patria lo había rejuvenecido.

Gradualmente, todo fue cambiando. El verdor dio paso a la tierra desértica y ya no se veía la apretada población. Dieciocho años habían pasado desde que Rosa abandonó Likanantai, pero de inmediato despertó en ella la sensación de algo conocido.

El auto se detuvo ante un portón eléctrico. David pulsó un botón y dijo en castellano: —Soy David Goldstein. Ya hemos llegado. —Rosa quiso corregirlo. —David, te has olvidado, aquí hablan tu idioma. —Pero, para su gran sorpresa, la voz que salió del micrófono que había en el portón contestó: —Bienvenidos, vayan derecho, los espero.

David rio con alegría al ver su confusión. —Esa es la sorpresa que te prometí. Hemos llegado al kibutz Shomriot, en el desierto de Aravá, en el sur de Israel. Gran parte de los habitantes de este kibutz son oriundos de América del Sur. Incluso los niños nacidos aquí hablan el castellano.

—Esa era otra muestra de su bondad —pensó Rosa, conmovida. —Hugo, Luciano y todos los demás solo habían querido aprovecharse de mí, pero David solo pensaba en dar. Lástima que soy incapaz de amarlo como él se merece.

Durante las largas horas de los vuelos, David le había explicado cómo nació la idea del kibutz, y cómo se había desarrollado a través de los años para acomodar las necesidades cambiantes de la sociedad. Rosa se tranquilizó al saber que ahora los niños viven con sus padres. Aún le era difícil el recuerdo del primer año de vida de María-Inés, que había transcurrido en el convento. Ella ya no estaba dispuesta a dejar en manos ajenas el cuidado de su hija.

David la llevó a Beer Shevah, la ciudad más próxima al kibutz, para comprar todo lo necesario para llenar la casita que el kibutz puso a su disposición. Y por primera vez en su vida, Rosa sintió que tenía su propio hogar.

Para su gran asombro, Rosa se adaptó de inmediato a la vida en Israel. Shomriot contaba con unas cien familias que residían en casitas de ladrillos de colores de la tierra, que le recordaban un poco las casas de Las Palomas. La vida en el kibutz era tan parecida a la de Chile que había días en los cuales le parecía que no había salido de allí. Incluso podía ver las montañas en el oriente, aunque estas eran más bajas y menos majestuosas que los Andes. La montaña se teñía de rojo al atardecer con los reflejos del sol y el espectáculo era hermoso.

El kibutz vivía de la agricultura desértica. Los miembros se ocupaban de los viveros de tomates y pimentones y había palmeras que daban dátiles y plátanos. El kibutz contaba con un gran criadero de cactus para adorno. Algunos de los miembros trabajaban en las empresas de sal del mar Muerto, a una hora de viaje de allí, y además contaban con una pequeña fábrica de cosméticos hechos con los minerales del lugar.

Rosa se acostumbró a andar como todos, con pantaloncitos cortos y camisetas. La primera vez que se vistió así se contempló un largo rato en el espejo, viendo complacida que el nacimiento de su hija no había dañado la perfección de su cuerpo. —Solo necesito broncearme —se dijo.

En las noches, los miembros del kibutz se reunían en el salón de actos y cantaban canciones nostálgicas de sus patrias. En forma irónica, Rosa conoció en Israel las canciones de los grandes cantantes de su continente como Mercedes Sosa, Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra y Víctor Jara, que había sido asesinado los primeros días del golpe de estado.

Durante esas sesiones, ella se descubría mirando el atlético cuerpo de Gustavo, un chico argentino que tocaba la guitarra.

María-Inés empezó a concurrir a la escuela del kibutz. La profesora le propuso cambiar su

nombre por uno israelita. Ella eligió el nombre de Iris. Sin ninguna dificultad comenzó a hablar el hebreo, un idioma que continuó siendo para Rosa un misterio hasta su último día en Israel.

\*\*\*

—Rosa, no te levantes. Continúa durmiendo. Debo salir temprano. —Con un beso en su nariz, David partió. Rosa se dio vuelta en la cama, pensando perezosamente hasta cuándo tendría él las fuerzas para continuar trabajando en la empresa de desalinización de aguas, que lo obligaba a desplazarse día a día, con el sofocante calor, a la ciudad de Eilat. La mañana anterior, ella le había propuesto quedarse a pernoctar en esa turística ciudad en la que abundaban los hoteles, mas él se negó. —Deseo estar con ustedes, Rosa. Tú me das las fuerzas para seguir adelante. —Pero se había tumbado en la cama al momento de llegar, sin haber probado la cena que ella le había preparado.

Rosa suspiró. María-Inés, o Iris, como se llamaba aquí, ya se vestía sola, se preparaba algo para desayunar y partía a la escuela. Ya no la necesitaba. Rosa no tenía para qué levantarse. Y se durmió nuevamente.

Habían pasado ya dos meses desde su llegada a Israel y el encanto de la novedad había dado paso a una extraña lasitud. Los miembros del kibutz eran amables pero estaban siempre ocupados, e Iris pasaba la mayor parte del día jugando con otros niños. Rosa se aburría terriblemente, y los continuos vientos del desierto, junto con la sequedad, contribuían a producirle desazón y cansancio.

Se sentía pesada. Le parecía que estaba engordando. —Deberé cuidar de no exagerar en los asados de las noches —decidió. Notó que los pechos le dolían, y con un sobresalto, comprobó que su menstruación estaba atrasada de dos meses. De pronto sintió náuseas y al tiempo que corría al cuarto de baño, ella ya sabía.

David no ocultó su alegría al saber que nuevamente iba a ser padre. La llevó a Tel Aviv, a un negocio de caros diseños para futuras madres. Tres veces debieron detenerse por las náuseas de Rosa.

—David, ¿te parece que luciré estos vestidos en el kibutz? —le preguntó, presa de un ataque de risa.

David le compró un hermoso anillo con una gran esmeralda. El corazón de Rosa dio un vuelco al ver el precio, pero David no se inmutó.

Rosa pasó todo el período de su embarazo sumida en una nube de indiferencia, sin reaccionar al sentir los movimientos del bebé dentro de su cuerpo. Para ella, ese niño significaba solamente su manera de agradecerle a David.

Al llegar a la sala de maternidad, una de las enfermeras trató de quitarle su muñequita, diciendo escandalizada que contaminaría el lugar. Rosa, en medio de insultos en castellano que la enfermera comprendió perfectamente, se negó rotundamente. Al final llegaron a un compromiso. La muñeca se quedó a su lado, pero dentro de una bolsa de nylon.

David, que estuvo presente durante el alumbramiento, tuvo el honor de cortarle el cordón umbilical, cosa que hizo con manos que no temblaban. Con lágrimas en los ojos, le confesó a Rosa que durante el nacimiento de Salomón él había estado en el ejército y solo tuvo la felicidad de conocerlo cuando ya tenía dos semanas.

Exactamente como había ocurrido con el nacimiento de María-Inés, hacía ya siete años, Rosa

no estaba preparada para los fuertes sentimientos de amor que la invadieron al tener por primera vez a su hijo en sus brazos.

Todo el kibutz se alegró por ellos y la casa se llenó de regalos. Rosa decidió llamar a su hijo Mateo, en honor su abuelo, pero David prefirió el nombre hebreo de Maor, explicándole que significaba luz.

—Rosa, debemos prepararnos para la circuncisión de Maor. —le dijo David al volver a casa con el bebé. Rosa no había pensado en ello. Recordó su asombro la primera vez que vio el miembro de David. —Esa es la costumbre del pueblo judío. —él le había explicado. —Es la señal del pacto de nuestro pueblo con Dios.

Mas el pensamiento de infundir una invalidez en ese tierno niño le producía escalofríos. En el kibutz había otros niños que no habían pasado por ese procedimiento.

—No estoy de acuerdo, David. —le respondió. —Mateo no es judío. Tú mismo me lo has explicado. Si la madre no es judía, tampoco lo es el hijo.

La discusión entre ellos fue prolongada y amarga. Esa era la primera vez que Rosa se oponía a David, sin rendirse a su sabiduría y su experiencia.

Al final, David se rindió. Y ese fue el primer resquebrajo en su matrimonio.

\*\*\*

—Dios mío, ya son las cuatro. Es hora de recoger a Mateo de la guardería de párvulos. El pobrecito seguramente está hambriento.

Rosa se levantó del lecho en el cual yacía junto a Gustavo, se vistió apresuradamente y se escurrió por los senderos del kibutz bajo el quemante sol, sin poder borrar la sonrisa de sus labios. Ella vivía para esas horas de la siesta, con el aire acondicionado funcionando con toda su fuerza y ellos sobre las sábanas que olían a sexo. Antes de Gustavo habían estado Pablo, Jorge y John, el voluntario de América.

Rosa no sabía si los miembros de esa comunidad tan cerrada y pequeña estaban al tanto de sus actividades de mediodía. Nadie le había comentado nada. Y si David sospechaba, no le había dicho nada.

Desde el nacimiento de Maor él se sentía rejuvenecido. Pero ella sabía que eso era una ilusión. A pesar de que continuaba siendo el amante lleno de consideración, a sus cincuenta años ya no poseía la potencia de la juventud y hacía el amor con ella de forma cada vez más espaciada, mientras que el cuerpo de ella ardía de deseos.

Desde el primer momento, ella había sido recibida por el kibutz como la pareja de David y la diferencia de edad entre ellos no interesó a nadie. David la llevó a largos paseos por el pequeño país. Los lugares sagrados de la cristiandad la dejaron indiferente. Las iglesias le recordaban a madre Lucía. Más le interesaban los restos de la antigua civilización del pueblo hebreo y el profundo contraste con el moderno país de ahora. Eilat, la ciudad turística a orillas del mar Rojo, le recordaba a Viña del Mar, la ciudad en la cual había transcurrido su infancia.

Era una ironía que en ese país roto por las guerras, Rosa se sentía tan segura y aceptada. Ella había descubierto que poseía un talento especial para las plantas y pasaba todas sus mañanas trabajando en el criadero de cactus.

Rosa vivió en Israel, en el kibutz Shomriot del desierto de la Aravá, los doce años más felices de su vida.

\*\*\*

## **TERCERA PARTE**

# 1

## **Likanantai, abril de 2011**

Desde su asiento junto a la ventanilla, Raquel veía cómo las casas, los caminos, los autos y los verdes campos se volvían más y más pequeños. Las altas cumbres nevadas parecían desde lo alto un mosaico de blanco y de marrón. Desde las alturas se podía apreciar cuán ancha era esa cordillera.

El avión se adentró en la densa masa de nubes grises y todo desapareció, al igual que los señores desaparecieron de su vida en el momento que subió al avión.

Raquel se encogió en su asiento, tratando de comprender cómo había llegado a ese avión, en camino al lugar del cual escapó hacía ya tantos años. Ella no había podido explicarle a la señora la ilógica urgencia del llamado que había recibido en su sueño hacía solo dos noches. La voz, que procedía de las nubosidades de su infancia, le repetía: —¡Ven, Raquel, te estoy esperando! —y Raquel despertó bañada en sudor.

Ella trató de negarse a responder a la absurda llamada. —No volveré a ese maldito lugar —se decía. —En una semana me reuniré con Sarita, mi niña, en su nuevo país. Allí comenzará mi nueva vida.

Sarita, la niña que ella había criado y amado como si fuera su propia hija, ya crecida y convertida en una hermosa joven, eligió ir a la tierra de sus antepasados para construir allí su vida. Los señores, sus padres, sintiéndose como alma en pena sin su hija, decidieron ir también a Israel. Raquel iba a ir con ellos. Allí, en el departamento que Sarita encontró para alojarlos a todos, estarían todos nuevamente juntos y Raquel seguiría ocupándose de servirles. Ellos eran su única familia.

Pero la voz persistió también la noche siguiente y Raquel comprendió que ya no podía desentenderse de ella. Ya no podía huir más.

Les comunicó su decisión a los señores al llevarles el té de la mañana. Atónitos, le preguntaron: —Raquel, ¿quién te espera allí?

Durante todos los veinte años que Raquel trabajó para ellos, nunca les habló de su pueblo natal e hizo grandes esfuerzos para escapar a la natural curiosidad de la familia a la que servía.

Al final los señores cedieron, sin comprender, y la ayudaron a conseguir el pasaje en este avión que salía ese mismo día. Como regalo de despedida le dieron una gran cantidad de dinero, que junto a sus ahorros le permitiría vivir con cierta comodidad.

A partir del momento en el que decidió separarse de ellos, Raquel penetró en un mundo desconocido para ella. Incluso las cosas más triviales adquirieron proporciones inmensas. Nunca había volado ni se había alojado sola en un hotel. Durante veinte años vivió bajo su techo. Y ahora ella debería tomar sola todas las decisiones. El pensamiento la abrumaba y la llenaba de excitación al mismo tiempo.

La masa de nubes se partió y ahora se podía ver la montaña. Su pueblo está erigido en el corazón del altiplano, a miles de metros de altura. Y ella había pasado más de la mitad de su vida

en las llanuras del centro. Seguramente sentirá en el pecho la opresión de los nuevos llegados al lugar.

Abajo, paralela a la cordillera, se veía la carretera que une el continente a todo su largo. Sobre esa carretera viajó el autobús que la había llevado en la dirección contraria hacía ya veinte años.

De pronto, Raquel sintió el impulso de alargar la mano y tocar a esa joven que a pesar de estar herida de cuerpo y de alma, había encontrado la valentía necesaria para levantarse y alejarse de ese lugar. Ella veía con los ojos de la imaginación a la joven, con su largo cabello que le llegaba hasta la cintura, las tupidas y desordenadas cejas y sus escasas ropas en el barato bolso de nylon, tocando de vez en cuando el saquito cosido a su vestido que contenía sus escasos ahorros.

La azafata pasó con el carrito, ofreciendo bebidas. Raquel tomó un zumo de frutas mientras observaba con disimulo a su compañera de asiento, que no había levantado la mirada del voluminoso libro que leía.

Como sintiendo su mirada, la vecina la examinó a su vez. A Raquel le parecía que sus ojos penetraban a través de su capa exterior, con el elegante traje azul de ciudad, y veían directamente a la jovencita de diecisiete años que Raquel había trabajado tan duramente en hacer desaparecer.

Su vuelta al pueblo seguramente despertará los fantasmas del pasado, reflexionó Raquel, y ella deberá hacerles frente. Pero aún no.

—Hemos llegado a nuestro destino. Que tengan un buen día. —anunció la azafata.

En un momento de pánico, Raquel se sintió inundada por el deseo de permanecer en su asiento y volver a Santiago. Escapar nuevamente. Miró por la ventanilla al pequeño aeropuerto en el corazón del desierto. El cielo era del azul más profundo que había visto. Sintió que la tranquilidad se apoderaba de ella. Se levantó con lentitud y le sonrió a su vecina de viaje, con la cual no había cambiado ni una palabra.

—¿Está todo bien?" —le preguntó su vecina de vuelo.

Y la mujer de mundo con el traje azul de ciudad y la jovencita con la larga trenza y las pobladas cejas respondieron al unísono: —Todo está bien. He llegado a casa.

\*\*\*

—¿La puedo llevar a alguna parte? —le preguntó la vecina de vuelo al ver a Raquel parada, insegura, a la salida de la terminal. —Mi automóvil está aquí. Yo vivo aquí, en Costa Marrón, pero ahora debo ir a Viejo Likanantai para arreglar algo. No queda lejos.

Raquel no se sentía preparada aún para volver al pasado. Todo había sucedido tan rápido. Sería preferible quedarse aquí, en Costa Marrón, los primeros días. Tal vez iría a visitar a doña Lisa, que no había oído de ella hacía ya veinte años. Pero el sonido de la palabra Likanantai surtió su efecto en ella.

Sin pensarlo, gritó: —¡Voy con usted!

La mujer se presentó como Dolores Fernández, la directora de la escuela de Nuevo Likanantai, que regresaba de un congreso de educación en Santiago. Raquel solo le dijo: —Soy Raquel Rubio.

Estaba asombrada al oír llamar a su pueblo Viejo Likanantai, pero de inmediato recordó las casas que estaban siendo construidas para las familias de los mineros en las afueras de Costa Marrón. En realidad, ella no sabía si había quedado alguien en su antiguo pueblo.

Durante el viaje, el desértico paisaje que tanto temía reencontrar la envolvió como una suave manta. Sus hombros, brazos y espalda comenzaron a relajarse. Ya caía la noche cuando llegaron al

pueblo, y a la luz de los faroles, Raquel trató en vano de reconocer algo de las calles de su infancia. Pero los años habían puesto una barrera ante los recuerdos y ella se sentía como si hubiera entrado a un lugar extraño.

—¿Tal vez conoce a alguien que alquile habitaciones? —le preguntó a Dolores, quebrando el silencio en el cual ellas viajaban. Su vecina de viaje, sintiendo que Raquel no deseaba hablar, tuvo la delicadeza de respetar su silencio.

—Una de mis antiguas alumnas ha abierto junto con su marido un precioso hotel. Están siempre llenos, pero hablaré con ellos. —dijo, sacando su teléfono móvil. ¿Para qué se necesita un hotel aquí?, se extrañó Raquel.

Dolores se detuvo ante un alto muro con una puerta de madera pulida sobre la cual lucía un letrero de cobre con la palabra “*Marta*”. Un sonriente joven se acercó al auto y cogió su maleta.

—Bienvenida, señora. Soy Roberto, a sus órdenes. Por fortuna tenemos una habitación libre. Generalmente la mantenemos vacía, pero no nos podemos negar a un pedido de Dolores. Venga.

\*\*\*

Una luz enceguedora que se filtraba por sus cerrados párpados y una delicada brisa que acariciaba su rostro la despertaron. Al abrir los ojos, Raquel se encontró acostada en una ancha cama, entre suaves sábanas que olían a nuevas. La habitación era grande, con sus paredes pintadas de colores de la tierra, sus muebles sencillos pero pulidos y el suelo de baldosas cubierto de alfombras tejidas a mano. En las paredes colgaban diversos adornos de cobre. Tras una puerta entreabierta se veía un cuarto de baño blanco y reluciente.

Raquel comprendió que la suave brisa venía en realidad de un moderno aparato de aire acondicionado. Todo se veía nuevo, como si solo la hubieran estado esperando a ella.

Su primer pensamiento fue: —¿Dónde está la pared que me separa de la habitación de la izquierda? ¿Y dónde se encuentra la puerta?. —Pero ella nunca había estado en esa habitación. Se levantó y se dirigió a la ventana que había al lado de la puerta de entrada y la abrió. La ventana daba a un patio cuadrado, con palmeras y cactus, una parte de los cuales florecían.

El aire del desierto, caliente y seco, lamió sus brazos. El olor a polvo mezclado con algo indefinido le despertó un nublado recuerdo. Notó que sus pulmones no se llenaban y se veía obligada a tomar aire con rápidos estertores. Ya no estaba acostumbrada al enrarecido aire de las alturas.

En esa temprana hora del amanecer todo estaba quieto. La noche anterior, al conducirla a esa habitación, Roberto le había comentado que el hotel consistía en algunas de las antiguas casas que habían sido refaccionadas y unidas entre sí por innumerables pasadizos techados.

Raquel cerró la ventana y al volverse vio un invitador sofá que estaba situado en un nicho al lado de la puerta. Pero en el momento en que se sentó en él, sintió a su lado una invisible y amenazadora presencia, y la hermosa habitación comenzó a producirle una sensación de incomodidad e incluso de terror. Contempló la ventana que había al lado del sofá, y sintió que se apoderaba de ella un gran impulso de saltar a través de ella.

En ese momento oyó nuevamente la voz de su sueño: —Raquel, no temas. Estoy contigo.

Se dirigió con decisión al cuarto de baño y después de una larga ducha, se vistió con calma, tratando de no hacer movimientos bruscos que le produjeran vértigo. Contempló con pesar su traje azul de ciudad, y con un suspiro lo relegó al fondo de la maleta. Se vistió con pantalones tejanos y

una simple camiseta. El esfuerzo de inclinarse para abrocharse los zapatos la dejó sin respiración. Se recostó sobre la cama, pero le pareció que el hermoso y cómodo lecho, con sus mullidos almohadones, le transmitía un mensaje de peligro y sufrimiento.

Se levantó y se dirigió al sofá. Caminó alrededor para no toparse con la imaginaria pared que le bloqueaba el paso. Su mano se alargó por sí misma para abrir la puerta que no existía.

Una gran cómoda, de brillante caoba que olía a barniz y que estaba apoyada en la pared a su lado, le produjo desasosiego. Hasta que al fin comprendió. No era la cómoda, sino su posición dentro de la habitación lo que le producía esa sensación.

Raquel comenzó a empujar la cómoda, apoyándose en ella con todas sus fuerzas. Sus piernas le flaqueaban y sentía que se ahogaba por falta de oxígeno. Finalmente, el pesado mueble cedió y se fue deslizando poco a poco sobre las baldosas. Ella no cejó en sus empeños hasta que llevó la cómoda a la pared de enfrente. Solo entonces se permitió caer desplomada sobre el sofá.

Después de unos minutos se sintió capaz de levantar la cabeza y mirar la cómoda, que ahora reposaba bajo un cuadro que no había percibido hasta ese momento. El cuadro la atrajo como un imán. En él se veía una niña descalza, de unos doce años, vestida con pantaloncitos cortos y una escotada blusa. Su negra cabellera estaba agitada por el viento y destacaba en un fondo de maizales. Los colores del cuadro eran deslumbrantes. La firma del cuadro decía *Paulina, 1967*.

Raquel sabía que ella ya había visto ese cuadro. Y sabía también quién era esa niña.

Comenzó a dar vueltas por toda la habitación, topándose cada vez con la imaginaria pared que una vez había contenido el dormitorio y entrando y saliendo de él a través de la imaginaria puerta. Le pareció que olía el aroma de la cazuela que en el pasado se cocinaba debajo de la ventana, la última cazuela que María-Inés de Rubio había cocinado para sus hijas, hacía ya treinta años.

Contra toda lógica le vino a la mente la frase: —Estoy en casa. —Acarició con la vista las paredes y los muebles. Le parecía que la cómoda le agradecía por haberla devuelto a su legítimo lugar. Pero algo aún faltaba. Con la misma decisión que la llevó a empujar la cómoda, sacó de su bolso la muñeca de porcelana con los ojos azules, el cabello negro y el raído vestido azul de encaje, que había desteñido por los años y las numerosas lavadas. La colocó sobre la cómoda.

—Estás en casa, muñequita. —le dijo—. Te prometo que algún día encontraré a tus dos amigas, y las tres estaréis nuevamente juntas. —Algo le decía en su corazón que Rosa, estuviera donde estuviese, también guardaba su muñequita rosada.

Una voz interna la llamó a salir de la habitación. En el umbral de la puerta se paró, desorientada como un niño que perdió su camino. Una voz detrás de ella le dijo: —Raquel, date vuelta. —Esa era la voz que la había llamado a volver a Likanantai.

Se volvió con lentitud. Sus ojos encontraron los ojos de una mujer que estaba dibujada, de tamaño natural, en la pared externa de la habitación, a un lado de la puerta. Raquel se detuvo, paralizada, murmurando 'mami, mami'. Se acercó a la pared y tocó el rostro pintado. Le parecía que la mujer le sonreía y que sus labios pintados pronunciaban las palabras '¡Bienvenida a casa, hija!'

Al otro lado de la puerta Raquel vio dos niñas, también de tamaño natural y pintadas con vivos colores, que corrían y jugaban. ¡Eso no podía ser!

Con manos que temblaban, sacó de su cartera la vieja fotografía que tía Flor le había dado hacía ya treinta años, el día que Rosa y ella abandonaron su casa con Sor Jacinta. La figura pintada era idéntica a la foto. Ya no le quedaban dudas: esa era su madre, inmortalizada por una

mano desconocida.

Como por arte de magia, el sentimiento de angustia desapareció. —Todo es como debe ser — se dijo.

Recorrió con la mirada el patio sombreado, rodeado de habitaciones que en los muros de cada una de ellas lucían pinturas resplandecientes.

Confusa, volvió a su habitación sin percibir el par de ojos que seguían cada uno de sus movimientos desde las sombras del patio.

Se oyó un golpe a la puerta. Al abrir, quien había golpeado le dijo, alargando los brazos hacia ella: —¡Bienvenida al hotel *Marta*, Raquel!

\*\*\*

## 2

### **El hotel Marta**

Marta era la hija de Pedro Vargas, un minero de Likanantai, y de Anita, su esposa.

Cuando contaba cinco años, fue con sus padres a pasar unas vacaciones a la orilla del mar. Pero la niña no se interesó por jugar en la playa. Ella recorría, embelesada, las distintas habitaciones del hotel, el comedor y la cocina. Al volver a casa declaró solemnemente que algún día sería dueña de un hotel y lo llamaría “**Marta**”.

Su padre falleció un año más tarde y se madre las sostuvo a las dos con trabajos de costurera. La talentosa Marta consiguió una beca para la universidad y después de obtener un título en Economía, volvió a Likanantai, sabiendo que ahora era su turno de ayudar a su madre. Comenzó a trabajar en las oficinas de la mina, y continuó hablando del hotel que algún día erigiría.

Pero cuando conoció a Roberto, el sueño del hotel dejó de ser el centro de su vida.

Roberto, el fruto del amor entre Teresa y Luis el gitano, había llegado al pueblo a visitar a su padre. Él era entonces un joven artista de veinte años, cinco menor que ella, y conquistó a Marta por su apariencia de fragilidad. Sumamente delgado, llevaba la negra cabellera larga y recogida en una cola de caballo y sus ropas manchadas de pintura. Se movía siempre como en sueños. Solo sus ojos expresaban fuego, como si él viera algo que se le escapaba a la mayoría de los demás.

Anita veía los esfuerzos de su hija para llamar la atención del joven, sus estrictas dietas, sus ajustados vestidos y su cuidadoso maquillaje. Al comprender que su apariencia no lo impresionaba, recurrió a su arte. Lo invitó a ir con ella a exposiciones. Después de la exposición llegó la invitación a cenar en restaurantes y los regalos de reproducciones de cuadros de sus pintores favoritos. Al final lo consiguió, como había conseguido cada cosa en su vida.

Roberto pasaba sus días en el desierto, buscando las plantas de las cuales los indios que habían habitado la zona acostumbraban a extraer los pigmentos para sus murales e invertía toda su vitalidad en sus pinturas.

De vez en cuando conseguía vender alguno de sus cuadros o exponerlos en pequeñas galerías. A Marta no le importaba ser la única que aportaba dinero entre los dos, pero el brillo de sus ojos se fue apagando ante la indiferencia que Roberto le demostraba. Nunca recibió de él una palabra cariñosa ni una caricia. Y con el tiempo, Roberto comenzó a dar muestras de inquietud.

Anita, que desde el principio había sospechado que Roberto se rindió al cortejo de Marta más por indolencia que por amor, supo con certeza que nada le impediría abandonar a su hija.

A través de los años, el pueblo había ido cambiando. Las familias de los mineros se trasladaban a Nuevo Likanantai, como llamaban a las nuevas poblaciones en las afueras de Costa Marrón. Las antiguas casas de ladrillos y de greda se iban vaciando. Incluso los perros vagabundos fueron desapareciendo de las polvorientas calles. Las casas se desmoronaban y se hablaba de destruirlas. Pero nadie tomaba la responsabilidad por ellas. En general, no se sabía quién era el legítimo dueño de ellas.

Anita se negó a irse. Ella sentía que no podía abandonar su casa, que quedaba al final de la

calle en la que estaba la vivienda en la cual había vivido la familia Rubio. Esa casa había estado vacía ya hacía muchos años, aun antes de que el pueblo entero comenzara a emigrar de allí. El techo de la casa ya había desaparecido y dentro de sus paredes se refugiaban los animales del desierto.

Anita estaba convencida de que en esa casa se encontraba el espíritu de María-Inés Rubio y el de sus dos hijas, Raquel y Rosa, que habían sido abandonadas a su suerte. María-Inés había sido su querida amiga y Anita sentía que era su deber montar guardia ante su casa, cuidándola hasta que sus hijas volvieran.

Un día de sofocante calor, Anita regresaba a su casa después de haber visitado a Marta en su vivienda de Costa Marrón. Su corazón le pesaba. Intuía que el matrimonio de su hija había terminado.

Cuando ya estaba a cierta distancia de su solitaria casa, quedó plantada en su sitio, atónita, convencida de que había perdido el juicio.

Su casa había desaparecido. En su lugar había una playa que no había estado antes allí. El mar cubría el horizonte, las olas lamían la tierra del desierto y la teñían de un intenso azul. Niños de distintas edades jugaban entre la blanca espuma y sonreían con los brazos levantados al aire. Se veían también rocas, botes de pesca, estrellas de mar y cangrejos.

Solamente al acercarse más pudo notar que los niños, así como las olas del mar, no se movían. Las sonrisas estaban estampadas en sus rostros y su olfato percibió un olor que no era en absoluto salino.

Era un olor a pintura fresca.

De pronto, de detrás de las olas apareció Roberto, blandiendo un cepillo embadurnado de pintura azul y en su rostro una inmensa sonrisa: —¡Anita, mira! Hermoso, ¿verdad? —gritó con un entusiasmo que nunca había visto en él.

La magnífica pintura de la playa cubría toda la pared delantera de su casa y las paredes laterales estaban comenzando a parecerse, bajo las talentosas manos de su yerno, a un florido jardín tropical, con inmensas orquídeas y papagayos de brillantes colores.

A partir de ese día, Roberto llegaba a su casa todas las mañanas. Muy pronto, en todas las paredes lucían hermosos murales. En uno de ellos se reconoció a sí misma con una vestimenta india e inclinada sobre un telar a la entrada de una ruca.

Roberto parecía otra persona. Sus movimientos eran rítmicos y armoniosos, casi como pasos de baile. Perdía la paciencia con el pincel y lo arrojaba lejos de sí, continuando a pintar con las manos desnudas. Dibujó mujeres voluptuosas y hombres fornidos sin necesidad de modelos y escenas de la vida de los indios que habían vivido en el lugar hacía ya cientos de años. Él volcaba en sus pinturas todo el entusiasmo que nunca había demostrado hacia su mujer y Anita notó que la figura de Marta no aparecía en ninguno de sus dibujos.

El corazón de Anita daba vuelcos de ansiedad al verlo precariamente equilibrado sobre la plataforma que él había improvisado para pintar algo en el mismo techo.

Trabajaba durante largas horas sin dar señales de hambre, de sed o de cansancio, e interrumpía su creación solo al acabarse la luz del día, quedándose a pasar la noche sobre el sofá de Anita, demasiado agotado para volver a su casa, en la cual lo esperaba su mujer.

Llegó el día en el que Roberto, guardando sus pinceles y sus colores, declaró: —He terminado. Ya no me queda nada por agregar. —Y en realidad, la casa de Anita parecía algo salido de un

cuento.

Con gran dolor en su corazón, Anita comprendió que Roberto abandonaba a Marta. Y sin pensarlo, y decidida a ayudar a su sufriente hija, a sí misma y tal vez a María-Inés, lo tomó de la mano y lo condujo a la casa que estaba al final de su calle.

Le entregó a Roberto la única foto que poseía de María-Inés y de sus hijas, de siete y de cinco años. Era esa una copia de la foto que también estaba en manos de Flor y que ella puso en manos de Raquel el día que abandonaron su casa.

Roberto reprodujo a María-Inés y a sus hijas en tamaño natural, con tal perfección que parecía que ellas iban a saltar fuera de la pared en cualquier momento.

Con la ayuda de Luis, su padre, Roberto también construyó un pasaje techado, con baldosas y adornos, en la que había sido una polvorienta calle entre las dos casas.

Pero mientras Roberto se llenaba de vitalidad, Marta languidecía. Se encerró en su casa y se negaba a ver ni siquiera a su madre. Anita ya no podía soportar esa situación. Decidida, entró a casa de su hija sin golpear a la puerta, cosa que no había sucedido nunca.

Marta estaba sentada en el sofá del salón. Su camisón, arrugado y sucio, colgaba de su cuerpo, que en el pasado había sido sensual y voluptuoso y ahora estaba reducido a piel y huesos. Olía mal de la boca y su cabello, que había sido su orgullo, colgaba falto de brillo. Sus ojos estaban secos y enrojecidos.

El corazón de Anita dio un vuelco. Estrechó a su hija entre sus brazos, como acostumbraba hacerlo cuando ella tenía tres años. El dolor que Marta llevaba en la soledad estalló.

—¡Mamá, él tiene una amante! —sollozó. —¡Ni me toca! Siempre he creído que mi amor por él bastaría para los dos. Al principio él todavía respondía a mis iniciativas, pero con indiferencia, solo para contentarme. Y por lo menos se quedaba aquí, jugando con sus colores. Pero últimamente ya ni viene a casa. ¡Está con ella!

Anita comprendió que Marta no tenía idea de los magníficos murales de Roberto y que ni conocía al hombre con el cual estaba casada.

Sus ojos recorrieron la habitación. En una de las paredes estaban apoyadas docenas de pinturas. Se acercó a ellas y las examinó. Las figuras le parecieron diminutas después de haberse acostumbrado a las inmensas proporciones de los murales. Pero eran espléndidas, llenas de alegría y vitalidad. Había animales que existían solamente en la imaginación de Roberto y que esperaban con paciencia ser immortalizados en el aire del desierto.

Anita comprendió que Roberto no había llegado por casualidad al lugar. Él había respondido a la llamada de su destino y Marta no jugaba ningún papel en él. Pero ella era su hija.

—¡Levántate, Marta! —le ordenó. Introdujo a su hija de treinta años, como si fuera una bebé, en una tina llena de agua caliente y jabonosa. Le lavó el cabello, le cepilló los dientes y la vistió. La joven se dejaba hacer, inerte como una muñeca.

Después de que la obligó a beber un té de hierbas, la montó en su bicicleta y la llevó al antiguo pueblo.

—¡Marta, te presento a la amante de Roberto! —exclamó.

Por primera vez, Marta vio el maravilloso espectáculo, que resaltaba aún más sobre el fondo de todas las casas abandonadas. Pero las miró con la misma indiferencia con la cual había mirado las olas del mar a los cinco años. Anita había llegado al límite de su paciencia. ¿Qué más podía ella hacer?

—Tú sabes cuál es su mayor deseo —le habló su amiga, desde su lugar en el muro de su casa.  
—Ayúdala a conseguirlo.

—¡Roberto, ven aquí! —gritó. —¡Marta, mira, este es tu hotel! Roberto, todas esas casas están esperando tus murales.

\*\*\*

Entusiasmada, Marta se dedicó a preparar presentaciones con números, estadísticas y pronósticos. Rechazó de plano la sugerencia de su madre de incluir fotos de los murales de Roberto. —Mamá, tú no entiendes de negocios. ¡Todos quieren saber de ganancias, no de pinturas!

Se dirigió a los gerentes de los bancos y a hombres de negocios, pero nadie estaba interesado en el ridículo plan de esa joven de abrir un hotel en ese lugar recóndito y olvidado. Hasta que llegó el momento que ella esperaba.

—Mamá, me llamó don Sergio Malatesta, ¡el dueño de la famosa agencia de viajes! —le dijo, entusiasmada. —¡Tengo una entrevista con él!

A la carpeta explicativa de Marta se unieron planes para cabalgatas por el desierto, paseos por las dunas en tractores miniatura y en motocicletas, asados tradicionales, tratamientos cosméticos con los materiales del lugar, desarrollo de manantiales calientes para baños y caminatas por la gran salinera. Llena de entusiasmo y vestida con su mejor traje, verde como sus ojos, Marta salió a su entrevista.

El director de '*Los caminos del desierto*' un hombre amable y paternal, la escuchó con suma atención y su secretaria le sirvió café. —¡Señora, nosotros haremos grandes negocios juntos! —le dijo—. Déjeme su carpeta y la presentaré en nuestra próxima reunión de socios. —Marta salió de allí caminando sobre nubes.

Transcurrieron días que se convirtieron en semanas. Todas sus llamadas a la agencia eran rechazadas con un “don Sergio en está, no sabemos cuándo regresará.

Al cabo de un mes, apareció en todos los diarios un aviso de publicidad de '*Los caminos del desierto*' que ofrecían cabalgatas por el desierto, paseos por las dunas en tractores miniatura y en motocicletas, asados tradicionales, tratamientos cosméticos con los materiales del lugar, desarrollo de manantiales calientes para baños y caminatas por la gran salinera. Todo estaba acompañado de las brillantes fotografías a todos colores que Marta había tomado y anexado a su carpeta.

—Somos los únicos que ofrecemos estos paseos —decía la publicidad. —Nuestros empleados han dedicado innumerables horas de trabajo a componer este programa. Les ofrecemos además uno de nuestros hoteles en Costa Marrón. No hay otros hoteles en la zona y no los habrá.

—Mamá, ¡ya no puedo más! —se quejó Marta. —¡Y eso no es todo! —y procedió a contarle a su madre sobre el hombre de negocios al cual se había dirigido, que mientras ella leía su oferta, se paró por detrás y le puso sus manos sobre los pechos. Marta, enfurecida, levantó de la mesa el ordenador portátil del hombre y lo descargó con fuerza sobre la cabeza de él, esperando con todo su corazón que el golpe le borrara todos los datos de sus negocios.

Al escuchar el relato, Anita no pudo menos que reír. Marta se contagió de ella, y Roberto, que entraba en ese momento, encontró a las dos revolcándose en el sofá, convulsionadas de risa. Miró a su mujer como si fuera la primera vez que la veía. Esa noche, después de mucho tiempo, la buscó en el lecho. Y al cabo de una semana, la tomó de la mano y la condujo a una de las casas, en

la cual lucía el primer retrato de ella que él había hecho, en el cual aparecía revolcándose en las dunas del desierto con risa en los ojos.

Hasta ese momento, Anita no había intervenido en los esfuerzos de su hija, pero decidió que había llegado el momento de tomar las riendas. Llevando bajo el brazo algo muchísimo más valioso que los números de Marta, se dirigió al gerente de la mina.

—Don Mauricio, ¡es una pena que todo el pueblo se desmorone! —le dijo—. Hablan de enterrarlo bajo los desperdicios de la mina. Un hotel en el mismo lugar sería un tesoro para todo el país, el corazón de todo Likanantai. —Le mostró el álbum de fotos que había traído, con escenas de la vida de Likanantai.

Don Mauricio, el nuevo y joven gerente, pensó en todos los clientes de más allá de las fronteras que llegaban al lugar. Sería magnífico alojarlos en un hotel formado por las mismas casas que habían alojado a los mineros y a sus familias. Acogió la idea con gran entusiasmo.

—Anita, ¿de quién ha sido la idea? —le preguntó.

Anita le relató las diversas humillaciones que había sufrido su hija en el camino a la realización de su sueño.

—¿Por qué no se dirigió a mí? ¡Este hotel será construido con el corazón, no con los números! No hay que molestarse en pedir permisos. ¡Yo declaro oficialmente que el hotel será parte de la mina de Likanantai! Contará con toda la mano de obra y los materiales necesarios. Pediré a los trabajadores que me traigan fotos tuyas, para que su talentoso yerno las inmortalice en los muros de sus antiguas casas.

En pocos meses, las antiguas casas de los mineros fueron refaccionadas con todos los adelantos modernos, pero respetando su forma original. Los muebles que los mineros habían dejado atrás revivían bajo las manos de Luis, el padre de Roberto.

Como si hubiera entrado en un reino mágico, Roberto tomó en sus manos las fotos de los mineros y en los muros de las casas aparecieron pintados sus ocupantes de todas sus generaciones, junto con escenas de la extracción del cobre. Los ojos de los curtidos mineros se llenaban de lágrimas al verse inmortalizados de esa forma.

Cada rincón del hotel contenía una sorpresa en forma de un dibujo, un macetero con cactus floridos y un rincón íntimo para sentarse con una taza de café. Tres de las casas fueron unidas para formar el comedor y la cocina. Había una biblioteca con libros sobre la historia del lugar, sobre la flora y fauna del desierto y sobre la historia de la mina de cobre. En las frías noches del desierto, los huéspedes podían sentarse ahí, cómodamente, al lado del hogar encendido.

El hotel fue inaugurado en una hermosa ceremonia, a la cual fueron invitados todos los gerentes de los bancos y los hombres de negocios que habían rechazado con desdén la propuesta de Marta. Ella, resplandeciendo de orgullo, cortó la cinta, poniendo al descubierto el letrero con la palabra “*Marta*”.

Hacia ya cinco años que el hotel había abierto sus puertas. El mundo había descubierto las atracciones que ofrecía el desierto de Atacama, y los turistas venían de lejanos países a contemplar los magníficos murales de Roberto.

El hotel estaba siempre lleno. Solo una de las habitaciones quedaba permanentemente sin ocupar. Anita se opuso terminantemente a alquilar la número veinte, luchando contra la oposición de su hija. —No, Marta, ¡esa es la vivienda de las hijas de María-Inés Rubio! ¡Las espera a ellas y solo a ellas! —decía. Marta había sido una niña pequeñita al ocurrir la tragedia, pero se rindió a

los deseos de su madre, a la que tanto debía, sin comprender su terquedad.

Como obedeciendo una intuición, Anita mantenía la habitación limpia y aireada. Ese último tiempo, la intuición se había vuelto más fuerte y le comunicaba: —Ellas están ya cerca.

La noche anterior, Marta había golpeado a su puerta y le había dicho, disculpándose, que Dolores, la directora de la escuela, había traído a una mujer que no tenía donde alojarse y se vio obligada a darle la habitación veinte. Marta no podía negarle nada a su antigua maestra.

—No permitiré a una extraña profanar la vivienda de María-Inés —pensó Anita. —Le pediré a esa mujer desalojar la habitación. Le ofreceré la mía si es necesario.

Anita vacilaba, pensando en la mejor manera de dirigirse a la intrusa. Desde las sombras, la vio salir y contemplar el retrato de María-Inés que guardaba la vivienda. La intrusa acarició el rostro pintado y abrazó la pared. Y le pareció que la boca pintada sonreía. De pronto, los ojos de Anita amenazaron con salirse de sus órbitas. La extraña no era una extraña. La hija de su amiga había vuelto a casa.

\*\*\*

### 3

—¡Bienvenida al hotel *Marta*, Raquel! —le dijo la mujer que estaba en su puerta, tendiéndole los brazos. —¡Te has convertido en una hermosísima mujer! ¿También vendrá Rosa?

Raquel vio a una mujer cuya edad se acercaba a los sesenta años, con cuerpo lleno y firme y corto cabello surcado de canas. A su cintura tenía atado un florido delantal. Se sintió avergonzada ante los penetrantes ojos de la mujer, pero algo en ella la empujó a imaginar su cabello como una larga trenza negra y agregarle una criatura atada a su espalda con un chal florido. Entonces comprendió. Esa era la amiga de mami, que acostumbraba a venir a casa a tomar mate con ella, mientras Rosa y Raquel jugaban con la criatura. Y el nombre salió de las nubosidades del olvido. *Marta*. Al igual que el nombre del hotel.

Anita entró a la habitación sin interrumpir su excitada charla. —¿Qué te parece? ¿Sabías que esa había sido tu casa? La hemos preparado para ti y para Rosa.

Al ver la cómoda en su nuevo lugar, exclamó, extasiada: —¡Raquelita, te has recordado! Este era el lugar en el cual estaba. ¡Se lo dije a Roberto, mas él insistió en moverla! El lecho ya estaba muy gastado, y lo hemos reemplazado por uno nuevo. —Anita se detuvo un segundo antes de comentar las manchas de sangre que habían sido absorbidas por el colchón. Pero vio cómo los ojos de Raquel se llenaban de lágrimas.

Después de un largo rato, Anita señaló la muñeca que reposaba sobre la cómoda. —Raquel —dijo con voz emocionada. —Has guardado tu muñequita todos estos años. Pero yo he guardado algo para ti.

Y salió con rapidez de la habitación, volviendo al cabo de un minuto portando una gran caja de cartón.

—La hemos encontrado al mover el lecho. Por lo visto había caído entre él y la pared. Y nadie la vio. Roberto quería donarla a caridad, pero yo me opuse.

Raquel miró la carita de porcelana, con sus ojos azules, su negra cabellera y su blanco vestido de encaje, en el cual se veían manchas parduscas.

—Lo siento, Raquelita, yo hablo y hablo. —dijo Anita al ver la emoción reflejada en el rostro de ella. —Todo esto es nuevo para ti. Cuando sientas que estás lista, ven al comedor y hablaremos. —Antes de salir se volvió y agregó. —Raquelita, cuando Roberto tomó la cómoda para barnizarla, encontró esto en el último cajón. —Y le entregó un viejo álbum de fotos. Al fin, se retiró sin haberse dado cuenta de que Raquel no había pronunciado ni una palabra.

Sola por fin, Raquel contempló la cómoda sobre la cual reposaban las dos muñecas, reunidas después de treinta años. Después de mandarles un beso, se sentó en el suelo de baldosas y abrió el álbum, como acostumbraba hacerlo desde que ella y su madre lo habían traído de casa de abuelo Mateo. Lo abrían al azar y contaban la historia de cada foto. Ese álbum las había consolado tras la muerte de abuelo y conocían su contenido como la palma de su mano. Durante los años, las hojas se habían pegado las unas a las otras y ahora ella las separó con sumo cuidado.

En la primera página estaba la foto de las nupcias de abuelo y abuela. Al verla, Raquel cerró el álbum. Le temblaban las manos. Sentía que se ahogaba, y no solamente por la falta de oxígeno. Su

cuerpo también le comunicaba las punzadas del hambre. Desde que salió de Santiago no había probado bocado y solamente había bebido el zumo ofrecido en el avión. Tal vez se sentiría mejor después de una taza de café.

Se paró frente al espejo, buscando en él la confianza en sí misma. Los años pasados en Santiago, con su templado clima, le habían aclarado la piel, y con su moderno peinado corto, nadie reconocería en ella a la jovencita que había bailado en la plaza hacía ya veinte años. Mas Anita la había reconocido al momento, y la incomodidad se apoderó de ella. —No, Raquel — escuchó nuevamente la voz. —Anita también ha oído mi llamado.

Se paró en medio del desierto patio, tratando de reconstruir en su memoria el pueblo de su infancia. Esas eran seguramente las casas de sus vecinos. Habitación diecinueve había sido la casa de abuela Patricia, la madre de tía Flor. Se preguntó si la plaza aún existía. Los ojos de mami, desde su lugar en el muro, la acompañaron al caminar por el corredor techado. En los muros de todas las habitaciones vio espectaculares pinturas que contaban la historia de la extracción de cobre. ¿Quién era el artista que las pintó?

El aroma de café y masas frescas, unido a voces y risas, la atrajo al comedor, que estaba lleno. Se asombró al ver a tanta gente vestida con ropa deportiva, hablando en diferentes idiomas.

En una de las mesas estaban sentados seis jóvenes, inmersos en una bulliciosa conversación en un idioma que le produjo palpitaciones. El señor acostumbraba a hablar en ese idioma, que ella ya sabía que era el hebreo, con los invitados que llegaban de la Tierra Santa. Ese habría sido su idioma si hubiera viajado con ellos, desentendiéndose de la llamada.

—He cometido un error —pensó. —Tal vez aún no es demasiado tarde. Los llamaré.

—Ven, Raquelita, te he guardado una mesa. —Anita la atiborró de manjares. —Toma más. El pan salió recién del horno. Y los huevos son de nuestro gallinero. Y los quesos y las salchichas son fresquísimos. —El sabor de la mermelada de cerezas trasladó a Raquel al pasado, cuando mami y Anita lo confeccionaban y toda la casa olía deliciosamente.

Raquel no creía que era capaz de introducir a su cuerpo tal cantidad de alimentos. Y después del desayuno, se sintió infinitamente mejor y salió a recorrer todos los rincones del hotel, tratando de ubicarse. En el muro de una de las habitaciones había un retrato de una mujer joven, alta y bella, portando en una de sus manos una olla de metal y la tapa de esa olla en la otra.

Raquel había escuchado las historias sobre las demostraciones de amas de casa antes de nacer ella, en tiempos de la cesantía, que salían a golpear instrumentos de cocina frente a las oficinas de las autoridades. Pero no comprendía la relación de la mujer pintada en la pared con esas demostraciones.

De pronto, la asaltó la certidumbre. Ella ya sabía quién era esa mujer.

\*\*\*

La calle ya estaba bañada por el sol cuando Raquel salió por la puerta del hotel. A ambos lados de la puerta se levantaba un alto muro, cortado por numerosas ventanas adornadas con macetas de cactus y cortinas de vívidos colores. Solo el olor especial que recordaba de su infancia, de sequedad de desierto mezclada con estiércol de caballos, aún impregnaba el aire.

Después de caminar algunos pasos, percibió las crestas de los robles y en poco tiempo llegó a la plaza.

Aquí se habían conocido sus padres. Ella había escuchado la historia de su encuentro un sinfín

de veces. —Yo te propuse ir a la arboleda. —Estás equivocado, Rodolfo. Fui yo. Y tú ya no pudiste librarte de mí.

En esta misma plaza ella había conocido a Diego. Mientras estaba lejos, ella conseguía alejar ese horrendo recuerdo. Ahora le sería imposible.

Miró a su alrededor. La sorprendió ver cuánto había cambiado la plaza. Donde había estado el bar de don Paco había ahora un salón de helados, y el almacén de comestibles de doña Sara se había convertido en un café con mesas de plástico y parasoles derramándose en la plaza. Dos negocios ofrecían objetos de artesanía local, chucherías para turistas y cada cosa imaginable para uso de ellos. A su lado se abría una agencia de viajes que alquilaba vehículos. La plaza estaba llena de jóvenes con mochilas a la espalda.

El sol ardía sobre su cabeza. Entró a una de las tiendas y escogió un sombrero de paja de alas anchas y un par de gafas de sol. Esperó pacientemente a que dos muchachas regatearan los precios con el dueño en el idioma alemán. Después de que se retiraron, comenzó a conversar con él.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí su negocio?

—Lo abrí hace cinco años, cuando Likanantai se transformó en un centro turístico. —le contestó, feliz de poder hablar en castellano. —Todos quieren venir a explorar el desierto y a ver la mina de cobre desde que se abrió a los visitantes.

Los destellos del sol en una estatua de la madona de tres metros de altura que estaba puesta en el centro de la plaza la atrajeron a acercarse a ella. Con infinito asombro, vio que la estatua estaba compuesta de innumerables instrumentos de cocina de diferentes metales.

Detrás de la estatua estaba la antigua iglesia, conmovedora con su simplicidad que la acercaba más al Señor que la adornada catedral de Santiago.

Raquel entró a la iglesia, que estaba vacía en esos momentos. Después de prender una vela para las almas de su madre y sus abuelos, se sentó en uno de los bancos.

Seguramente, el padre Tomás ya no estaba allí. Raquel no sabía si aún se encontraba con vida, pero su presencia se sentía allí, fuerte como siempre.

—Padre. —le dijo calladamente, con los ojos cerrados. —Tus intenciones era buenas, pero mira los resultados. Rosa y yo habíamos perdido a nuestra madre y a nuestro padre y solo nos quedaba la una a la otra. Rogábamos que nos permitieran estar juntas. ¿Sabías de las noches de llanto de Rosa? Ella volvió a mojar su cama, y yo era la única que sabía cómo consolarla. Han pasado ya treinta años y yo aún me siento como un alma perdida sin ella. Pero ahora tú puedes reparar algo del daño que nos has hecho. Mami me ha llamado a volver a este maldito lugar. Seguramente Rosa, esté donde esté, ha recibido la misma llamada. ¡Ayúdanos a encontrarnos!

Raquel sintió en ese momento la presencia de su hermana a su lado y tendió los brazos para recibirla. Abrió los ojos, suspirando, y después de hacer la señal de la cruz salió por la puerta lateral de la iglesia que llevaba al pequeño cementerio de Likanantai, sin ver a la mujer vestida de negro que había entrado por la puerta principal. Y la recién llegada tampoco vio a Raquel.

La mujer vestida de negro se arrodilló, hizo la señal de la cruz y recorrió con la mirada todo el recinto de la iglesia, como buscando desesperadamente algo que no había. La expresión de su rostro, debajo del ancho sombrero negro, cambió de expectación a desengaño.

La mujer abandonó la iglesia y se montó en el asiento de pasajeros de un automóvil gris que la estaba esperando al lado de la plaza. El hombre que estaba al volante encendió el motor y el auto partió, alejándose del pueblo.

La mujer abrió su gran bolso, sacando de él una muñeca de porcelana vestida de rosa y la estrechó contra su pecho.

—¿Estás segura que ella no estaba? —le preguntó el conductor, con su profunda voz y su pesado acento. —En realidad, no sabes cómo se ve hoy en día.

—No, David, no había nadie allí. —le respondió Rosa. —La voz se ha equivocado. —Se recostó suspirando en el asiento, mirando las calles de su pueblo de nacimiento que era para ella un lugar extraño. Ni siquiera podía distinguir dónde había estado su casa.

La llamada había sido tan fuerte que la impulsó a venir esa mañana a la iglesia, a la cual había asistido por última vez con su hermana en el velorio de su madre.

Hacia ya medio año, en el kibutz Shomriot en Israel, Rosa comenzó a soñar con dos muñecas iguales a la suya. Una de ellas vestía de azul y la otra, de blanco. Una voz le decía una y otra vez: —Rosa, solo cuando las tres muñecas estén reunidas tú encontrarás la paz. —Esa era la voz de su infancia, que le había ordenado no separarse nunca de su muñeca. Hacia ya treinta años que escuchaba esa voz en sus sueños. Rosa no sabía si era la voz de su hermana o de su madre, pero ya le era imposible desentenderse de ella.

Durante las horas que pasaba en el criadero de cactus, ella levantaba la vista y contemplaba el desierto de Aravá y, tras él, las montañas de Edom, y poco a poco se fue apoderando de ella la nostalgia por el desierto de su infancia, que casi no recordaba. Ella trató de luchar contra esa nostalgia. Al regresar en las tardes a la casa que David y ella habían decorado y amueblado en forma tan hermosa, pasaba la mirada por todos los rincones, diciéndose: —Este es mi hogar. — Pero la voz le insistía: —Regresa a casa. —Y David comprendió.

—Amor mío, haremos una visita a Chile, iremos a Santiago, viajaremos a Patagonia. —le propuso. Rosa sabía cuán difícil sería para él hacer un viaje semejante. Él ya había cumplido los sesenta años y sufría de palpitaciones. Su doctor no aprobaba que viajara durante tantas horas en avión, y menos aún, que permaneciera en un lugar tan alto.

—David, viajaré sola con Mateo. —Ellos aún trataban de engañarse a sí mismos, diciéndose que se trataba solo de una visita. Pero David insistió, y Rosa secretamente se alegró. David la había acostumbrado a apoyarse en él para todo y ella ya no sabía cómo vivir sin un hombre a su lado.

David tomó una prolongada vacación de su trabajo y aquí estaban, instalados en Costa Marrón. David se ocupó de alquilar una cómoda casa y compró un auto que quedaría para el uso de ella después de que él volviera a Israel. Ya habían abandonado las pretensiones de que esa era solo una visita para ella. Mateo, a sus doce años, entró a una escuela y ya contaba con amigos. Una vez más, Rosa se sentía agradecida a David por haberla llevado a vivir a un kibutz en el cual todos hablaban el castellano. Mateo no había tenido ninguna dificultad con el idioma.

María-Inés, o Iris, decidió quedarse en Israel. El próximo año ella se uniría a las filas del ejército israelí junto con Itai, su novio. Ella ya se sentía una israelí y estaba pensando en adoptar oficialmente la religión judía. Se quedó en Beer Shevah, en casa de Salomón, el hijo de David, que ya había formado su propia familia.

El automóvil pasó a través de las nuevas poblaciones de los mineros, filas rectas de casas modernas de ladrillos que le recordaban las casas del kibutz. Y al igual que este, la población rezumaba vitalidad: madres empujando cochecitos, niños jugando a la pelota o paseando en bicicleta.

El auto pasó a otro vecindario. Allí, las casas eran más grandes y lujosas y quien empujaba los cochecitos de los bebés era una nana uniformada. David introdujo el auto al garaje de una de esas casas y cerró el portón.

Rosa entró a la cocina a ocuparse del almuerzo. David fue tras ella, la tomó con delicadeza por los hombros y la volvió hacia él, besando sus labios.

—Dentro de poco tiempo debo regresar. ¡Ven conmigo! Quiero vivir al lado de ti y de Maor, dormir a tu lado y despertar contigo. Ustedes son todo mi mundo.

—No puedo, David. Debo quedarme. —Ellos ya habían tenido esa conversación un sinnúmero de veces.

La puerta de entrada se abrió y se cerró con un gran golpe. Mateo, o Maor, entró como un remolino a la cocina, arrojó al suelo su pesada mochila escolar y corrió hacia David, hablándole en hebreo. —¡Papá, te desafío en el nuevo juego del ordenador!

Rosa contempló con amor las dos figuras que se alejaban hacia las escaleras. Mateo había heredado de ella su colorido, pero las facciones eran de David. Hasta sus movimientos eran parecidos. David, a sus sesenta años, caminaba erguido.

Se sentó a la mesa de la cocina, que daba al jardín trasero. Tal vez, con el tiempo, ella podrá llamar a esa casa su hogar. Por lo menos posee un gran terreno. Y en su mente comenzó a confeccionar planes para construir un vivero de plantas desérticas y tal vez alguna higuera. El pensamiento le dio ánimo.

Sonó el teléfono. Era Iris, hablando con rapidez, como era su costumbre, y mezclando el castellano con el hebreo.

—Mamá, ¿cómo estás? ¿David está allá? ¿Y Maor se acostumbra en la escuela? Yo estoy invitada a pasar el sábado con los padres de Itai. —Y le contó animada sobre sus estudios, sus amigos, sus planes. —¿Cuándo vuelve David?

Los ojos de Rosa se posaron sobre el cuadro del Muro de los Lamentos que estaba colgado en la pared. Ella sabía que bastaba con una palabra de ella para que David se quedara. Pero eso no sería justo hacia él. David pertenecía a Israel. Ahora, ella debería ser fuerte. Se lo debía a David.

\*\*\*

Raquel avanzaba entre las tumbas, examinando los nombres escritos en las lápidas. Seguramente la tumba estará descuidada, llena de malezas. Habían pasado treinta años.

Con un sobresalto se detuvo frente a tres tumbas. Leyó una y otra vez los nombres en el mármol: María-Inés de Sánchez, Mateo Sánchez, María-Inés de Rubio. Eso no podía ser.

Una blanca verja rodeaba a las tres tumbas, que resaltaban por su limpieza y su brillo, y floridos cactus estaban plantados alrededor de ellas. Un árbol frutal les daba sombra, y un ramo fresco de rosas rojas dentro de un frasco adornaba cada una de las tumbas.

—Rosa —pensó Raquel de inmediato con el corazón henchido. —Presentí tu presencia en la iglesia, hace ya un rato atrás. Mami —rogó—, revélame dónde se encuentra mi hermana.

Después de hacer la señal de la cruz, se dirigió a la cabaña del cuidador, un anciano de encorvada espalda. Le señaló las tres tumbas.

—¿Me podría decir quién se ocupa de cuidar esas tumbas?

—Ah, señora, ese es un cuento muy extraño. —le respondió el anciano, feliz de tener con quién charlar. —Durante años, esas tumbas se veían como todas las demás. Pero un día, hace ya unos

veinte años, recibimos una carta de un abogado de Costa Marrón con un gran cheque y la orden de cuidar especialmente estas tres tumbas. Desde entonces, el cheque nos llega todos los meses. Y además, cada semana llega un camión de una florería de Costa Marrón con tres ramos de rosas. En este clima, las rosas valen una fortuna. La señora puede preguntarle al abogado. Aquí tiene su tarjeta con su nombre. Licenciado Benítez.

\*\*\*

## 4

—Raquel, soy Dolores. —dijo la voz por el teléfono. —¿Cómo estás? ¿Te gustó el hotel?

Eran ya las horas de la tarde y Raquel, agotada, estaba recostada sobre su lecho. La falta de oxígeno le había producido un dolor de cabeza y sus movimientos eran lentos, como si caminara dentro de una piscina llena de agua. Cada aspiración de aire le oprimía el pecho. A pesar de todo, procuró responder con entusiasmo:

—El hotel es precioso, Dolores. Gracias por haberme traído a él. Ahora estoy descansando. No estoy acostumbrada a las alturas.

—Por supuesto. Te llamaba para invitarte a venir conmigo a ver la puesta del sol en el valle de la luna. Es espectacular. Tal vez en otra ocasión.

Pero, al igual que en el aeropuerto, algo dentro de Raquel la apremió a aceptar la invitación.

Dolores manejaba con maestría su jeep por el desierto. Una vez más, Raquel se llenó de admiración hacia esa mujer que sabía respetar su silencio y no la atiborraba de preguntas, a pesar de que seguramente sentía curiosidad por saber qué la había traído aquí.

El jeep viajaba entre los cráteres y las extrañas estatuas de piedra y de yeso que la naturaleza había esculpido en miles de formas y que le conferían al paisaje un aspecto lunar, justificando su nombre. Dolores puso en su reproductor un disco de música de los Andes, y el desierto, con sus nevadas cumbres como fondo, era un escenario perfecto para el sonido de la flauta y el charango.

Llegaron a los pies de un cerro de arena. Una docena de jóvenes de ambos sexos, hablando en francés, estaban desmontando de sus caballos cuando un súbito ruido los asustó y casi botaron a sus jinetes. El espacio destinado a estacionamiento se llenó de varias motocicletas que emitían un pavoroso ruido. La quietud del desierto solo fue reestablecida cuando el último de los motociclistas apagó su motor.

Dolores condujo a Raquel a un lugar en el cual había varias filas de bancos bajo un inmenso toldo. —La puesta de sol es hermosa también desde aquí. Bastante gente se quedará abajo. Para alguien que no está acostumbrado a las alturas, es muy difícil trepar a la cima de la duna.

La arena se veía como si alguien hubiera derramado polvo de oro en sus laderas. Las sombras iban alargándose a medida que el sol hacía su camino hacia el oeste.

Obedientemente, Raquel comenzó a dirigirse a los bancos. En ese momento llegó al lugar un jeep, y de él bajó una pareja de unos setenta años, los dos enjutos y con cabellos blancos. El chofer, que era varias decenas de años más joven, comenzó a conducirlos a los bancos. Pero ellos negaron con la cabeza y se encaminaron al cerro. Resignado, el chofer sacó del jeep una botella de oxígeno y se unió a ellos.

Los jóvenes de los caballos y las motocicletas, mezclados entre sí, ya habían comenzado su ascenso, con lentos y dificultosos movimientos. Dolores tiene razón, pensó Raquel. Es demasiado difícil, incluso para los más jóvenes.

Miró hacia la cima del cerro. El cielo ya había tomado el color azul intenso del cobalto. Y la voz que ya no se apartaba de ella le habló nuevamente: —Debes subir. Yo te ayudaré. —Y sus piernas la condujeron hacia el cerro.

—Raquel, no es aconsejable. Preparás otro día.

—No, Dolores. Debo hacerlo ahora.

Ya después de los primeros veinte pasos Raquel supo que había cometido un error. Sus piernas, pesadas como plomo, se hundían en la blanda arena. El esfuerzo de levantar una de ellas y conducirla hacia adelante la dejaba sin aire. Aspiró una y otra vez, pero sus pulmones no se llenaban. Su pecho amenazaba con estallar. El dolor de sus costillas era insoportable y los latidos del corazón, rápidos y dolorosos. Incluso sus manos le pesaban. El dolor de cabeza aumentó y ella ya no veía nada.

Cayó sobre la arena. Unas fuertes manos colocaron su cabeza en un suave regazo, y el rostro lleno de preocupación de Dolores apareció en su campo de visión. Después de algunos momentos ya fue capaz de sentarse y, con un gran esfuerzo, se puso de pie. Dolores, llena de tacto como siempre, no trató de disuadirla de seguir.

La pareja de ancianos caminaba delante de ella, lentamente y ayudándose mutuamente. El chofer iba tras ellos, apoyándolos cuando veía que uno de ellos vacilaba. Al cabo de unos pasos, los sentaba en la arena y les acercaba la máscara de oxígeno. Muchos de los jóvenes yacían allí, incapaces de continuar.

Raquel sintió que sus oídos silbaban y la nariz comenzó a sangrarle. Todo su ser le gritaba: —¡Ríndete! ¿Qué quieres demostrar? ¿Qué te espera arriba?. —Pero la voz la apremiaba: —Ven, Raquel. —Trató de ignorarla, diciéndose que era una ilusión causada por la falta de oxígeno. Le ardía la frente y no veía nada. Sentía que miles de cuchillos le atravesaban las entrañas. Pero levantó una pierna y después la otra, como si toda su vida dependiera del próximo paso.

Llegó al cabo de sus fuerzas a un lugar plano que estaba a mitad del camino hacia arriba, y se acostó allí. Sintió que algo le cubría la nariz y la boca. Una voz desconocida le dijo: —Respire profundo. —Era la anciana, que le había puesto sobre el rostro la máscara de oxígeno. Aspiró con ansiedad. Con cada bocanada de aire sintió que la mano de hierro que le oprimía el pecho se iba soltando y los cuchillos que le atravesaban el cuerpo se retiraban. La vista se le fue aclarando.

Unas fuertes manos la ayudaron a levantarse. Alguien le puso algo en sus manos, diciendo: —Másticalas. Te ayudarán. —Comprendió que eran unas hojas de coca, que se vendían libremente en las ferias y muchos de los que trepaban las masticaban.

Su mano se alargó para llevárselas a la boca. Pero escuchó nuevamente la voz que la apremiaba: —Raquel, no las necesitas. Te espero en la cumbre.

Se irguió y continuó subiendo. La segunda mitad era más escarpada, pero ahora caminaba sobre tierra más firme y los pies no se hundían en la arena. Los cuchillos nuevamente se clavaron en su cuerpo. Cayó de rodillas y avanzó así, gateando como un bebé. Las piedras le arañaban las manos.

Dos pares de manos la levantaron y ya no se apartaron de ella. Y así, abrazada por la septuagenaria pareja, llegó a la cumbre.

Un silencio casi sagrado la recibió. A su alrededor, gente que hasta unos minutos antes no se conocía se abrazaba. Y en ese momento Raquel comprendió que la voz que la había llamado y que la incitó a subir estaba dentro de sí misma. Y supo también que quien estaba dentro de ella la cuidaría y no permitiría que le ocurriera ningún mal.

Elevó los brazos al cielo y gritó: —¡Gracias, mami!

Un inmenso cóndor pasó volando sobre ellos y se alejó, hasta convertirse en un pequeño punto en el horizonte. Los ojos de Raquel lo siguieron, y ella sintió que se volvía libre como él en este

lugar tan cercano a Dios.

Se sentó sobre una de las rocas. El valle surcado de cráteres se abría a sus pies, y en la distancia vio la mancha verde de su pueblo. El cielo se veía como una inmensa pintura llena de manchas de colores rojos, amarillos, anaranjados y púrpuras, y la luna llena brillaba con todo su esplendor. El cielo surcado de miríadas de estrellas completaba el magnífico panorama.

Raquel sentía con toda fuerza la presencia de su madre a su lado. Rosa estaba al otro lado de ella. —Raquel, ha llegado el momento. No temas —le decían las dos.

La mujer de blanco cabello que la había ayudado a trepar se sentó a su lado y le sonrió en silencio. Raquel observó su rostro surcado de arrugas, sus negros ojos que habían visto sufrimiento y su encorvado cuerpo.

Esa mujer le era una completa extraña, pero algo en ella le parecía conocido, como si sus caminos se hubieran cruzado en un pasado. Se fijó en que los ojos de la mujer la observaban con expresión pensativa.

La noche ya caía sobre el valle de la luna. —Raquel, debemos bajar —le dijo Dolores. —No te preocupes, la bajada es mucho más fácil. —Y realmente, las docenas de trepadores simplemente se sentaron sobre la arena y se deslizaron ladera abajo entre risas. Al cabo de dos minutos, Raquel ya estaba al lado del jeep de Dolores.

A pesar de su cansancio, al entrar al vehículo, como en un relámpago de memoria, recordó dónde había visto a esa mujer. La vistió con la imaginación con un elegante traje negro, cambió su blanca cabellera por un negro peinado corto, cada uno de los cabellos en su lugar. La introdujo en un automóvil también negro, y recordó el sabor de la sangre en su boca cuando ella mordió la mano con el anillo de turquesa que le había arrancado a Rosa de sus brazos.

\*\*\*

—Anita, ¿dónde está Flor? —preguntó Raquel. Desde su llegada, hacía ya una semana, había tomado la costumbre de sentarse al anochecer en uno de los patios del hotel y escuchar sus relatos. Anita le contó de la demostración de las ollas y sartenes de Flor y la confección de empanadas para la mina con la llave de su casa dentro de una de ellas, que se había convertido en una leyenda entre los habitantes.

—Ella abrió un estupendo restaurante en el edificio de la antigua administración, en el lugar exacto en el cual había tenido lugar su protesta. ¡La gente viene de lejos para probar sus empanadas! Nosotros, en el hotel, mandamos a nuestros huéspedes donde ella y solo escuchamos elogios. La encontrarás allí. No ha faltado ni un día a su trabajo.

Anita agregó que Luis había vuelto con su mujer, se había despedido de su trabajo en la mina y ahora era la mano derecha de ella en el restaurante. Y en cuanto a Jorge, el herrador, resultó que tenía alma de artista. Él esculpió la hermosa madona que se erigía en la plaza con los instrumentos de cocina que las mujeres habían arrojado a los pies de Flor.

—Tía Flor —pensó Raquel con ternura. —Durante todos los años le he guardado rencor, creyendo que nos había abandonado a nuestra suerte. Solo ahora comprendo el alcance de su miseria en esos días, y ella había compartido lo poco que tenía con Rosa y conmigo.

Si se hubiera dirigido a ella durante aquella maldita fiesta de fin de año en la cual conoció a Diego, tal vez todo sería diferente. Mas no debía sumirse en arrepentimientos. Después de todo, ella fue agraciada con veinte años en el seno de una maravillosa familia y crió a Sarita, la niña

que vino a llenar el vacío de su alma. Y ahora ella está lista para encontrar a Flor.

A la mañana siguiente salió al aire fresco del otoño y caminó lentamente, imaginándose a Flor golpeando su olla con cada paso.

El camino al restaurante pasaba por una bifurcación de calles, de la cual salía el sendero que conducía a la cancha de fútbol. Se recordó del verde césped y de las filas de bancos de madera en los cuales se sentaban los padres de los niños que Rodolfo Rubio, su padre, solía entrenar.

Un viejo letrero de madera estaba caído al lado del sendero. "Cancha de fútbol. —Pero no quedaban vestigios de la antigua cancha que su padre había construido con sus propias manos. La arena del desierto cubría todo el lugar. Parecía como si el recuerdo de Rodolfo Rubio había sido borrado de la faz del mundo.

Raquel llegó al restaurante, sobre cuyas paredes externas se veía la mano de Roberto. Las mesas pintadas se mezclaban con las verdaderas hasta tal punto que no se podía distinguir las unas de las otras. Reconoció de inmediato a Flor, moviéndose entre ellas, enderezando cucharas, agregando cuchillos, doblando servilletas. Raquel notó que Flor, que ya se acercaba a sus sesenta años de edad, continuaba siendo hermosa.

Flor levantó la vista al percibir la sombra que caía sobre una de las mesas.

—¡Raquelita! —exclamó, saltando a abrazarla. Raquel no podía comprender cómo podía haberla reconocido después de todos los años. —¡Anita ya me contó que habías vuelto! ¡Te has convertido en una belleza!

Se sentaron bajo uno de los parasoles. Y en presencia de Flor, Raquel sintió cómo se derrumbaban todas las barreras que había erigido alrededor de sí. Por primera vez desde que había salido de Santiago, habló con libertad, procurando cubrir treinta años de ausencia. Le contó sobre su vida en casa de los señores y sobre Sarita, la niña, que se había convertido en el centro de su vida.

Flor no le preguntó la razón por la cual había vuelto. Tal vez ya la sabía. De pronto suspiró, la miró directamente a los ojos y le dijo con seriedad:

—Raquelita, hace ya treinta años que me consumen los remordimientos.

—¿Pero por qué, Flor?

—¿No lo sabes? Tu madre, que era para mí como una hermana, vino a verme unos días antes de su muerte. Su corazón le decía que su fin estaba cerca. Me hizo jurar que si algo le pasara, las llevaría a Rosa y a ti al fundo. Clara y Paulina le habían prometido que cuidarían de ustedes dos. Tu madre incluso se disculpó ante mí por no dejarlas a mi cuidado. Ella sabía en qué estado estaba yo en esos tiempos. Tal vez temía a Luis, que estaba consumido por su enfermedad, y los acreedores rondaban nuestra casa.

Raquel no podía dar crédito a sus oídos. —¿Entonces, por qué no nos llevaste al fundo?. —Y como un relámpago, volvieron a su memoria las frases que mami había dicho a papi en el viaje de vuelta del fundo. —Ellas estarán bien aquí, si....

—El padre Tomás se me adelantó. Insistió en que debíamos ayudarlas a sobreponer su 'mala sangre'. Esas fueron sus exactas palabras. Él decidió alejarlas de Likanantai y llevarlas a un lugar en el cual se criarían como buenas cristianas. Raquel, no pude soportar al oírlo hablar así de tu padre, que tanto había hecho en favor de la comunidad.

Incluso después de los treinta años transcurridos, Flor no podía contener su irritación.

—Le mostré la copia de la carta que tu madre había dejado con un abogado de Costa Marrón,

en la cual nombraba a Clara y a Paulina como guardianas oficiales de ustedes dos. Le dije terminantemente que al día siguiente llamaría a Clara para que viniera a buscarlas. El teléfono de mi casa había sido cortado por las deudas de Luis y yo no contaba siquiera con dinero para viajar en autobús con ustedes. Esa misma noche, el padre Tomás llegó y me ordenó empacar la ropa de ustedes, porque una monja del convento de las hermanas Carmelitas vendría a llevarlas allí. ¡Raquel, no tuve las fuerzas para seguir oponiéndome! ¡Él era el hombre de Dios!

—¿Y las mujeres del fundo también renunciaron a nosotras?—. De inmediato, Raquel se arrepintió de la frase que había salido de sus labios. Flor no era culpable.

—¡No, Raquel! —Flor casi gritaba de frustración. —En el mismo momento que supo de la tragedia, Clara llegó al pueblo. Pero era ya demasiado tarde. El padre Tomás había actuado con rapidez y ustedes ya no estaban aquí. La echó, murmurando maldiciones sobre mujeres que viven en pecado contra las leyes de Dios. Clara vino a consultarme. Ella tenía el nombre del abogado y estaba ansiosa por proceder legalmente. Pero, Raquelita, tú sabes en qué tiempos vivíamos. Todos trataban de alejarse de la policía. Era un estado de terror. Y sabíamos que las autoridades se pondrían al lado de la iglesia.

—Pero, Flor, nunca fuiste a vernos al convento. —Por primera vez, Raquel se atrevió a pronunciar en voz alta uno de sus mayores dolores, el cual le había enseñado que los adultos nos traicionan siempre.

—El padre Tomás me advirtió de no ir a visitarlas para permitirles adaptarse mejor a la vida del convento. En todo caso, yo no contaba ni siquiera con el dinero para el pasaje del autobús. —Llena de vergüenza, Flor bajó la cabeza. —Con el primer pago que recibí de las empanadas que yo horneaba para la mina, tomé el autobús y llegué a las puertas del convento. Pensaba, con ingenuidad, que lograría convencer a las monjas de entregarlas a mi cuidado, o por lo menos ver con mis propios ojos que se encontraban bien.

—Pero, Flor, yo no recuerdo ninguna visita tuya.

—¡Ni siquiera pude traspasar el portón! Una de las hermanas me dijo que las visitas estaban prohibidas. Se negó a entregarles los regalitos que yo había llevado. Yo volví una y otra vez, siempre con el mismo resultado. Entonces decidí actuar con astucia. Me presenté en las puertas del convento a la hora en que el autobús llevaba a las niñas a la escuela. No sé qué pensaba hacer, tal vez raptarlas. Pero nunca vi ni a Rosa ni a ti. Después de unas semanas, el padre Tomás me contó que Rosa había sido adoptada por una pareja cristiana y piadosa. —Padre —le dije llorando. —¡Usted no puede separar a esas dos niñas! —pero nada lo conmovía. Apelé incluso a su conciencia. —Padre, usted deberá someterse a un juicio ante Dios por haberse negado a cumplir la última voluntad de María-Inés. ¡Y yo también he pecado de debilidad por haberle permitido cometer tal sacrilegio! —Flor enjuagó sus lágrimas. Raquel se levantó y la abrazó.

Después de un largo rato, Raquel, tratando de levantar un tanto la pesada atmósfera, le preguntó a Flor por sus hijos. Flor le habló con gran orgullo de Rafaela y de Paco, que vivían con sus familias en Miami, Estados Unidos, y eran los dueños de un exitoso restaurante chileno. Sacó de su cartera fotos de sus nietos, expresando su pesar por las pocas ocasiones en que Luis y ella podían verlos.

Concluyó con: —Raquelita, aquel día en el que comencé a golpear la olla, ¡no sé todavía si lo hacía para golpear a Luis, al gerente de la mina o a al padre Tomás!

\*\*\*

La pequeña habitación de hospital contenía un lecho, una silla y un aparador en el cual reposaba el Nuevo Testamento. Solo la línea moviéndose en el monitor que estaba a la cabecera avisaba que quien que yacía allí se contaba aún entre los vivos.

—Él está consciente durante cortos lapsos de tiempo. —le dijo la enfermera a Raquel. — Deberás esperar a que despierte. Si me necesitas, estaré al fondo del corredor.

Raquel contempló el rostro, cuyo tono amarillento delataba su enfermedad. Al enterarse por Flor que el padre Tomás estaba en el hospital de los hermanos Franciscanos, a pocas horas de Likanantai, se puso de inmediato en camino, con la esperanza de que el padre Tomás despertara durante su visita.

Ella ansiaba poder contemplarlo fijamente, en sus momentos de lucidez, para espetarle: — ¿Cómo se ha atrevido a actuar de Dios? ¿Quién le ha concedido el derecho de fijar nuestro destino?

Pasaba el tiempo y la figura que yacía en la cama no se movía. Al cabo de un largo rato, Raquel vio cumplirse su deseo. Un par de ojos amarillentos se clavaron fijamente en los suyos. Ella respiró profundamente, abrió la boca y dijo:

—Vaya con Dios, Padre Tomás. —Y abandonó la habitación.

Se dirigió a la pequeña iglesia del hospital, un edificio modesto y blanco. Agradeció al niño Jesús haberle dado el coraje de ahuyentar de su alma el rencor que sentía hacia ese moribundo. Al salir, se sentó en un banco a la sombra de una higuera.

Un cura entrado en años se acercó a ella, portando dos vasos de limonada. Le entregó uno y se sentó a su lado.

—Bebe, hija. Hace calor. Se está muy agradable aquí, ¿verdad? Tan cerca del Señor. ¿Has venido de lejos?

—Soy de Likanantai. —le dijo con naturalidad, sin sentir ninguna comezón al pronunciar el nombre.

—Yo tuve un gran amigo que también era de allá. Lo conocí en el Seminario en el cual yo enseñaba. El próximo domingo habrá aquí una misa especial por su alma. Estás invitada, hija.

—Gracias, padre. Cuénteme de él.

—Lo conocí hace ya veinte años y hemos quedado en contacto desde entonces. Él nos servía de ejemplo a todos. Desde que fue ordenado a la orden de los Franciscanos, viajó a los lugares más remotos y peligrosos del globo, en los cuales existen la pobreza, las enfermedades y la ignorancia. Nunca se cansaba de trabajar para ayudar a esas pobres almas. En África contrajo la malaria, mas eso no lo detuvo de salir a los campos de cultivo con todos. Pero su principal misión consistía en ayudar a las mujeres. Al escuchar que alguna de ellas había sido abusada, se encendía en él todo el fuego. Él trataba con todas sus fuerzas de curar sus heridas, de cuerpo y de alma. Una vez, le pregunté sobre el origen de su pasión, y él confió en mí.

Sin notar la agitación de Raquel, el cura continuó con su narración:

—En su juventud, él había sido un mujeriego incansable. Las jóvenes caían a sus pies, y él, considerándolas como su propiedad, las usaba y las descartaba. Hasta el día en que conoció a una jovencita inocente y virgen. Él estaba borracho, y preso de un instinto animal, la violó, sordo a sus súplicas. También le dijo palabras ofensivas e imperdonables. Solo al despertar de su borrachera

comprendió lo que había hecho. La joven había desaparecido, pero sus ojos, llenos de dolor y de miedo, seguían persiguiéndole. Desde ese día y hasta su muerte no volvió a tocar a una mujer. Cuando los remordimientos lo llevaron al borde de terminar su vida, Dios lo llevó hacia la iglesia.

—Pero si solo hace veinte años que se ordenó, él no era tan anciano. ¿Cómo falleció? — preguntó Raquel, sintiendo que su corazón se desbordaba.

—Sólo contaba con cincuenta años, y no falleció por ninguna enfermedad. Hace un mes, él trató de salvar a una jovencita de ser víctima de una violación por un borracho. La chica se salvó gracias a él, pero el malhechor alcanzó a apuñalarlo, hiriéndolo fatalmente.

—¿Cómo se llamaba, padre?

—Se llamaba Diego.

\*\*\*

### El fundo de las mujeres.

Al bajar del autobús que la había traído a Castellana, Raquel divisó a Clara esperándola, vestida como siempre con pantalones cortos y camiseta. Sus robustos brazos estaban tostados por el sol y su mirada, lúcida como la de una jovencita. Al abrazarla, Raquel sintió la dureza de sus músculos.

En el camino al fundo, Raquel bebía con ansiedad el panorama, tratando de recordar algo de la visita que había hecho en el pasado. Pasaron por una blanca verja sobre la cual lucía el letrero *Fundo Hummel* y continuaron entre un cuidado césped, sobre el cual se levantaban diversas estatuas de metal de formas geométricas. —Ese es mi pasatiempo —le explicó Clara. —Paulina era la artista talentosa de las dos. —Raquel notó su uso del pasado.

La casa apareció ante ellas, deslumbrante en su blancura, con su techo de tejas rojas y las verdes persianas. Un dorado perro salió a su encuentro, meneando la cola. —Es Tomy, sexta generación de los perros que tu madre conoció. —Entraron a un salón amueblado con sencillez y comodidad, con mullidos sofás y sillones mecedores. Raquel recordó los cojines esparcidos sobre esteras en el suelo que había cuando ella visitó el fundo con mami y con Rosa. Clara vio su mirada de admiración. —Nos hemos demorado años hasta que pudimos completarlo todo. Está hermoso, ¿verdad?

En las paredes colgaban pinturas que Raquel sabía que eran de Paulina. Eran espectaculares en su vitalidad, su colorido y su amor a la vida. Exactamente como la pintura de mami en el maizal que había en su habitación del hotel.

Una mujer vestida con una larga túnica blanca se levantó trabajosamente de uno de los sillones. Caminando con ayuda de dos bastones, se acercó a ella con la espalda encorvada. Raquel notó los hinchidos dedos de sus manos.

—Raquel, ven a sentarte conmigo. —le dijo—. Ya has adivinado. Artritis. —Estudió con sus ojos de artista el rostro de Raquel. Al final murmuró con pesar. —Tienes un magnífico rostro. Ojalá pudiera pintar todavía.

Lili, que había sido amiga de mami cuando vivió en el fundo, llegó junto con Margarita, su hija, y Marcos, el marido de Margarita, dueño del fundo vecino. —¿Te recuerdas, Raquel, cuando las llevé a ti y a Rosa al río debajo del sauce llorón? —le preguntó Margarita.

Lili les sirvió la cena. —He aprendido de Lucrecia —comentó. Y en realidad, las humitas y el pastel de choclo eran divinos. —Falleció hace un año. La echamos mucho de menos.

Después de que Lili, Margarita y Martín se retiraron, Raquel, con un suspiro, se sentó en el sofá con sus ancianas anfitrionas. Lili la había cansado un tanto con su parloteo. Contempló con cariño a esas dos mujeres que estaban juntas hacía ya cuarenta años y dedicaban sus vidas a la ayuda al prójimo.

—La ceremonia de matrimonio de tus padres fue especial. —le dijo Clara. —Rodolfo adoraba la tierra que ella pisaba. —Y agregó con voz tenue. —Raquel, estamos convencidas que él no era capaz de hacer algo semejante. Pero no poseemos las respuestas. Nos hemos atormentado durante

años. Cuando nos avisaste que venías, Paulina y yo sentimos que el cielo se había apiadado de nosotras. Yo ya no puedo viajar libremente y dejar sola a Paulina, pero las dos necesitábamos verte.

—Solo podremos contarte lo que sabemos. —intervino Paulina. —Unos días antes de la tragedia, recibimos una carta de un abogado de Costa Marrón, en la cual nos avisaba que tus padres nos habían nombrado apoderadas de ustedes en caso que les pasara algo a ellos. Le telefoneé a tu madre al momento. Ella se oía distinta a la María-Inés de siempre, como si ya estuviera resignada a su suerte. Se negó a hablar de sus terrores o a venir aquí con ustedes. Solo repetía, una y otra vez, 'cuiden a mis niñas, aléjenlas de Likanantai'. Solo se calmó al recibir nuestra promesa. Lucrecia llamó a Matilde pidiéndole información sobre la situación en tu casa. Pero no escuchó nada nuevo. Matilde solo habló sobre el reinado de terror del régimen militar y de los jóvenes que desaparecían sin dejar rastro. Aquí en el campo las cosas estaban más tranquilas.

Clara dudó antes de continuar. Pero Raquel tenía el derecho a saberlo todo.

—Hay algo de lo que nos enteramos solo cuando todo ya había terminado. Comprende, estábamos alejadas de Likanantai y allí todos trataban de evitar hablar de eso. Me parece que todo el pueblo estaba sumido en un trauma. Pero se hablaba, en voz baja, de un soldado que frecuentaba tu casa cuando Rodolfo no estaba.

Mientras hablaba, Clara veía la incredulidad reflejada en el rostro de Raquel.

—Al enterarme de la tragedia viajé al pueblo con la carta del abogado. Flor me salió al encuentro, sollozando: —¡Se las han llevado! ¡Están en el convento de las Carmelitas! —Furiosa, me dirigí al cura, pero él me echó, diciendo: —¡Eres una leprosa! ¡Nunca vuelvas por aquí!. — Me dirigí con mi camión al abogado de Costa Marrón. ¡Raquel, tú eras pequeñita! No sabes en qué tiempos vivíamos. La ley era algo irrisible. Vi el temor en los ojos del abogado, que se negó a dirigirse a las autoridades. La iglesia era casi tan fuerte como el ejército. Llegué a las puertas del convento y recibí el mismo tratamiento que había recibido del padre Tomás. Volví allí varias veces, con el mismo resultado. ¡Raquelita, no hemos sabido qué hacer y eso nos ha pesado en la conciencia ya casi treinta años!

Esa noche, Raquel yacía en la cama en la cual su madre había pasado sus noches, sin lograr conciliar el sueño. Ella había llegado a ese lugar buscando las respuestas, y las respuestas se evadían de ella. Hasta que escuchó nuevamente la voz.

Salió de la casa en puntillas. Atravesó la huerta y el maizal y llegó al río que estaba detrás de él. Se sentó bajo el sauce llorón y en ese lugar, en el cual su madre había estado tantas veces, por fin fue capaz de sentir su presencia y de encontrar la paz.

En la mañana, al despedirse de esas maravillosas mujeres que habían jugado un papel tan importante en la vida de su madre, Raquel ya sabía cuál sería su próximo paso.

\*\*\*

La casa no había cambiado. A la derecha del portón se encontraba la ventana de la que fue su habitación. Pero el hombre que contestó a su llamada a la puerta le era desconocido.

—Doña Lisa ya no está aquí. —fue la respuesta a su pregunta. —Hace ya un par de años ella sintió que no le quedaban fuerzas para continuar llevando la pensión y partió a Santiago a vivir con su hija.

Hemos estado tan cerca, pensó Raquel. Qué irónica es la vida. Pero ella sabía que le había sido imprescindible, para sanar, cortar todos los vínculos con su pasado.

Ahora todo es distinto. Para sanar su alma ella debe perseguir su pasado. Y se dirigió al lugar que había sido su hogar durante ocho años.

Habían transcurrido veinte años desde la última vez que tuvo contacto con el convento y con Sor Soledad. Y le parecía que los años no habían transcurrido. El portón chirriaba, las baldosas en blanco y negro eran las mismas, y las niñas vestidas con sus delantales caminaban en silencio con los ojos bajos, igual que las niñas de antaño. Incluso el olor era el mismo. Aquí habían transcurrido ocho años de su infancia. Y Raquel sabía ahora que habían sido años de felicidad.

Incluso la oficina de la madre superiora era la misma a la cual habían sido llamadas, Rosa y ella, y habían sido informadas de su separación. Aún ahora ella sentía el cuerpo de su hermana apoyado en el suyo, llorando con desesperación: —¡Raquelita, no dejes que me lleven de ti!".

Pero la madre superiora que la recibió no era la misma imponente mujer de su infancia. Era más joven y su expresión más suave.

—Estoy tan feliz de verte, hija. He oído tantas cosas buenas de ti. Sor Soledad no paraba de elogiar lo magnífica que habías sido con las niñas pequeñas.

—¿Aún está aquí? ¿Puedo verla?

—Lo siento, hija, Dios la ha llamado a su seno hace ya tres años. Ella ha luchado con valor contra la terrible enfermedad, mas el cáncer la venció. Su alma subió a los cielos para tomar el lugar que le corresponde al lado de los ángeles. Nosotras deseábamos informarte, mas nadie sabía tu dirección. —lo dijo como un hecho, sin críticas.

Raquel enjuagó una lágrima por Sor Soledad, por su madre y por todo lo que podría haber sido.

—Madre superiora, ¿mi hermana ha tenido contacto con ustedes? Si yo supiera que ha encontrado un buen hogar y que es feliz, me contentaré con eso. Yo sé que ella me guarda rencor y no quiere saber nada de mí.

La madre superiora contempló a la mujer que estaba frente a ella. Es asombroso, pensó, que precisamente la hermana que careció de un buen hogar y que se crio como una huerfanita, en caridad, se convirtió en una mujer segura de sí misma, que sabe abrirse camino por la vida.

—Pero hija, ¿de dónde has sacado la idea que Rosa no quiere saber nada de ti? Rosa apareció en el convento buscándote, pero tú habías desaparecido. Hemos estado tratando de ponernos en contacto contigo. La señora de la casa en Valparaíso no sabía, o no nos quiso decir, a dónde habías ido. Y Rosa estaba convencida que tú no deseabas saber de ella. Estaba tan arrepentida por las duras palabras que te gritó cuando doña Lucía se la llevó.

\*\*\*

—Raquel, ha llegado alguien a verte. ¿La mando a tu habitación? —La voz de Marta sonaba como siempre, seria y ocupada. Pero Raquel deseaba estar sola. Solo había pasado media hora desde que volvió del convento y ella necesitaba tiempo para calmarse y absorber la sorprendente noticia que la madre superiora le había comunicado.

Reconoció de inmediato a la enjuta y encorvada figura. La mano que se alargó para estrechar la suya era la misma mano que la había ayudado a trepar las dunas del valle de la luna. Pero era ésa la misma mano que Raquel había mordido cuando arrancó a Rosa de sus brazos, hacía ya tantos

años.

Lucía Letelier, el objeto de su odio hacía ya treinta años.

Se levantó de su silla a la sombra del patio y la enfrentó, ignorando la mano extendida.

—¡Maldita seas! —gritó. —¡La separaste de mí para maltratarla! ¡Yo sé cuánto sufrió Rosa en tu hogar! ¡La has ahuyentado de tu casa y por tu culpa la he perdido para siempre!

La mujer bajó la cabeza. —Tiene razón —murmuró. —La he estado buscando durante años para pedirle perdón.

Las palabras eran tan sorprendentes que Raquel cayó pesadamente en una silla.

Lucía se sentó frente a ella.

—Señorita Rubio, yo sé que no tengo el derecho de pedirle nada. Solo puedo albergar la esperanza de que Dios encuentre compasión para perdonarme y así podré enfrentarlo sin miedo.

Sentada erguida en su silla, Lucía procedió a contarle a una atónita Raquel la historia de su vida, y su arrepentimiento por haber interpretado la cristiandad en forma tan errónea.

Durante toda la infancia de Lucía, su madre le había inculcado el concepto de que las mujeres son el diablo y están condenadas al infierno. Cada cosa, desde un vaso derramado hasta una mirada hacia alguien del sexo opuesto, le acarreaba castigos consistentes en estar de rodillas durante horas. Nunca recibió de su madre una caricia, un beso ni una palabra de elogio.

Ella contrajo matrimonio con Jorge Letelier, porque el destino de las mujeres es traer hijos al mundo. Pero los hijos no llegaron y su madre la convenció de que todo era castigo de Dios por sus pecados. El sexo la asustaba y cuando su marido buscó las delicias de la carne entre otras mujeres, sintió un inmenso alivio y comenzó a pasar todo su tiempo en la iglesia.

Cuando ya estaba en sus cuarenta años, oyó hablar de dos niñas huérfanas cuyo padre había asesinado a su madre y había escapado. Se convenció a sí misma de que su tarea en la vida era salvar por lo menos a una de ellas de la mala sangre que corría por sus venas.

—Toma a las dos —le dijo el Padre Tomás, el cura del pueblo. Pero Lucía temía que la mayor ya estaba tan contaminada que no tenía corrección. Cuando Raquel la atacó y la mordió, su opinión se afianzó.

Decidió alejarla de Las Palomas, la ciudad en la cual residían, para separarla aún más de la influencia de su hermana. Creyó que con eso la salvaba. La crio en la misma forma que su madre la había criado a ella, con castigos y oraciones e inculcándole la idea de que estaba contaminada. Mas todo fue inútil. Cuando Rosa llegó a la adolescencia, comenzó a comportarse de forma indecente, como desafiándola, y un día, a los dieciséis años, desapareció. No la vio más.

—Señorita Rubio, el día que Rosa desapareció me ocurrió algo. —continuó Lucía. Entró a la habitación de ella decidida a arrojar a la basura todas sus indecentes ropas y borrar todo vestigio de la presencia de esa niña pecadora, que tanto había tratado de encaminar al cristianismo.

El lecho estaba desordenado, como siempre, y sobre la cómoda habían quedado diversos artículos de cosmética, el arma del diablo. De pronto oyó desde el lecho la vocecita llorosa de una niñita que yacía aferrada a su muñequita. Y escuchó su propia voz: —¡Niña, a dormir! ¡El diablo viene a llevarse a las niñas malas! —Y la niña era ella misma, rogando a su madre: —¡Quédate un poco conmigo, tengo miedo! —Y la madre gritando: —¡A dormir, niña mala! ¡Mañana rezarás de rodillas el padrenuestro!

Ella se vio a sí misma entrando a esa habitación y viendo a Jorge, su marido, con una mano sobre la boca de Rosa, impidiéndole gritar, y la otra sobre su cuerpo. Y comprendió que ese era

un recuerdo de su propia infancia.

Se sentó en la cama con los ojos secos. Nunca se le permitía llorar, desde que su madre le había inculcado la idea que llorar es un pecado. Reflexionó sobre su vacía casa, a la cual nadie entraba, y sobre los años pasados yendo a la iglesia, llena de pensamientos sobre pecados y castigos.

—No ha pasado desde entonces un día en el cual no me he arrepentido de cómo traté a Rosa. —concluyó.

Una encorvada figura se encaminó hacia ellas, andando lentamente sobre el corredor embaldosado. Raquel reconoció en él al hombre que había subido con Lucía al cerro, y la había ayudado junto con ella a llegar a la cumbre.

—Señorita Rubio, permítame presentarle a mi marido. Se llama José y estamos casados ya diez años. José es un trabajador social, y lo conocí cuando comencé a trabajar de voluntaria en un refugio para mujeres golpeadas. Nosotros manejamos juntos un asilo para chicas que huyeron de sus hogares en Las Palomas. Les proporcionamos techo, comida, servicio médico, las mandamos a cursos de preparación profesional y las acompañamos a lo largo de todo el camino hacia su recuperación.

José estrechó la mano de Raquel.

—Señorita, quiero que sepa que Lucía es el alma viviente de los refugios. Su día está lleno de mañana a noche. Nosotros tratamos de convencerla de que descanse un poco. Mas ella dice que el tiempo es corto y el trabajo inmenso. Y en los años que le quedan ella debe llenar el trabajo de toda una vida.

—Hace ya un mes, escuché en mis sueños una voz que me ordenaba venir al valle de la luna a la hora de la puesta del sol. —continuó Lucía, tomando con afecto la mano de su marido. —José, por supuesto, insistió en venir conmigo, y Bruno, su nieto, que trabaja con nosotros, decidió acompañarnos. Al llegar al pie de la duna, me sentí aterrorizada y encantada a la vez. Sentí que debía hacer el esfuerzo de trepar. La voz decía que allí, sobre la cumbre del cerro, me esperaba la paz que se niega a venir a mi alma desde hace ya tantos años. No estoy tratando de explicarle eso, señorita Rubio. Pero yo sé que no era una casualidad el haberla encontrado allí.

Lucía y José se levantaron para retirarse. Raquel, que hasta ese momento no había dicho una palabra, dejándolos hablar sin interrumpir, contempló a la mujer que estaba parada frente a ella, llena de remordimientos. Y su corazón se ablandó.

Con un súbito impulso, se dirigió a Lucía: —Señora Letelier, solo hace una hora que me he enterado que Rosa dio a luz, hace ya dieciocho años, a una hermosa niña, y la llamó María-Inés, en nombre de nuestra madre.

Raquel contempló las espaldas de la pareja que se alejaba, y sintió que su corazón se henchía de felicidad. Rosa no la odia. Lo primero que había hecho al abandonar el hogar de esa mujer era ir al convento en busca de ella.

—Mi amada hermana. —dijo en voz alta. —Ya no tengo necesidad de buscarte por todos los rincones de la tierra. Yo sé que cuando llegue el momento, nos encontraremos la una a la otra.

\*\*\*

## 6

Las paredes de la oficina estaban profusamente adornadas con dibujos de alumnos y cartas de agradecimiento de padres. Las altas ventanas se abrían a un patio sombreado y limpio, lleno de columpios y otros juegos infantiles.

Como sabía que iba a ocurrir, Raquel sintió una punzada en el corazón a la vista de las decenas de alumnos que corrían por el patio, felices y despreocupados. Pero no pudo negarse a la invitación de Dolores de visitar la escuela de Nuevo Likanantai, de la cual estaba tan orgullosa de ser la directora. En el mes que llevaba en el pueblo, Dolores se había convertido en una buena amiga.

—Raquel, algo en la visita que hemos hecho a la escuela te ha causado pena. —le dijo Dolores, llena de preocupación. —¡Tal vez no tienes buenos recuerdos de tu escuela! Me has contado que perdiste a tus padres a los siete años.

—El padre Tomás nos llevó, a mi hermana y a mí, al convento de las Carmelitas. Nunca fui a la escuela durante los años que viví allí. —Raquel suspiró. —Esa es una parte de mi infancia de la cual no estoy orgullosa.

—Raquel. —le dijo Dolores, pensativa. —Desde que estuvimos sentadas juntas en el avión, comprendí que posees una historia difícil. Te vi, durante el vuelo, sacar de tu cartera un sobre azul y acariciarlo. Por supuesto que reconocí de inmediato el sobre oficial del Ministerio de Educación.

—Te lo mostraré. —Y Raquel procedió a sacar de su cartera el sobre azul. —Lo llevo conmigo a todas partes. Me infunde seguridad en mí misma.

Dolores leyó la carta oficial en la cual Raquel Rubio era acreditada con un certificado de bachillerato al haber finalizado con éxito sus estudios secundarios. No pudo evitar ver la fecha.

—Sí, Dolores. —dijo Raquel. —Es una historia difícil. —Y contempló con admiración a su amiga, la cual infundía respeto y exhumaba autoridad. Recordó su tacto al evitar hacerle preguntas hasta que ella estuviera preparada. Y con un súbito impulso, decidió confiar en ella.

—Todo comenzó en Santiago hace diecisiete años, el día en que pedí al cielo que me llevara la muerte.

Sarita, la niña que estaba al cuidado de Raquel, había contraído una simple infección en la garganta que se complicó y fue llevada al hospital al borde de la muerte. Los doctores lucharon por su vida durante un mes, sin comprender la causa. Raquel no se apartaba de su lecho y solo al comenzar su lenta recuperación, salió a la luz el motivo de su enfermedad.

—Raquel, ¿cómo es que la botella está vacía? —La señora tenía en sus manos la botellita de medicina que el doctor le había recetado a Sarita al principio de su enfermedad y que fue olvidada al hospitalizarla. —Sarita recibió esa medicina solo dos días, y la cantidad debía bastar para una semana.

—La botellita es pequeña, y dos cucharas tres veces al día la vaciaron.

—¿Qué quieres decir con dos cucharas? —preguntó la señora, pálida.

—Escuché que el doctor dijo eso. ¿Tal vez oí mal? —se sobresaltó.

—Pero aunque hayas oído mal, aquí está escrito muy claramente dos gotas. ¿No lo has leído?

Un silencio sepulcral cayó sobre la habitación. Raquel bajó la cabeza. Después de un rato, se atrevió a mirar a la señora y vio la chispa de comprensión que llegaba a sus ojos. —Raquel, ¿tú no sabes leer? —le preguntó con la mayor incredulidad.

Raquel no respondió. La señora le arrebató a Sarita de sus brazos.

—Raquel, ¿cómo has podido engañarnos en esa forma? ¡Estás viviendo bajo nuestro techo hace ya tres años y te hemos confiado a nuestro más preciado tesoro! ¡No puedes seguir con nosotros! —La señora estrechó a Sarita con fuerza contra su pecho, como defendiéndola.

El doctor confirmó las sospechas. El cuerpo de la niña no había sido capaz de contener la sobredosis de medicina. Pasaría tiempo hasta que se repusiera por completo.

Ahora, en la soleada oficina de Dolores, Raquel dejó correr libremente las lágrimas: —¡Mi ignorancia casi causó la muerte de Sarita, que era la niña de mis ojos!

Dolores le estrechó la mano con simpatía: —Raquel, por supuesto que no eras culpable. Pero hay algo que no comprendo. Las niñas del convento iban a la escuela en Costa Marrón.

Las palabras de Dolores se adentraron en lo más íntimo de su dolor. Y por primera vez desde que había sucedido, Raquel se sintió capaz de hablar sobre ese fatídico día en que había sido la recipiente de las burlas de sus compañeras de escuela. Incluso le cantó la canción que la cabecilla de las chicas había inventado, con sus humillantes palabras.

—Ese mismo día decidí no ir más a la escuela. Y las monjas no pudieron obligarme.

—¿Y durante todos los años has llevado esas palabras en tu corazón? —La voz de Dolores sonaba tensa y cortada.

—Todos los días. Yo creí en esas palabras. En el momento de despertar yo tocaba las sábanas para asegurarme que estaban secas.

—¿Pero cómo te las arreglabas donde los señores? ¿Y cómo te recibieron al trabajo?

—Esa es la gran ironía. Nadie me preguntó si sabía leer y escribir. En el mundo de los señores no existía el concepto de analfabetismo.

Raquel vio los ojos de Dolores llenarse de lágrimas y se sintió llena de afecto por su amiga, que tanta empatía demostraba por ella. A una persona como ella, que dedicaba su vida a la educación, una historia como la suya era difícil de captar.

Recordó los diversos subterfugios a los que recurría para sobrevivir en la ciudad. Memorizaba las formas y los colores de las casas, los recorridos de los autobuses y los rostros de los choferes. Preguntaba la hora a los transeúntes y salía de casa solamente al parque con la niña.

Al escuchar que Raquel no seguiría en casa, Sarita sufrió una recaída. Se acercó a Raquel con sus pasos inseguros por la larga enfermedad y le echó las manitos, que estaban reducidas a piel y huesos, al cuello: —¡Raquel, no me dejes! —imploraba. Y los señores se vieron obligados a prometerle que Raquel no la abandonaría.

A sus cinco años, Sarita ya sabía leer y escribir. Y le dijo, con su débil vocecita: —No te preocupes, Raquel. Yo te enseñaré. Podremos leer juntas mis libros de leyendas.

La niña de cinco años y la mujer de veinte cambiaron entre sí sus funciones. Cada noche se sentaban juntas y Sarita, con una paciencia ejemplar, le mostraba a Raquel cómo se formaban las letras y con ellas las palabras. Convirtió el estudio en un juego. —¿Ves, Raquel? Tu nombre empieza como un hombre gordo con dos piernas flacas. Mi nombre empieza como una serpiente que se enrosca. Vamos a dibujarlo. Debes mantener el lápiz erguido y con delicadeza, si no la

punta se rompe.

Al mismo tiempo, la señora le enseñaba los rudimentos de la aritmética.

Raquel y Sarita comenzaron a competir entre ellas en la lectura de los letreros de las calles y los nombres de los negocios. En las noches, se turnaban en la lectura de los cuentos en los libros de leyendas de Sarita.

Y llegó la noche en la cual Raquel abrió el libro en el cuento de la liebre y la tortuga. Ese había sido el cuento que mami y ella acostumbraban leer de noche, después de acostar a Rosa. Y en ese momento, todo volvió a ella. Desde entonces, su adelanto fue meteórico.

—La señora me inscribió en cursos nocturnos para adultos, aprovechando la campaña del gobierno en su lucha contra el analfabetismo. —continuó Raquel con orgullo, sin advertir el silencio de su amiga. —Allí nadie se burló de mí e hice buenos amigos. El proceso duró años, pero al fin llegó el momento. Sarita y yo recibimos el mismo día nuestros certificados de bachillerato. Los pobres señores debieron correr entre nuestras escuelas para alcanzar a asistir a las dos ceremonias. —continuó con risa en los ojos.

—Y la melodía de mofa de las niñas, ¿aún te sigue atormentando? —preguntó Dolores con un hilo de voz.

Raquel rio con alegría. —¿Sabes, Dolores? En el mismo momento que te lo contaba, sentí como si toda la carga que llevaba durante treinta años se estaba evaporando. Pero me gustaría encontrar otra vez a esa chica que fue la cabecilla. Todas las demás solo fueron arrastradas por ella. Es una lástima que tal poder de conducir a las masas sea empleado para destruir vidas. Tal vez ella no comprendía el poder de sus palabras. Yo estaría feliz si pudiera mostrarle las palabras en mi certificado de bachillerato. Pero, Dolores, te veo triste. Tal vez mi historia te ha afligido.

Después de que Raquel se despidió de ella con un beso de agradecimiento, Dolores continuó sentada en su sillón de directora sin moverse. Sus hombros estaban caídos, como si en un instante se habían agregado diez años a su edad.

—Raquel, tú ya te has librado de la canción —pensó—, pero yo continuaré escuchándola hasta mi último día en la tierra. La enfermedad de Sarita no pesa en tu conciencia, sino en la mía.

Habían pasado ya treinta años desde ese día, pero el cuadro estaba empotrado en sus recuerdos como si hubiera sucedido hoy.

Ella se vio a sí misma, la alumna sobresaliente, la preferida de las profesoras y la cabeza de su clase, parada sobre el pupitre y conduciendo el coro de alumnas que cantaban una y otra vez la palabra “retrasada” a la nueva niña venida del convento. Y la sensación de victoria que las invadió al verla asustada y llorosa, mientras la orina le corría por las piernas y Dolores agregaba la palabra 'pichona'. Dolores fue ese día la heroína del curso. La niña nueva, cuyo nombre no supo hasta ahora, no volvió más a la escuela.

\*\*\*

## 7

—¡Aquí estás, Roberto! —dijo Marta. —Tendrás un día fácil. Solo dos bombillas quemadas, una ventana atascada, un lavamanos tapado y un aire acondicionado que no funciona bien. En la tarde tenemos una reserva para una cabalgata.

Roberto, con la lista en la mano, se detuvo en medio del patio, contemplando con un suspiro el muro de alrededor del hotel. Con un impulso, sacó su teléfono móvil y pulsó el número de la única persona que deseaba ver en esos momentos.

—Luis, salgo a cabalgar. Ven conmigo.

—Preguntaré a Flor si no me necesita.

Tal como el padre, así es el hijo, pensó Roberto. Salió del hotel con una expresión de desafío en el rostro y condujo su jeep la corta distancia al restaurante.

Su padre apareció en la puerta, sacándose el delantal. —Es una espléndida idea, hijo. Ya no podía estar más en esa cocina.

Durante el camino hacia las caballerizas no cruzaron palabra entre ellos, contentándose con el placer de estar juntos. Roberto reflexionaba sobre el día en que Luis se enteró que tenía otro hijo.

\*\*\*

—Mamá, hay una fiesta en la escuela. Todos vendrán con su padre y su madre. ¿Dónde está el mío? —preguntaba Roberto, de cinco años, a su madre, y Teresa se evadía de darle una respuesta. Pero cuando el padre de uno de sus amigos falleció de una enfermedad, Roberto preguntó si también el suyo había fallecido. Teresa comprendió que ya no podía evitar hablarle de su padre.

—Roberto, tu padre se llama Luis Ribera y es de Likanantai. Trabajaba como mecánico en la mina de cobre. Él estaba enfermo, pero no era una enfermedad del cuerpo. Era algo que él no podía controlar. ¿Te acuerdas que cuando eras pequeño no podías controlar tu pipí? Tu padre no tenía dominio sobre su dinero y lo desperdiciaba en carreras de caballos. Él tenía una mujer y dos hijos, pero no pudo seguir viviendo con ellos por su enfermedad. Yo lo amaba mucho y por lo tanto lo recogí en mi hogar. Pero él los echaba de menos y volvió con ellos. Yo no quería quedarme sola, por lo tanto te tuve a ti, mi niño. Tú eres lo mejor de toda mi vida, Roberto. Nunca lo olvides. Cuando naciste, me convertí en la mujer más dichosa del mundo. Te pareces tanto a tu padre. Cuando crezcas serás hermoso como él.

—Pero, mamá, ¿por qué él no viene nunca a verme?

—Yo abandoné el pueblo en el que vivía y no le conté que esperaba un bebé. Él ya había vuelto con su familia y necesitaba tranquilidad. No lo quise perturbar.

A los quince años, Roberto, cuyo talento artístico resaltaba desde la infancia, ganó un premio en una competencia de dibujos. Su obra, que mostraba una pareja de dichosos padres contemplando amorosamente a un niño, fue exhibida en Santiago.

Sus deseos de tener un padre lo llevaron a actuar por primera vez en su vida en contra a los deseos de su madre. Buscó en el mapa el pueblo de Likanantai, escribió una nota a su madre, diciéndole que iba a buscar a su padre, y con el dinero del premio y lo que había ganado haciendo

diversos trabajos en las vacaciones se puso en camino. Era esa la primera vez que saboreaba la libertad.

Al cabo de tres días viajando en autoestop, llegó al pueblo con un camionero que trabajaba en la mina. El chofer le indicó un restaurante sobre cuya puerta había un letrero de metal que brillaba a la luz: *El restaurante de Flor*. —Luis ya no trabaja en la mina. Ahora está con su mujer en el restaurante —le dijo. Y agregó: —Tú te pareces mucho a él. ¿Eres un familiar?

Roberto se paró frente a la puerta, indeciso. Ahora que había llegado, no sabía cómo presentarse ante un padre que no tenía idea de su existencia. Tal vez no querría saber nada de él. Tal vez su mujer lo echaría.

Una mujer alta y hermosa, de la edad de su madre, salió en ese momento.

—Chico, ¿deseas almorzar? Tenemos una estupenda paella con mariscos. —Pero en ese momento, Roberto la vio palidecer y llevarse las manos al pecho. —¿Quién eres, hijo? —le preguntó con voz temblorosa. Y antes de que él respondiera, gritó. —¡Luis, ven rápido!

Su padre apareció, vestido con un blanco delantal. Roberto vio en su rostro cómo sería el suyo treinta años más tarde.

—Hijo, ¿qué edad tienes? —le preguntó Luis con voz llena de emoción.

—Tengo quince años. Soy Roberto, tu hijo.

\*\*\*

En la caballeriza subieron a los caballos *Aurora* y *Trueno*. En el pasado, los nombres de los caballos le producían a Luis una comezón de anticipación que lo llevaba a apostar, sin poderse contener. Pero ahora él simplemente gozaba de la cabalgata en el desierto.

Al llegar al valle de la luna, bajaron de sus monturas y llevaron a los caballos a beber al abrevadero.

—Roberto, ¿qué pasa? —preguntó Luis, cuando los dos yacían sobre la arena descansando.

—Papá, me ahogo. —Era la primera vez que lo llamaba así.

—¿Pasa algo en tu matrimonio?

—No es sólo eso. Tú me contaste sobre tu vicio, que era tu maldición. Ahora es mi turno de sufrirla.

Durante toda su infancia, Roberto había sentido los ojos de su madre, buscando cada señal de la herencia de su padre. La encontraba en cada cosa, hasta si pasaba mucho tiempo frente al televisor o si comía tortas.

—Odio el hotel, odio el pueblo, odio mi vida y no veo ninguna salida. Marta decide cómo debo distribuir mis días. Siento que las murallas se cierran sobre mí y debo luchar día a día contra el impulso de levantarme e irme. Con el tiempo, el impulso se hará tan fuerte que temo que dañaré a todos los que se opongan a mí. La única vez que saboreé la libertad fue cuando vine a conocerte.

—¿Pero no encuentras la felicidad en tu enorme talento? —preguntó Luis, pensando en lo extraño que era que la sangre gitana que se había saltado a él había pasado directamente a su hijo. —Tus magníficos murales son únicos. Viene gente de lejos para admirarlos.

—Hasta mi talento se ha convertido en una maldición. Marta maneja mis encargos, que siguen llegando todo el tiempo, y dice que necesitamos ese dinero. Yo debo adherirme a un horario de puntualidad. No puedo crear de esa manera. Incluso he pensado en matarme. Mi madre, Marta y tú se apenarán, pero yo no puedo satisfacer mi anhelo de libertad. Estoy atrapado.

Los dos callaron largo rato, escuchando los sonidos del viento.

—Ven, quiero mostrarte algo. —Luis se levantó con decisión. Volvieron a montar en sus caballos y se adentraron en las profundidades del desierto.

Después de una hora, Luis se detuvo, bajó de su montura e indicó a Roberto hacer lo mismo. Treparon hasta la cumbre de una colina. Allí, Luis le mostró a su hijo un tosco monumento hecho de piedras amontonadas que se levantaban hasta la altura de un ser humano.

—Aquí, en este lugar, yace mi vicio. Lo enterré hace treinta años. —le dijo solemnemente. —Y ahora, tú recibirás la misma ayuda que recibí yo. En el momento en que oí tu voz por el teléfono, comprendí que tú necesitabas desesperadamente ayuda. —Indicó una nube de polvo en el horizonte que iba creciendo y acercándose a ellos. —Ahí llegó tu ayuda.

Al poco rato llegó un jinete que se detuvo junto a ellos. Roberto vio un indio joven, bajo, tostado y fuerte. Luis lo abrazó calurosamente.

—Te presento a Jacinto, que trabaja en el fundo de caballos de cerca de aquí. Hace treinta años Pedro, su padre, me encontró en este lugar, dispuesto a terminar con mi vida. Me lo evitó y se convirtió en mi hermano de sangre. Juntos, en la ceremonia del fuego, quemamos mi vicio y lo enterramos aquí. Desde ese día, en mis momentos de debilidad, cuando siento que estoy a punto de caer, vengo acá y lo busco. Pedro ya no está con nosotros, pero Jacinto, su hijo, sigue la tradición. Él será tu hermano. Él te dará sus fuerzas, como su padre me las dio a mí.

\*\*\*

El desierto se veía hermoso a esa hora de la mañana. En realidad, siempre era hermoso, de día o de noche. Los tres caballos avanzaban lentamente, en fila india, a través de un angosto túnel sombreado al fondo de un barranco, sobre el cual se podían divisar las nevadas cumbres. Es el perfecto marco de un dibujo, pensaba Roberto, y de inmediato procedió a mezclar imaginarios colores.

La desesperación y el sofoco que había sentido al partir habían desaparecido por completo. Aspiró profundamente el enrarecido aire y supo en ese momento que, ajeno a las circunstancias de su vida, él sería siempre libre.

La vitalidad que descubrió en él lo sorprendía. Él no creía en supersticiones, pero no podía negar que todo había cambiado para él en el momento en que se convirtió en hermano de sangre de Jacinto.

Ahora no podía comprender por qué había rechazado la oferta de Dolores, la directora de la escuela, de ayudar a los alumnos a adornar los muros de la escuela con escenas de los indios Likanantai. —Estudiaré su historia —decidió—, y haré diseños.

En ese momento salieron del fondo del cañón hacia el campo abierto. Roberto lanzó a su caballo en una desenfrenada carrera. Luis y Jacinto se miraron sonrientes y partieron galopando tras él.

Llegaron al lugar en el cual estaban las ruinas de las cabañas de los pioneros de Likanantai. Un sinfín de historias corrían sobre ese lugar, que estaba al lado de un precipicio, sobre las ruinas de una población india, porque allí había agua. Luis había sido un niño pequeño cuando una mujer que había perdido el juicio raptó a María-Inés Sánchez, la niña de año y medio, y la trajo a la última de las cabañas, la más cercana al abismo. Los habitantes de Likanantai habían culpado a los gitanos y su madre, la gitana Esperanza, le había advertido no ir solo a la plaza del pueblo.

Pero la actitud de ellos cambió al ver la disposición de los gitanos de ayudar a encontrarla.

Más de cincuenta años habían pasado desde ese día. Las cabañas ya estaban totalmente en ruinas. Pero en los últimos años corrían rumores en Likanantai sobre un ermitaño que había encontrado refugio en esa misma cabaña.

Según los cuentos, el hombre había llegado al término de la dictadura militar, hacía ya veinte años, y no permitía a nadie acercarse al lugar, amenazando con una escopeta a todo el que se cruzaba en su camino. Las autoridades hablaban de desalojarlo, pero hasta ese día no se había hecho nada.

Luis no sabía si los rumores eran ciertos, mas decidió advertir a Roberto no acercarse más. Al acercarse tras él, Luis y Jacinto escucharon el ruido de un generador de electricidad y vieron una cañería que llevaba agua a la última de las casas. Un jeep de color café estaba estacionado al lado de la puerta.

Ese hombre es creativo, pensó Luis. Vio cactus plantados al lado de la entrada y gallinas que se paseaban en un gallinero. En una cuerda tendida entre las ventanas se secaban prendas de ropa.

La puerta de la cabaña estaba cerrada y no se veía a nadie en las cercanías. Llenos de curiosidad, los tres desmontaron y se acercaron con cuidado, mirando a través de la ventana.

La cabaña contenía una cama de campaña como las del ejército, una cómoda y una mesa con su silla. Un rincón con diversos instrumentos servía de cocina. Una olla que borboteaba hirviendo sobre el calentador eléctrico les anunció que el dueño no estaba lejos.

—Vámonos. —dijo Luis con urgencia. Pero antes de que hubieran alcanzado a subir a sus caballos sintieron un disparo que retumbó con el eco del desierto. Un hombre se acercó a ellos a pie, blandiendo un fusil y portando sobre sus hombros tres conejos muertos.

—¡Váyanse o el próximo disparo los alcanzará! —gritó el hombre. El cañón del fusil, apuntado a ellos, no les dejó la menor duda sobre sus intenciones.

Roberto y Jacinto ya estaban montados, mas Luis se demoraba. Él no podía deshacerse de la impresión de que ya había visto a ese ermitaño.

El segundo disparo pasó cerca de su cabeza.

—¡Lárguese o el próximo caerá en su cabeza!

Todo el camino de vuelta, Luis veía ante sus ojos ese rostro, y con la imaginación le recortó la crecida y desordenada barba, dejando al descubierto unos carnosos labios. El cuerpo era más joven, pero los ojos eran del mismo azul intenso. Y ahora, en esos ojos se reflejaba una locura total.

## 8

Sentada en el patio principal, Raquel saboreaba con placer los maravillosos panecillos recién horneados de Anita. Levantó los pies para apoyarlos en el asiento que tenía enfrente. Necesitaba darles un respiro. Había estado sobre ellos durante toda la hora del desayuno, para ayudar a alimentar a tantas bocas hambrientas.

Todo había comenzado poco a poco, como por casualidad. Al pasar por el comedor, ella se detenía para enderezar una cucharita, para llenar una taza de café, llevar la bandeja de los panecillos vacía a la cocina y volver a traerla llena. Y ahora, después de un mes y medio, ya estaba tan involucrada en el trabajo del hotel que Anita declaraba que no sabía cómo podía habérselas arreglado antes de llegar Raquel.

Raquel suspiró contenta mientras se masajeaba los pies. La noche anterior había leído, en el ordenador que había en la biblioteca del hotel, un email de Sarita, desde Israel. Le escribía: —Te echamos de menos, Raquel. Siempre tendrás un lugar entre nosotros.

—Es increíble —pensó. —La despedida de ellos había sido tan dolorosa, pero ahora, solo unas semanas después, me he construido aquí una vida. Los señores me han tratado como un miembro de su familia, pero en realidad no lo soy. Por primera vez siento que estoy en el lugar que me corresponde.

Raquel se sirvió otra taza del humeante café. Todos los huéspedes ya habían salido a sus respectivos paseos, a los géiseres, a las fuentes minerales o al inmenso salar con el lago de los flamencos en su centro. Era hora de supervisar a las tres chicas que venían en las mañanas para hacer el aseo. Y después acompañaría a Anita a la feria de Costa Marrón y ellas pasearían entre los diversos quioscos. Y completarían la mañana con un almuerzo donde Flor. Una mañana de rutina.

Raquel no sabía cuán equivocada estaba.

—Aquí estás, Raquel. Te he estado buscando. Hay alguien que desea saludarte. Te conviene escuchar su historia. Él está considerado el milagro del pueblo. —le dijo Anita, acercándose con alguien a su lado, y se retiró después de acariciarle afectuosamente la espalda.

Raquel vio a un hombre de unos cuarenta años, bajo y fornido y vestido con un mono azul con sus bolsillos llenos de instrumentos de trabajo y que caminaba con una renquera. Su sonrisa descubría dos filas de dientes blancos y perfectos. —No me conoces, ¿verdad? Soy Manuel, el hermano menor de Diego.

Raquel notó con alivio que el sonido del nombre Diego no le producía ninguna reacción. Su mente ya estaba limpia de rencores. Pero se asombró. No sabía que Diego tenía un hermano.

—¿Me puedo sentar aquí? —preguntó. Raquel afirmó con la cabeza. Solo entonces vio el soporte metálico que tenía Manuel en una pierna. —No me extraña que no hayas sabido de mi existencia. Diego era el orgullo de mis padres. Alto, buenmozo, conquistador de corazones. Yo era el vergonzoso secreto de la familia. Raquel, hace ya muchos años que mi sueño es encontrarte para poder agradecerte. Te debo mi vida.

Raquel no comprendía de qué estaba hablando ese hombre. Ella estaba segura de no haberlo

visto nunca. Tal vez era algo relacionado a lo que Diego le había hecho a ella. Pero sus siguientes palabras fueron tan sorprendentes que ella olvidó a Diego.

—Nací cuando él tenía diez años. Algo anduvo mal y yo no conseguía respirar. La matrona se esforzó por soplar aire a mis pulmones y después de unos minutos empecé a respirar. ¡Quién sabe cuántas veces mis padres lo han sentido!

Manuel no se desarrolló como los demás bebés. Un doctor de Costa Marrón diagnosticó que a causa de la falta de oxígeno en los primeros minutos de su vida, él nunca caminaría, hablaría, vería u oiría, y era imposible calcular su retraso mental.

Manuel levantó su pierna derecha. —La matrona debió tirar de mis pies por la posición en la cual estaba en el útero. Por eso tengo una pierna más corta.

Los doctores les propusieron a los afligidos padres poner a Manuel en una institución del gobierno para niños como él. En esos tiempos eso era como sentenciarlo a muerte por infecciones y descuido.

Raquel se inclinó hacia adelante, dispuesta a no perder ni una palabra.

Los padres de Manuel estaban dispuestos a meterlo en la institución, pero el padre Tomás intervino. Arregló que una de las monjas del convento vendría todos los días a alimentarlo, bañarlo y vestirlo, y se presentó en casa de ellos día a día para darles apoyo moral.

Diego se avergonzaba de su monstruoso hermano. Por lo tanto, sus padres, que adoraban a su hijo mayor, no le permitían a la monja sacar al bebé ni siquiera a la puerta de la casa para tomar aire e informaron a todos que el niño había muerto y estaba enterrado en el cementerio de Costa Marrón.

Manuel era capaz de ver con su ojo izquierdo, pero nadie se dio cuenta de ello. Su audición era perfecta, pero no hablaba porque nadie le dirigía la palabra. Cuando la monja lo dejaba en el suelo para cambiarle las sábanas sucias, él podía arrastrarse un poco con su pierna izquierda y su mano derecha. Recibía solo papillas molidas, y su paladar no se desarrolló por falta de uso.

Su madre evitaba acercarse a él. Con el tiempo, comenzó a comprender que su existencia era una maldición para la familia. Diego le daba patadas o bofetones. Su padre, el único que sentía alguna ternura hacia él, falleció al tener Manuel tres años.

Manuel contrajo cada enfermedad imaginable y las sobrevivió, acostado en su inmunda camita, sin poder controlar sus intestinos porque nadie se molestó en llevarlo al cuarto de baño y enseñarle. El único gesto de compasión de su madre hacia él fue instalar su camita al lado de la ventana, desde la que podía ver la casa de enfrente a través de las cortinas que nunca se abrían.

—Esa era tu casa, Raquel. —prosiguió Manuel. —Hoy es la habitación número veinte. La nuestra es la número dieciocho, al otro lado del patio. Yo las veía, a ti y a tu hermana, jugando al lado de vuestra casa. Tu padre te enseñaba a dar puntapiés a la pelota. Yo veía el amor que tu madre te profesaba y soñaba con tener una familia así. Tú y tu familia fueron la única luz de mi infancia.

Manuel hablaba sin ningún rencor ni amargura. Simplemente le contaba los hechos. Pero Raquel estaba traumatizada. A duras penas lograba contener las lágrimas de compasión mezcladas con furia hacia esa madre, que con sus mimos había hecho un monstruo de su hijo mayor y se desentendió por completo del menor.

—Pero me gustaba especialmente contemplarte a ti. Eras, a mis ojos, la criatura más bella de la tierra. Cada mañana yo abría los ojos con el pensamiento que te vería.

Cuando Manuel contaba ya diez años, Diego abandonó el pueblo sin una mirada a su madre ni a su hermano. La madre, para quien Diego era la luz de sus ojos, cayó en una profunda depresión. Yacía días enteros en el lecho y su estado empeoraba. Y un día, la monja del convento no llegó.

—Yo estaba hambriento, sediento y sucio. Pero lo peor era el pensamiento de que ese día no podría verte. La hermana de caridad solía ponerme sobre unos almohadones y así yo podía contemplar tu casa. Desesperado, yo yacía sobre el hediondo colchón. La ventana estaba a cierta altura y algo en mi mente me empujó a tratar de incorporarme para alcanzarla. Después de innumerables esfuerzos logré apoyarme en mi mano derecha, que era un poco más fuerte que la otra, y elevarme durante unos segundos. Caí agotado. Al final llegó la monja y me limpió, me alimentó y me vistió.

A partir de ese día, Manuel continuó con sus esfuerzos para levantarse y sentarse. Se caía con frecuencia y la monja no comprendía cómo había llegado al suelo con el cuerpo magullado.

—Y un día lo conseguí. Entonces mis esfuerzos se concentraron en tratar de pararme. La pierna más corta estaba medio paralizada, pero después de mucho tiempo, ni sé cuánto porque no tenía noción de él, ya podía estar parado y dar unos pasos apoyado en los muebles. Raquel, lo que me empujó a seguir tratando era la esperanza de salir por la puerta y acercarme a ti.

Un día, Manuel consiguió llegar al cuarto de baño.

—Me es embarazoso contarte esos detalles, pero conseguí desnudarme y traté de limpiarme. Por suerte, el padre Tomás había insistido en que instalaran allí una ducha para personas con discapacidad. Abrí el grifo con dificultad. El agua salió hirviendo y me quemé. Lloré sin voz, porque no sabía cómo usar las cuerdas vocales. Mi piel estaba llena de llagas por estar todo el tiempo acostado. No tenía ropa y me envolví en una vieja camisa de Diego que colgaba de un gancho. Yo sentí que esa camisa me transmitía sus fuerzas. Desde ese día comencé a usar el excusado.

La madre pasaba todos sus días en cama, mirando al vacío. Un día Manuel se acercó a ella. Su madre emitió un pavoroso grito, como si hubiera visto al diablo. Manuel comprendió que le estaba prohibido mostrarle su avance, a ella o a nadie.

—¿Pero las monjas que venían a cuidarte, no se daban cuenta? —preguntó Raquel, incrédula. Esa historia estaba más allá de fantástica.

—La monja que me cuidaba en mi infancia era ya anciana, y sus reemplazantes se turnaban. Ellas venían, hacían su trabajo y se iban. Muchas almas en el pueblo necesitaban de su ayuda. Con el tiempo aprendí a encender la cocina a gas y calentar algo de comer. Y llegó el día en el que decidí cuidar a mi madre. Yo ya me había fortalecido mucho, y ya fui capaz de levantarla y llevarla al cuarto de baño y llevarle bandejas de comida a la cama. Es tan irónico. Las monjas veían que los dos estábamos limpios y bien alimentados y se convencieron de que mi madre había mejorado y me cuidaba. Y dejaron de venir, convencidas de que ya no eran necesarias. El único que sabía de mi existencia era el padre Tomás. Y él honró los deseos de mi madre de no contarle a nadie de mí.

Raquel no pudo menos que pensar: —Padre Tomás, lástima que no has sabido respetar los deseos de la mía.

—Cuando yo sentía sus pasos al lado de la puerta, me apresuraba a meterme en mi cama sin moverme. Estaba convencido de que me estaba prohibido mostrarle a él mis progresos. Y fuera de él, las únicas que entraban a casa eran tu madre, que le traía productos frescos a mi madre, y Flor,

que venía a sentarse al lado de su cama, hablándole para tratar de animarla y sacarla de su depresión. Ellas no estaban enteradas de mi existencia. Yo entraba en mi cuarto y cerraba la puerta, sin hacer ruido.

—¿Pero por qué creías que debías esconderte? —Raquel lo miró con admiración. Pero ella ya no sabía qué creer. Esa historia se volvía más y más extraña.

—Por la reacción de mi madre al verme al lado de su cama. Yo temía que se enojaran conmigo y me obligaran a yacer todo el día en la cama. Tú comprendes, yo no tenía nadie que me hiciera entender las cosas. Solo sabía servirme del instinto e imitar las acciones de los demás. Yo cogí un par de zapatos viejos de Diego y le puse unos trozos de periódico al izquierdo, para que mis dos pies fueran un poco más iguales. Y en efecto, me fue mucho más fácil andar. Comencé a barrer y limpiar la casa y a lavar la ropa, imitando a las monjas. Y llegó el día en el que decidí que ya podía presentarme ante ti. Ya no era un monstruo y tú no me rechazarías, asqueada.

—Pero no te dirigiste a mí. Yo no habría pensado que eras un monstruo. —En la memoria de Raquel comenzó a dibujarse la cabeza de un niño asomado a la ventana de la casa de enfrente, en la cual todos sabían que no había niños.

—Lo sé, Raquel. Pero esa noche sucedió algo. —Parecía que Manuel estaba un poco arrepentido de haber hablado. Su voz se convirtió en un murmullo. —Raquel, lo que voy a contarte te entristecerá.

Esa noche, Manuel no podía conciliar el sueño de emoción. Escuchó un ruido fuera de su casa y se asomó a la ventana. Vio a un soldado entrando a la casa de enfrente, en la cual vivía Raquel. Después de unos momentos vio que la ventana lateral se abría y la madre de Raquel la arrojaba fuera. De inmediato, vio a la madre arrojar a Rosa y cerrar rápidamente la ventana.

—Ustedes vestían unos camisones delgados. Te vi tomar a tu hermana en brazos y alejarte de allí.— Manuel dudó unos instantes. —Escuché unos ruidos dentro de tu casa. Comprendí que eran disparos. Aquí se oían muchos. Los soldados acostumbraban a disparar al aire al ver moverse algo después del toque de queda. Vi al soldado salir de la casa. Me parecía que miraba directamente a la ventana en la cual yo estaba asomado. Me encogí en mi lugar, no sin antes verlo arrojar una piedra al farol de la calle. Todo quedó sumido en la oscuridad. No me moví hasta que escuché el motor del jeep alejándose. Al alba, las vi a ti y a Rosa volver a tu casa, manchadas de barro. Rosa quedó afuera y tú entraste sola. Saliste casi inmediatamente, pálida y trastornada. Quise llamarte, pero no tenía voz. Llegué a la puerta para salir a tu encuentro, mas ustedes ya no estaban. Nunca más te vi hasta ahora.

Manuel continuó su relato, ante los oídos atentos de Raquel.

—A continuación se formó un gran alboroto. Los soldados entraban y salían de tu casa. Después llegó Flor a ver a mi madre. Atisbé por la puerta entreabierta. Se la veía blanca como una sábana. Yo siempre escuchaba cuando el padre Tomás, Flor o tu madre venían y ya era capaz de comprender trozos de conversaciones. Oí a Flor contarle a mamá que Rodolfo Rubio había matado a su mujer de un disparo de revólver y había escapado. Quedé atónito. Yo veía desde la ventana el amor que reinaba entre ellos. Sin pensar qué hacía, entré a la habitación. Flor no sabía quién era ese niño tan flaco que había aparecido de pronto. Ella corrió a llamar al padre Tomás.

El padre Tomás estaba convencido de que la milagrosa recuperación de Manuel era precisamente eso, un milagro de la Virgen. Al poco tiempo comprendió que no era su madre la que lo cuidaba. Ella ya estaba en estado catatónico y fue preciso internarla.

—El padre Tomás me llevó a un gran centro médico en Costa Marrón. Ahí, con los nuevos métodos de diagnóstico, se descubrió el espantoso error que habían cometido conmigo al nacer. Me sometieron a varios tratamientos. La vista me mejoró. Me llevaron a un experto en habla. La primera palabra que pude pronunciar fue Raquel. Mis dientes estaban podridos por falta de higiene y por mala alimentación. Tengo la boca llena de implantes.

Dicho esto, Manuel le regaló una deslumbrante sonrisa.

—El padre Tomás movió cielo y tierra, mendigó, amenazó, fue de puerta en puerta pidiendo dinero para mí. Doña Flor me tomó bajo su protección y por fin supe lo que era una madre. Cuando la noticia de mi existencia se expandió, los habitantes de Likanantai se dedicaron a ayudarme, pesarosos por los años perdidos en los cuales ni sabían de mi existencia. Entré a estudiar al colegio de los jesuitas. Resultó que no tenía ningún retraso mental. Hoy soy un electricista diplomado. Resido en Nuevo Likanantai y tengo una maravillosa mujer y dos preciosos hijos. Nunca nos avergonzaremos de ellos, y dedicaremos nuestras vidas para ayudarlos a hacerse camino en la vida. Yo vengo aquí a ayudar a renovar la iglesia, como mi homenaje al padre Tomás.

Manuel contempló a Raquel, que estaba tratando de absorber esa increíble historia. —Deseo que sepas, Raquel, que más que al padre Tomás, te debo a ti mi vida. Siempre he sabido que no podría descansar hasta verte y decirte gracias, desde lo más profundo de mi alma. —Manuel se retiró con un beso en cada una de las mejillas de Raquel.

—Muy pronto, mi madre se reunirá con su Creador. Siento mucho no poder avisarle a Diego, para que venga a despedirse de ella. Pero desde que abandonó el pueblo, él desapareció.

—Manuel ha sufrido bastante —pensó Raquel. —No le aumentaré su pesar con la historia de Diego.

\*\*\*

—¿Verdad que Manuel es increíble? —le preguntó Anita en el camino a la feria. —Y ellos habían guardado en secreto su existencia. Es una lástima. Hubiéramos podido ayudarlo.

Pero Raquel no sentía deseos de hablar. Ella saboreaba el descubrimiento que había hecho durante la narración de Manuel. Estaba libre, por fin, del recuerdo de Diego y del acto de violencia que él había cometido con ella.

Otra cosa le ocupaba el pensamiento. Y solo cuando Anita encontró un lugar para estacionar la camioneta del hotel, se dio cuenta.

Eran las palabras de Manuel sobre el soldado que había visto entrar en casa esa fatídica noche. Raquel estaba convencida que él, cuyo mundo se reducía a la ventana de su cuarto, lo había visto. Y Manuel habló sobre disparos, en plural. Pero todos decían que mami había muerto de un solo disparo.

Algo extraño había sucedido en su casa, algo que ella no podía comprender. Y ahora Raquel recordó la mano que había tirado con violencia de la cortina de conejitos hasta arrojarla al suelo. Esa mano estaba enfundada en una manga azul. Pero esa noche papi vestía una camisa a cuadros y de manga corta.

Sin saber cómo, sus pensamientos se volvieron hacia la pregunta que se había hecho el primer día de su regreso, sobre quién había dado la orden de cuidar las tumbas de su madre y sus abuelos. Y Raquel decidió en ese momento que ella removería cielo y tierra hasta encontrar

respuestas.

\*\*\*

El abogado Benítez contempló a la mujer que tenía delante, vestida con un traje de corte impecable y zapatos de tacones altos de calidad. Admiró su corto y estilizado cabello, sus delineadas cejas y su delicado maquillaje.

—Señorita Rubio, siento mucho no poder serle de mucha ayuda. —Pasó las hojas de la delgada carpeta que tenía sobre su escritorio. —Aquí está escrito solamente que nuestro cliente, que como usted comprenderá no puedo revelar su nombre, nos traspasó una gran cantidad de dinero para que nos ocupemos de cuidar esas tumbas. También exigió que todas las semanas mandemos tres ramos de rosas. Eso empezó hace unos veinte años. —continuó. —Exactamente al terminar el gobierno militar, después del plebiscito del año 1989. Y los cheques continúan llegando a nuestra oficina.

Raquel salió de la oficina del abogado sin haberse enterado del sexo del anónimo cliente o si este continuaba con vida.

Continuó caminando por las calles de Costa Marrón, confusa y perturbada. Las preguntas que habían quedado sin respuesta se habían convertido en una ruidosa voz que ya no podía ignorar. Y se dirigió directamente a la policía.

El detective Suárez estaba cansado. Deseaba con toda su alma terminar su jornada de trabajo e irse a casa. Pero la mujer que esperaba pacientemente a ser atendida era diferente a los habituales seres que venían con mezquinos reclamos. Calculó su edad entre los treinta y los cuarenta y la vio vestida con elegancia. Según el policía de turno, se negaba a irse hasta que alguien con autoridad la atendiera.

—Señora, soy el detective Suárez. ¿En qué puedo servirla?

Mientras estaba esperando a que alguien la tomara en serio, Raquel estaba completamente segura de sí misma. Mas ahora, sentada frente al detective, vaciló. ¿Cómo le explicaría su extraño pedido a un hombre que seguramente no había nacido cuando sucedió todo? Inhaló aire y comenzó su relato.

Al terminar, el detective la miró con infinito asombro.

—Señorita Rubio, me pide informes sobre algo tan viejo. Yo ni creo que esté en los ordenadores. —Trató de suavizar la voz. —Comprendo que esa tragedia les sucedió a sus padres y usted era una niña. ¿Para qué despertar cosas ya muertas?

—Señor detective, yo tenía siete años, pero escuché las conversaciones de los adultos. Todos decían que mi padre mató a mi madre por celos. Había rumores de un soldado que la visitaba. Todos estaban convencidos que esa noche solo papi y mami estaban en casa. Pero este último tiempo alguien me contó que vio a un soldado entrar en nuestra casa minutos antes de que oyera un disparo. Pero nadie habló de eso.

—¿Y el que se lo contó es de confianza?

—Completamente. Él no se lo contó a nadie porque nadie se lo preguntó. Detective Suárez, se lo ruego. Yo crecí con el estigma de ser la hija de un asesino. Pero yo conocía a mi padre. Rodolfo Rubio, *La Bala*, el famoso futbolista, era el hombre más cariñoso que se pueda imaginar. Yo debo saber qué sucedió realmente esa noche.

Mientras hablaba, su memoria se esclarecía más y más. Escuchó nuevamente el ruido de los cajones que eran abiertos y arrojados al suelo con violencia. Y vio la mano grosera que rompió la cortina de los conejitos. Y su convicción se afirmó. Su padre no era capaz de violencia.

El detective Suárez pensó en su pequeño hijo y su corazón se ablandó. —Señorita Rubio, haré lo que pueda.

\*\*\*

De vuelta en su habitación, Raquel se sentó en el sofá del nicho y contempló la cómoda, sobre la cual reposaban las dos muñecas. Repasó en su mente su conversación con el detective. Confiaba en que había logrado llegar a su corazón.

Cerró los ojos. En la comisaría, mientras hablaba sobre lo sucedido treinta años atrás, sentía cómo otro trozo de memoria iba saliendo de las nubosidades.

Se levantó y cogió las dos muñecas, una con su vestidito azul y la otra con el blanco manchado de sangre que se había secado hacía ya treinta años. Las estrechó contra su pecho.

Le parecía que la muñeca blanca deseaba decirle algo con sus ojos azules de porcelana. Sintió algo bajo el vestido blanco y examinó el lugar. En el interior de la ancha falda, escondido entre los pliegues, estaba cosido un bolsillito cerrado por un botón.

Como a través de un túnel del tiempo, Raquel se trasladó con el pensamiento treinta años al pasado, al día que vio a mami coser el bolsillo, diciéndole que ese sería el secreto de ambas.

Ahora Raquel ya tenía la certeza de que la muñeca no cayó por casualidad bajo la cama. Su madre la había escondido allí y tal vez lo que había en el bolsillo era la clave del misterio.

Introdujo dos dedos en el bolsillo y sacó de allí una hoja de papel doblada, que se habían vuelto amarillenta con los años. Raquel ya había visto ese papel en manos de mami, con la misma rotura en su extremo. La memoria volvió a ella, clara como el cristal. Papi metiendo el papel dentro de su pelota de la suerte, mami cosiéndola. Al volver de su viaje él la había sacado de allí y se la había entregado a mami, con las palabras: —María-Inés, destrúyelo. Es peligroso. —Y la voz de mami: —No, Rodolfo, es importante. Le encontraré un escondite que nadie sabrá.

Raquel lo abrió con dificultad. Estaba pegado por los años. Contenía los planos de un edificio y varias flechas en los distintos corredores que marcaban el camino de salida. Había varios nombres escritos a mano. Y el corazón le dio un vuelco.

Ella conocía esa letra. Rodolfo Rubio, su papi, que orgulloso de su inteligente hija que ya sabía leer a los cinco años, acostumbraba a escribirle durante cada viaje.

\*\*\*

El detective Suárez la estaba esperando en el café de la plaza, sentado a una mesa de plástico debajo de un parasol a rayas. Los primeros botones de su camisa estaban abiertos, exponiendo su velludo pecho. Se levantó al llegar Raquel y le estrechó la mano. —Buen día, señorita Rubio. Hace calor, ¿verdad? Pero se la ve muy fresca.

Al ver la admiración que se reflejaba en sus ojos, Raquel se alegró de haberse esmerado tanto en su apariencia y decidirse por el vestido veraniego blanco que le dejaba los hombros al descubierto. Después de sacarse el sombrero de paja, pasó la mano por el cabello. Después de dos meses, su cabello había crecido un tanto y al mirarse esa mañana al espejo decidió seguir dejándolo crecer.

—¿Qué me trae, detective Suárez? —le preguntó al ver una carpeta sobre la mesa.

—Después de su visita busqué en los viejos archivos, sin ningún éxito. —le sonrió el detective. —Me dirigí, sin demasiadas esperanzas, a los policías más antiguos. Alguien me indicó ir a hablar con un policía retirado que se llama Bertoloti. Él se alegró de mi visita. Está aburrido y su memoria todavía es excelente. Él fue el que recibió la llamada del cura de Likanantai. De inmediato, un coche patrulla salió en dirección al pueblo. Pero sucedió algo extraño. Los dos policías regresaron a la media hora, diciendo que no habían logrado entrar al pueblo. Un jeep militar les obstruyó el camino y el conductor, un teniente joven, les ordenó devolverse. Les comunicó terminantemente que ése era un asunto militar. En esos tiempos nadie osaba discutir con el ejército. También los policías tenían familias.

—Pero, ¿qué tenía que ver el ejército con el asesinato de mi madre? —Atónita, Raquel había levantado la voz y algunas cabezas se alzaron en las mesas próximas. Se hundió en la silla, tratando de calmarse.

El detective abrió la delgada carpeta.

—Al cabo de una semana, la policía recibió este informe del ejército. Bertoloti preparó una copia. Él sospechaba que algún día ellos estarían obligados a responder a muchas preguntas.

Raquel tomó el informe con manos temblorosas y leyó en él que un teniente del ejército había llegado a las nueve de la mañana a casa de la familia Rubio para buscar en ella material subversivo escondido. El soldado encontró a la señora Rubio en el suelo del salón de la casa, muerta de una herida en el pecho. Su marido, que era el sospechoso de subversión, había desaparecido junto con las dos hijas de la pareja.

El arma no se encontró pero el oficial anotó que había en la casa una gran cantidad de botellas de vino vacías y se las llevó como prueba. También estaba incluido en el informe que la mujer había sido observada en diversas ocasiones viajando hacia el desierto en un jeep militar en compañía de un soldado desconocido. La conclusión era que Rodolfo Rubio, intoxicado y enloquecido por los celos, había matado a su mujer y había escapado.

—Unos días después se encontró en el desierto la motocicleta de Rodolfo Rubio semienterrada en la arena, al lado del camino a la frontera. Y eso es todo, señorita. Nunca hubo una investigación oficial de la policía y no hay en el informe nada sobre un soldado que entró a la casa en la noche. Tal vez su testigo se confundió y eso ocurrió alguna otra noche.

—No, detective. Yo le creo. Algo está mal. Yo encontré a mi madre acostada en su lecho, no en el salón. ¡Y nunca se habló de movimientos subversivos!

Pero mientras hablaba, volvió a sus pensamientos el papel doblado y amarillento que había encontrado, escondido en el bolsillo de la muñeca blanca.

—Ese informe presenta a mis dos padres de forma tan negativa. Mi padre era un deportista. Aborrecía el alcohol y nunca entró a nuestra casa una botella de vino. Y mi madre no traicionaría a mi padre. Yo le insisto, ellos estaban enamorados. ¿Usted no ve que aquí hay un intento de manchar sus nombres? —Frustrada, Raquel se levantó de improviso, volcando el vaso de té que había en la mesa. El dorado líquido manchó su blanca falda y corrió a lo largo de sus piernas. Avergonzada, comenzó a secar con una servilleta de papel el charco de la mesa.

El detective saltó de su silla y le ofreció su pañuelo. —Señorita, venga, siéntese. Está exaltada. —Y la dueña del café llegó corriendo, solícita. —Señorita, no se preocupe, yo seco y le traigo otro vaso de té.

Raquel se desplomó sobre una silla seca y cerró los ojos detrás de las gafas del sol. Se esforzó en llegar a lo más recóndito de su memoria. —Suárez, no había en casa ni una botella —repitió.

—También a Bertoloti y a mí nos ha parecido raro. Pero en esa época el ejército lo hacía todo a su antojo. Ellos acostumbraban entrar a casas de familias ricas y arrastrar al padre de la familia a un lugar de detención, por unas nebulosas sospechas de subversión. Los familiares pagaban sumas enormes por su rescate. Así se han enriquecido muchos oficiales. Y Rodolfo Rubio era un conocido futbolista. Tal vez querían recibir de su equipo una coima grande por él. Además, no hay en el informe nada sobre haber encontrado material sospechoso. Seguramente lo han inventado.

Pero el detective no sabía nada sobre el papel doblado.

—Estoy convencido de que el ejército nos ocultó algo. —prosiguió Suárez. —Y he llegado a la conclusión de que la única manera de saberlo es encontrar al teniente que escribió ese informe. He buscado su nombre en nuestros ordenadores.

El gobierno que fue elegido al llegar a su fin la dictadura militar comenzó a investigar lo que había sucedido en el país en esos dieciséis años. Solo entonces se descubrió la magnitud de los crímenes que habían sido cometidos. Miles fueron asesinados, torturados o simplemente desaparecidos. Y los números seguían creciendo. Cientos de oficiales fueron llevados a juicio por crímenes contra la humanidad.

Solo el jefe de todos ellos, el general Pinochet, escapó, y con el tiempo regresó a Chile para terminar sus días plácidamente, a su avanzada edad, en su lecho.

—Ahora todo está más accesible con los ordenadores. Encontré el nombre del teniente que encontró el cuerpo y les negó la entrada a los policías. Él mismo escribió el informe. Ese teniente nunca fue llevado a juicio, militar o civil. Su firma no estaba en ninguna orden de arresto. Al terminar la dictadura militar, él renunció al ejército. No se sabe nada más de él.

Raquel miró la hoja que tenía en sus manos. El nombre del oficial no le era conocido. Mas en ese momento, Suárez dijo la frase que cambió todo:

—Pero su pensión militar continúa llegando, por orden de él, a un abogado de Costa Marrón de nombre Benítez.

Ahora le llegó el turno a Suárez de casi volcar el té. Raquel, ya sin poder contener su emoción, le habló a borbotones del abogado que se ocupaba de financiar el cuidado de las tumbas por orden de un cliente anónimo.

—Eso continúa ya veinte años. Aquí sucede algo que no entendemos. —Los dos callaron, sin saber ya qué más decir. —Flor, que era la amiga más cercana de mi madre, sabrá si había alguien. —Dijo Raquel después de un rato. —“Tal vez ella o su marido conocían al teniente que firmó el informe.

El detective arrojó unos billetes sobre la mesa y ellos se encaminaron apresuradamente a su auto.

Flor se encontraba en el patio del restaurante. Al ver a Raquel su semblante se alegró, pero al advertir a su acompañante, la miró con una expresión interrogante.

—Flor, te presento al detective Suárez de Costa Marrón. Quisiéramos preguntarte algo, y por favor sé sincera conmigo. No trates de protegerme. ¿Mami tenía un amante? ¿Alguien del ejército?

Flor abandonó los cubiertos que estaba poniendo en las mesas y se sentó al lado de ellos.

—Raquelita, tus padres eran la pareja más enamorada que yo había visto, incluso después de ocho años de matrimonio. Y las amaban a ustedes. La reina y las dos princesitas, él las llamaba.

No hagas caso a los malévolos rumores. No sé quién comenzó con ellos, pero tu padre jamás le habría hecho daño a tu madre. —Flor continuó. —Había rumores de que Rodolfo estaba mezclado en actos clandestinos contra el gobierno. Pero es posible que también fueran infundados. El ejército no necesitaba mucho para arrancar a gente de sus casas, pero nunca tocaron a Rodolfo. No tengo ninguna explicación sobre lo que ocurrió, y he debido contentarme con el anuncio formal de la policía.

—Pero eso es, precisamente. ¡La policía nunca investigó! El informe era de un teniente del ejército. ¿Su nombre te dice algo? —Y le mostró el nombre que aparecía en el informe.

La reacción de Flor fue sorprendente. Se levantó de un salto, entró a la cocina y regresó al cabo de unos segundos seguida de Luis, su marido desde hacía cuarenta años, que vestía un blanco delantal. A pesar de su preocupación, Raquel no pudo menos que admirar una vez más a la hermosa pareja, que había sabido superar todos los altibajos de su matrimonio.

Flor comenzó su relato. Y Raquel escuchó por primera vez sobre el muchacho que había sido el primer amor de mami a sus doce años y que, para alejarla de él, abuelo Mateo la había llevado al fondo de las mujeres.

—Éramos las mejores amigas, pero tu madre me ocultó su romance. Ella sabía cuál era nuestra opinión de él. Luis estudió con él en la escuela. Él era un matón que infundía terror a los más pequeños. Provenía de una familia de delincuentes que se dedicaban al contrabando, al tráfico de drogas y tal vez a algo peor. Aunque debo confesar que era un muchacho hermoso.

A Luis no le gustó nada la última frase.

—Él cambió al madurar. —prosiguió Flor. —Se enlistó al ejército, llegó al grado de teniente y estuvo apostado aquí, en Likanantai.

—Flor, Manuel me comentó que aquella noche vio a un soldado entrar a nuestra casa, unos pocos minutos antes de sonar el disparo. Pero no hay nada en el informe.

A diferencia del detective, Flor y Luis conocían a Manuel. —Le creemos —dijeron en coro.

—Si es así, por lo visto el teniente es el único que sabe qué había sucedido. —dijo Suárez. — Pero ha desaparecido de la faz de la tierra.

Flor y Luis se miraron. —Raquelita —dijo ella, con voz que era un susurro. Y Luis agregó: — Lo que pasa, Raquel, es que yo sé exactamente dónde se encuentra Eduardo Gómez.

\*\*\*!

## 10

Raquel miraba, a través de la ventanilla del jeep, las ondas de calor que se levantaban del asfalto. El sol estaba en lo alto y el calor era sofocante. Dentro del vehículo, el aire acondicionado trabajaba a toda fuerza. A su lado, el detective Suárez manejaba con cuidado y Luis y Manuel iban sentados atrás. Antes de ponerse en camino, Raquel insistió en incluirlo en el viaje, con la esperanza de que pudiera reconocer al soldado que había visto esa noche.

—Debemos tener cuidado. Ese hombre no está cuerdo. —Luis rompió el silencio cuando ya estaban cerca de su destino. —No desea ver a nadie.

—¿Estás seguro que era Eduardo? No lo has visto desde hace muchos años.

—Raquel, es Eduardo. Sus azules ojos son inolvidables. Y así como yo lo reconocí, vi que él me reconoció a mí. Por eso debemos apresurarnos. Tal vez decida huir, aunque nadie lo persigue.

Suárez ya le había explicado que Eduardo, a diferencia de otros oficiales, nunca había sido sospechoso de crímenes contra la humanidad.

En el horizonte aparecieron las cabañas, tostándose al sol. El corazón de Raquel latió con rapidez.

Dejaron el jeep a centenares de metros de ellas y se encaminaron a pie. Raquel lamentaba que su vanidad la había impulsado a calzar zapatos con tacones altos. Trató de seguir descalza, pero la ardiente arena le quemaba los pies. Volvió a ponérselos.

El lugar parecía desierto. Luis señaló la última de las cabañas, la más cercana al barranco. A diferencia de las casas vecinas, los ladrillos caídos habían sido reemplazados por nuevos y el techo estaba entero. Todo estaba exactamente como Luis lo recordaba. Una cañería de cobre le llevaba agua desde el pozo que había en el centro y se veían cables eléctricos que llegaban de un depósito cercano. Ese hombre se había preparado bien para su permanencia en la soledad del desierto.

Raquel no podía saber que esa había sido la misma cabaña a la cual una loca había llevado a su madre, hacía ya más de cincuenta años.

La puerta del gallinero estaba abierta, al igual que la del corral, que había contenido unas cabras. Detrás de la casa había restos de un huerto ya reseco y una pequeña casucha contenía un excusado químico y una ducha improvisada.

La puerta de la cabaña estaba cerrada y Raquel, Luis y Manuel esperaron la decisión de Suárez, que representaba la ley. Él dijo: —Las cabañas son propiedad de la mina. Podemos entrar. —Sacó su revólver, les hizo una seña de apartarse a un lado y probó la puerta, que se abrió sin esfuerzo.

La cabaña estaba vacía. Sobre la cama de campaña que había en un rincón, arreglada en un perfecto orden militar, había un uniforme doblado y lleno de manchas cobrizas. En el rincón que hacía de cocina, el refrigerador estaba vacío y escrupulosamente limpio y aún conectado a la electricidad. Suárez abrió el grifo del agua. Salió un chorro hirviendo de color café, que se fue aclarando y enfriando.

Una pequeña mesa al lado de la ventana les llamó la atención. Había sobre ella un montón

ordenado de papeles, con una pesada piedra sobre ellos, seguramente para impedir que el viento los desparramara. Estaban escritos con una apretada y ordenada letra.

Reconociendo la autoridad de Suárez, Raquel, Luis y Manuel se sentaron sobre la estrecha y dura cama, escuchando la voz del detective que, a horcajadas en la única silla que había allí, comenzó a leerles los papeles, que llevaban la fecha de tres días antes.

***Mi nombre es Eduardo Gómez y ésta es mi confesión.***

***No sé cuánto tiempo pasará hasta que alguien encuentre estos papeles. Estos últimos veinte años he vivido aquí en absoluta soledad y me he preocupado de ahuyentar a todo el que se atrevía a acercarse.***

Suárez leyó sobre la infancia de Eduardo en Likanantai en el seno de una familia de criminales y cómo había abandonado la escuela a los doce años. Contó sobre el día en que conoció a María-Inés Sánchez, de doce años de edad. La describió como a un ángel que había venido especialmente para salvarlo. Cuando su padre la alejó de él, se sintió engañado. Pero esa noche, cuando Mateo salvó a Pablo, su hermano, su rencor cambió por agradecimiento. Era la primera vez que alguien hacía algo por él. Mateo se convirtió en su protector y lo entró al internado militar y el encuentro con el ejército cambió su vida.

***Un día, vi a María-Inés pasar al lado del cuartel en Costa Marrón. Ya tenía diecisiete años y se había convertido en una mujer bellísima. Decidí en ese momento que ella estaba destinada para mí. Pero dos obstáculos se erguían ante mí: su padre, que la cuidaba como un león, y el futbolista. Desarrollé un inmenso odio hacia el que me había robado lo que era mío. Durante la ceremonia nupcial de ellos, estuve parado a la puerta de la iglesia, luchando contra el impulso de sacar mi revólver y matarlo.***

***Pero yo tenía paciencia. Sabía que el golpe militar era inevitable. Ya era teniente, y nosotros recibimos unas listas de activistas de la Unión Popular, el partido del presidente, y el nombre de Rodolfo Rubio se encontraba entre ellos. Teníamos orden de arrestarlos al momento en el que el ejército tomara el poder.***

***Al principio me alegré. Rodolfo sería eliminado y María-Inés estaría libre. Pero comprendí que ella odiaría el ejército y no querría tener contactos con un soldado. Y Mateo me negaría el acceso a ella. Por lo tanto, concebí un plan mejor.***

***Llegué a casa de Mateo al amparo de la noche. Le dije que había venido a pagar mi deuda con él y le susurré que debía convencer a su yerno de abandonar de inmediato el país. Él me creyó. Rodolfo desapareció y las relaciones entre ella y su padre sufrieron un gran golpe. Como yo sabía que iba a suceder, ella lo culpó de haber alejado a su marido. Y yo esperé mi oportunidad de ser su ángel salvador.***

***Lo planeé hasta el más mínimo detalle. Al día siguiente del golpe de estado, dos soldados se presentaron por orden mía en casa de María-Inés para asustarla, dando vuelta su casa para buscar material subversivo y arrastrarla al jeep militar de ellos, fingiendo que la detenían. Yo aparecí justo a tiempo para salvarla. Vi la mirada de agradecimiento en sus ojos y pensé que muy pronto sería mía. Pero su padre se instaló a vivir con ella y ella dio a luz a la hija de Rodolfo, otro obstáculo en mi camino. Rodolfo regresó a Chile y recibimos orden de no molestarlo. Él estaba considerado un tesoro nacional. Después de un año, les nació otra criatura.***

*Mi frustración crecía y me vengué con los prisioneros. Maté a muchos con mis propias manos. (Aquí, Suárez leyó una lista de decenas de nombres.) Además de las torturas y de los asesinatos, nosotros, los soldados, encontramos la manera de enriquecernos. Recibíamos sobornos de las familias de los detenidos para librarlos, sin que ellos supieran que ya no estaban entre los vivos. Cuando irrumpíamos en una casa, siempre había en ella algo de valor que nos llevábamos. ¿Quién nos iba a denunciar?*

*Yo fui más inteligente que todos los demás oficiales. Mi nombre nunca apareció en ningún documento con órdenes de arresto, tortura o ejecución. Me preocupé de que siempre fuera la firma de otro oficial. Sabía que llegaría el día en el cual seríamos llevados a juicio.*

*A los cuatro años sucedió un milagro. Mateo Sánchez, el dragón que cuidaba el tesoro, falleció. Mis esperanzas renacieron y volví a planear la manera de deshacerme de Rodolfo.*

*Uno de los prisioneros, después de haber sido torturado, reveló que Rodolfo y otros miembros de la resistencia planeaban asaltar el cuartel y liberar a sus compañeros presos, sin saber que ellos ya yacían en anónimas tumbas. Los planos del cuartel y la lista de los presos estaban en manos de Rodolfo.*

*Eso me dio la excusa. Me lo llevaría y lo torturaría hasta que muriera con grandes sufrimientos.*

*Llegué a casa de ellos, revólver en mano. Los celos ya me habían enloquecido. María-Inés sería mía, a la fuerza si fuera necesario.*

*Forcé la puerta. María-Inés y Rodolfo estaban sentados, abrazados, sobre el rojo sofá. Ella me reconoció al momento, pero vio algo en mis ojos que la asustó. Para asustar a Rodolfo y tal vez para justificar lo que yo venía dispuesto a hacer, arrojé al suelo, sin dejar de apuntarles con mi revólver, los cajones de la cómoda.*

*Pero Rodolfo no estaba asustado. Le gritó a María-Inés: —¡Salta con las niñas por la ventana! —Ella corrió a un nicho que estaba escondido tras una cortina con conejitos bordados. Fui tras ella, desgarré la cortina con una mano y la vi inclinada fuera de la ventana, bajando por ella a una de las niñas. La oí gritar: —¡Raquel, toma a Rosa y corre! — Pero las niñas no me interesaban.*

*María-Inés no saltó con las niñas. Ella volvió al salón. Ya no me importaba nada del ejército, la resistencia, los planos. Mi odio hacia ese hombre me enloquecía. Apreté el gatillo, una y otra vez. Los dos primeros disparos mataron de inmediato a Rodolfo.*

*Pero lo que sucedió a continuación no estaba escrito en ninguna parte. Al ver el revólver apuntando a su marido, María-Inés saltó a colocarse delante de él y la tercera bala se incrustó en su corazón. Mi vida terminó en ese momento.*

Suárez interrumpió su lectura y contempló a sus oyentes, en cuyos rostros se reflejaba la misma conmoción que sabía que había en el suyo. Manuel abrazó los hombros de Raquel. —Tal vez interrumpimos aquí la lectura —le dijo Luis, tomándole la mano. —No, Luis, debo escucharlo todo —le respondió, erguida y con los ojos secos.

*Me quedé como paralizado. Poco a poco empecé a absorber lo que había hecho. Fui presa de un impulso salvaje de poner el cañón del revólver en mi boca y disparar. Desde entonces, no he pasado un solo día sin arrepentirme de no haberlo hecho. Pero tú, que lees mi confesión, trata de comprender. En ese momento yo culpaba a Rodolfo Rubio de la muerte de su mujer. Ella se sacrificó para salvarlo. Mi odio por él creció y mi actos a continuación*

*fueron el resultado de ese odio.*

*No me preocupaba que los vecinos hubieran oído los disparos. Todos estaban tan aterrorizados que se escondían en sus casas, temerosos de salir a averiguar. Pero yo sabía que la muerte de la pareja despertaría preguntas. Rodolfo Rubio era famoso. Yo no podía permitir que su muerte estuviera unida a movimientos de resistencia al gobierno. No quise que se convirtiera en un mártir como el cantante Víctor Jara. Por lo tanto, se me ocurrió la idea de manchar su recuerdo.*

*Levanté a María-Inés del suelo. No podía dejar a mi amada yacer en el suelo del salón. Mi uniforme quedó de inmediato manchado con su sangre. Ése es el que está doblado en la cama.*

De un salto, Raquel se levantó, tomó en sus manos el uniforme con las manchas cobrizas y lo apretó contra su corazón.

*La llevé al dormitorio, la acosté sobre el lecho conyugal y la cubrí con la manta rosada, la misma con la que Mateo me había cubierto, hacía ya catorce años.*

*Salí de la casa y arrojé una piedra al farol de la calle. Deposité el cadáver de Rodolfo en mi jeep al amparo de la oscuridad. Su sangre se mezcló con la de ella en mi uniforme. Con grandes esfuerzos, conseguí también levantar su moto y ponerla en el asiento de atrás. Había olvidado por completo a las dos niñas.*

*Salí de Likanantai con las luces apagadas y vagué sin rumbo por el desierto. Sin darme cuenta, llegué a este lugar, que estaba abandonado hacía ya muchos años. Enterré a Rodolfo Rubio detrás de esta cabaña. Por lo menos, tuve la decencia de cavar una tumba profunda para preservarlo de los animales del desierto. Dejé la motocicleta semienterrada al lado del camino a la frontera.*

*Regresé al cuartel. Sabía que nadie se fijaría en mi tardío retorno. Todos los oficiales solían salir a emborracharse y a pescar chicas en los bares de Costa Marrón y volvían tan intoxicados que no veían nada. Me cambié el uniforme ensangrentado, mas no tuve el coraje de botarlo. Estaba impregnado de la sangre de mi amada. Reuní todas las botellas vacías de vino que había allí.*

*Retorné a Likanantai. Me estacioné a la entrada del pueblo y esperé pacientemente. Sabía que las niñas volverían a casa y descubrirían el cadáver de María-Inés. Y como lo suponía, a las nueve de la mañana vi aparecer a una patrulla de la policía. Ordené a los dos policías regresar a la comisaría. La autoridad del ejército era superior a la de ellos. Yo fui el único que entró a esa casa. Escribí mi informe y llevé las botellas vacías como prueba. Nadie se atrevió a desafiar mi autoridad.*

*Los rumores los comencé yo. Fue fácil. Estacioné el jeep en la plaza del pueblo, a la hora más concurrida, y hablé por radio con el cuartel, fingiendo que la comunicación estaba mala y debía gritar para hacerme oír. —Sí, Rodolfo Rubio, en un ataque de celos, mató a su mujer y escapó. Por lo visto descubrió el romance de su mujer con un soldado anónimo. Estaba borracho. Encontré muchas botellas vacías. No he encontrado el revólver, se lo llevó con él. ¡Pongan barreras en todos los caminos! —aullé por el micrófono.*

*Subrayé que no sabía el nombre del soldado. Había en el pueblo gente que sabía que yo había conocido a María-Inés y quise alejar las sospechas de mí.*

*Nadie dudó de mis palabras. Conseguí mis propósitos. Rodolfo Rubio se convirtió en el*

*personaje más odiado del país. Y la más baja de todas mis acciones fue el manchar el nombre de la mujer que yo amaba por mi instinto de preservación.*

*Hace ya treinta años que vivo con el resultado de lo que hice. Si yo supiera que después de mi muerte me reuniría con mi amada, no vacilaría en matarme. Pero ella está en el cielo y yo iré directo al infierno.*

*Pedí trasladarme a las fuerzas apostadas en el sur. Sabía que los días de la dictadura militar estaban contados. Me ocupé en destruir cada pedazo de papel que pudiera incriminarme. Saqué del país la fortuna que había hecho de los robos y sobornos, que ascendía a varios millones de dólares. Al cabo de nueve años, al término del gobierno militar, renuncié al ejército.*

*Pero las pesadillas continuaron persiguiéndome. Yo veía en mis sueños a Rodolfo Rubio, rogándome que le cuidara su tumba. Volví a este lugar y hace ya veinte años soy el cuidador de la tumba del hombre que asesiné, que simboliza a los cientos de otros.*

*Un día, me presenté disfrazado en el cementerio de Likanantai y quedé horrorizado al ver el estado de abandono de la tumba de María-Inés. Las hijas habían abandonado el pueblo y no había quién se preocupara. Me dirigí al abogado Benítez de Costa Marrón, que manejaba toda mi inmensa fortuna, y le di instrucciones de pagar una gran suma para que la tumba estuviera cuidada y hermosa.*

*Hace veinte años que vivo aquí. En el desierto he comenzado a encontrar la paz.*

*Pero un día llegaron tres jinetes al umbral de mi puerta. Los ahuyenté con mi escopeta, no sin antes haber reconocido a uno de ellos. Y sé que él me reconoció. Luis Ribera, el gitano. Fuimos juntos a la escuela y él se casó con la mejor amiga de María-Inés. Y ayer recibí una carta del abogado Benítez, con la noticia de que la hija de María-Inés había llegado a su oficina preguntando sobre el anónimo benefactor que se ocupaba de la tumba de su madre y de sus abuelos.*

*Comprendí que era solo cuestión de tiempo hasta que llegaran a mí y a la verdad. En mi informe escribí que María-Inés estaba en el suelo del salón. Mas ella fue descubierta en su lecho. Esa fue mi equivocación. Y al salir de allí, antes de arrojar la piedra al farol, me parecía que había un niño asomada a la ventana de la casa de enfrente. Creí que era mi imaginación. En esa casa no había ningún niño.*

*Ya lo he confesado todo ante el cura de una lejana iglesia. Él no puede repetir nada de esto, por supuesto. El abogado Benítez tiene mi testamento, en el cual dejo toda mi inmensa fortuna a las hijas de María-Inés de Rubio o a sus descendientes.*

*Ahora pondré una pesada piedra sobre estas hojas para que un viento casual no las esparza. Me despido de este mundo, sabiendo que en el otro me espera un gran sufrimiento, que es lo que merezco.*

*Saldré, me pararé al borde del precipicio, introduciré en mi boca el mismo revólver que mató a mi amada y apretaré el gatillo. Mi cadáver caerá al fondo del barranco y las fieras del desierto darán cuenta de él. Ese es el fin que merezco.*

Suárez concluyó su lectura. Los cuatro permanecieron sin moverse, tratando de absorber lo que habían oído. Después de un tiempo que parecía eterno, Raquel se levantó y salió de la cabaña sin decir una palabra.

Manuel, masajando su pierna dolorida por la inmovilidad, se levantó para ir tras ella. Luis lo

detuvo. —No, Manuel. —Pero en ese momento se oyó desde fuera un grito, seguido de otro y otro, cada vez más fuerte. Los tres, asustados, salieron corriendo.

Raquel estaba parada, descalza, al lado del pozo, y parecía que no sentía el ardor de la tierra bajo sus pies. Su rostro estaba vuelto hacia el cielo, absorbiendo el sol del mediodía. Sus brazos se elevaron, y a los atónitos ojos de los tres hombres comenzó a girar alrededor de sí misma con velocidad creciente. La falda de su blanco vestido se abría como los pétalos de una flor.

Al agotarse su energía, Raquel cayó sobre la tierra del desierto. Después de recobrar el aliento, se levantó y se paró frente a los tres preocupados hombres que no podían creer el cambio que había tenido lugar en ella. Su rostro, a pesar de la transpiración, resplandecía.

—Detective Suárez, Luis, Manuel, no he perdido el juicio. —les dijo. —Eso es algo que aprendí de mi madre. Cuando siento que no soy capaz de sobrellevar mis sentimientos, los mando al cielo. He estado tratando de vaciar mi corazón del odio hacia ese monstruo. Solo así podré entregarme al profundo agradecimiento que siento ahora. ¡No soy la hija de un asesino! —Lo dijo con la más profunda convicción. —Nunca he creído que mi padre hubiera matado a mi madre, pero todos lo decían.

Raquel tendió los brazos a sus tres acompañantes y el cóndor que en ese momento atravesaba el cielo fue testigo del abrazo de ellos bajo el ardiente sol.

\*\*\*

Los restos destrozados de Eduardo Gómez fueron encontrados al fondo del barranco y su revólver cerca de ellos. El examen médico descubrió que él había muerto de un balazo en el cerebro hacía pocos días y las fieras del desierto aún no habían terminado con él.

Los huesos de Rodolfo Rubio fueron desenterrados en el lugar exacto que Eduardo había escrito. La prueba balística demostró que las balas que había en él, así como la bala con la que se mató a Eduardo, habían salido del revólver de este último.

Raquel rogó tener un rato de tranquilidad para enterrar a su padre al lado de su madre, antes de que estallara la noticia que todos sabían que iba a tener tremendas repercusiones. Y el detective, con su comprensión y su tacto, hizo jurar a sus subordinados mantener el secreto por unos días.

—Gracias, padre, por haber venido. Ha sido emocionante. —Raquel, con un vestido negro y una mantilla, estrechó la mano del padre Miguel, el cura de Nuevo Likanantai. Estaban parados frente al ataúd que contenía los restos de Rodolfo Rubio, que por fin había llegado a descansar al lado de su mujer. A su lado se encontraban Flor, Luis, Manuel, Anita y el detective Suárez.

Pero había algo que Raquel estaba ansiosa de arreglar de inmediato. Se dirigió al cuidador.

—José, por favor, desarme de inmediato todo lo que hay alrededor de las tumbas de mis padres y mis abuelos. Desde ahora, yo me ocuparé de cuidarlos.

Después de que todos se habían retirado. Raquel se arrodilló frente a la lápida de su madre: —Gracias, mami, por haberme traído aquí y haberme ayudado a encontrar a papi. Ahora, ayúdame a encontrar a Rosa.

\*\*\*

Rosa detuvo su auto en la plaza y salió de él, sin saber la razón por la cual había hecho el viaje. No había nada en este lugar. Ella ya había llegado aquí dos meses atrás con David, segura de que encontraría a su hermana en la iglesia. Pero nada ocurrió.

Ella era una niña de cinco años cuando la monja se las llevó. No le dieron la oportunidad de despedirse de su madre y no le contestaban al preguntar por su padre, y hoy día ella ni siquiera sabía dónde se encontraba su casa. En el lugar que ella creía que era su calle se levantaba una inmensa muralla llena de pinturas murales. En su visita anterior, ella estaba tan decepcionada por no haber encontrado a Raquel que no les había echado ni un vistazo. Pero ahora los examinó con interés. Escenas de la extracción del cobre y mineros, que cada uno de ellos podría haber sido abuelo Mateo.

Llegó a las puertas de un hotel y vio el letrero sobre la puerta que decía: —*Marta*.

Ese hotel se había hecho famoso, todos hablaban de él. Tal vez entrará a tomar algo. Según su confusa memoria de la infancia, le parecía que su casa se encontraba al otro lado de ella. Seguramente la habían derribado para construir ese magnífico hotel. Pero no, en los avisos de publicidad ellos proclamaban que habían respetado las antiguas casas y las habían renovado.

Tal vez traerá algún día a su hijo para mostrarle cómo había sido el pueblo de los mineros.

En realidad, Rosa sabía por qué había llegado hoy precisamente aquí. En la mañana, parada en su cocina, escuchó nuevamente la voz que la apremiaba venir a buscar la tumba de su madre.

Ella sabía que la habían enterrado en el pequeño cementerio de detrás de la iglesia, pero las buenas almas, con la mejor intención, no le permitieron asistir y nunca tuvo la oportunidad de venir a buscar la tumba. Ni siquiera conocía las tumbas de sus abuelos. Seguramente están descuidadas y abandonadas.

Llegó al cementerio y caminó entre las tumbas, leyendo nombres que no le decían nada. Llegó a un lugar que era totalmente diferente de todos. Una blanca verja lo rodeaba y hermosos cactus lo adornaban. Se acercó, llena de curiosidad, y vio una tumba que recién había sido cavada y que contenía un flamante ataúd.

Sobre las tumbas había ramos de rosas y una mujer vestida de negro estaba arrodillada allí. La mujer, como sintiendo su proximidad, levantó la vista y las dos hermanas, reunidas por fin después de treinta años, se cogieron de la mano junto a las tumbas de sus padres.

## Epílogo

### En la primavera de 2012, un año más tarde

—¿Raquel, te acuerdas? Yo me paraba en las puntas de los pies para lograr ver tus ojos. —rio Rosa. —Y ahora soy la más alta de las dos.

Ellas estaban en la habitación que había sido su casa, contemplando con satisfacción su reflejo en el espejo. Las dos vestían faldas a rayas rojas y blancas y chaquetas azules, los colores del equipo de Rodolfo Rubio. Estaban agradecidas a Anita, que logró coser los dos trajes en un tiempo récord.

Raquel pensaba en el sinfín de veces que ella y su hermana habían dormido aquí, en el nicho tras la cortina de conejos, la cabecita de Rosa reposando en su hombro.

—Ven, debemos ponernos en camino. —la apremió, arreglándole un rebelde rizo que le caía sobre la frente como si nunca hubiera cesado de desempeñar el papel de hermana mayor.

En el camino hacia la puerta, las dos hermanas pasaron ante la cómoda sobre la cual estaban las tres muñecas, reunidas por fin bajo el retrato de su madre en el maizal. Después que las acariciaron con la mirada, Raquel y Rosa salieron al soleado patio, tomadas del brazo. Las dos se volvieron al unísono a contemplar el retrato de su madre, que les sonreía desde su lugar. El jardín florido que había estado tras ella había sido cubierto con pintura blanca. Roberto aún trabajaba en los esbozos del retrato de Rodolfo.

Contemplaron el otro mural, en el cual retozaban dos niñas.

—Siempre has sido una belleza. —se admiró Raquel, con orgullo en la voz. —Pero ahora estás radiante. La vida en Israel te ha hecho bien.

—Israel era el país al cual yo estuve a punto de encaminarme con los señores —pensó. —Pero era nuestro destino encontrarnos aquí.

El hotel estaba desierto. Tampoco había nadie en las calles, como si Likanantai se hubiera convertido en una ciudad fantasma. Solo los globos de tres colores que adornaban las calles atestiguan que era un día de fiesta. —Todos ya están allá —susurró Rosa, apurando el paso. —También en Israel hay días primaverales como este, que son un regalo del cielo. —Raquel notó la nostalgia en su voz.

Llegaron a su destino. Hacía ya cuarenta años, un tímido muchacho de nombre Rodolfo Rubio había llegado a Likanantai con el corazón lleno de amor y de generosidad. Con sus propias manos arrancó las malezas y las inmundicias que cubrían la antigua cancha de fútbol y se dedicó a entrenar allí a los niños, llevándolos a alcanzar victorias, pero enseñándoles que lo importante era el espíritu deportivo.

Rodolfo formó su hogar con María-Inés Sánchez, la hija del respetado minero Mateo Sánchez, y juntos criaron a sus dos hijas. Él también jugaba en el seleccionado nacional.

Después que fue injustamente acusado de haber asesinado a su esposa, los niños, en los cuales él había invertido tanto, dejaron de jugar y el lugar cayó nuevamente en el abandono. El fútbol se convirtió en un juego prohibido en Likanantai y, Rodolfo, en el ser más odiado.

Las hijas de Rodolfo llegaron al lugar. La humilde cancha de fútbol del pasado era ahora un magnífico estadio rodeado por un alto muro que exhibía a todo su ancho pinturas murales con escenas del fútbol chileno. Roberto, que no entendía nada de fútbol, había trabajado el año entero, entrevistando jugadores y reconstruyendo esos momentos, haciendo centenares de bocetos y organizando a los alumnos de la escuela de Nuevo Likanantai para pintarlos.

Los pesados portones del estadio estaban abiertos por completo, pero las hermanas sabían quién era el que estaba pintado en ellas, vestido con el uniforme del equipo nacional. Ellas mismas habían contribuido a pintar la imagen de su padre.

El letrero de reluciente cobre sobre el portón decía 'Estadio Rodolfo Rubio'. Raquel y Rosa se contaban entre los pocos que sabían que la construcción de ese estadio era un acto de justicia hacia el pueblo chileno.

El edificio aún sin terminar que estaba a un lado estaba destinado a ser una escuela de fútbol a la cual vendrían los mejores entrenadores a enseñar a los niños.

En el momento en que la extraordinaria noticia llegó a los medios de comunicación, Likanantai se convirtió en un lugar de peregrinaje. Todo el mundo quería venir y ver con sus propios ojos el lugar donde todo había sucedido.

Los resultados no tardaron en llegar. Después de que se publicaron las páginas de Eduardo Gómez, el gobierno ordenó comenzar con una investigación más profunda de los crímenes contra la humanidad que se habían cometido en ese tiempo, y especialmente los actos del teniente Eduardo Gómez. Su confesión contenía decenas de nombres de desaparecidos y de sus torturadores, que habían rehuído el castigo. Y con veinte años de retraso, ellos fueron llevados a juicio y condenados.

Todo lo que Raquel y Rosa deseaban era estar solas, tranquilas, y llenar juntas el abismo de su separación de treinta años. Pero eso era imposible. Los periodistas las seguían por todas partes, las asediaban, las fotografiaban y les disparaban preguntas íntimas. Los periodistas se regocijaban con cuentos imaginarios sobre la hija de Rosa, la soldada del ejército de Israel. Y en cuanto a Mateo, él gozaba con su nueva popularidad en la escuela, especialmente entre las chicas.

Rosa y Raquel, después de dejar a Mateo al cuidado de Flor, se escabulleron silenciosamente y se dirigieron al fundo de las mujeres. Allí pasaron dos maravillosas semanas con Clara, Paulina y Lili, entre los maizales y el río, escuchando cuentos sobre su madre y su abuelo.

Al regresar a Likanantai, reconfortadas, las esperaba una carta del abogado Benítez en la cual las invitaba a la lectura del testamento de Eduardo Gómez.

A pesar de que sabían por la confesión de Eduardo que él les había dejado toda su fortuna, nada las había preparado para la gigantesca suma que Eduardo había amasado en los dieciséis años de la dictadura militar. Ese era un dinero de sangre y ellas no lo deseaban. —¡Hay que restituirlo a sus legítimos dueños! —gritó Raquel. Pero eso era imposible. Eduardo había destruido todas las listas.

Solo cinco minutos necesitaron Raquel y Rosa para decidir en qué emplear esa fortuna. La idea nació al mismo tiempo en la mente de las dos. El dinero pertenecía al pueblo chileno del cual había sido robado y ahora volvería a él, y al mismo tiempo ellas inmortalizarían el nombre de su padre, Rodolfo Rubio.

Y ahora, un año después, las hijas de Rodolfo pasaron, bajo el letrero con su nombre, al estadio que se había construido con el dinero del pueblo chileno.

Los cientos de personas que llenaban las galerías las recibieron con cálidos aplausos, silbidos y gritos de: —¡Vivan las hermanas! —mientras ellas hacían su camino hacia la tribuna de honor, en la cual las esperaban la ministra de Cultura, el ministro de Deportes y otros dignatarios, deseosos de absorber algo de la publicidad.

En las tribunas de honor se encontraba David, junto con María-Inés Iris y Mateo Maor. María-Inés había recibido un permiso especial del ejército de Israel para venir a la ceremonia. Su hija había elegido su camino y Rosa solo podía rezar por ella.

David le sonrió y le mandó un beso. Se lo ve cansado, pensó. Ya tenía casi sesenta años y esos largos vuelos no le caían bien. Rosa lo amaba, pero sabía que su matrimonio había llegado a su fin. Él pertenecía a Israel y ella a este lugar. Gracias a David ella poseía honor y autoestima. Y gracias a él tenía su maravilloso hijo. Y ahora ella tenía a Raquel. Por primera vez en muchos años ella vivía sola, sin un hombre a su lado en el cual apoyarse. Su criadero de cactus ya comenzaba a darle ganancias. Era agradable sentirse independiente. Tal vez en el futuro habría otro hombre para ella.

Flor y Luis, rodeados de sus nietos, estaban también en la tribuna. Rafaela y Paco habían venido de Miami, donde llevaban juntos un restaurante chileno. Raquel suspiró. Flor y Luis se veían tan hermosos juntos. Así se verían papi y mami si hubieran podido llegar a sus sesenta años.

Anita, la bondadosa mujer que tan cálidamente la había recibido al llegar a Likanantai confusa y aterrorizada, estaba sentada con su nieto Rodolfito en sus brazos. La emocionaba saber que Marta y Roberto habían llamado a su hijo en honor de papi. Marta había cambiado tras el nacimiento de su hijo. Ahora estaba dispuesta a aflojar las riendas del hotel y a dejar que otros lo dirigieran. Raquel había descubierto en sí misma un talento para dirigir que la asombraba. Roberto estaba lleno de nuevas ideas para murales y los pedidos le llovían. Pero él elegía solamente los que más le interesaban. El matrimonio de Marta y Roberto había llegado a aguas mansas.

Manuel se levantó y agitó a su nuevo bebé en el aire. Su mujer, una hermosa morenita, estaba a su lado con los dos niños mayores. Raquel le sonrió con cariño. —Si nos encontramos aquí es solo gracias a él —pensó. El detective Suárez estaba también con su familia. Ella estaba endeudada también con él.

Los alumnos de la escuela de Likanantai con sus profesores y sus padres llenaban las galerías. Dolores, la directora de la escuela, había sido muy amistosa con ella al principio, pero había cambiado su actitud hacia ella después de su visita a la escuela y su confesión sobre su analfabetismo y sobre las niñas que se habían mofado de ella en la escuela. Le parecía que su presencia la abochornaba. —Tal vez la he ofendido —pensó apenada. —Deberé mantener una conversación con ella.

Jacinto, el hermano de sangre de Roberto, estaba allí con todas las familias de indios. Ellos habían tomado parte en la construcción del estadio y sus hijos vendrían aquí a jugar fútbol.

En las tribunas del público destacaban los colores negro y blanco de los trajes de las monjas del convento de las Carmelitas, que se presentaron todas junto a las docenas de niñas que ellas criaban con tanta dedicación y amor. Las niñas agitaban con entusiasmo las minúsculas banderas tricolores.

Clara había llegado el día anterior, dejando a Paulina al cuidado de Lili. La vio conversando con la ministra de cultura sobre la posibilidad de construir centros de artesanías para chicas.

Raquel sabía que si la idea tomaría cuerpo, la ministra se atribuiría el honor.

El gerente de la mina también se encontraba con su esposa en la tribuna de honor. Don Mauricio era el gerente visionario que ayudó a convertir el sueño de Marta de erigir un hotel en realidad. Y había contribuido grandemente a realizar este sueño de un estadio, mandando a los mineros a ayudar. Él insistía en llamarlo estadio de Likanantai, pero Raquel y Rosa se habían opuesto terminantemente. Ese era el estadio de su padre.

Después de los discursos de los políticos, que nadie escuchó, llegó el turno de la demostración gimnástica de las niñas de Costa Marrón y un programa musical de la banda 'Los Chilenos'. El conjunto, que durante la dictadura militar no pudo volver al país por sus canciones consideradas revolucionarias, puso a todo el estadio de pie. El entusiasmo llegó a su máximo al cantar la canción 'El pueblo unido jamás será vencido'. En todo el estadio no había un par de ojos secos.

Un gran silencio se hizo cuando Raquel y Rosa avanzaron al centro de la pista para cortar la cinta tricolor. El conjunto tocó y cientos de bocas cantaron juntas el himno nacional: 'O la tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión'.

Al término del himno, subieron a la cancha los jugadores del seleccionado nacional, vestidos con su uniforme tricolor, y frente a ellos subieron los jugadores del seleccionado argentino. Al grito de 'Jugaremos por Rodolfo Rubio' el primer partido del estadio Rodolfo Rubio comenzó.

**Fin**